

UNIVERSIDAD
de
León

BIBLIOTECA POPULAR

Estante 3

Tabla 3

Número 501

SL
3648

R. 2045

VIDA

— DE —

SANTA TERESA DE JESÚS

PARA USO DEL PUEBLO

ESCRITA POR EL

LIC. D. SEVERIANO CARRIÓN MARTÍN,

PÁRROCO QUE ERA DE PORTILLO,

DESPUES DE LA DE S. PEDRO APÓSTOL DE VALLADOLID

Y HOY DE LA DE S. LORENZO DE LA MISMA

dedicada

A LA MÍSTICA DOCTORA.

Obra premiada con una lápida de marmol y en ella una plancha de plata con la inscripción «*Dadme cada dia un cuarto de hora de oración y yo os daré el cielo*» en el certámen literario y artístico que para solemnizar el tercer centenario de la muerte de la Santa se celebró en Salamanca en 1882.

Severiano Carrión



VALLADOLID:

IMPRENTA DE LA CRÓNICA MERCANTIL

Plazuela de Santa Ana, núm. 7.

1896



V I D A

- DE -

SANTA TERESA DE JESUS

PARA USO DEL PUEBLO

ESCRITA POR EL

LIC. D. SEVERIANO CARRION MARTIN

MARRAGO QUE ERA DE PORTUGAL

DESPUES DE LA DE S. PEDRO APOSTOL DE VALLADOLID

Y HOY DE LA DE S. LORENZO DE LA MISMA

dedicada

A LA MÍSTICA DOCTORA.

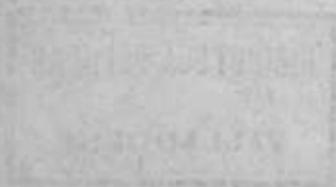
Esta pequeña con una lámina de marfil
y en ella una plancha de plata con la inscripción
y donde cada día un cuadro de cera de color
y donde hay el cuadro en el cuadro blanco
y donde para solemnizar el cuadro
de la muerte de la Santa se celebró
en Salamanca en 1882

VALLADOLID

IMPRESA DE LA CLAYTON & COMPANY

Escuela de Santa Ana, núm. 7

1890



Valladolid 13 de Abril de 1896.

Habiendo sido examinado de nuestra orden el manuscrito titulado «Vida de Santa Teresa de Jesús» compuesto por el Lic. D. Severiano Carrión Martín, Párroco de la de San Lorenzo de esta Capital, en vista de la favorable censura que dicho manuscrito ha merecido, damos nuestra licencia para su impresión y publicación, toda vez que su lectura ha de ser muy provechosa á los fieles y contribuirá á fomentar la devoción hacia la Seráfica Doctora.

Lo decretó y firma S. Emmcia. Reverendísima el Cardenal Arzobispo mi Señor, de que certifico.—† El Cardenal Arzobispo.—Por mandado de S. Emmcia. Reverendísima el Cardenal Arzobispo mi Señor, Lic. Domingo Rodríguez, Canónigo Magistral, Secretario.



Madrid, 13 de Abril de 1824.

Habiendo sido examinada la muestra
orden de manuscritos titulado "Vida de
San Juan de los Rios" compuesto por el
Lic. D. Severo A. Gavilan Martin, Porro
co de la Real Academia de San Carlos,
en vista de la favorable opinion que tiene
manuscrito en un escrito, de que merece
licencia para su impresion y publicacion,
lo que por su lectura no debe perjudicar
vecinos a los fides y contribuir a fomentar
la literatura de la Real Academia de San Carlos.
Lora.

Lo acordó y firmó S. E. nuestro favorecedor
don el Excmo. Arzobispo de Sevilla,
de que certifico — El Excmo. Arzobispo
de — Por mandado del Sr. Excmo. Arzobispo
don el Excmo. Arzobispo de Sevilla, en
por, Lic. Domingo Rodriguez, Excmo.
Arzobispo, Secretario.

Valladolid 1.º de Enero de 1893.

Sr. D. Severiano Carrión Martín.

Mi querido amigo y antiguo condiscipulo: Si mi nombre fuera conocido en el mundo literario, no tendría inconveniente en escribir para tu libro, aún inédito, una carta-prólogo por el estilo de las que se usan en ediciones modernas.

Mas, aunque pudiera hacerlo, cualquier palabra de elogio que dijese, podria fácilmente atribuirse á la amistad que nos une. Ahora, recordar hechos no es lo mismo.

*Cuando, no obstante las ocupaciones de tu vida de Párroco de Portillo, privándote de ratitos de descanso, compusiste la *Vida de Santa Teresa*, que presentaste al Certámen de Salamanca, y allí obtuviste un premio, ¡cuánta satisfacción tuve yo en ello!*

Nunca olvidaré que el dia en que, laureado ya por tu precioso libro, volviste á Valladolid, nuestra conversación versó sobre el nombre de quien principalmente examinó tu libro adjudicando un premio á tu trabajo.

Era un Padre de la Compañía de Jesús, que ya por aquel tiempo tenia en Salamanca fama de literato y de teólogo profundo. Desde luego nos inspiró cierto respeto aquel nombre.

Hoy, por tí, tengo sentimiento de que el Censor aludido no pusiera de su puño y letra siquiera dos palabras al pié de tu manuscrito. Porque ahora, desde el dia 2 de Octubre del pasado año de 1892, ¡cuánta más autoridad tiene el voto de aquel Padre!

En Octubre de 1882, cuando se verificó el Certámen, el Censor era conocido únicamente con el nombre de P. Luis Martin, S. J. Hoy es y se le conocerá en la historia por su elevado cargo de Prepósito General de la Compañía, y como tal respetado ya también por sus actos en todo el mundo.

Con la recomendación y rúbrica del Reverendísimo P. Martin al frente de tu libro, éste no necesitaria decarta-prólogo ciertamente.

Tuyo afectísimo amigo y condiscipulo q. b. t. m.

MARIANO CIDAD,

Canónigo Penitenciario.

LEMA



**Doctrinam perlege Thomæ,
Sapientiæ intende Teresiæ:
Illa commendata Romæ,
Hæc laudabilis Ecclesiæ.**

LEMA

Doctrinam perlege Thomas,
Sapientiae intende Teresiae:
Illa commendata Romae,
Haec laudabilis Ecclesiae.

BIBLIOTECA PONTIFICIA
Y ALABADO

Á LA MÍSTICA DOCTORA,
À LA
MADRE ESPIRITUAL DE LA IGLESIA,
ADMIRACIÓN DE SU SIGLO Y ESTUPEFACCIÓN
DE SU SEXO.

EL AUTOR

Serviano Carrion

A LA MÍSTICA DOCTORA,

A LA

MADRE ESPIRITUAL DE LA IGLESIA

EDICIÓN DE 20.º AÑO Y ESTIMACIÓN

DE 20.º AÑO.

EL AUTOR

HERMANDAD TERESIANA UNIVERSAL

La Sección literaria de Salamanca, para dar testimonio del mérito especial que reconoce en el trabajo «Vida de Santa Teresa de Jesús» presentado por D. Severiano Carrión al certámen literario y artístico, con que se solemniza el tercer centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús,

A PROPUESTA DEL JURADO,

Le concede una lápida de mármol con inscripción en letras de plata.

Dado en Salamanca á 23 de Octubre de 1882.

(L. S.) El Presidente de la Hermandad,

NARCISO, *Obispo de Salamanca.*

El Presidente de la sección literaria,

DR. ENRIQUE ALMARAZ SANTOS.

El Secretario,

DR. ALEJO IZQUIERDO SANZ.

Diploma á favor de *D. Severiano Carrión.*

HERMANDAD TERESIANA UNIVERSITARIA

La Sección de Historia de la Universidad
para dar cumplimiento al artículo 1.º de su
estatuto que reconoce en el artículo 1.º de la
Ley de 18 de Julio de 1885 el carácter de
Hermandad Católica de la Universidad de
Buenos Aires, con el fin de promover el
estudio y la investigación de la historia de la
Universidad de Buenos Aires.

A PROPUESTA DEL SEÑOR

El señor don Juan María de los Ríos,
con inscripción en el libro de matrícula
número 1.º de 1885.

El Sr. Presidente de la Universidad
de Buenos Aires don Juan María de los Ríos.

El presidente de la Sección de Historia
de la Universidad don Juan María de los Ríos.

El Sr. Secretario
don Juan María de los Ríos.

El Sr. Director de la Sección de Historia
don Juan María de los Ríos.

PRÓLOGO AL LECTOR

Locura grande fué haberme atrevido, á escribir la Vida de Santa Teresa de Jesús, y mayor aún haberla presentado en el certámen literario y artístico, que para solemnizar el tercer centenario de la Seráfica Madre se celebró en Salamanca el pasado año de 1882.

Mas el no publicarla, habiendo obtenido por ella un premio que no esperè, sería ingratitud manifiesta y no querer contribuir con su lectura á ensalzar la gloria de Dios y la honra de la Santa entre los sencillos del pueblo, para quienes principalmente se ha escrito.

Por esta razón, y movido por las instancias de personas á quienes estaba obligado á complacer, me he decidido á darla á luz.

Antes de hacerlo, ha sido menester corregirla de los muchos defectos que por la premura del plazo para presentarla en el certamen no pudieron evitarse, pues mis ocupaciones no me permitieron copiar el primer trabajo, ni aun darle siquiera la segunda mano.

Confieso ingenuamente que la corrección me ha costado mucho más que el componerla, y que, aunque lo he procurado con todo esmero, habrá aún muchas faltas de estilo, que no he podido ver, ó no he acertado á corregir. Por eso suplico á los doctos que tengan á bien advertírmelas, y á todos que me juzguen con misericordia, pues en ello me harán un favor, que agradeceré.

En el prólogo á los Señores del Jurado decía que es poco menos que imposible hacer uso del estilo de la Santa, y muy difícil seguirla aun de lejos cuando asciende á la sublimidad más elevada y, arrojándose en éxtasis celestiales, se olvida del mundo y, sirviéndose de un lenguaje místico y angelical, prorrumpe en palabras de fuego.

Ahora digo lo mismo; y añado que, para obtener el fin propuesto en el *tema* del certamen, he seguido el camino más corto y sencillo, á saber: he procurado que la Santa hable la mayor parte de las veces que la redacción de su Vida me lo ha permitido, y cuando no, he hecho uso de las mismas frases y pensamientos de la Seráfica Madre, tomándoles de aquí ó allí; y uniéndoles para formar el período gramatical.

Por eso me he esmerado en notar las partes á que se refieren, para que los lectores lo comparen con su original y se aficionen á leer las obras de la Santa.

De donde se deduce que mi trabajo queda reducido á copiar, ó extractar, ó compo-

ner con nueva forma, y de mi pobre ingenio hacer breves reflexiones morales.

Si hubiera acertado á cumplirlo, me parece que no hubiera sido del todo infructuoso. Porque á mi juicio la obra, que más se aproxime á la que de su Vida escribió Santa Teresa, esa será la mejor.

Si la Santa la hubiera trabajado con ánimo de publicarla, ó hubiera empleado sus afanes en componer la Vida de otros Santos, su obra hubiera sido inmejorable. No habiendo sido este su fin, no es extraño que en ella falten algunas cosas que pertenecen á su Vida, ó sobren otras que á ella no correspondan.

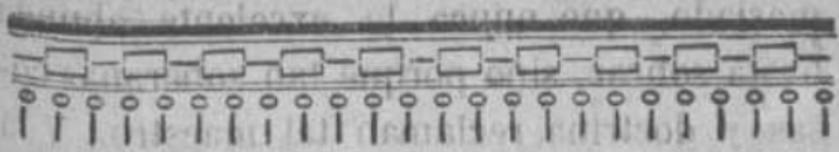
En cercenar estas y añadir aquellas, conservando lo demás, está el mérito verdadero del trabajo que se desea.

Por mi parte he preferido aproximarme á la obra de la Santa, á pesar de los defectos que en ella se notan. He querido añadir muy poco, ya por ser circunstancias muy conocidas, ya por no ser de gran interés espiritual y próximo; he procurado también cercenar lo menos posible, porque aunque á primera vista parezca no pertenecer á su vida, sin embargo nada más á propósito para conocer el desarrollo progresivo de las virtudes en el alma de Santa Teresa, esto es, su vida interior y espiritual, en cuyo trabajo he insistido con redoblado ahinco, tanto más, cuanto que no hay cosa que más contribuya á mejorar las costumbres.

En cuanto á los milagros que Dios hizo por la intercesión ó reliquias de la Santa, he referido algunos de los que sucedieron inmediatamente á su muerte ó antes de su canonización, todos los cuales están autorizados por la Iglesia en el expediente que instruye antes de poner en el número de los Santos al feliz por quien se obraron.

Omito, pues, otros muchos y no hago mención alguna de los panecillos de Santa Teresa, ni de las espinas de su corazón, ni de las imágenes que algunas personas dignas de crédito han visto en él, por dos razones: la primera, porque no caben en el *título* ó *tema*, dado por la Junta directiva del certamen que es: *Vida de Santa Teresa de Jesús* y no *Vida y MILAGROS de Santa Teresa de Jesús*; la segunda, porque los referidos bastan para acreditar la santidad de nuestra Madre y su poderoso valimiento para con Dios.

Solo me resta decir al lector lo que el V. Tomás de Rempis en el capítulo quinto del libro primero de su incomparable obra de la *Imitación de Cristo*, á saber: no te ofenda, la ninguna autoridad del que escribe, ni mires si es ó no literato; mas en la lectura vénzate el amor de la pura verdad, que es la que has de buscar, y no la elocuencia: no preguntes quien ha escrito esta obrita, sino atiende más bien á lo que en ella se dice, ó ha querido decirte para gloria del Señor y honra de Santa Teresa de Jesús.



PRÓLOGO

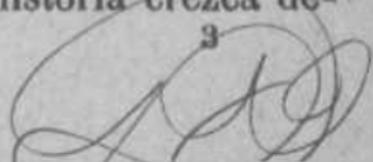
— 1 —

LOS SEÑORES DEL JURADO

EN EL CERTÁMEN DE SALAMANCA.

Cien veces he tenido la pluma en la mano para dar principio á esta obrita, y otras tantas la dejé temblando ante la magnitud y excelencia del asunto. Porque ¿quién podrá pasear por este huerto sembrado de flores, sin hollar alguna, ó sin que pierdan en las manos su delicada y exquisita fragancia? Además: al pasar nuestros ojos por la vida de la mística doctora nos hallaremos en cada línea con una enseñanza tan celestial, con hechos tan extraordinarios y frecuentes, que no podrá menos de suceder que se pase en silencio no poco digno de saberse; no ya porque la historia erezca de-

3



masiado, que nunca lo excelente abunda hasta sobrar, sino porque tan soberanas cosas y doctrina reclaman tal maestro. Y á la verdad, este magisterio pertenece solamente á los que por tan felices caminos han volado.

Pero al fin; luchando conmigo, he dicho: Ante la gloria de Dios y el culto y veneración á la Santa debe ceder toda pusilanimidad. Y si por ventura con la gracia de Dios, ayudando con sus preces desde el cielo la gloriosa y fuerte mujer, á quien en la tierra su dulce Esposo prometió despachar favorablemente sus peticiones, acierto á decir algo que pueda promover un punto el amor á Dios y á la Santa, bien contento debo quedar con un premio tan sin medida. Y si no mereciese la aprobación, siempre quedará el buen deseo y el mérito correspondiente á tan honrosa ocupación.

He menester ante todo hacer algunas salvedades y reflexiones á propósito para que se comprenda cual sea la forma y estilo, que para escribir esta Vida he adoptado.

Aspirar á obtener, y aun llegar á conseguir en ella un estilo llano y correcto no es tan difícil que espante y disuada al autor á dejar lo comenzado; pero emplear el len-

guaje de la Santa es poco menos que imposible.

Porque segun dice en el Prólogo á las Obras de la mística doctora el Padre Maestro Fr. Luis de León, luz y gloria de España: «bien puede dudarse que haya en nuestra lengua escritura, que con sus libros se iguale; porque en la alteza de las cosas, que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede á muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena composura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo... es inimitable... y el castellano, que la Madre usa, es la misma elegancia, que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acaba la razón que comienza, la mezcla con otras razones y rompe el hilo comenzado, muchas veces con cosas que ingiere; mas ingiêrelas tan diestramente y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio la acarrea hermosura y es el lunar del refrán.»

Pero aunque no fuese imposible imitarla en el estilo castizo, propio y sencillo, que en sus obras campea, ¿quién intentará seguirla cuando asciende á la sublimidad más

elevada, y cuando arrobándose en éxtasis celestiales, se olvida del mundo; y sirviéndose de un lenguaje místico y angelical, prorumpe en palabras de fuego?

Aun para conseguirlo, menester sería forzarse á sí propio constantemente: y de temer es que de ello resultase un estilo á todas luces violento, en nada parecido al de la Santa, que de ordinario corre fácil y suave, sencillo y encantador.

Por otra parte: el modo de escribir y hablar de la presente época difiere harto del de aquella; y si nos hemos de conformar con el gusto de las que lo han de leer, necesario será que sigamos su corriente.

Muchos son los que han escrito la Vida de Santa Teresa; yo, empero, al hacerlo procuraré beber en las más puras fuentes de renombrados autores, que si no espero correr á la par de estos, no será pequeña mi gloria si acierto á poner mis pies en sus no borradas huellas y seguirles, aunque de muy lejos.

La misma Santa, el Ilmo. Fr. Diego de Yepes y el P. Rivera serán mis guías para no perderme en este bien concertado y hermoso jardín, en el que la harmonia de los dulces cantos de amor, y el orden de las vir-

tudes y hechos sobrenaturales ó admirables de la Santa, son tan simétricos, que sin guía pudieran confundirnos hasta el punto de no acertar á salir de entre tanta riqueza. Mas ¿hemos de decirlo todo? Imposible será, como lo fué á los citados esclarecidos autores, que como confesores de la Santa ó contemporáneos tuvieron ocasión de tratarla y conocer sus cosas.

Dirémos, pues, aquello que más útil nos parezca para el provecho de todos. Porque bien pensado, dos condiciones entre otras ha de tener la historia, que no otra cosa es la Vida de varones ilustres, y son las que están significadas en la definición que de la historia da el inmortal Cervantes, cuando dice que es «espejo de lo pasado y aviso de lo porvenir,» esto es: *fidelidad* en lo que se afirma ó niega, y *provecho* en lo que se ha de decir.

Cuanto á la primera cualidad, ¿qué hemos de sentir sino que la historia deja de serlo para convertirse en novela, cuando falta á la verdad? Porque ó se han de decir las cosas con encomio superior al que merecen y añadir algo á la verdad; y entonces descubierto, la misma verdad, por probado que sea, padece detrimento. Ni ¿qué necesi-

dad hay de que se ponderen los hechos y virtudes de nuestra Santa, si todo encomio no llega á la realidad, y esta es más que suficiente para acreditarla por una de las personas más amadas de Dios, más humilde, más sabia y discreta, más encendida en las llamas del divino amor, de fé más arraigada y profunda, de esperanza más confiada, de santidad más ilustre, probada y hecho bien pública en los dias de la misma Santa. O se ha de ocultar su santidad y manchar su vida: y entonces ó se la defrauda de los bienes que el Señor en ella puso para que se hicieran públicas sus misericordias con los hombres, ó se comete un horrible sacrilegio. La verdad, pues, fiel y sencilla campeará: y quien quiera que esto lea, debe procurar hacerse con juiciosa reflexión las aplicaciones más oportunas para aprovechar en el Señor.

No es menos importante la segunda cualidad de la historia, esto es: que sea provechosa. Porque no se han de leer las Vidas de los Santos por mera curiosidad y pasatiempo; sino por ensalzar á Dios que les enriqueció con bienes tan preciosos, para contribuir á la gloria de los Santos y para ver en ellos un modelo, que se nos propone para imitar.

Santos fueron; pero hombres de carne y hueso como nosotros: y lo que á ellos fué posible con la gracia del Señor, no será á nosotros imposible con la misma. Y no hablo de aquellas mercedes de visiones, milagros, profecías y demás gracias *gratis datas*, que el Señor cuando quiere, reparte á manos llenas entre sus favorecidos; sino de aquel santo temor que nos ahuyenta del mal, de aquel dulcísimo amor que suavemente al bien nos inclina, y cuyas gracias Dios á nadie niega; porque los caminos del Señor deleitosos son, suave su yugo, su carga leve. ¡Dichoso el que los sigue y lleva!

Quiera Dios que por la intercesión de Santa Teresa le alabemos ahora y siempre.

—Amen.

... sino fueran; pero hombres de carne y hueso como nosotros; y lo que á ellos les es posible con la gracia del Señor, no será á nosotros imposible con la misma. Y no hablo de aquellas mercedes de visiones, milagros, profecías y demás gracias gratísimas que el Señor cuando quiere, reparte á manos alijadas entre sus favorecidos; sino de aquel santo amor que nos abraza del tal de aquel tal como amor que suavemente al bien nos inclina, y con sus gracias Dios á nadie niega; porque los caminos del Señor delatados son, suave es su yugo, su carga leve. ¡Dichoso el que los sigue y lleva!

Quiera Dios que por la intercesion de Santa Teresa le alcamos ahora y siempre.

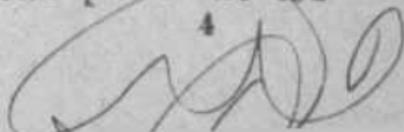
—Amén.

CAPÍTULO I.

1. *El siglo XVI.*—2. *Nacimiento de Santa Teresa.*—3. *Sus padres.*—4. *Ejemplos dignos de imitación.*—5. *Infancia de la Santa.*—6. *Reflexiones.*

1. Corría el siglo xvi, siglo de las grandes cosas y de los hombres de primera talla. Guttemverg habia inventado los caracteres movibles de la imprenta: el imperio de Oriente desaparecia á impulsos del genio y de la fuerza de Mahomet II; y aquellos lugares santos, en que se habia derramado la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y en que su suave doctrina fué predicada antes que en parte alguna del mundo, así como aquellos otros en que se celebraron los primeros Concilios de la Iglesia, formaban parte de los

4



dominios mahometanos. Es más: no solo había motivos para temer que desapareciese de aquellas regiones la católica religión, sino de que sufriese gravísimas opresiones en el resto de Europa, abierta á las escursiones de los bárbaros musulmanes. En Alemania el apóstata Lutero, saliendo del claustro, ponía en combustión las pasiones de los hombres con sus heréticas doctrinas, muy semejantes á las de los ya condenados Wiclif y Juan Hus: y ciudades y reinos enteros rompian el seno de su madre la Iglesia; y sacudían su yugo suave, así como el de sus legítimos superiores en el orden civil.

Grandes y muchos fueron los hombres que en aquel entonces deparó la Providencia divina, que jamás se olvida de sus hijos. Nosotros, empero, no harémos mención sino de varios de aquellos en cuanto tengan alguna relación con la Santa; ó puedan tenerla por razón de las reformas, que contribuyó á ordenar en el mundo; ó por el trato que con ella tuvieron; ó por pertenecer á su patria y nuestra, la cual se hallaba á la cabeza de las naciones así en el orden como en el verdadero progreso, tanto en la ciencia como en la virtud y en el empuje de su fuerza militar.

Los moros habian sido arrojados de España por la constancia de una magnánima mujer, dechado de reinas, modesta, laboriosa, sabia, humilde, cristiana, cuyo nombre pronunciarán con reverencia cuantos españoles sientan en su pecho latir el amor á la patria y á lo bueno.... la heroína Isabel la Católica.... aquella por quien Colón animoso vuela á descubrir un mundo hasta entonces desconocido, rico y fértil, sumido en la barbarie; mundo que no ha de llevar el nombre de su descubridor. Hernan Cortés conquista á Méjico y descubre la California: Almagro y Pizarro penetran en el Perú: Bartolomé Díaz arriba al Cabo de Buena Esperanza: Vasco de Gama franquea el camino de las Indias Orientales; un mundo en fin, aparece cuando casi otro se desgaja del árbol del cristianismo. ¿Tendrá la América la dicha de pertenecer á este y sustituir á los que se van?

Don Fernando el Católico sobrevive á su esposa, y mantiene en Castilla las riendas del gobierno en nombre de su hija D.^a Juana, á quien sucede el gran monarca, el guerrero impertérrito, el emperador Carlos V. Ábrese en su tiempo para concluir con las herejías y reformar las costumbres el Santo

Concilio de Trento, en el que tomaron parte los más sabios del mundo, en especial españoles: concluyese en el reinado de su hijo, objeto de tanto odio y calumnias para los que más ó menos se hallan afiliados en las ideas de falsa libertad ó licencia, así como de veneración para los buenos católicos, y á quien la historia, haciendo justicia, devuelve su reputación y buena fama.

San Ignacio de Loyola funda la Compañía de Jesús, tan combatida y tan amada: que siempre en lucha obtiene brillantes victorias aun en sus mismas derrotas, de cuyas cenizas como que renace con nuevo vigor, bien así como se cuenta de la fabulosa ave fenix. A San Ignacio sucede Lainez en el gobierno de la Compañía, y á Lainez San Francisco de Borja, que detestando las riquezas, los honores y su ducado de Gandía, profesa y hace voto de castidad, pobreza y obediencia en el seno de la Compañía.

San Luis Beltrán, el Venerable P. M. Avila, San Pedro Alcántara, el P. Rodrigo Alvarez, el virtuoso Julian de Avila, San Juan de la Cruz, el Venerable P. Baltasar Alvarez, los Luises de Granada y de León, los PP. Bañez, Medina, Cuevas, Chaves, Sali-

nas, Meneses, Rivera, Salazar, Enríquez, Gil González, Ripalda, el Dr. Velázquez obispo de Osma y arzobispo de Santiago, natural de Tudela de Duero, D. Alvaro de Mendoza obispo de Palencia y antes de Avila, D. Cristóbal Rojas arzobispo de Sevilla, D. Cristóbal Vela de Burgos, D. Diego Covarrubias de Segovia y otros muchos santos y sabios, que vivieron en este siglo, trataron de cerca ó conocieron casi todos á nuestra Santa.

Hízolo Dios así, para que brillase en todo su esplendor la probada santidad y ciencia de la seráfica Madre.

Tales eran los tiempos que corrían cuando plugo al Señor dar al mundo una portentosa maravilla en el nacimiento de Teresa, y tales varios de los sábios, que entonces vivieron.

2. En el mismo año en que murió el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, reinando en España, por sí y á nombre de su hija D.^a Juana la loca, D. Fernando el Católico; siendo Sumo Pontífice León X; poco menos de once años después de la muerte de la excelente reina Isabel la Católica, que acaeció en Medina del Campo á 26 de Noviembre de 1504; no lejos de allí en la ciudad de

Avila, perteneciente á Castilla la Vieja, á 28 de Marzo de 1515 nació Teresa de Cepeda y Ahumada, como si Dios quisiera abreviar el luto de España por la pérdida de una piadosa y heroína con el nacimiento de otra, á quien había de enriquecer con los tesoros de su sabiduría, de su gracia y de incomparables mercedes.

Precedióla Guttemverg con la invención de la imprenta para que los doctísimos escritos de la Santa pudieran facilitarse al mundo todo, aun al que Colón descubrió; como si fuese pequeño el antiguo para que en él se difundiese doctrina tan celestial.

El Señor, que abate á los poderosos haciéndoles venir al suelo desde las alturas de su solio, y ensalza á los pequeñuelos levantánloles de la nada, al permitir la caída de Lutero, Calvino, Enrique VIII y otros corifeos del error, suscitó á la mística doctora, á la *Madre espiritual de la Iglesia* (como la llaman el P. Faber y algunos otros escritores), para contener las herejías con sus escritos y con el zelo y oraciones de sus hijos, y en fin, para purificar ó afirmar las sanas ideas de las que pudieron quedar moros y judíos en España. Aunque, á decir verdad, esta nación fué siempre tan católica, que,

por singular providencia de Dios, aun entre los mahometanos conservó pura aquella fé por la que sus hijos se defendieron.

3. Fueron los padres de nuestra Santa D. Alonso de Cepeda y D.^a Beatriz de Ahumada, entrambos de noble linaje, honrados, virtuosos y enemigos de dar á sus hijos favor, sino en cosas de virtud. Era su padre aficionado á leer buenos libros, y así les tenía de romance para que leyesen sus hijos: de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados, tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad: y así estando una vez en casa una de un su hermano la regalaba como á sus hijos: decía que de que no era libre no lo podía sufrir de piedad: jamás nadie le oyó jurar, ni murmurar: era muy honesto en gran manera. Su madre tambien tenia muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades. Era tal su honestidad, que con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacia caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad: muy apacible y de alto entendimiento. Tenia gran cuidado de que rezasen sus hijos y fue-

sen devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos: pasó grandes trabajos y murió muy cristianamente (I. 1.) (A).

4. Tales eran los padres de la Santa: y tales deben ser los padres con sus hijos, tratándoles como á la prenda más rica, que el Señor depositó en sus manos y de que les ha de exigir cuenta rigorosa. Este cuidado ha de ponerse principalmente en su niñez; porque de los principios penden las grandes cosas, buenas ó malas. En tan tierna edad hacen tal impresión los ejemplos y se imprimen de manera, que no hay tiempo ni adversidad, que del todo les borre; y de ellos se sirven los hijos después para gobernarse en las distintas vicisitudes de esta miserable vida, cuando las pasiones rugen y falta el freno de la paterna autoridad. ¡Ay de los padres que no siguen tan buenos ejemplos! ¡Ay de los que descuidan la educación de sus tiernos hijuelos y no se proponen á sí propios en su conducta como modelos dignos de imitación! Estas son las pruebas más patentes y verdaderas del paternal amor. Mas ¿qué diremos de aquellos

(A) Las citas sin otra advertencia se refieren al Libro que de su Vida escribió Santa Teresa.

Padres, que ni enseñan á los suyos ni permiten que se les enseñe á orar; y maldicen, y murmuran, y escandalizan con su lenguaje y acciones desenvueltas, y leen, y permiten que lean sus hijos novelas inmorales, ó cuando menos frivolas? El castigo no se hará esperar en el otro mundo. Cierto: sin ser profetas podremos asegurarles que los hijos acibararán su vida, haránles llorar lágrimas de sangre; y los padres no tendrán motivos de gloriarse con la honra de aquellos hijos, á quienes no enseñaron bien. Pues si á pesar del buen natural, enseñanza cristiana y dignos ejemplos, aun no faltando la gracia de Dios, tantos hijos prevarican y quedan envueltos en las redes del infernal enemigo ¿qué podrá esperarse de los discolos, y sin enseñanza, ó lo que es peor, con impías enseñanzas? Verdaderamente el mal, que á la sociedad aqueja, hállase aquí: y si hubiera medios de conseguir que todos los padres educaran á sus hijos como á la Santa los suyos, habriase alcanzado la mejoría de las costumbres. Pero aunque no consiguiesen otra que la de sus hijos, los buenos padres quedarían con ello suficientemente premiados. ¿Qué mayor dicha en este mundo que la que proporciona un hijo prudente y virtuoso?

5. Así sucedió á los padres de la Santa. «Pusiéronla, dice el Ilmo. P. Yepes, por nombre Teresa, guiados á lo que se puede entender, por Dios, que sabía los milagros y maravillas, que en ella y por ella había de hacer; porque Teresa es lo mismo que *Tarasia*, nombre antiguo de mujeres y griego, que quiere decir milagrosa. Y ciertamente tal nombre cuadraba bien á la que había de ser un prodigio de naturaleza, una estrella milagrosa de la gracia y un espectáculo de santidad y perfección al mundo; que no lo es pequeño, que una mujer flaca haya emprendido hazañas más que de varones; y á la que tocaba por ser mujer, ser ignorante y ruda, haya sido Maestra y Doctora de la filosofía más alta y más escondidos secretos de la contemplación.»

Como la había escogido Dios para tan altos fines, dotóla de un natural humilde y generoso. Era de un carácter apacible, agradecida y agradable á todos, honesta sobremanera, hermosa y de una discrección tan admirable, que cautivaba á cuantos la trataban. Háblala dado el Señor tan buenas inclinaciones en su niñez, que fueron parte á que su padre la amase más tiernamente que á las otras dos hijas y nueve hijos que

llegó á juntar, casi como otro Jacob. Los buenos ejemplos de los padres, la lectura piadosa y oraciones, de tal modo principiaron á encender en ella la piedad, que ya, teniendo solo siete años, juntábase con otro hermanito de casi su edad, á quien ella más quería; aunque á todos tenía grande amor y ellos á ella, y entreteníanse en leer vidas de Santos. Dejemos hablar á la Madre Teresa. Dice: (I. 2). «Como vía los martirios, que por Dios los Santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios y deseaba yo morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes, que leía haber en el cielo. Juntábame con este mi hermanito para ver qué remedio habría para esto. Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen: y pareceme nos daba el Señor ánimo, si viéramos algun medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos, que pena y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábamos decir muchas veces *para siempre, siempre, siempre.*»

¡Válgame Dios! ¡Cuán pronto principiaron á encenderse en su pecho las llamas del divino amor y á quedar profundamente impresa en su alma la idea de la eternidad! ¡Oh eternidad! ¿Quién te olvidará insensato? ¿Quién no temblará ante ti? ¿Quién no querrá padecer un poco aquí, teniéndote en la memoria, para eternamente gozar? Mas ¿qué digo padecer aquí si los Santos, que de ti no se olvidan, gozan por ello de una paz inexplicable?

Y como lo sintiese así la Santa no de una manera pueril, sino muy agena á su edad, determinóse con su hermanito Rodrigo á poner en ejecución su deseo: y tomando alguna cosilla para comer, se salieron de casa de sus padres con ánimo de ir á tierra de moros á padecer martirio por Jesucristo, como otros dos Justo y Pastor. Pero Dios, que la tenía reservada para otras cosas, contentóse con su deseo y dispuso que un tío suyo les hallase ya fuera de la ciudad y puente, que está sobre el Adaja, y los llevase á su buena madre, que con tristeza les esperaba y les recibió con gozo.

¡Grande sois, Señor, y admirable en vuestros Santos! ¡Ah! ¡Cómo encendeis sus corazones en puro amor!

Viendo, pues, frustradas sus esperanzas de morir por Jesús, consecuente con sus ideas, empleábase con su hermanito en hacer ermitas con unas piedrezuelas, que luego se les caían: pero que manifestaban bien su deseo. Daba limosna como podía, procuraba soledad y rezaba sus devociones, que eran hartas especialmente el rosario, de que su madre era muy devota (I. 2).

Sucedíola, no cumplidos aún doce años de su edad, que Dios llamó á si á su piadosa madre; y entendiendo ella el bien que había perdido, llena de aflicción y con lágrimas en los ojos, llegóse á una imagen de nuestra Señora; y arrojándose á sus pies, toda llorosa suplicábala que fuese para ella madre.

¡Ah Señora: cuán de veras lo sois para los que humildes y con sinceridad se os encomiendan por hijos! ¡Oh Señor mio, exclama aquí la Santa, pues parece teneis determinado que me salve, plega á vuestra Majestad sea así; y de hacerme tantas mercedes como me habeis hecho, ¿no tendrades por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada, á donde tan contino habades de morar? (I. 3).

6. Son de admirar los devotísimos afectos, que puso Dios en el alma de la Santa, y la tierna gratitud con que ella correspondió á su Amado. Porque si la decisión que tuvo para poner en práctica sus deseos de alcanzar la gloria por el martirio admira, su ingeniosa ocupación en cumplir sus muchas devociones encanta; y el arrojó de ponerse á los pies de la imágen de María Santísima, y solicitar de ella fuese su *madre*, pues había perdido la de la tierra, enternece hasta derramar lágrimas. Su aplicación á las otras cosas lícitas, aunque de la tierra, no fué corta; ni su aprovechamiento digno de que no se advierta, puesto que á los siete años de edad, y aun antes, leía las vidas de los Santos entendiendo de tal manera lo que leía, que se abrasaba en deseos de imitarles. Pero lo que hace más al caso y conviene que no olviden los padres de familia, es lo que tantas veces dice, y nosotros hemos de repetir, á saber: que los ejemplos, lectura y ocupaciones, así como el trato de personas influye sobremanera en el adelanto ó perdición del espíritu. Prueba de ello, aunque dolorosa, que la hizo derramar muchas lágrimas, es lo sucedido á la Santa. Las buenas lecturas y ejemplos de sus pa-

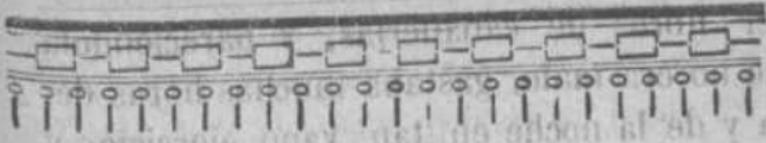
dres ¿pusieron santo fuego en su tierno corazón? Apagáronle, ó no permitieron que brillara y siguiera su dirección celestial las lecturas frívolas y las conversaciones del mundo. ¿Aviváronle más adelante los ejemplos de las buenas monjas? Adormeciése otra vez con los humanos tratos y necesárió fué para encenderse nuevamente que el Señor la visitase con gracias sobrenaturales, que la reprendiese, que leyese á San Gerónimo y San Agustín, y la hiciese profunda impresión la vista de Jesucristo atado á la columna y todo llagado.

¡Ay Dios! ¡Cuán poco caso hacen hoy de tales cosas los padres, y cuán fácilmente permiten que sus hijos lean y releen libros inmorales, y tengan compañeros viciosos, y estampas nada honestas, de que quizás se hallan cuajadas las paredes de su casa! ¿Qué haceis de ese talento, qué más que un talento vale un hijo? ¿Qué cuenta vais á dar de él? ¿Cómo sufrireis las iras de Dios al ver la pérdida de vuestro hijo, por quien derramó su sangre el Verbo, encarnado por nuestro amor? Y ¿teneis valor para no amarle si es hijo vuestro, ó para aborrecerle amándole Dios?

Que si tales ejemplos, lecturas y compañías hicieron más de una vez mella en el

bien templado corazón de la Santa ¿qué no harán en el de vuestros hijos? Ella acaso pecó venialmente, ó perdió muchos años de adelantos en la perfección y se privó de muchas gracias, ¿en cuántos pecados graves, y aun crímenes espantosos, no se hallan vuestros hijos expuestos a caer por la misma causa, y quizás para no levantarse más?

No lo quiera Dios.

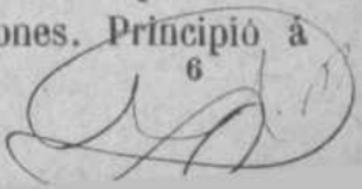


...en tan en extremo lo que en esto se en-
...que si se lea libro nuevo, no se parece
...tener contento. Tanto es el daño que hace
...la lectura de malos libros, que aunque han-
...los no ser de suyo pecados, sino ser em-
...to origen de muchos males. Resolvió el ab-

CAPÍTULO II.

1. *Prosiguese lo mismo y se prueba cuánto mal hacen los no buenos libros y compañías, lo cual fué parte á que la Santa fuese perdiendo sus virtudes.*—
2. *Cómo el Señor provee á que las adquiere de nuevo con las buenas compañías y la lectura de las epístolas de San Gerónimo.*

1. Es tan delicada la planta de la virtud, que si no tiene bastante riego, poco á poco desmaya hasta agostarse y el viento ábrego de las cosas de este mundo la priva de su lozanía. Así pasó á Teresa, que sin apoyo, ni arrimo en si casa, fallecida que fué su madre, pues su padre habia de estar ocupado en sus obligaciones, aflojó insensiblemente de aquel fervor, con que antes cumplía con sus obligaciones. Principió á



leer libros de caballerías, y pareciéndola que no era malo, gastaba muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio; y era tan en extremo lo que en esto se embebía, que si no tenía libro nuevo, no la parecía tener contento. Tanto es el daño que hace la lectura de vanos libros: que aunque leerlos no sea de suyo pecado, suele ser empeño origen de muchos males. Resfriase el alma en sus piadosos fervores: obscurécese la centellita de la gracia: estrágase el gusto: no se halla deleite alguno en las devociones, y el corazón vuélvese vano y curioso, manteniendo al alma envuelta en miserable red, cuyas mallas no romperá, porque las desconoce: y hallando sensible gusto en aquella cárcel, en ella permanece tiempos y tiempos hasta faltar á sus obligaciones; primero en poco, en mucho después, si el Señor no lo remedia.

A consecuencia de tal costumbre nacieron en Teresa deseos de parecer bien: y para lograrlo comenzó á traer galas, á tener mucho cuidado de sus manos y cabellos, y hacer uso de olores y otros afeites y vanidades, que en esto podía tener. Es verdad que en ello no tenía mala intención, porque no quería que nadie ofendiese á Dios por ella; pero

metióse sin sentirlo en imperfecciones, que la condujeron á pecados veniales; y puerta son estos de otros más graves, si luego no se acude con el oportuno remedio.

Acaso lo permitió Dios para que humillándose ella y llorando estas faltitas toda su vida, se purificase de manera que fuese en lo posible con la gracia divina esposa regada de Jesús.

Persuadida del daño que á las almas, especialmente en la niñez, hacen así los malos libros, como las compañías, desea que llegue á oídos de todos los padres, y escribe: «Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres, que no procuran que *vean sus hijos siempre cosas de virtud en todas maneras*; porque con ser harto virtuosa mi madre,.... de lo bueno no tomé tanto en llegando á uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho.» (II. 1.) Y diciendo cual sea esto, y sincerando á su madre pero no á sí misma, continúa: «Era aficionada á libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor, sino desenvolvíamos para leer en ellos; y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus

hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos.»

¿Veis, pues, oh padres de familia? Aun no admite como buena costumbre la lectura, que siendo honesta, no impidiendo el cumplimiento de las obligaciones, sirviendo de recreo al ánimo, distracción á los trabajos y remedio á los hijos, no parece reprehensible. Pues ¿qué palabras bastarán á reprobar la costumbre que los padres, al menos muchos, tienen de leer, ó permitir que se lean en su casa libros perniciosos, inmorales, heréticos, escandalosos y favorecedores del libertinaje, periódicos y folletos impios, etc., etc.? Si no permitís en manos de vuestros hijos venenos, ó armas peligrosas; y se las arrebatáis de contado y poneislas en parte, que ni por sí, ni por otras personas puedan adquirirlas, y hacéis bien ¿por qué no trabajáis siquiera con el mismo ahínco para preservar de la perdición su alma, que vale más que mil vidas? Mal amigo es un mal libro; porque como no se enfada, aunque se le arroje alguna vez, allí permanece; y callando vuelve á hablar como antes, y acaso en peor ocasión cuando el ánimo se halla atormentado por alguna fatiga ó persecución. Y ¿qué? Parecele al lector luz el fuego, agua el

veneno, remedio la enfermedad: y buscando calor se abrasa; satisfacción á su sed, se envenena; salud, se dá la muerte.

En cuanto á las malas compañías todos se hallan persuadidos muy bien del daño que hacen; pero habiase de poner mucho más cuidado en las de los amigos y personas que frecuentan la casa y no son abiertamente malas, ni inclinadas á la perversidad; porque sus resultados son más seguros y sensibles cuanto más tardios. Infiltrándose entonces como dulce veneno, van conaturalizando á la persona con el mal y afirmando sus pasiones hasta llegar á lo peor, cuando ya el remedio no alcanza. Como cuando cae al suelo una casi apagada pavesa, que como es imperceptible, no es notada y serpea por lo bajo, y vase apoderando poco á poco hasta que, dormidos ó descuidados los dueños de la casa, inflámase de repente y se apodera de ella y la abrasa hasta reducirla á cenizas y á sus dueños con ella. Empero si el incendio es tal que luego se nota, á campana tañida corren presurosos los vecinos, y aunque con trabajo le dominan y apagan. Así sucede con las compañías. Cuando son abiertamente malas, se huye de ellas y se las aborrece; y cuando la frecuencia

falta, el mal no crece, ó se nota y remedia: más si son de sirvientes de casa no abiertamente malos, el peligro crece tanto más, cuanto menos es notado.

Laméntase la Santa de ello repetidas veces, y dice: «Si yo hubiera de aconsejar, dijera á los padres, que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas, que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes á lo peor que á lo mejor.» Y antes: «Porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar á criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él.» (II. 1.) Y más adelante: «Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer, en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querria escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto.» (II. 2.)

No acaba la Santa de ponderar los males que de las compañías no buenas resultan á las costumbres, y de encarecer á los padres una prudente vigilancia: no copiamos sus palabras para no ser prolijos; pero basten por ahora las referidas.

Veamos lo que con las compañías la sucedió. Aficionóse al trato de una parienta suya, cuya conversacion era vana y pueril; y no paró en esto, sino que como entraban en su casa unos primos hermanos, que la tenían grande amor y eran próximamente de su edad, ella naturalmente agradecida, en todas las cosas que les daban contento les sustentaba plática y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, lo cual de tal manera la mudó, que de su buen natural y alma virtuosa no la dejó casi nada. (II. 1. 2.)

Pero sea Dios bendito. Como el Señor amaba tanto á la Santa, á la que habia elegido para grandes cosas, habíala dotado de un alma, que aborrecia el mal y amaba el bien, y la inclinaba á él aun entonces que ella estuvo más cerca del peligro. Tenia tal afecto á la honra, que no la hubiera perdido por cuanto el mundo encierra, cosas que la contuvieron para que no perdiese todo el bien. Así dice: «Y pues nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecia, sino á pasatiempo de buena conversacion; mas puesta en la ocasion, estaba en la mano el peligro.» (II. 3.)

2. De él la libró buenamente su padre como previsor amoroso; pues apenas pasa-

ron tres meses en estas conversaciones, ó no pasados aún, como se hubiese casado una hermana de la Santa y al padre y á la hermana no fuese facil cuidar de ella, llevóla aquel á un monasterio de monjas de San Agustín, llamado de Nuestra Señora de Gracia, que habia en Avila y en donde se educaban otras doncellas nobles y seglares. (II. 3.)

No parece sino que Dios nuestro Señor permitía en su amada Teresa aquellas imperfecciones, faltas y caídas para atraerla á sí poderosa y suavemente, y elevarla á inconmensurables alturas y favores de tal modo, que no hubiese fuerza suficiente á separarla de su Amado; porque como dice San Agustín, Dios no permitiría que hubiese males si no fuera poderoso para sacar de ellos grandes bienes. Asi vemos cumplirse aquí las palabras de la Sagrada Escritura, á saber: «que de las tinieblas saca Dios luz.» (Job. XII. 22.) y «hace que las mismas tinieblas luzcan:» (2.^a Corint. IV. 6.) porque, á no haber precedido las circunstancias de que hemos hecho mención, la Virgen Teresa no hubiese sido llevada al convento de Nuestra Señora de Gracia.

No habian transcurrido aún ocho dias desde que entró en él, cuando sintió reno-

varse interiormente su espíritu é inundársele de dulce paz y gustoso deleite. (II. 4.)
Recreábase con los buenos ejemplos de aquellas piadosas mujeres; tenía grandes deseos de las cosas eternas, y una santa envidia de aquellas en quienes notaba don de lágrimas ó virtudes; rezaba mucho y se encomendaba á to las para que el Señor la colocase en el estado en que mejor le pudiese servir. Y es de notar que aunque, cuando allí entró, tenía gran enemistad por ser monja, pasado algun tiempo, con las buenas conversaciones y ejemplos de aquellas siervas, especialmente de una que estaba con el cuidado de las seglares, aunque no deseaba este estado, llenábase de temblor con el de casada. (III. 4.)

Contábala aquella discreta y santa compañera cómo ella había venido á ser monja por solo leer lo que dicen los Evangelios: «muchos son los llamados y pocos los escogidos.» (Mat. XX. 16.) y ponderábala el premio que dá el Señor á los que todo lo dejan por Él.

Al fin después de año y medio que estuvo en aquel convento, creció de tal manera en la virtud, que ya deseaba más que nada hollar el mundo y dejarlo todo por Jesús,

entrándose monja, mas no en aquel convento sino en otro, en el cual tenía una amiga, llamada Juana Suarez, que todavía el amor no era tan puro en ella, que se hubiese desprendido de todo afecto natural. (III. 1.)

Pero lo que más la afirmó en sus buenos deseos fué lo que ahora diré. Como había caído en grave enfermedad, su padre la llevó á casa para curarla; y hallándose convaleciente ó buena ya, quiso traerla consigo D.^a María de Cepeda hermana suya para deleitarse con su vista y tenerla en su compañía; porque era mucho lo que la amaba y lo mismo su marido, quienes á no consultar otra cosa que su deseo, la hubieran tenido siempre con ellos. Para llegar á Castellanos de la Cañada, en donde vivia, era necesario pasar camino recto por un pueblo que se llamaba Hortigosa, en que habitaba Pedro Sánchez de Cepeda, tio suyo, el cual, como la amaba tiernamente, la retuvo en su casa algunos dias. Era este tio, hermano de su padre, viudo, muy cristiano, de grandes virtudes y á quien el Señor disponia para sí, tanto, que después fué fraile y acabó de suerte, que es de creer que goza del Señor. Y como el amor de

Dios es de suyo difusivo, por él puso á la sobrina en los propios ejercicios, en que se ocupaba; que no eran otros que leer buenos libros y hablar de Dios y de la vanidad del mundo. Tal impresión la causaron una y otra cosa, que comprendiendo cuán pronto se pasa la vana gloria de este mundo, cuánto perjudica, y el peligro que había corrido de ir al infierno, á seguir la vida que antes, se determinó á forzarse para tomar el estado de monja por ser el mejor y más seguro. (III. 2.)

En los tres meses, que duró esta batalla interior, hacíase las siguientes reflexiones: que los trabajos y penas de ser monja no podían ser mayores que los del purgatorio, y pues habría merecido el infierno, no era mucho que lo que viviese fuera como en purgatorio: que después iría al cielo, que era todo su deseo: que no era mucho que pasase por Jesús algunos trabajos toda vez que Él sufrió tantos por nosotros y Él la ayudaría á llevarlos. Por último, libre ya de unas calenturas, que con fuertes desmayos la dieron; animada con la lectura de las cartas de San Gerónimo, determinóse á pedir licencia á su padre para llevar á cabo su deseo: mas como él amaba tanto á la Santa,

ni con ruegos, ni con lágrimas, ni con recomendaciones pudo lograrse de él otra cosa que, luego que acabase sus días, hiciese ella lo que más la agradase.

Era tan honrosa la Santa, que, hecha una promesa, no había de faltar á su cumplimiento: y como para ella principiar equivalía á concluir, bien podía asegurarse que llevaría á efecto su resolución muy pronto, si Dios no lo estorbaba. (III. 3.)

Veis aquí otra vez á nuestra Santa como nave, á la que sopla viento favorable, marchar serena y veloz á los más altos mares; como águila real mover sus alas y alzar su vuelo más allá de las nubes, donde la tempestad se engendra, para ir á posar como paloma en el pecho de su Dios, única parte en donde puede hallarse consuelo. Debióse este cambio saludable, además de la gracia divina, á sus puros deseos, á las buenas lecturas y honradas compañías.

No será, pues, nunca bastante recomendado á los padres este encargo de la vigilancia, que en tales cosas deben tener con sus hijos. Para conseguirlo tomen por protectora á esta Santa, que tan repetidamente les avisa, y lograrán buenos resultados.

Por lo demás; no será infructuoso rogarles que concurren con sus limosnas á sostener los institutos religiosos; y cuando otra cosa no pudieren, encomienden á Dios á los que en ellos suplen nuestras faltas: no permitan siquiera que se hable mal de ellos, ni de las personas que allí moran, ni de su género de vida; porque corren unos tiempos, que aun á las personas bastante inflamadas en el amor de Dios parece bastante contentarse con principiar por poco

Por lo demás; no sera infundado lo-
carles que concuerda con sus limosnas y sus-
tener los institutos religiosos; y cuando otra
cosa no pudieran, encomendarlos á Dios, y los
que en ellas supiesen nuestras faltas; no por-
tanto algunas que se hablan mal de ellos,
ni de las personas que allí moran, ni de su
gobierno de villa; porque corren unos rui-
dos, que aun á las personas bastante justas
luchan en el amor de Dios, parece bastante
conveniente con principio por poco

CAPÍTULO III.

1. *Toma el hábito Santa Teresa en el monasterio de la Encarnación de Avila.—*
2. *Profesa ya, enferma gravemente y sale del monasterio à curarse.—*
3. *Acreciéntanse las enfermedades y dolores. Consigue sacar del pecado á un Sacerdote.—*
4. *Vuelve al convento y después de tres años sana por la intercesión de San José.*

1. Tales deseos tenía nuestra Santa de servir al Señor con la perfección posible, que, sabiendo que no es digno de Jesús el que por Él no deja padre y madre, familia y mundo; como viese la oposición de su buen padre, de la misma manera que antes persuadió á su hermano Rodrigo, para irse entrambos á buscar la muerte por Dios á tierra de moros, así ahora convenció á su otro hermano Antonio á que, abandonando

el mundo, sirviese á Dios como fraile. Y ella, yendo delante con el ejemplo, acompañada de solo Antonio, presentóse en el monasterio de la Orden de Nuestra Señora del Cármen, llamado de la Encarnación en Avila, y tomó el hábito á dos de Noviembre de mil quinientos treinta y tres, cuando tenía poco más de diez y ocho años.

Pintar la desolación, que su alma sintió al salir de la casa de aquel padre tan amoroso y amado y dejar su tan querida familia, es poco menos que imposible, porque aun el sentimiento de la muerte no había de ser tan grande. Pues si bien es verdad que ya no miraba descanso alguno, y que por el remedio de su alma y para servicio de Dios se hallaba dispuesta á romper por todo, costara lo que costara; mas como el amor de Dios no era tan perfecto, que sufriese por su gusto toda pena, costóla tanto, que parece que cada hueso se le arrancaba de por sí.

Esta fué según ella la causa de su dolor; pero á nosotros toca, alabando su humilde modestia, buscar otra que sea no menos cierta y la cual ella no declara.

Yo juzgo que la retiró el Señor la gracia sensible para que fuese más excelente el

mèrito de su decisi3n, porque, como dice muy bien ella, cuando por solo Dios se hace algo «hasta (en el) comenzar lo quiere, para que m3s merezcamos, que el alma sienta aquel espanto; y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio y m3s sabroso se hace despu3s.» (IV 1.) Y contin3a diciendo palabras, que son un magnifico consejo que debemos tener siempre en la memoria, porque contribuye mucho 3 darnos 3nimo varonil para llevar 3 cabo nuestras buenas resoluciones. «Jam3s aconsejar3a, dice,... que cuando una buena inspiraci3n acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer (que) suceder3 mal, que poderoso es para todo» y su bondad inmensa y su fidelidad exacta en sus promesas faltar no puede.

As3 en este caso la ayud3 Dios, premi3ndola muy luego; porque 3 la hora de haber entrado en el convento, la di3 una dulce y grande alegr3a, que no la ha faltado jam3s por tener tal estado. D3banla deleite todas las cosas de religi3n y recib3a tal placer en todo, que cuando se ejercitaba en los oficios m3s bajos, como en barrer, reflexionando que en otros tiempos empleaba las mismas

horas en su regalo y vanidades, se admiraba y no podía entender de dónde la venía tanto gozo; y con solo acordarse después de aquello, concebía tal ánimo para emprender cualquier negocio á honra de Dios, que nada era suficiente á contenerla. Observaba fiel y religiosamente todos los actos de comunidad, y deshaciase en lágrimas por las ofensas, que ella había hecho á su Dios, y por las que recibía de los hombres: don de lágrimas en que hallaba consuelo y que tuvo toda su vida. Amada de sus compañeras, pasado que fué el año del noviciado, profesó dando de mano al mundo y á los placeres más lícitos del mismo para ofrecerlo todo á Jesús, dulce esposo de su alma. (IV. 1.)

2. Aunque con las penitencias, con su constante observancia en todo y asidua oración se había resentido no poco su delicada salud, no vaciló en profesar. ¡Tales eran sus deseos! Mas pasado algun tiempo apretáronla reciamente y con frecuencia las enfermedades, quedándola muchas veces sin sentido, las demás casi sin él.

Su buen padre puso cuantas diligencias podía para lograr la salud de su hija muy mada, mas aunque lo consultó con no por

cos médicos, ninguno le dió esperanza de remedio: y como en aquel convento no se prometía entonces clausura, y corría fama que en un lugar se sanaban muchas enfermedades, su padre con licencia llevó allá á su hija. Había de seguir el camino que la pasada vez, disponiéndolo así Dios para bien y aprovechamiento de la Santa; y al llegar á Hortigosa, Pedro Sanchez de Cepeda, de cuya piedad ya hemos hablado, recibió á su sobrina muy contento, tornando á las reflexiones que nunca dejaba y que ahora ya mejor dispuesta habían de hacer profunda huella en el corazón de ésta. Dióla á leer un libro, intitulado *Tercer Abecedario*, que enseña á tener oración de recogimiento y fué para ella su primer maestro y como los fundamentos sobre los cuales edificó aquel monumento tan maravilloso de sus virtudes.

Henos aquí, oh padres de familia, nuevamente con otra prueba de la utilidad y muchas veces aún necesidad de leer buenos libros.

Había salido Teresa del convento á principios del invierno, mas cuando llegó al pueblo en que se iba á procurar la cura, y supo que era menester esperar á que viniera el verano para que la naturaleza estu-

viese mejor dispuesta y la medicina obrase, para no andar yendo y viniendo, para esperar el mes de Abril quedóse en casa de su hermana D.^a Maria de Cepeda en Castellanos de la Cañada, que estaba cerca. (IV. 2.)

3.ª Parece que el Señor la había escuchado, concediéndola esta enfermedad, que tanto se agravó después. Porque en el año del noviciado anegada en gran fervor y con santa envidia de los trabajos y mal de una monja, que tenía unas grandes bocas en el vientre, por donde arrojaba la comida, de lo cual murió y habían mucho miedo las otras monjas, ella rogó al Señor se la diese con cuantas enfermedades fuese servido. (V. 1.) Y aunque no en aquella suerte, se la concedió no menos penosa, pues hubo de sufrir grandes trabajos en tres años que duró.

Estuvo en aquel lugar, á donde fué á curarse, tres meses con grandísimos dolores; porque á los dos en fuerzas de medicinas la tenían casi acabada la vida, y el mal de corazón, lejos de aliviarse, hizose tan terrible que la parecía que con agudos dientes la asían de él, tanto que temían fuese rabia. No podía comer cosa alguna; sufría una fiebre ardentísima y continua; e straga-

da con una purga diaria, consumida, hecha un puro fuego, encogiónsela los nervios con tan horrorosos dolores, que no pudo gozar descanso alguno. Parecía imposible haber sufrido tantos tormentos juntos, si Dios no la hubiera ayudado. Recordaba entonces cuán bien lo había dispuesto el Señor y miraba cuánto consuelo recibía en la oración, que aprendió á tener en el libro que su tío la diera. Repetía con la boca y rumiaba con la reflexión aquellas palabras del paciente Job, á quien tomaba por modelo y cuya historia había leído en los Morales de San Gregorio: *«Pues recibimos los bienes de la mano del Señor ¿por qué no sufriremos los males?»* (V. 3.)

¡Oh Señor! ¡Qué buen médico sois! Curais los males con remedios contrarios, y así como vuestra sierva halló en los malos libros su flojedad en cumplir vuestra santa ley y gran peligro de perderse, con los buenos la salvais y devolveis á Vos. La dais santa salud en el alma, fortaleza en los peligros, ciencia en la meditación, humildad en los favores, paciencia en los trabajos y tormentos, y en todo prudencia.

Con estas virtudes convirtió á un desgraciado sacerdote, que se hallaba envuelto en

miserable perdición. Confesábase con él mientras estuvo en la población á donde fué á curarse, y comparando éste su vida y vicios con la vida y virtudes de la Santa aun en medio de tantos tormentos, no dejaba de admirarse, ni de oirla con placer hablar de Dios. Confuso, en fin, y avergonzado de sí mismo, declaró su desgracia: y, desprendiéndose de un regalo, que le había dado la mujer, causa de su perdición, (que esa fuerza tienen los regalos, mucho más si se traen consigo, encendiendo con su vista el asqueroso amor de la carne) principió á abrir á la verdadera luz los cerrados ojos de su alma, y arrepentido lloró sus pecados por espacio de un año, al cabo del cual murió en camino de salvación. (V. 2.)

En el tiempo que estuvo en Becedas y en el siguiente hasta diez y ocho años después, su oración fué como se la había enseñado el divino Maestro y ella aprendió en el *Tercer Abecedario*. Procuraba lo más que podía tener presente á Jesucristo nuestro Señor; y cuando pensaba en algun paso de su vida ó pasión, le representaba en su interior: contemplaba las virtudes de Jesús y el amor que nos tuvo, y se ayudaba de algun piadoso libro, en el cual leyendo unas

veces poco, otras mucho y varias con solo abrirle, se recogía su espíritu y miraba tierna y amorosamente á su Señor. Regalábala Él abundantemente con los tesoros de su gracia elevándola á un grado muy alto de contemplación, si bien no con tanta plenitud y perfección como después.

Su buen padre, pasados tres meses, tornó á llevarla consigo harto peor que lo que fuè. Cuantos médicos la vieron entonces, afirmaron que no tenía remedio, porque sobre los males ya contados, decían, estaba ética. Ella muy amiga de confesarse á menudo y deseosa de honrar á la Santísima Virgen, su madre, en el misterio de la Asunción, quiso confesarse en el dia de dicha festividad; pero su padre no se lo permitió para no aumentar su pena, porque pensó que el querer esto era de miedo de morirse. Y pudo muy bien suceder, porque aquella noche la dió un parasismo, que la quedó sin sentido casi cuatro dias. Diéronla el sacramento de la Extrema-Unción, y esperando su muerte de uno á otro momento, decíanla el Credo sin cesar; y por tan muerta la llegaron á tener, que para unir los párpados de sus ojos y que no quedase con ellos abiertos, la echaron en ellos cera, con

que se encontró cuando volvió en sí. Lloraba sin consuelo su padre lleno de dolor, porque se había opuesto á que se confesara: clamaban á Dios y oraban sin cesar todos los de la casa y con ellos aquella monja Juana Suarez, amiga suya, que con ella había venido y la acompañaba en todo. (V. 4.) Decían al padre que bien podía enterrársela, pues estaba ya muerta; pero él exclamaba que no era así, que aquella hija no era para enterrada, y no permitió que del lecho la bajasen. «Cuando volvió en sí, escribe el Ilmo. Yepes, cap. VI., principió á decir que para qué la habían llamado, que estaba en el cielo, y que su padre y su amiga Juana Suarez, se habían de salvar por su medio; y vió los monasterios que había de fundar, y lo que había de hacer en la Orden, y cuantas almas se habían de salvar por ella, y que había de morir Santa y en su sepulcro se había de poner un paño de brocado.» Y fué la verdad; porque el paño de brocado púsole después en su sepulcro la Duquesa de Alba y afirma lo demás persona tan digna de crédito como el P. Yepes, doctísimo confesor de la Santa. El muy sabio P. Fr. Domingo Bañes, también confesor de Santa Teresa, predicando

en 1587 en el convento de Carmelitas de Salamanca, esto es, cinco años después de la muerte de la bienaventurada Madre, afirmó que ésta en la ocasión referida vió también el infierno, según diremos más adelante en el capítulo X.

Cuál quedaría de esta enfermedad nuestra Santa puede muy bien comprenderse por lo que dice: «Solo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida: la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; solo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar á mí, no había cómo; porque todo estaba tan lastimado, que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un cabo y otra de otro, me meneaban, esto fué hasta pascua florida.» (VI. 1.) Quedáronla después cuartanas dobles que en los frios la atormentaban con

dolores insoportables; mas con todo hizo-se llevar al convento; y como ella dice, á la que esperaban muerta recibieron con el alma; pero el cuerpo peor que muerto para dar pena verle, porque no tenía sino huesos.

4. Pasados ocho meses en la casa de su padre con los trabajos que llevamos referidos, llegó al monasterio, donde permaneció tullida tres años enteros, si bien mejorando poco á poco. Todo lo llevó con gran conformidad al principio, y con mucha alegría después, hallándose tan conforme con la voluntad divina, que si Dios hubiera querido tenerla siempre así, lo hubiera recibido con júbilo. Cuando principió á andar á gatas, alababa al Señor; porque igualmente recibía de su mano la salud ó la enfermedad, la vida ó la muerte. Si alguna vez deseaba sanar, sus ansias eran no de salud, sino para estar á solas en la oración, porque en la enfermería no había lugar para ello. (VI. 4) Confesábase con frecuencia: trataba mucho de Dios: de modo que todas quedaban edificadas, pareciéndolas imposible sufrir tanto mal con tanto contento. De nadie hablaba mal por poco que fuese: escusaba la murmuración, y persuadía á obrar bien

en todo á las que con ella estaban, quedando en ellas con el ejemplo y la persuasión esta costumbre. Todas sabían bien que, aunque ausentes, ante la Santa tenían bien guardadas las espaldas: buscaba soledad y lloraba sus faltas de manera, que se enojaba consigo mismas, viendo que á pesar de tanto llanto y gracias del Señor, caía de nuevo, es decir: lloraba de que sus lágrimas no fuesen tan eficaces que impidiesen toda imperfección. (VI. 2.)

Tales son los efectos que en el alma de los justos produce la gracia del Señor. Donde no hay falta sienten ellos humildad y párecesles ingratitud, porque creen que no corresponden á su Dios, ni en razón de los bienes recibidos, ni de sus fuerzas: las faltas inadvertidas juzganlas como pecados veniales, y á estos miran con horror como muy cercanos al peligro de perderse. ¡Plugiera al Señor que les imitásemos en esto y no hiciéramos como los que no piensan en Él, hombres mundanos, que tragan la iniquidad como el agua, los cuales, llevados de la costumbre, creen no ser pecado lo que lo es gravísimo!

Como viese la Santa que los remedios y médicos de la tierra no la daban la salud,

que deseaba para servir á Dios; porque á no ser por esto determinada estaba á morir así antes que poner en peligro su alma y no agradar al Señor en todo, acudió á los del cielo y tomó por protector y abogado al glorioso San José. Suplicándole humilde con oraciones, y misas, y varias mortificaciones, prontamente oída, obtuvo la salud, que para ella había de ser ocasión de tantas lágrimas y humildad (VI. 3.)

¡Cuán cierto es que no sabemos qué estado nos conviene mejor, y que desconocemos el tesoro escondido en las persecuciones, enfermedades y pérdidas temporales que los del mundo llaman desgracias!

Cosa es que espanta, diremos con Santa Teresa, las grandes mercedes, que no solo á ella, sino á cuantos son humildes y fervorosos devotos de San José, ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, y de los peligros que ha librado así de alma como de cuerpo: que á otros Santos parece les ha dado Dios gracia para socorrer en una necesidad, á este en todas: que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. (VI. 3.) «Que

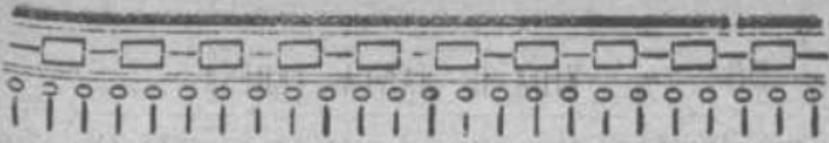
no sé, continúa más adelante, como se puede pensar en la Reina de los ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que les ayudó en ellos.

Acudamos, pues á él en nuestras necesidades: no le olvidemos en nuestras oraciones; porque él las despachará en beneficio nuestro: él las enderezará á mayor honra y gloria del que tantas veces llevó en sus brazos. Y como la Virgen santísima para ser Madre del Verbo encarnado, fué enriquecida por Dios, así lo fué este Santo para ser digno esposo de María, ayo y padre putativo de Jesús. Padres de familia, oficiales, caminantes, perseguidos, reyes y toda clase de personas y condiciones deben ponerse bajo su protección y amparo, como la Iglesia católica, que le ha elegido por su Patrono, para que así como en la tierra cuidó tanto de las cosas de Jesús, haga hoy en el cielo lo mismo con la Iglesia católica, esposa muy amada de Jesús. Es San José protector de la castidad, como virgen que fué; de los casados, pues fué esposo de la santísima Virgen María; de los Confesores, Mártires y Apóstoles, porque confesó á Jesús y le predicó y padeció por Él; de los ofi-

ciales y magnates, de los pobres y humildes, y de los que de reyes descenden; de los sacerdotes y de los legos, de los que viven y de los que mueren: en una palabra, de todos en todo. Protector en la pureza de la fé y de las buenas costumbres, en los tiempos que atravesamos debe ser para nosotros nuestro refugio: acudamos á él con frecuencia. Y para alcanzar mejor lo que deseamos en esto, ofrezcámosle nuestras oraciones por la mediación de Santa Teresa, la cual también derramaba lágrimas cuando miraba los daños que los herejes hacían sufrir á la religión. Estas lágrimas caían de sus ojos por el zelo de la gloria de Dios y por la caridad amorosa para con todos. Por estas razones hubiera discutido con los herejes hasta convencerles, y por la salvación de estos hubiera derramado gustosa toda su sangre. ¿No ha de ser atendida del bienaventurado San José y escuchada por Dios?

Santos benditísimos, mi persona y mis cosas, y las personas y cosas de cuantos en alguna manera me pertenecen, os encomiendo con toda mi alma.

Seguras estarán en vuestras manos.



CAPÍTULO IV.

1. *Advertencia importante.*—2. *Por qué causas perdió las mercedes que el Señor le hacía.*—3. *Engañada, deja por espacio de un año la oración mental.*—4. *Muere su padre. Sale ella del convento para asistirle en su enfermedad y halla un buen consejero.*—5. *El no haber dejado del todo la oración la preserva del mal.*—6. *Despierta el Señor su alma.*

1. Cualquiera que desconozca el espíritu humilde de los Santos, ó leyendo su vida no se fije bien, al oír las confesiones que de sus faltas hacían, creerá sin duda, ó que fueron grandes pecadores, ó que la humildad cegó sus ojos, ó que mintieron en sus aseveraciones. Ninguna de estas tres cosas es verdad. Cuanto á lo primero, saben bien que Dios abate á los soberbios y ensalza á los humildes; y aun sin pretender ellos ser

ensalzados, sino que lo sea tan solo Dios en su gloria, pone el Señor en ellos la humildad, que procuran fomentar con frecuentes reflexiones y obras. Porque como la fé alumbrá sus entendimientos, ven en Dios sin estudio alguno más perfecciones, y de una manera más acabada que los perspicaces y grandes talentos: cuentan, ó más bien, páreces imposible contar el número sin número de inacabables beneficios, con que el Señor los enriquece: consideran que estos beneficios crecen en proporción de los esfuerzos con que animosos quieren ser agradecidos; y que cuanto más pagan, más deben, porque la gratitud es una nueva gracia y deuda, y mirando aquella grandeza infinita, piélagó inmenso de bondad y perfecciones de su Dios, enmudecen y quedan asombrados: y volviéndo después los ojos á sí mismos y á lo que están obligados en proporción de las gracias recibidas, se abaten, rinden, humillan y anonadan. De aquí el que, comparados con Dios, se crean menos que la última molécula comparada con el universo; y cuanto más excelentes sean su fé y santidad, tanto mejor ven la inmensa distancia de ellos á Dios, con quien la comparación es imposible. ¿Qué pueden ser

ante Dios nuestra fortaleza, prudencia, justicia, humildad, zelo, fervor, esperanza, caridad, etc., sino flojedad, imprudencia, desigualdad, soberbia, descuido, pereza, desconfianza, odio, nada? Pero el Señor, por decirlo así, toca nuestras cosas y las santifica, eleva y da mérito. Hemos aquí otra vez con el beneficio de Dios: Dios en todo: para Dios todo. ¿Qué extraño es que los Santos juzgaran así de las cosas, y nosotros los hombres del mundo no? Su medida es otra medida; su razón otra razón; su vista otra vista; su criterio otro criterio: pero son la medida, la razón, la vista y el criterio de la verdad.

Vemos, pues, como consecuencia de verdaderos principios, que los Santos en las faltas que confiesan, no fueron grandes pecadores; salvo aquello que palpablemente iba contra la ley de Dios, pues nosotros nos referimos únicamente á sus aseveraciones humildes: vemos que su humildad no les cegó, y que no mintieron al contarnos sus cosas.

No queremos decir tampoco que la Santa no aflojase después en su fervor, ó que no cayese en pecados veniales, ni tuviese imperfecciones; sino que Dios la tuvo de su

mano para que no cayese en pecado mortal y que en la gracia con que la enriqueció amoroso, diónos à conocer la bondad y misericordia, con que la atendía.

También es verdad que cuanto más numerosos y graves hayan sido los pecados de que el Señor libró, cuando á sí atrajo, á los que después fueron Santos muy amados suyos, más brillan la misericordia y el poder de Dios, y conócese mejor la animosa correspondencia de los Santos.

Los que ella llama pecados, y como tales llora, no fueron otros que el haber aflojado en su favor; el no haberse separado de conversaciones, aunque honestas, con personas que la visitaban, en lo cual perdió un tiempo precioso para su alma; en vivir en los peligros, que de estas ocasiones pudieron nacer; en haber dejado la oración mental por un año entero, creyéndose indigna de las mercedes del Señor, y en contentarse con cumplir exactamente tan solo aquello á que, como las demás compañeras, estaba obligada y con el rezo de oraciones vocales.

Por lo demás siempre aborreció el pecado mortal y cuanto pudiese quebrantar la pureza del alma: no sabía que tales cosas

fueran pecado, y como lícitas se las permitían sus Preladas, porque sin licencia jamás hizo cosa alguna. (VII. 4.) Más aún: había dicho un confesor no haber en ello inconveniente alguno, aunque tuviese subida contemplación (VIII. 6.) Vanagloria, ¡gloria á Dios! jamás la tuvo: era paciente; no decía mal de nadie, ni lo permitía; á todos quería bien; no era envidiosa; carecía de codicia (XXXII. 4.) (VIII.) Apartábase muchas veces á soledad á rezar, leía mucho, hablaba de Dios, era amiga de hacer pintar la imágen de Jesucristo en muchas partes, y de tener oratorio y procurar en él cosas que hiciesen devoción: (VIII. 4) jamás conoció tentaciones contra la santa virtud de la castidad; y por último en los veinte años de que se queja tan amargamente, y á los cuales nos referimos, es muy cierto que tuvo muchos meses, y aun año entero, en que se guardaba mucho de ofender á Dios aun en lo más leve, se daba mucho á la oración y ponía en ello mucha diligencia.

Esto, y lo dicho más arriba en el número segundo del capítulo segundo, convencerá al más rígido de que Dios en todo tiempo guareció á esta Santa con su misericordia, como con fresca sombra; de que en este

tiempo ella no pecó gravemente, y de que fué tan humilde, como en su confesión de culpas y dolor por ellas manifiesta.

Intercede por nosotros, oh Santa bendita. Y ya que conociste cuánto pierde un alma, que no se ha purificado de las escorias del mundo; y cuán grande sea su tormento cuando quiere conciliar lo celeste con lo terreno, ruega para que nuestra flojedad se avive y el amor á Dios renazca en nosotros y fructifique.

2. Seguro es que si la Santa hubiera previsto que aquella salud, que á veces deseaba y cuyo beneficio se atrevió á solicitar de Dios para mejor honrarle, habría de haberla servido de estorbo á ello, en su constante oración le hubiera pedido que la dejara tullida y aun la diese toda clase de males. (VI. 2.)

¡Oh cuánta es la ignorancia de la humana sabiduría, que no reconoce el beneficio incomparable que la enfermedad encierra en sí! Beneficio sí; regalos y visitas del Señor, con que se afirma y acrisola la virtud.

Era la Santa de un corazón agradecido y parecía que debía corresponder á cuantos favores la hacían; que tales pensaba ser

lo que tenía derecho á exigir de los demás y lo que con ella hacían las personas que la visitaban y las monjas que frecuentaban su trato. Y como su soltura, dignidad, prudencia, afable conversación, humildad y fama de virtuosa; la misericordia, que engendraba haberla visto con tan horrorosa y dilatada enfermedad, de la que nunca estuvo completamente libre, y en fin, cuanto en ella había era un conjunto de prendas ó virtudes que la hacían amable, cautivaba los corazones de todos, era muy visitada de varias personas honradas y dignas, y buscada de sus compañeras.

Poco á poco empezó á tener gustosa afición á distracciones de esta naturaleza, las cuales por el tiempo en ellas perdido, y por el estrago que engendraron en su alma, la privaron de aquel deleite que antes sentía, cuando á su Amado se llegaba en la oración. Y como en los caminos de la espiritual salud no andar es retroceder, no adelantando Teresa, volvió atrás. Así sucede á todos. Porque á la manera que una barquilla puesta en la impetuosa corriente de un río, si no es movida con brios y sin cesar á fuerza de remos agua arriba, no solo no asciende, ni permanece quieta, sino que arrastrada con

furia por las aguas va dando de una en otra ribera, ó en los troncos de los cortados árboles, ó en las peñas hasta que zozobra, así sucede á nuestra pobrecita alma, mientras haya de vogar agua arriba, esto es; hasta que llegue á Dios, fuente eterna de sabrosas aguas.

Esto consíguese únicamente en la otra vida.

3. ¡Oh desgracia! ¿Quién no temblará? No cayó, es cierto, este robusto cedro del Líbano; mas inclinóse á uno y otro lado, como si fuerte huracan le soplara. Lejos de acudir la Santa con más ahinco y lágrimas á la meditación para renovar su espíritu, abandonóla de una vez por espacio de un año. ¿Para qué recibiste, oh Teresa, tantas gracias sino para volar hasta descansar en el único en que puede encontrarse paz sossegada? ¿Qué se hizo de aquel *Tercer abecedario* de tu tío y de las epistolas de San Gerómino? ¿A esto viniste al monasterio? Mas ¿qué digo? Dios lo permitió así para purificarte del todo, para hacerte sentir mejor el peso de sus misericordias juntamente con el de tus faltas; para probar tu espíritu; para que de tí y de tus virtudes y doctrina diesen testimonio muchos acredita-

dos varones; para que te mandasen tus confesores que publicases primero tu vida, luego tus escritos, abundantes en celestial doctrina, como riquísimo venero; para que tu nombre fuera conocido, honrada tu pátria, consultados tus escritos, invocada tú, loado Dios.

El demonio, que como león rugiente anda en derredor de los hombres buscando á quien devorar y atisvando ocasión oportuna para ello (I. Pet. V.), viendo á la Santa sin gusto en la oración mental, la tentaba con estas consideraciones: que era necesario ser más humilde y no atreverse á tratar con Dios tan íntimamente la que tantas veces y tales gustos halló en la conversación de los hombres; que para salvarse bastaba y era mejor vivir como los muchos; que se contentase con rezar vocalmente y cumplir con aquello á que estaba obligada, hacer lo que las demás hacían, y no trajese á la vez engañados á Dios y á los hombres. (VII. 1.)

Con esto la buena Santa no se atrevió á buscar á Dios en la meditación á la manera que antes, creyéndolo humildad. ¿Quién no escarmentará? Y lo admirable es que aun en este tiempo trabajaba cuanto

podía para que las personas, á quienes hablaba, tuvieran esta oración y les enseñaba á hacerla. (VII. 6. 7.)

Tocó á su querido padre la suerte de aprender y adelantar mucho en esta enseñanza, de tal manera que él, que muy frecuentemente visitaba á su hija para consolarla, conversar con ella y de ella aprender las cosas del cielo, después la dejaba en seguida para estar en la oración más tiempo con su amado Jesús; porque, decía él, era perder en vano aquellos instantes que con su hija estaba. La hija llena de vergüenza, como siempre fué franca y sencilla, confesó á su padre que no tenía ya oración mental, más sin descubrir la causa. Antes bien; como se quejase de sus males fué ocasión de que su padre creyese, que esta era la razón de ello, por lo que consolándola y animándola, se despidió lastimado de su hija. (VII. 6. 7.)

En verdad que los tormentos, que padeció, fueron muchos y penosísimos; porque perlesia recia y otras enfermedades de calenturas la duraron hasta que tuvo cerca de cuarenta años: casi nunca estuvo sin dolores, muchas veces harto graves en especial de corazón; ni sin enfermedades, entre otras

la de los vómitos que había de tener todas las mañanas sin poderse desayunar hasta medio día: vómitos que después, cuando principió á comulgar con más frecuencia, la dejaron libre á la mañana para atormentarla á la noche. (VII. 7.)

Mas bien conoció después «que no eran causa bastante para dejar cosa, que no son menester fuerzas corporales para ella, sino solo amor y costumbre; que el Señor dá siempre oportunidad si queremos: . . . que aunque con ocasiones y enfermedad, algunos ratos impida para muchos ratos de soledad, no deja de haber otros que hay salud para esto; y en la misma enfermedad, y ocasiones, es la verdadera oración, cuando es alma que ama, el ofrecer aquello y acordarse por quien lo pasa, y conformarse con ello y mil cosas que se ofrecen » (VII. 7.)

Seguro es que la Santa no se descuidó en esto.

4. No permitian las entrañas misericordiosas de Jesús tener lejos de sí por mucho tiempo al alma, á quien tanto amaba y á quien había escogido para tan grandes cosas; por lo cual, pasado un año, se valió de medios muy eficaces para disponer á la Santa á una altísima perfección.

Cayó, pues, gravemente enfermo su buen padre, y como le amaba tanto, y según se dijo ya, en su monasterio no se permitía clausura, salió de aquí para asistirle. No poco tuvo que sufrir, pues se hallaba bastante enferma, ni poco que aprender de la paciencia con que su padre llevaba los trabajos y dolores, que les tuvo muy grandes, en especial de espaldas. Quejándose de ello un día, recordóle su hija que, toda vez que era muy devoto de la pasión de Jesucristo, se lo ofreciese gustoso ayudándole á llevar la cruz; y él obedeció sin quejarse más. Recibida la Santa Unción, dábales á los hijos muy buenos consejos: decíales con lágrimas en los ojos; que le encomendasen á Dios y pidiesen misericordia para él: que sirviesen siempre al Señor y considerasen cuán presto se acaba todo: que toda su pena era no haber servido más á Dios, y no haber escogido un estado de más perfección y estrechez; y por último, ayudándose á sí propio á bien morir, espiró á la mitad del *Credo*, que él mismo pronunciaba haciendo profesión de fé. Decía el P. M. Fr. Vicente Varrón, Lector de Teología, Presentado de la Orden de Santo Domingo, gran letrado y temeroso de Dios, que no dudaba que el

padre de Santa Teresa iría derecho al cielo, pues como confesor suyo de muchos años conocía la limpieza de conciencia del dichoso Alonso de Cepeda. (VII. 8.)

Pero lo que hace más á nuestro propósito es la parte que en volver á la oración á la Santa tomó este P. Dominico; si bien tampoco debe pasarse en silencio el cumplimiento de aquella profética misión, que respecto á la salvación de su padre tuvo la Santa en su enfermedad, como llevamos dicho en el capítulo tercero núm. 3. Porque si hemos de creer al P. Varrón, el alma de Alonso Cepeda voló al cielo de seguida: y si á la Santa, ella le puso en aquella oración que ejercitó y con la que se perfeccionó en los últimos años de su vida. ¡Dichoso padre: dichosa madre: dichosos hermanos: familia venturosa!

Decía el P. Varrón á Santa Teresa por haber dejado la oración mental: «que si tanta confusión y vergüenza tenía el alma de ponerse delante de Dios ahora ¿cuánta más tendría el día del juicio? que antes eso bastaría para que el Señor la perdonase; y que para remedio de faltas é imperfecciones y sacar del infierno á los que con sus pecados le tienen merecido, es efficacísimo remedio

la oración... que no era soberbia, aunque fuese más pecadora, llegarse á Dios, sinó el apartarse de Él; y que en esto no mirase á las más de su monasterio, pues el camino del cielo es estrecho; y así que procurase buenamente dar de mano á las ocasiones; y cuando esto no pudiese, ó se viese cada día en otras muchas faltas, no por eso dejase el estudio de la oración, que es la botica donde nos armamos contra nuestros adversarios y finalmente el tesoro, donde el alma se enriquece de virtudes, dones y gracias. » (Yep. IX.)

Ciertamente á ella debe acudir el caído, para levantarse; el frío, para encenderse en fervoroso amor; el encendido, para mantenerse en él y obrar; el imperfecto, para curarse de las superfluidades; el perfecto, para gozar de la conversación divina y dar gracias por las mercedes; el apurado para librarse de la tentación, y todos para huir del vicio y seguir la virtud.

Tornó á la oración la Santa con nuevo aliento y desde entonces jamás volvió á dejarla; mas no siguió del todo el consejo y quedó aún con aquellas ocasiones, que la impedían gozar del lleno de su bien y hallar dulce reposo en su Dios y Señor.

5. Lo que admira en gran manera es que en más de diez y ocho años, en que como las demás acudía al locutorio para corresponder á las visitas que le hacían, manteniendo conversación, aunque honesta, no siempre necesaria, y hallando gusto en ella, no volviese á dejar la oración mental, que tenía diariamente por espacio de una, dos y aun tres horas y varias devociones, que usaba especialmente después de comulgar. No podemos menos de alabar aquella magnánima fortaleza en que, aun faltando los gustos sensibles de la gracia y hallándose en penosa sequedad, cumplió con rigurosa exactitud la obligación, que se había impuesto de tener en cada día una hora de oración mental, y aun la fué aumentando. El cuerpo se resentía en un principio: la imaginación andaba alborotada: los oídos abiertos y en espera de que el reloj diese la hora: el enemigo traía á la memoria otras obligaciones ó entretenimientos, y pretendía con ello apartar á la Santa de tan saludable remedio poniendo como excusa sus enfermedades y dolores. Pero la voluntad de Teresa permanecía firme y hacía que el demonio huyese, que la imaginación se aquietase, logrando tener sumisa la razón, sordo el oído: y cuando no

conseguía tanto, allí continuaba en oración ofreciendo á Dios tan penoso sacrificio.

No siempre tenía esta sequedad y aridez en la oración, sino que muchas veces sentía correr por sus mejillas dulces lágrimas de amor y ternura, de compasión y arrepentimiento. Mas ¿de qué servían? De nuevo tormento y pena mayor, viendo cuán ineficaces eran sus promesas y lágrimas, pues que no correspondían á ellas las obras, y ella seguía enredada en la red del locutorio.

Verdad es, y conviene repetirlo, que creía funestas tales cosas, que se lo habían afirmado muchas personas y aun se la llegó á persuadir de que eran buenas y virtuosas las ya repetidas conversaciones, y de que en ellas se honraba; pero hé aquí precisamente donde estuvo la causa de su mal, para ella harto ignorada, que si lo supiera amor tenía á Dios y fortaleza bastante para dejarlo todo por Él. Yo no me puedo persuadir á que fuese pecado ninguna de estas cosas; y creo que, aunque ella tanto las pondera, llora y detesta como malas, no fueron sino imperfecciones é impedimentos, que la privaron de llegarse toda y únicamente á su Dios y gozar con cuantas cosas de Él proceden. Sin embargo no es poco, sino mucho y muy

digno de llorarse con lágrimas de sangre. Debemos creer también que así lo dispuso el Señor para que viese cuán de balde y á manos llenas la había de hacer mercedes, y para que la consideración de lo que ella valía la sirviese de contrapeso á tantos regalos; y con las alas de la humildad, y gratitud, amor y zelo por la gloria divina, volase á las alturas más encumbradas y allí gozase con su Amado.

Luego que el Señor principió á hacerla mercedes claramente extraordinarias y sobrenaturales, ¿qué penas no sintió, qué tormentos no la apretaron? ¡Válgame Dios, qué vida tan amarga la del que se empeña en servir á dos Señores á un tiempo; mucho más si ellos son contrarios, y el que sirve á los dos ignora que sirve á uno de ellos! Si Teresa se hallaba en el locutorio correspondiendo como era costumbre á los que la visitaban y como la gratitud y la educación lo exigían, sentía en ello amargo malestar, acordándose de su oración y recogimiento, y de su Dios muy amado: si en la oración, parecíala que en otra parte era necesaria y que se la esperaba. Y después que el Señor, regalándola, la hacía conocer la realidad de este bien y la vanidad de todo lo que no es

Dios. . . ¿quién sino ella puede explicar su tormento? Escuchémosla en las siguientes palabras, que descubren el fervoroso amor de su alma, su humildad, gratitud y otras virtudes. Dice así: «¡Oh Señor de mi alma! ¿cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicistes! ¡Y cómo en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad tomábades, Rey mio, el más delicado, y penoso castigo por medio, que para mí podía ser, como quien bien entendía, lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien que estuviese desatinada, tornando á la memoria ahora de nuevo mi ingratitude y maldad. Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, cuando había caído en graves culpas, que recibir castigos: que una de ellas, me parece cierto, me deshacía, y confundía más, y fatigaba, que muchas enfermedades con otros trabajos harto juntos, porque lo postrero veía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, segun ellos eran muchos; mas para verme recibir de nuev^o

mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible; y creo para todos los que tuvieren algún conocimiento, ó amor de Dios; y esto por una condición virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas, y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome de suerte, que estaba en víspera de tornar á caer: aunque mis determinaciones y deseos entonces, por aquel rato digo, estaban firmes » (VII. 2.)

¿Y á qué os parece que debió la Santa el conservar tantos bienes en este tiempo y no caer en pecados sino á la oración? Tengámosla, pues, y enseñemos á tenerla á los que nos están confiados, que pronto ellos y nosotros recibiremos un premio sin tasa, ni medida. No nos apoquemos. Jesús es nuestro Padre y á Él debemos llegarnos en las persecuciones, en la tentación, en la desnudez, en el hambre y aun en la abundancia, porque, como dice la Santa «por pecados y tentaciones, y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin tengo por cierto, la saca el Señor á puerto de salvación al alma, que persevera en la oración.» (VIII. 2.)

«Por males que haga quien la ha comenzado, no la deje; pues es el medio por donde puede tornarse á remediar, y sin



ella sería muy más dificultoso.... No hay aquí que temer, sino que desear: porque cuando no fuere adelante, y se esforzase á ser perfecto, que merezca los gustos y regalos, que á estos da Dios, á poco ganar, irá entendiendo el camino para el Cielo: y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo que no se lo pagase.... Y si vos aun no le amais, porque para ser verdadero el amor y que dure la amistad, hánse de encontrar las condiciones, y la del Señor ya se sabe que no puede tener faltas; la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata, no podeis acabar con vos de amarle tanto, porque no es de vuestra condición; mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad, y lo mucho que os ama, pasad por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos.» (VIII. 3.) Exclama luego: «Oh, bondad infinita de mi Dios, que parece os veo, y me veo de esta suerte! ¡Oh regalo de los ángeles, que toda me querria, cuando esto veo, deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufrir Vos á quien no os sufre que esteis con él! ¡Oh qué buen amigo haceis, Señor mio, cómo le vais regalando y sufriendo, y esperais á que se haga á vuestra condición, y tan de mientras

le sufris Vos la suya! Tomais en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidais lo que os ha ofendido.» (VIII. 4.)

Tantos son los bienes que por la oracion Dios nos da, que no se cansa la bienaven'urada madre de exhortar á los que la tienen á que perseveren en ella, y á los que no han comenzado, por amor del Señor les ruega que no carezcan de tanto bien. (VIII. 3.)

6. Vimos hasta aquí no poco de lo que la Santa padeciò en su vida, disponiéndolo así Dios para purificarla y prepararla á regalos celestiales: hemos visto sus enfermedades, dolores, penas, tormentos, lágrimas, inquietud y paz sosegada: refiramos ahora algunos de los medios extraordinarios, de que el Señor se valió para que no hallase gusto en las conversaciones de la tierra, y como la atrajo á Sí, y dió á gustar de sus delicias, y la inspiró una doctrina la más pura y sublime.

Quedábala aún no poco que hacer y que sufrir.

Estando con una persona bien al principio de conocerla, y de consiguiente no habiendo en ello pecado, ni aun venial, pues faltaba la afición, quiso su divina Majes-

tad darla á entender que no la convenian aquellas amistades, y avisarla y darla luz en tan grande ceguedad. Representósele Cristo delante con mucho rigor, dándola á entender que aquello le pesaba. Vióle con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo y quedóla tan impreso, que veintiseis años después la parecía que estaba viéndole aún. Ella quedó muy espantada, y turbada, y no quería ver más á con quien estaba. (VII. 3.) El Ilustrísimo Yepes añade que la visión fué de Nuestro Señor Jesucristo atado á la columna y muy llagado, particularmente en un brazo junto al codo, desgarrado un pedazo de carne: que después le hizo pintar la Santa Madre en una ermita del monasterio de San José de Avila: que le vió él y que estaba tan al vivo, que estremecía con gran pavor; y que aunque el mismo pintor quiso hacer otro parecido, no lo pudo conseguir con tanta perfección.

Sirvió á Teresa admirablemente esta representación para que en sus pláticas y visitas mezclase el santo temor de Dios; mas no para dejarlas porque no entendía entonces que fuese posible ver algo sino con los ojos del cuerpo. Persuadióse, pues, de que

todo había sido efecto de su imaginación ó del malo: decíase á sí misma que aquella persona era muy digna y que lejos de perder algo en la conversación con ella, ganaba honra, y juzgándolo como obra buena tornó á las mismas conversaciones, como si nada hubiera pasado.

Hallándose otra vez con la misma persona, vieron entrambos venir hacia ellos, y otras personas que estaban allí también lo vieron, una alimaña á manera de sapo grande con mucha más ligereza, que ellos suelen andar. De la parte que vino no podía ella entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del día, ni nunca la ha habido. (VII. 4.)

Aun juzgando este suceso como del todo natural, certísimo es que Dios le enderezó á la santificación de Teresa: tan admirable es aun en las cosas más insignificantes, porque dicho está: ni un cabello caerá de nuestra cabeza sin la voluntad de Dios, que providentísimo no se olvida ni aun de los insectos más microscópicos, como son los que por su tamaño caben á centenares en la punta de un alfiler. Por cuya causa sin duda esto produjo en la Santa una impresión tal, que no se la olvidó nunca.

Habian pasado por fin diez y seis años de angustias y penas en tan largos trabajos y batalla tan prolija: el tiempo de crucificar y dar muerte al mundo, y estar ella muerta para él, viva empero con la verdadera vida en Dios, se acercaba. Principiaron á darla en rostro las cosas de la tierra, aun las más licitas y honestas, y con todo, ¡oh tormento! aun no se había completamente despedido de ellas. Éranla enojosas, y en ninguna hallaba paz, ni gusto, cuando un dia entrando en el oratorio, volvió los ojos y vió una imágen de Cristo muy llagado, y muy devota. Y mirándole y viendo en un punto con el entendimiento cuántos y cuán graves tormentos había padecido por nosotros aquel amantísimo Padre: y comparando el amor de éste con tanta ingratitude y caídas suyas, llena de confusión, pena y ternura, arrojóse á los pies de la imágen, veloz como el rayo cual otra Magdalena: y con grandísimo derramamiento de lágrimas suplicaba á Jesús que la fortaleciese ya de una vez para no ofenderle más, y le decía repetidas veces llena de confianza y decisión: «No me levantaré de aquí, Dios mio y Señor mio, hasta que no me concedais esta merced.» (IX. 1.-3.)

¡Oh magnánima resolución! ¡Oh palabras!
¡Oh palabras! ¡Oh resolución digna é irrevocable!
¡Oh pecho varonil! ¡Oh acción generosísima y más digna de alabanza que las tan ponderadas de los magníficos caballeros de la edad media! Piadosísimo Jesús, ¿qué haceis? Escuchadla: que si no ahí morirá, porque no quiere otra cosa que la permitais estar siempre á vuestros piés. Habladla. Una palabra no más. Atendedla, Señor, que tiene una confianza más firme, que la Cananea; un dolor y una resolución tan irrevocable, como María Magdalena; una sed más ardiente, que la Samaritana. Y á nosotros dadnos gracia para imitarla, Dios mio.

Así como el alvo yerro con facilidad recibe las impresiones del martillo, y entonces el herrero golpéale sin cesar para obtener lo que desea, así el corazón de la Santa virgen Teresa, blando con el fuego del amor, esperaba los martillazos de la gracia, y el Señor aprovechó los momentos para del todo hacerle suyo.

Dispuso, pues, que sin pretenderlo aquella su esclava, llegasen á sus manos las *Confesiones de San Agustín*. Tenia ella á este Santo grande amor; ya porque el convento á donde la barquilla de su alma se acogió

por vez primera para librarse de la tempestad del mundo, que rugía en su corazón, era de su Orden; y ya también porque era muy devota de los Santos, que en algún tiempo fueron pecadores como David y la Magdalena, á quienes rogaba que intercediesen por ella con Dios; para que alcanzase como ellos una pronta y feliz renovación. Leía las *Confesiones* de este glorioso Obispo, que para que todo fuera semejante entre Doctor y Doctora, parece que Dios quiso llamarla por los mismos medios: y al leerlas con atención más devota que de costumbre, y acostumbraba á ser devotísima en todo lo espiritual, veía su alma retratada en aquel precioso libro é ir por los mismos pasos que la de aquel bienaventurado, y esperaba con ansia de un momento á otro en qué vendría á parar.

Cuando llegó á aquella parte en que Ponticiano, amigo de San Agustín, contaba á éste y á Alipio la vida, virtudes y milagros de San Antonio Abad y de tantos monjes como poblaban el yermo, de lo cual, con ser tan estupendo y haber sucedido en los días del Santo Doctor, ni aun hablar de ello había oído éste: cuando vió que Ponticiano añadía que en el mismo Milán fuera

de los muros había un monasterio de virtuosos frailes; y que dos caballeros amigos suyos, habiendo ido una tarde á pasear por allí dieron al acaso con la habitación de algunos de ellos; y que viendo allí un libro de la vida de San Antonio Abad, se pusieron á leerle, y fué tal el cambio que en ellos se obró, que en aquel momento dejaron de todo en todo el mundo y allí se quedaron; y en fin, que las dos futuras esposas de éstos, luego que supieron la resolución de sus prometidos, siguiendo el mismo ejemplo, consagraron á Dios su virginidad..... Cuando á esto llegó Teresa, trasladándose allá con su imaginación, parecía que tomaba parte en aquellos sucesos, y que juntamente con San Agustín y Alipio estaba ella también oyendo la misma relación de boca de Ponticiano. No retiraba los ojos de San Agustín, y cuando Ponticiano se fué, miraba al Santo con mayor fijeza. Y como su imaginación se lo representó tan al vivo, que la parecía presentarlo; cuando le vió arrebatado del ímpetu de su fervoroso interior, según mostraba en su semblante, mejillas, ojos, color, sobresalto y tono de voz, con que volviéndose á Alipio, le decía: «¿Qué es esto que pasa por nosotros? ¿Qué es lo que nos sucede? ¿Qué

es esto que has oido? Levántanse de la tierra los indoctos, y se apoderan del cielo: y ¿nosotros con todas nuestras doctrinas, sin juicio, sin cordura, nos estamos revolcando en el cieno de la carne y sangre? ¿Por ventura nos da vergüenza el seguirles, porque ellos van delante de nosotros? Y ¿no tendremos vergüenza siquiera de no seguirlos?» No cesaba de llorar la Santa, compadecida del estado de su alma, tal como el Santo Agustín describía el de la suya; y sin dejar de caer lágrimas de sus ojos, seguía leyendo e iba con la vista del alma en pos del Santo al huertecillo. Y al ver al Santo tan agitado, que se hería la frente, se arrancaba los cabellos y apretaba sus rodillas, dando con ello á entender aquella hirviente tempestad, que conmoviendo lo más oculto y profundo de su corazón, elevábase como densísima nube que descargó con un diluvio de lágrimas, quedó ella tambien larguísimo tiempo deshecha en llanto, y quejándose como San Agustín decía con él: «¿Hasta cuándo? Hasta cuándo ha de durar el que yo diga mañana, mañana? ¿Por qué no ha de ser desde luego y en este dia? ¿Por qué no ha de ser en este momento?» (IX. 7.) (Conf. de San Ag. Lib. 8 VIII y XII.)

— Sí, Dios mio, mi conversión sea en este punto. Ayudad, Señor de mi alma mi poca firmeza y decisión.

¡Oh cuánto se alegraría la Santa al ver ya convertido á San Agustín y oírle contar á su gloriosa madre los términos por los que se había obrado su conversión, y las impresiones que en tan poco tiempo su alma había recibido y el cambio experimentado! ¡Qué dulces lágrimas de contento no derramaría juntamente con la madre del Santo Doctor por la gracia, que éste acababa de recibir! ¡Qué santa envidia no sentiría, viéndole llegar á tiempo de dar á su buena madre tan dulce satisfacción! Y ella ¡ay!, diría toda congojosa, no podría ya dar á los suyos tal contento.

Cual haya sido el cambio efectuado en el ánimo de la Santa á consecuencia de haber visto aquella imágen de Cristo atado á la columna, y de la lectura de las *Confesiones de San Agustín*, verémoslo en los capítulos que siguen: bástenos ahora adelantarse que prometió seguir lo más perfecto, y abstenerse aun del pecado más venial y que lo cumplió buenamente.

¿Qué nos resta sino rogar á los padres de familia, que vigilen á sus hijos? Ya lo

veis, y sea repetido hasta la saciedad. Quanto mal hacen los malos libros y estampas é imágenes provocativas, otro tanto bien hacen los buenos, y no siempre; porque por desgracia muchas veces éstos no bastan á deshacer el mal de aquellos. No pongais, por Dios, el veneno en manos de vuestros hijos, porque siempre es gravísimo mal, y con frecuencia la medicina no alcanza á remediarlo.

CAPÍTULO V.

1. *Advertencia.*—2. *Con la oración crecen las mercedes.*—3. *Teme Teresa y consulta.*—4. *Nuevas consultas. Háblala el Señor.*

1. Al llegar á esta parte de la vida de Santa Teresa, he quedado suspenso por mucho tiempo, y consultando si convendría, ó no, hacer caso amiso de algunos capítulos, que ella ingiere en el Libro de su vida.

Por una parte: la necesidad de atenerse estrictamente á los sucesos de su vida de tal manera que no se corte el hilo de la misma, y aparezcan con el orden con que pertenecen á los años segun corren; el huir de entrelazar una doctrina, que por buena que sea, su inserción sería con-

siderada por los doctos como un lunar, y la extensión de la materia, que dichos capítulos abrazan, persuaden el ánimo á que los pase en silencio.

Por otra parte, no se puede menos de creer que Dios quiso que la Santa escribiese tales cosas en su Vida, para que, al saborearlas, aprendiésemos á servirle y amarle. Además, no ha de olvidarse que sin tener un entendimiento muy perspicaz, ó sin haberlo experimentado, será poco menos que imposible comprender mucho de lo que para honra de la Santa es necesario decir más adelante. Y por último: ¿qué otra cosa se intenta en esta Vida que contribuir al aumento de la gloria de Dios, honra de los Santos y muy especialmente de ésta, á quien hacen relación, y procurar el provecho de las almas? ¿Ni qué medio más á propósito para conseguirlo que la oración mental, de la que en tales capítulos se habla, y con cuya lectura se la cobrará afición y gusto? Estas razones, pues, juntamente con la relación que los futuros sucesos tienen con los capítulos citados, instan á que no les omitamos y á que ponderemos cuanto en ellos la Santa dijo, á fin de que, cualquiera que lo lea, se persuada de la sabiduría y santi-

dad admirables de esta española, honra de su nación.

Mas así crecería mucho su historia: y más que historia, sería la exposición de sus escritos. Y tampoco es esto lo que se pide en escribir su Vida de modo, que sea útil al pueblo.

Para responder, pues, á lo que por una y otra parte pueda pretenderse, diré de las cosas, que en tales capítulos refiere la Santa, solo aquello que sea absolutamente necesario para seguir el hilo de la historia y conocerla. En cuanto á las obras que escribió, me contentaré con enumerarlas, notando de paso la época en que se escribieron, la causa, el fin y la excelencia de las mismas. Por lo que hace á la doctrina de los capítulos varias veces mencionados, remitiré al lector á un *Apéndice*, que después de esta obrita se pondrá.

En él procuraré dar una sucinta idea de la oración mental y del modo de tenerla, extractándolo de lo escrito por la Santa, á fin de que el lector se acostumbre á meditar y procurar con ello la gloria de Dios, la de la Santa y su propio bien.

Y como para conseguir esto que pretendo, es indispensable conocerlo antes; porque

nadie explica bien lo que no entiende, ni en esto entiende bien el que no practica; ni practica el que no es santo, ó por estos caminos ha pasado, de lo cual yo me hallo bien lejos: por esto, pues, habré de contentarme con libar, como la abeja, de entré las flores la miel. Quiera el Señor que, aun así atine á decir algo; porque creo yo que explicar esto es aún más difícil que entenderlo: que para esto fiel es el Señor, Maestro de espíritu y á nadie faltará, cuando á Él se confía; aunque los hombres falten á dirigirle con palabras, ó con escritos, ó no acierten en ellos. En Dios decir es hacer, y enseñar es ayudar en esta parte.

Volvamos á la Santa.

2. Renovada en su espíritu, así por la oración que acostumbraba á tener, como por la vista de la imágen de Cristo nuestro Señor y la lectura de las *Confesiones de San Agustín*, esforzóse en cuanto pudo á corresponder al divino llamamiento, buscando para ello en la oración el camino, que había de seguir y la fortaleza para no ceder, costase lo que costase. Para conseguirlo acudía á Cristo, nuestro bien, al que representaba dentro de sí misma; y hacíalo especialísimamente después de la comunión, en cuyo

sacramento sabía sin duda alguna, como la fe se lo enseñaba, que está con su cuerpo, sangre, alma y divinidad. Pero como á pesar de haber leído la descripción y formas del cuerpo sacratísimo de nuestro adorable Salvador, no acertaba á representársele, ponía todo su ahinco en sentirle cerca de sí, á la manera que un ciego siente que cerca de él hay una persona, á quien no ha conocido, sino por las descripciones que de él le han hecho. El cual ciego, aunque desconoce los lineamientos y formas del rostro de esta persona, ni la siente hablar, ni respirar, ni moverse; mas de tal modo sabe que está allí, que si dicha persona tiene alguna excelente dignidad, el ciego se inclina respetuoso hacia la parte que la siente. Así Santa Teresa.

Buscaba además á Jesús en aquellos sitios, en que los santos Evangelios dicen de Él que estaba solo: y entonces parecía que la escucharía mejor, especialmente si se hallaba afligido y necesitado como en el huerto cuando orando triste y angustiado, derramaba sangre por los poros de su cuerpo y llena de reverencia deseaba, á ser posible, si se lo permitieran, limpiarle aquella sangre y sudor, como las santas mujeres lo

hicieron en el camino del calvario. Tenía singular devoción con la Magdalena, como pecadora que había sido, con San Agustín, David y con cuantos experimentaron del Señor la gracia de la conversión, y de ellos solicitaba amparo y animosa fortaleza. La fertilidad de los campos, las aguas de los rios, arroyos ó fuentes, la hermosura y variedad de las flores, la luz del sol y de la luna, el azul del firmamento, la muchedumbre de las estrechas, las diversas condiciones é instintos de los animales, todos los seres, en fin, con sus cualidades eran para ella objeto de meditación; y elevándose su alma por las criaturas á su Hacedor, le admiraba, bendecía y adoraba.

Asociáala en esta representación de ponerse cabe Cristo, y aun algunas veces leyendo, venirla á deshora un sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de ella, ó ella toda engolfada en Él. (X. 1.)

Era esta presencia de Dios una oración sobrenatural, en que la Santa con gran quietud de las potencias inferiores sentía en el interior de su espíritu una grande paz y un gozo muy regalado que provenía de Dios. Su imaginación quedaba sosegada y como

si no existiese, pues era innecesaria, presente el objeto de su amor: su entendimiento no había menester discurrir, y su voluntad amaba con fervor angélico: sentía, en fin, en sí los efectos de la oración, ya de *quietud*, ya de *unión* ya de *arrobamiento* ó *éxtasis*. Lo notable en esto fué, que, como el fuego no puede estar oculto mucho tiempo sin que el humo, el calor ó la llama le descubran, así el Señor quiso hacer públicos muchas veces los tesoros y mercedes con que á la Santa Madre favorecía. Esto, si bien escita á muchos á servir á Dios, viendo que aun en esta vida premia amoroso á los que con puros deseos le buscan, y para estos es una dicha inefable; mas no pocas veces es para los mismos ocasión de tormentos, porque los indiferentes y los perversos murmuran de ellos, les persiguen y calumnian. Así sucedió á Santa Teresa, según veremos más adelante.

Una vez, rezando las horas, al llegar al verso que dice: «*Justus es, Dómine, et rectum judicium tuum*» (Ps. CXVIII, 137.) «Justo eres, Señor, y tus juicios rectos son» quedóse ella pensando cuán gran verdad era, y que en esto no tendría el demonio fuerzas jamás para tentarla de manera, que

dudase en cosa alguna de la fé y en que Dios tiene todos los bienes. Era su fé tanto más firme, cuanto más sin camino natural iban las verdades de la misma; pues con decir que Dios es Todopoderoso, bastaba para quedar en ella conclusas cuantas grandezas hiciera Dios. (XIX. 5.)

Veán, por lo tanto, cómo han de haberse los filósofos de hoy, que tanto decantan la dignidad y autonomía de la razón, para quienes las cosas que ésta no puede alcanzar, luego son por ellos desechadas. Es Dios Todopoderoso y esto basta, dice Santa Teresa. Nosotros añadimos: es infalible y no puede engañarse, ni engañaros. No puede engañarse, porque es sapientísimo: no puede engañarnos, porque es buenísimo. Si en algo de esto faltara ya no sería Dios. Verdad es que no hay necesidad de añadir razón alguna á las de la Santa, porque siendo Dios Todopoderoso, ha de ser necesariamente sapientísimo, santísimo é infalible.

Pues, volviendo á la Santa; como no dudase que Dios es justo, y á consecuencia de haber oído el verso «*Justus es,*» etc., meditase en las razones por las que el Señor no hacía como á ella, siendo la que era, las

mismas mercedes y regalos á tantas muy buenas siervas de Dios, oyó que este la dijo:

«Sírvenme tú á Mí, y no te metas en eso.»

Fué la primera palabra que entendió haberla hablado su Majestad, y así espantóse mucho. (XIX. 5.)

3. Ahora ya bien podemos afirmar con la Santa, que dá principio un libro nuevo desde aquí y una nueva vida para esta mujer admirable, (XXIII. 4.) que puede decir

con toda verdad lo mismo que San Pablo:

«Vivo mas ya no yo, sino que es Cristo el que vive en mí.» (Ad. Galat. II. 20.)

Pero si puede llamarse de aquí adelante vida nueva la de la Santa, porque trataba de evitar todo género de ocasiones aun en las obras más inocentes y lícitas, y porque Dios la regalaba, no ya á sorbos y como de pasada, sino de lleno y por mucho tiempo; tambien fué nuevo un género de tormento con que el Señor quiso probarla, arraigar en su corazón la humildad, purificar su alma preparándola á mayores gracias y santidad, y dar ocasión á que, habiendo de consultar ella, la mandaran sus directores escribir su vida, y de consiguiente llegaran á nosotros las noticias de tanta merced, de santidad tanta y de doctrina tan excelente

como en sus libros se encierra: los cuales en manera alguna hubier? compuesto, si antes no hubiera escrito su vida, ni ésta si no hubiera sido necesario.

Como era tan grande la deleitosa suavidad, que en la oración sentía, y su entendimiento no discurriese en ella; y como, en fin, había habido en otras personas engañosas ilusiones del demonio; siendo sobrenatural lo que por ella pasaba, pues sucedía sin ella pretenderlo y aun resistiéndolo; y como por otra parte veía en sí algunas imperfecciones, principió á pensar si aquella suspensión del entendimiento sería obra del malo, que la impedía aprovecharse discurrendo. Temerosa, juzgábalo gran pérdida, y lo sería en verdad, si el autor de todo no hubiera sido su divina Majestad.

Por estas razones se determinó á buscar con diligencia personas espirituales, á quienes encomendar su alma. Y aunque supo que algunos de la Compañía de Jesús habían ido á Avila, y por el género de vida que tenían, les era muy aficionada, no se atrevió á hablarles por entonces, por creerse indigna de ello y temer que no sería bastante fuerte para obedecerles. (XXIII. 1.) Aguardó, pues, á ser más perfecta, y para conse-

guirlo puso mucho cuidado en purificar más y más su conciencia, y apartarse de toda ocasión, aun de sombra y apariencia de pecado, entendiendo con esto que si era espíritu de Dios el que la dirigía, clara estaba la ganancia; y si no lo era, en teniendo contento á Dios ¿qué más podía desear?

Aprovechó poco esta resolución; porque al cabo de algunos dias vióse sin fuerzas, faltando quien la dirigiera para tanta perfección; y juntamente con los regalos creció en ella la temerosa duda. (XXIII. 2.)

Por esto sin esperar á más mandó venir á Francisco de Salcedo, muy santo y conocido suyo, por cuyos ejemplos y consejos hizo el Señor no pocos bienes á muchas almas. Por medio de éste comunicó su espíritu y temores con el clérigo Daza, á quien quiso elegir como confesor y maestro de su alma, por ser justamente tenido como muy santo en aquella ciudad de Ávila. Por sus ocupaciones no aceptó aquel sacerdote el encargo de confesar á la Santa; mas escuchándola, dióla sus consejos que no eran otros que de un vuelo subirla al pináculo de la perfección; pues muy perfecta juzgaba, á la que tantas y tan sobrenaturales mercedes recibía del Señor. (XXIII. 3.)

Bien conocía la Santa que, aunque era cierto haber recibido muchas mercedes y muy subidas, no iban tan adelante sus mortificaciones y fortaleza; y de consiguiente que no podía seguir entonces tal camino.

Dijola el buen sacerdote: que no se explicában bien sus imperfecciones, (que ella ponderaba) con regalos tan celestiales; porque estos eran de ordinario de personas muy aprovechadas y mortificadas: que no podía dejar de temer mucho, porque le parecía mal espíritu en algunas cosas, aunque no se determinaba; mas que pensase bien todo lo que entendía de su oración y se lo dijese.

Buscando libros para acertar á explicarse y responder á lo que se la preguntaba, dió con uno intitulado *Subida del monte*, y señalando en él con unas rayas aquellas partes, en que se daban las señales de la *oración de unión* de la manera que ella lo experimentaba, juntamente con una relación de su vida, dióselo á Francisco de Salcedo, para que él y el otro clérigo, santo y siervo de Dios lo mirasen y la dijesen lo que había de hacer. Deciales además, que si les pareciese dejaría la oración del todo, pues si al

cabo de veinte años no había salido con ganancia en la oración, sino con engaños del demonio, mejor era no tenerla. También esto se la hacía muy recio, porque ya se había probado cuál estaba su alma sin oración: así que todo lo veía trabajoso, como el que está metido en un río, que á cualquier parte que vaya de él, teme más peligro, y él se está ahogando. (XXIII. 5.)

Quedó llena de temor esperando la respuesta; y cuando hubo llegado: ¡válgame Dios! ¡qué pena! ¡qué sobresalto el suyo Entróse en un oratorio y púsose á llorar sin consuelo, llena de aflicción, no sabiendo qué había de ser de ella. (XXIII. 7.)

¡Qué desengaño! ó mejor, ¡qué engaño! Después de tantas enfermedades, dolores y penas, ahora, que recibía del Señor regalos, había de creerles como procedentes de satanás, su mayor enemigo, á quien siempre aborreció. ¿Qué había sido toda su vida pasada? ¿Qué podría esperar?

4. Pero sea Dios bendito. Él es fiel y nunca á los que le aman consentirá ser engañados por el demonio; antes bien sacará de la misma tentación aprovechamiento para las almas y dará gracia con que puedan resistir. *Fidelis autem Deus est, qui non*

patietur vos tentari supra id quod potestis; sed faciet etiam cum tentatione proventum ut possitis sustinere. (I ad Corint. X. 13.)

Estas palabras de San Pablo, las cuales acababa de leer en un libro Santa Teresa, la consolaron mucho. (XXIII 7.)

Pronto vino el Señor á socorrerla:

Sacerdote y caballero, confirmados en su opinión, dijeron á la Santa: que considerando que aquellas mercedes extraordinarias y frecuentes no se explicaban bien en ella juntamente con las imperfecciones: que otra, muy santa, llamada María Diaz no era llevada por caminos tan maravillosos; y en fin que se habían experimentado terribles desengaños con algunos, temían por ella y se inclinaban á creer que procedían de mal espíritu. Que lo que la convenía era tratar con un Padre de la Compañía de Jesús, que, como le llamase diciendo que tenía necesidad, vendría: que le diese cuenta de toda su vida por una confesión general, por virtud de cuyo sacramento Dios le daría más luz, que eran muy experimentados en cosas de espíritu; y, en fin; que en todo no saliese de lo que la mandase, porque estaba en mucho peligro, si no había quien la gobernase. (XXIII. 7.)

Siguió la Santa el consejo, por lo cual llamado un P. de la Compañía, harto siervo de Dios y bien avisado, vino: y tratando con él toda su alma, como quien sabía bien este lenguaje, le declaró lo que era, y la animó mucho. Díjola ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo á la oración, porque no iba bien fundada, ni había comenzado á tener mortificación: que en ninguna manera dejase la oración, sino que se esforzase mucho, toda vez que Dios la hacía tan particulares mercedes; porque... ¿qué sabía ella si Dios por sus medios quería hacer bien á muchas personas? Añadióla otras muchas cosas, en todo lo cual parece que profetizó lo que Dios había de hacer con ella, y que tendría mucha culpa si no respondía á las mercedes del Señor.

Como si fuesen palabras del Espíritu-santo, que tal á ella parecieron las de aquel experimentado varón, quedaron bien impresas en su alma: y aunque confusa, consolada y animosa, resolvió no salir en nada de lo que la mandase, y así lo hizo. En cuanto á la oración mandóla el Padre que la tuviese cada dia, meditando en algún paso de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo y

se aprovechase de él; que no meditase sino en la Humanidad, y resistiese con todas sus fuerzas aquellos gustos y regalos, hasta que la dijese otra cosa. ¡Alabado sea Dios! exclama la Santa, que me ha dado gracia para obedecer á mis confesores, y casi siempre han sido de estos benditos hombres de la Compañía. (XXIII. 3).

De poco nos servirá la lectura de la vida de los Santos, si de los ejemplos, que á cada paso nos ofrecen, no nos aprovechamos, ya para alabar á Dios en sus grandezas y en la providencia singular con que se cuida de sus amados, ya para imitar á los Santos en sus virtudes, ó ilustrar nuestra alma con las verdades, que nos enseñan tan frecuentemente.

En cuanto á Dios es de admirar que cuando más olvidados nos parece que tiene á los santos, más presentes les tiene, y más directos y seguros son los medios de que para ello se vale, aunque nosotros les juzguemos contrarios al fin. ¡Qué ignorancia la nuestra en las cosas de Dios! Fuera de lo que en lo natural la razón nos enseña, ó de lo que en lo sobrenatural la fe nos dice, ¿qué sabemos de los designios divinos?

En cuanto á la Santa, ¿quién no querrá imitar aquella continua solicitud en servir á Dios, aquel temeroso espanto en la duda, aquella constancia en perseverar, aquella humildad en el propio concepto, aquella obediencia en todo, aun lo más difícil y minucioso, aquella confianza en Dios, aquella paciencia en los trabajos y aquella buena opinión de la santidad y experiencia de los PP. de la Compañía de Jesús? ¡Cuán distinto derrotero lleva hoy la extraviada humanidad! Dios tenga de nosotros compasión.

De la confesión que la Santa hizo con el P. de la Compañía, quedó su alma tan blanda, que la parecía no habría cosa á que no se dispusiera: y así comenzó á hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no la apretaba, antes parecía hacer poco caso de todo. Esto la movia más, porque la llevaba por amor. Estuvo así casi dos meses haciendo por resistir, en cuanto podía, á los regalos y mercedes de Dios. Cuanto á lo exterior notábase bien la mejoría, porque ya el Señor comenzaba á darla ánimo para pasar por algunas cosas, que los que la conocían, y las de la misma casa, calificaban de extremos. (XXIV. 1.)

Con aquella resistencia á los regalos, comprendió que no eran fruto del mucho arrinconamiento, como antes creía, y por cuya razón no se osaba bullir, y después vió lo poco que hacía al caso; porque cuanto más procuraba divertirse, más la cubría el Señor de aquella suavidad y gloria, que la parecía todo la rodeaba y por ninguna parte podía huir. Principió á tomar de nuevo amor á la sacratísima Humanidad de Jesús: comenzóse á asentar la oración como edificio que ya llevaba cimiento y aficionóse á más penitencia, de que estaba descuidada por sus grandes enfermedades. Aquel santo varón, que la había confesado, dijola que algunas cosas no la podrían dañar, y que por ventura Dios la daba tantos males, para que la sirviesen de penitencia, ya que ella no la hacía, por lo cual la mandó hacer algunas mortificaciones, no muy sabrosas para ella. Cumpláto todo por parecerla que se lo mandaba el Señor; y al Padre dábase Dios gracia para mandar de manera, que ella le obedeciese con gusto. Iba ya el alma de la Santa sintiendo en cualquier ofensa que hiciese á Dios, por pequeña que fuese, en grado tal, que, si alguna cosa supérflua traía, no podía recogerse hasta

que se la quitaba. Hacía mucha oración para que, ya que trataba con siervos de Dios, no permitiese Él que tornase atrás, lo cual la parecía ser gran delito y caer en descrédito de los PP. de la Compañía. (XXIV. 1).

Por aquel tiempo vino á la ciudad de Avila el P. S. Francisco de Borja, elegido General de la Compañía en 2 de Julio de 1565. Era S. Francisco un hombre excepcional; grande por su nacimiento, por su celo y por su honor, varón ilustre que había buscado un asilo en la humildad, separándose de las cosas de la tierra para vivir más íntimamente unido á Dios. Su vida fué un prodigio continuo de obediencia y abnegación. Amigo del Grande Emperador Carlos I de España y V de Alemania, y de Felipe II el fundador del Escorial; aliado y querido de los monarcas de Europa, había repudiado en lo mejor de su edad el brillo y las riquezas. Nacido para mandar á los otros, solo aspiraba á obedecer; superior á todo mundano sentimiento, fiel á la obscuridad que buscaba, había arrojado lejos de sí los honores de la púrpura romana, que por cinco veces vinieron á buscarle en su celda. Su vida hace prorrumpir á Ba-

bington Macaulay en estas expresiones, con que hace justicia al Santo, aun cuando el que las dice es protestante y de consiguiente acérrimo enemigo suyo. «No hay, dice, (1) en el Calendario romano un santo que haya abdicado, ó se haya despojado de más dignidades humanas y de más felicidades domésticas; no hay uno que se haya entregado á la pobreza y á los sufrimientos físicos, aceptándolos bajo un exterior más abyecto, ó con penitencias más repugnantes: solo el escuchar el relato de sus flagelaciones, de las enfermedades que se siguieron á ellas, y de las prácticas dolorosas, con que procuraba á cada instante del día domar sus sentidos, es hacer penitencia con él. Su vida es más elocuente que las homilias de San Crisóstomo, y demuestra mejor que lo hubieran podido hacer cien predicadores, el augusto poder de los principios que le hacían obrar.»

Tal era el Santo á quien la Providencia eligió para que aconsejase á nuestra Santa. Y en efecto, después de haberla oído, dijola que era espíritu de Dios el que la animaba, y que le parecía que no era bien ya resistirle más, aunque hasta entonces estaba bien

(1) Revista de Edimburgó.— Los primeros Jesuitas.

hecho: que empezase siempre la oración en un paso de la pasión de Jesucristo, y que después, si Dios, sin ella procurarlo, llevase su espíritu, no lo resistiese. (XXIV. 2.)

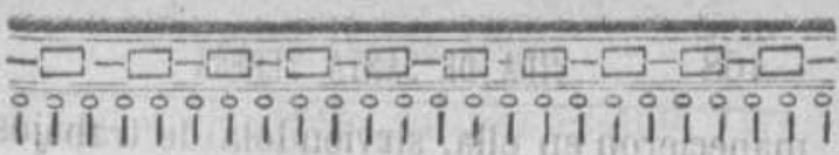
Con ello quedó muy consolada Santa Teresa, así como también el otro Padre su confesor, y el caballero Salcedo, que habían procurado que ella hablase á San Francisco de Borja.

No mucho después dejó aquella ciudad su confesor para mudarse con humilde obediencia á donde le mandaron sus Superiores. Era el primero, que á los principios había asegurado á la Santa y amábale ella como á persona virtuosa y necesaria. Afligida por su ausencia procuró buscar otro en la misma Compañía, y el Señor se le deparó no menos prudente y sabio que el pasado. Este otro Padre comenzó á gobernar su alma con gran suavidad y blandura y á ponerla en más subida perfección, diciéndola que para del todo contentar á Dios, no había de dejar nada por hacer. Trató el buen Padre de quitar algunas amistades, que, aunque buenas, la retenían como atada, y la impedían unirse estrechamente á Dios. Ella, no entendiendo entonces esto, aunque después lo lloró mucho, hubo de responderle que pues no era

malo y en ello no ofendía á Dios ¿por qué había de ser desagradecida? Respondiôla él, que lo encomendase á Dios unos dias y que para pedir luz rezase el himno *Veni creator*.

Habiendo estado un dia mucho en oración, y suplicando al Señor la ayudase á contentarle en todo, comenzó el himno; y estándole diciendo, vínola un arrobamiento tan súbito, que casi la sacó de sí. Entendió estas palabras, que el Señor la dijo: «*Ya no quiero que tengas conversaci6n, con hombres, sino con ángeles.*» (XXIV. 3.)

Este fué el primer arrobamiento que tuvo. Las palabras del Señor fueron tan eficaces, que ella sin pena ninguna y sin hacerse violencia, logró en un momento aquella libertad, que antes no tenía, ni pudo alcanzar en muchos años, aun haciéndose tanta fuerza muchas veces en perjuicio de su salud. Mas entonces, bendito sea Dios, lo consiguió ¡oh gracia divina! en un abrir y cerrar de ojos: y ya no pudo asentar en amistad, ni tener consolaci6n, ni amor particular sino á personas, que ella entendía, que le tenían á Dios y le procuraban servir, sin que valiese nada ser deudos ó amigos: que la era además cruz penosa hablar con personas, que no trataban de oraci6n. (XXIV. 4.)



CAPÍTULO VI.

1. De las causas por las que se engañaron los confesores de la Santa.— 2. Tormentos de esta en muchas ocasiones.— 3. Aquíétala el Señor. Háblala muchas veces y se aparece á ella.— 4. Mándanla que resista las visiones etc. Nuevos tormentos.— 5. Razones que la la Santa. Su fervoroso amor.— 6. San Pedro Alcántara.

1. ¿Quién no esperaría que, habiendo oído Santa Teresa el parecer de aquellos benditos Padres de la Cnmpañia, especialmente el de San Francisco de Borja. y después de haber visto que el mismo Señor confirmaba con palabras los medios, de que sus confesores se valian para dirigirla, no habría para ella desaparecido la duda más insignificante y el más leve temor de engañarse? Y sin embargo duda y temor per-

manecieron en ella, sirviéndola de trabajosa y terrible jagonía por espacio de dos años, aunque no siempre en un ser y de una misma manera.

Quiere el Señor probar á los que ama, ponerles en ocasiones y términos, en que le puedan demostrar el amor con que le corresponden, darles medios y motivos para que merezcan, y hacer, en fin, que el temor, la duda, los trabajos y el conocimiento de su insuficiencia, sirvan de lastre á la barquecilla de 'su alma, para que no se anegue en la borrascosa tempestad de este mar de amarguras, que llamamos mundo, cuando la sopla el viento de las maravillosas gracias. Son tales penas y desolación el contrapeso para que permanezca á plomo el edificio: es la persecución horrible, que los Santos padecen, la que ahonda el edificio para que no le eleve la soberbia como á las altas torres, á las que hiere el rayo de la divina justicia, ó caen derrumbadas, hechas ruinas, por no tener bastante fundamento.

Las cosas sobrenaturales han de juzgarse desde un punto de vista del todo sobrenatural; porque de otro modo, ó no acertaremos á conocerlas, ó será muy poco secundariamente. Decir, pues que las perso-

nas doctas, que tanto amaron á Santa Teresa y tan repetidas veces consultaron muy de propósito cuál era el espíritu que la dirigia para librarla de todo peligro y elevarla á la más subida perfección, se engañaron al participar á la Santa su parecer: añadir que fueron autores de que ella padeciera por tanto tiempo, porque no conocieron al Autor de estas gracias por ser extraordinarias, ó porque á otras personas harto santas no llevó su Majestad por caminos tan maravillosos, ó porque había poco que se sufrieron con otros sujetos amargos desengaños, ó porque el confesor de la Santa cambió de parecer en vista de lo que sentían muchos varones harto avisados, ó porque se repetían con mucha frecuencia las hablas de Cristo á Teresa y otras muchas apariciones á la misma, ó porque al confesor ordinario sustituía otro de opinión distinta, es mirarlo bajo un punto de vista del todo natural y para el negocio, que se traía entre manos, no elevado, sino mezquino. La razón principal de esto hállase en la disposición divina y en los fines, que con ello el Señor pretendía. Estos no eran otros que el aumento de la gloria de Dios; la honra de la Santa, á quien el Señor quiso autorizar para disponerla á la

reforma, que intentaba; la autenticidad de tantas maravillas para que en lo porvenir se pudiese testificar la verdad de las mismas con tan autorizadas y santas personas, como aconsejaron á la bienaventurada Madre; la publicación de tan liberal riqueza del cielo y la santificación de la misma Santa.

No negamos que fuesen verdaderas aquellas otras razones, indicadas en la primera parte del presente párrafo; pero afirmamos que fueron naturales y de orden secundario. Al fin, si bien no se honra á los esclarecidos directores de la Santa con decir que se equivocaron, su deshonor no es grande, porque respecto de lo sobrenatural, solo Dios, ó aquel feliz á quien Dios quiera revelarlo podrá conocer sin género de duda fenómenos tan extraordinarios. Afirmar que no los creyeron como eran, sólo porque á otros Santos no llevó Dios por vuelos tan mirables, sería admitir en ellos la pretensión de atar las manos á Dios, que toca los cielos y los hace humear, y es poderoso á suscitar de las piedras hijos de Abraham. (Luc. 3. 8). Añadir que el temor de los pasados desengaños fué la causa de su desacierto, es imputarles un desconocimiento de la santidad y rectitud de Teresa, ó falta

de lógica, como si pretendieran sacar esta consecuencia de que tales mercedes serian falsas, tan sólo por la razón de que se habían manifestado después de otras, que no habían sido verdaderas, ni de Dios, en otras personas. Suponer que el confesor mudó de parecer, al mirar cómo crecían las visitas y hechos sobrenaturales, es adjudicarle una volubilidad reprensible, y... poco juicio, toda vez que, porque crecen las pruebas, dáse á entender que la verdad falsea.

Además de las causas ya referidas, obraron así con Santa Teresa sus confesores en este asunto para probar su humildad, obediencia, sinceridad y decisión, cuyas cuatro virtudes son como cuatro piedras angulares sobre que descansa el edificio espiritual. Por otra parte, sabían muy bien que, aunque todos somos aficionados á lo misterioso y lleno de maravillas, cuando aparece al exterior la noticia de cosas sorprendentes ó milagrosas, es para muchos objeto de escándalo y desedificación, y para los incrédulos sirve de argumento de paridad entre milagros falsos y verdaderos.

Exigia, por lo tanto, la prudencia llevar á la Santa por otro camino, si posible fuera, haciendo que ella misma lo pidiese á Dios;

y esconder este tesoro, á no ser posible hacerlo á todos tan evidente como la clara luz del medio dia. Y sin embargo ¡oh designios de Dios omnipotente! esos mismos medios contribuyeron á que se hiciesen más públicos y más creíbles tan soberanos favores.

Digan lo que quieran los incrédulos, que de visionaria califican á Teresa; pero respóndannos si la doctrina, que en sus Obras enseña, no solo es verdadera, sino tan admirable, tan subida, tan excelente, tan exacta, que puede competir con la de los más sabios y santos. Dígnannos si no respiran encendido amor sus palabras; y, sobre todo, si hubo Santo, á quien en vida se examinase en todas sus obras por tan excelentes sabios y santos y en número tan crecido.

2. Pero volviendo á lo principiado, y dejando á cada cual en su propio sentir, respecto de las razones por las que la Santa permaneció tanto tiempo en su temor é incertidumbre y en las penas consiguientes, hemos de decir que en efecto padeció muchísimo en los dos años, que á este siguieron, y no dejó de padecer algo por la misma causa no poco tiempo despues.

Describamos de una vez para siempre su penosa situación y los medios por los que

de ella la libró el Señor, refiriendo de paso las primeras apariciones de Jesucristo á esta Santa admirable, y otras gracias, que la hizo, y dejando para el capítulo siguiente la narración de mayor número de apariciones y mercedes maravillosas, así como también la de la penitencia, que la Santa solía hacer.

Desde aquel feliz momento, en que el Señor la dijo: «*Ya no quiero que tengas conversacion con los hombres, sino con los ángeles,*» principió Cristo, nuestro bien, á hablarla tantas veces, que ella no las podía contar: muchas veces, reprendiéndola por las imperfecciones, que hacía: otras, trayéndola á la memoria sus pasados pecados, en especial cuando quería hacerla alguna señalada merced, que representaba á su alma la verdad con un conocimiento tan claro, que parece que se veía ya en el verdadero juicio: otras avisándola de algunos peligros propios ó ajenos: otras anunciándola el porvenir respecto de algunas cosas tres ó cuatro años antes de cumplirse, y se cumplieron todas: otras, en fin, para regalarla con inefables consuelos. (XXVI. 2.)

Como estas mercedes crecieron así y las supo el confesor, porque la Santa nada había de ocultarle, disponiéndolo así Dios para

bien de Teresa y acierto en la dirección espiritual, reuniéronse cinco ó seis muy siervos de Dios y doctos, á consultar entre sí lo que aquello sería y lo que convendría hacer para remediar á la que tanto amaban. Convinieron todos en decir que no era buen espíritu el que á Teresa animaba, y así que sería muy bueno que se abstudiese de comulgar con tanta frecuencia y que procurase distraerse de modo que no tuviese soledad. Su confesor cedió en aquella consulta, cuya resolución puso en conocimiento de la Santa, decidiéndose á obrar en conformidad con lo resuelto; mas tan solo para experimentarla más y más, como se lo dijo después. (XXV. 3.)

Bien conocía él el espíritu que la animaba.

Era ella, segun ya hemos dicho, ayudando á esto el mal de corazón, tan temerosa, que en una pieza no osaba estar sola, y muchas veces ni aun de día. Y como vió que tantos lo afirmaban, aunque no lo podía creer, tuvo grandísimo escrúpulo pareciéndola poca humildad; porque ¿cómo no había de creer á personas tan doctas y por ella tenidas por de vida sin comparación más Santa que la suya? (XXV. 8.)

Agréguese á esto que la Santa, para obedecer, se apartó algunos dias de la sagrada Comunion y de la soledad, que eran su mayor consuelo; y téngase presente la desolación en que á veces quiso el Señor dejarla, y se verá cuánto padecería en muchos ratos durante los dos años.

¿Procuraría soledad? Estábala prohibido. Además ella misma había llegado á dudar si sería el diablo el que la engañaba, y aun casi convencida, alguna vez advirtió al confesor para que no se dejase engañar de ella. Verdad es que él la respondió, que para que así no sucediese ya tendría él la prudencia necesaria; y que no tuviese temor ninguno, pues no le había siempre que procurase no ofender á Dios, ni ocultarle cosa alguna. Esta respuesta la sirvió de mucho consuelo.

¿Buscaría distracción en la sociedad? No era posible, porque aquella cruz la abrumaba de continuo y la recordaba la dolorosa pena, que sentía. Y cuando no, las de casa levantaban caramillos, diciendo que se hacia tener por Santa; que eran aquellos extremos para engañar al mundo y hacer ruines á las que sin esas ceremonias y novedades eran mejores que ella: entre los de fuera, corria

da la noticia, andaba con nota de visionaria y a/rentada. Unos, con lastimosa compasión la avisaban para que fuera precavida y evitara una ruina ruidosa: otros huían de ella como de endemoniada: estos juzgaban aquello como pública y pesada pena de grandes pero ocultos pecados: aquellos advertían al confesor para que se librase de ella y del gravísimo compromiso, que encima se le venía. (XXV. 8.)

¿Meditaría? ¿Cómo huir del que en la meditación la buscaba? Por otra parte á veces su imaginación la daba tormento: á la memoria no venían sino los pecados; la fè aparecía apagada, la esperanza temerosa, el amor sin dirección por parte de Teresa.

¿Rezaria? No sabía por donde principia-
ba, ni á donde llegaba y sin saberlo repetía muchas veces unas mismas palabras.

¿Leería? No la era posible en aquella ocasión entender el más sencillo castellano, aunque leyese cuatro veces una misma cláusula, y veíase en la necesidad de dejar el libro. (XXV. 9.)

¿Acudiría al confesor? Acógíala con reserva, y aun á veces alguno la atormentaba. (XXVI. 3.)

¿A las personas doctas y siervos de Dios? Hablaba con sencillez y al descuido *descubria aquellos dulcissimos secretos*, lo cual á ellos parecía poca humildad; y llegada la noticia al confesor, había de sufrir una grave reprimenda. ¿*Los ocultaba?* El Señor la corregía. «Cuestión por un cabo y reprehensión por otro.» (XXVI. 3.)

¿Qué hacer? Empleábase en actos de misericordia, ó en obras exteriores; mas aun allí había de sentir aquello mismo de que huía, y de que todos procuraban que huyese. Cuantas obras buenas hacía, encomendábalas para que el Señor la librase de situación tan horrible: tomaba por abogados á San Hilarión y San Miguel Arcangel y á otros santos, y haciales novenas para que alcanzasen del Señor que la llevase por otro camino. (XXVII. 4.)

3. En verdad que sus tormentos debieron ser grandísimos. Hallándose una vez en la aflicción que hemos descrito, fué á la iglesia; y entrando en un oratorio, permaneció allí cuatro ó cinco horas, que consuelo, ni del cielo, ni de la tierra, no había para ella, sino que la dejó el Señor padecer; cuando hé aquí que la dice estas palabras: «*No hayas miedo, hija, que Yo soy y no*

te desampararé: no temas. «¡Oh Señor mio, exclama Santa Teresa, como sois Vos el amigo verdadero, y cómo poderoso, cuando quereis podeis, nunca dejais de querer si os quieren!

Alaben os todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan, Vos Señor de todas ellas nunca faltais. Poco es lo que dejais padecer á quien os ama... ¡Oh Dios mio, quién tuviera entendimiento y letras, y nuevas palabras para encarecer vuestras obras, como lo entiende mi alma! Fáltame todo, Señor mio, mas si Vos no me desamparais, no os faltaré yo á Vos. Levántense contra mí todos los letrados, persiganme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios, no me falteis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacais á quien en solo Vos confía.» (XXV. 9.)

Continúa luego: «Paréceme á mí, segun estaba, que eran menester muchas horas para persuadirme á que me sosegase, y que no bastara nadie: héme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud, y luz, que en un punto vi mi alma hecha otra, y

me parece que con todo el mundo disputara que era Dios. ¡Oh qué buen Dios! ¡Oh qué buen Señor, y qué poderoso! No solo dá el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh váleme Dios, y cómo fortalece la fé, se aumenta el amor! Es así cierto, que muchas veces me acordaba de cuando el Señor mandó á los vientos, que estuviesen quedos en el mar, cuando se levantó la tempestad; y así decía yo: ¿Quién es este, que así le obedecen todas mis potencias, y dá luz en tan grande oscuridad en un momento, y hace blando un corazón, que parecía piedra, da agua de lágrimas suaves, á donde parecía había de haber mucho tiempo sequedad? ¿Quién pone estos deseos? ¿Quién da este ánimo? Que me acaeciò pensar ¿de qué temo? ¿Qué es esto? Yo deseo servir á este Señor, no pretendo otra cosa, sino contentarle: no quiero contento, ni descanso, ni otro bien sino hacer su voluntad.... Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y desto no hay que dudar, pues es fé, siendo yo sierva de este Señor y Rey ¿qué me pueden hacer ellos á mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno?

Y túvola en efecto. Asiendo luego una cruz en la mano y pareciéndola que Dios la daba ánimo para tomarse á brazos con los demonios y que fácilmente los vencería con aquella cruz, les desafiaba diciendo: «Ahora, venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podeis hacer.» (XXV. 10.)

Y fué lo cierto que la habian miedo y contra ellos cobró gran señorío, porque no se la daba más de ellos que de moscas; y parecíanla tan cobardes, que en viendo que les tienen en poco, no les queda fuerza. «No saben estos enemigos de hecho acometer, sino á quien ven que se les rinde, ó cuando lo permite Dios para más bien de sus siervos... Pluguiese á su Majestad temiésemos á quien hemos de temer, y entendiésemos (que) nos puede venir mayor daño de un pecado venial, que de todo el infierno junto... Qué espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honra, y haciendas y deleites, que entonces juntos ellos con nosotros mismos, que nos somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán; porque con nuestras mismas armas les hacemos

que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos (aquellas) con las que nos hemos de defender. Esta es la gran lástima; mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos (de) servirle de verdad, huye él de estas verdades, como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la misma mentira. No hará pacto con quien anda en verdad. (XXV. 11.)

Veis aquí cuán provechosas verdades. Sobran los comentarios y las reflexiones.

No fué esta vez sola, sino muchas otras, como ya hemos dicho, las en que la habló el Señor.

Habiase mandado que se retirasen de los conventos muchos libros de romance y que no se leyesen; y como ella recibía mucha recreación en la lectura de algunos, y los de latín, que se permitían, no eran por ella entendidos, sintiolo mucho. Entonces para consolarla díjola el Señor: *No tengas pena, que yo te darè libro vivo.* Como no había tenido aún visión alguna no entendía la Santa el significado de estas palabras; mas bien pronto su Majestad la dió á conocer que Él era el libro verdadero, donde había de ver las verdades.

Agradecida, con fervoroso entusiasmo dice: «Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se pueda olvidar.» (XXVI. 5.) Y luego: «¿Quién vé al Señor cubierto de llagas, y afligido con persecuciones, que no las abraza, y las ame, y las desee? ¿Quién vé algo de la gloria, que dá á los que le sirven, que no conozca (que) es todo nada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién vé los tormentos que pasan los condenados, que no se le hagan deleites los tormentos de acá en su comparación?» (XXV. 4. 6.)

No tardó Jesucristo en darse á ver á la seráfica madre, y para disponerla suavemente, hizolo por grados.

Primeramente, estando un dia del glorioso San Pedro en oración, vió cabe sí, ó sintió más bien, que con los ojos del cuerpo, ni del alma vió nada; mas parecióla que estaba junto cabe ella Cristo, y veía ser Él el que la hablaba. Estaba ella ignorante de que pudiese haber tal visión y así temerosa no hacía sino llorar; pero una sola palabra la quedó sin temor y con grande paz y regalo. Parecióla desde entonces que Jesucristo estaba siempre á su lado y que era testigo

de lo que hacía, y á no estar divertida, á poco que se recogiese sentiale junto á sí. (XXVII. 2.)

¡Oh dulce compañía! Con razón la Santa, después de haberse esforzado en dar á entender es'a visión, exclama con estas bellísimas expresiones: «¡Oh benignidad admirable de Dios, que así os dejais mirar de unos ojos, que tan mal han mirado, como los de mi alma! Queden ya, Señor, desta vista acostumbrados á no mirar cosas bajas, ni que les contente ninguna fuera de Vos! ¡O! ingratitud de los mortales! ¿Hasta cuándo ha de llegar? Que sé yo por experiencia, que es verdad esto que dijo, y que es lo menos de lo que Vos haceis con una alma que traeis á tales términos, lo que se puede decir. ¡Oh almas que habeis comenzado á tener oración, y las que teneis verdadera fé, qué bienes podeis buscar, aun en esta vida,... que sea como el menor de estos! Mira, que es así cierto, que se da Dios á Si á los que todo lo dejan por Él. No es acaudador de personas, á todos ama, no tiene nadie excusa por ruin que sea.» (XXVII. 8.)

«¡Qué rico se hallará, el que todas las riquezas las dejó por Cristo! ¡Qué honrado, el que no quiso honra por Él, sino que gusta-

ba de verse muy abatido! ¡Qué sabio, el que se holgó que le tuviesen por loco, pues lo llamaron á la misma Sabiduria! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya, ya parece se acabaron los que las gentes tenian por locos, de verlos hacer obras heróicas de verdaderos amadores de Cristo. ¡Oh mundo, mundo, cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan!» (XXVII. 9.)

Tampoco puede añadirse cosa alguna á estas consideraciones de Santa Teresa. Ellas bastan.

Pasó algunos dias gozando casi de continuo de la visión últimamente referida y hacia la tanto provecho, que no salia de oración, cuando hé aquí que poco después orando... tuvo á bien Cristo nuestro Señor mostrarle solas las manos con tan grande hermosura, que no se podrá encarecer lo bastante: y no muchos dias después vió tambien aquel divino rostro, que es la gloria de los ángeles. (XXVIII. 1.)

Íbala el Señor llevando poco á poco conforme á su natural, para que pudiese sin morir de gozo, disfrutar de tanta hermosura.

Al fin, un dia de San Pablo, estando en misa, se la representó toda esta Humanidad

sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad, que no hay quien buenamente pudiese describirla; bastando decir que cuando otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial ver la Humanidad de Jesucristo Nuestro Señor, aun acá que se muestra su Majestad conforme á lo que puede sufrir nuestra miseria. ¿Qué será á donde del todo se goza de tal bien? (XXVIII. 3.)

Casi siempre se la representaba el Señor así resucitado, y en la sagrada Hostia lo mismo, si no eran algunas veces para darla esfuerzo en alguna tribulación, que la mostraba las llagas; otras en la cruz ó en el huerto; pocas con la corona de espinas; algunas con la cruz acuestas, pero siempre la carne glorificada. (XXIX. 3.)

El Padre Baltasar Alvarez, que era su confesor ordinario, siempre la consoló; mas uno que le sustituía algunas veces y antes la consolaba, luego que las visiones fueron creciendo, comenzó á decirle, que claramente se veía ser el demonio el autor de las mismas, y que se opusiese á ellas; que si no pudiese resistirlas, se santiguase y

despidiese de sí al mortal enemigo del género humano con los medios que á su disposición tiene la Iglesia. Tan aferrado quedó en estas opiniones y juntamente con él otras personas muy doctas, aunque en esto engañadas, que teniendo á la bienaventurada madre por posesa, intentaron exorcizarla. (XXIX. 4.)

4. Es certísimo de todo punto que satanás y sus satélites, como espíritus que son, tienen un poder y ciencia muy superiores á lo que el hombre puede intentar: es cierto que muchas veces, aparentando bien, se viste de ángel de luz para arrastrar al pecado á los que de otra manera no vencería; pero fiel es Dios, el cual nunca permite que alguno sea tentado con pruebas superiores á las que pueda resistir, si buenamente quiere. No es de extrañar, pues, que muchos, pretendiendo todo bien para la Santa, pusieran los medios para que no se alucinase, cuando en realidad ellos eran los alucinados.

De harta a;uda necesitaba la Santa en aquella situación, ya descrita en el núm. 2 del capítulo VI de esta Obrita, que es á lo que ahora nos referimos. Concediósele Dios con una visión maravillosa, que tuvo y fué: que

estando en oración, vióse en un gran campo á solas y en derredor de ella mucha gente de diferentes maneras armada, que unas con lanzas, otras con espadas, otras con dagas muy largas la tenían cercada. No podía salir por parte alguna sin exponerse al peligro de muerte, y nadie estaba de su parte. Alzó al cielo los ojos, y vió en el aire bastante alto á Jesucristo, que la tendía sus manos y desde allí la favorecía de manera, que ya no tenía miedo de toda la gente. (XXXIX. 12.)

Dióla á entender el Señor ser esto un retrato del mundo y de lo que en él pasaba; y servíala de consuelo y esperanza aquella protección, que contra todos desde lo alto la dispensaba el que es Protector de los desvalidos.

Cada uno debe considerar para sí cuán costoso debía de ser para la Santa valerse del agua bendita y de la cruz para ahuyentar al que por nosotros murió en la cruz, y prestó en la bendición eficacia y virtud al agua bendita contra las potestades infernales: cuán costoso la sería en nombre de Cristo combatir á Cristo, y arrojarle de sí por obedecer al confesor que se lo mandaba, porque harto persuadida estaba de

que era Jesús, aquel dulce Esposo, el que tan extraordinarias mercedes la hacía.

Mas es de notar que el desasimiento del propio sentir en las cosas, que no van abiertamente contra la ley de Dios ó de la Iglesia, la humildad, y la obediencia á los Superiores y á los Ministros del Señor, han sido y serán siempre virtudes necesarísimas, á las que los Santos nunca faltarán. Todo el que desee ir á la gloria ha de ir por este camino, y no dejarle jamás, si quiere no perderse.

Bien lo daba á entender el mismo Jesucristo en el agrado, con que aceptaba las acciones de desprecio con que la Santa le recibía en las visiones, por cumplir lo que se la mandaba. Sin embargo causaba gran pena á la Santa haber de hacerlas, hizolas pocas veces, y protestando que lo hacía por cumplir los órdenes de los Ministros del Señor, y de ordinario usaba solamente el agua bendita ó la cruz, con las que solo se puede ofender al enemigo de las mismas.

Para nuestro consuelo y enseñanza propongámonos todos obedecer como al mismo Jesucristo, y aun más, al confesor en cuanto para nuestro bien nos ordenare: que si la Santa, siguiendo el camino ordinario

de la salvación, que es el buen uso de los sacramentos, obedece á los Ministros del Señor, aun contra el mismo Señor; ¿con cuánto mayor motivo nosotros en cosas fáciles y necesarias ó útiles y honestas deberemos obedecerles como al mismo Dios? Porque aunque en casos parecidos vayamos contra su Majestad por obedecer al confesor, no empero en cosas malas que esto nunca es permitido, Dios nos premiará de una manera parecida que á la Santa.

Acudía ella en su aflicción á los Apóstoles San Pedro y San Pablo, de quienes la había dicho el Señor la primera vez, que se la apareció, que ellos la guardarían para que no fuese engañada: y así es que muchas veces los veía á su lado izquierdo muy claramente.

El mismo Jesucristo la ordenaba que en todo obedeciese á sus confesores.

Una vez que para hacerlo, ella, apenas se la apareció Jesucristo Nuestro Señor, por no santiguarse con tanta frecuencia para ahuyentar la visión, asíó como otras veces en sus manos la cruz que traía pendiente de su rosario, el Señor la tomó en las suyas y tornó á dársela, pero engastada en cuatro piedras grandes muy preciosas más que de dia-

mantes sin comparaci3n.... Tenia las cinco llagas de muy linda hechura; y al devolvèrsela dijo à la Santa, que así la veria de allí adelante: y así la acaecia que no via la madera de que era hecha, sino las piedras. (XXIX. 6.)

Cuando Dios quiere à un alma de este modo, no hay fuerzas que arrebatàrsela puedan, únela à Sí fuerte y suavemente; y no hay medios de resistir y oponerse à este divino Señor. Cuanto más lo procuraba la Santa, más à manos llenas y à torrentes la daba Él de sus gracias y regalos. Huia de la oraci3n, y nunca salia de ella: resistia al Señor, y Él à cada paso la hacia más mercedes, la aseguraba y enseñaba lo que habia de decir à sus confesores para que la dejase con más libertad. Su amor crecia como inmensa llama: veíase morir con deseo de ver à Dios, y no sabia à donde buscar esta Vida si no era con la muerte. Dábanla unos ímpetus grandes de este amor y no sabia que hacerse, porque nada la satisfacia, ni cabia en sí, sino que verdaderamente la parecia que se la arrancaba el alma. (XXIX. 7.)

Eran estos ímpetus de subido amor, que la abrasaban el alma y la herian como con

una saeta, que la atravesaba el corazón y la encendía en odio de sí misma y en amor de Dios: odio y amor, pena y gloria juntamente, que la hacían repetir con intenso deseo y ardiente sed aquellas palabras de David: (Salm. XL. 1. 2.) «*Quemadmodum desiderat cervus ad fontem aquarum: ita desiderat anima mea ad te, Deus.*» A la manera que el ciervo desea las fuentes de las aguas: así te desea el alma mía, oh Dios. Sedienta está mi alma del Dios fuerte vivo: ¿cuándo vendré y pareceré ante la cara de Dios? (XXIX. 10.)

«Cuando no da esto muy recio, dice la Santa, parece se aplaca algo... con algunas penitencias, y no se sienten más, ni hace más pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos y maneras para hacer algo que sienta por amor de Dios, mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo qué tormento corporal le quitase....» (XXIX. 10.)

Para lograrlo ella y para satisfacer al Señor por sus culpas y pedirle piedad, desde que el Señor la dijo que no quería que tuviese conversación sino con ángeles, con estar tan agoviada de enfermedades y dolores, hacía penitencia de manera, que solamente oírlo lastima. Dormía muy poco; traía

consigo un cilicio de hoja de lata con agujeros hechos á punzón; disciplinábase con hortigas, ó correas y de ordinario con unas llaves, y alguna vez puso su santo cuerpo entre las espinas de unos zarzales, volviéndose entre sus asperezas como en blando lecho.

Ved aquí los entretenimientos de su amor á Dios, cuando los ímpetus no eran muy recios: buscar su alma algun remedio en las penitencias y mortificaciones; mas con ellas el amor crecía, y era premiado de mil maneras con hablas, visitas y apariciones.

Vió algunas veces junto á sí al lado izquierdo en forma corporal un ángel, lo que no solía ver sino por maravilla; pues aunque muchas veces se la representaban, era sin verlos. Era este ángel no grande, sino pequeño; hermoso mucho, tenía el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan: . . . traía en las manos un dardo largo de oro y al fin del hierro parecía tener un poco de fuego, y que metiéndosele en el corazón algunas veces, la llegaba á las entrañas, y que al sacarle las llevaba tras sí y la dejaba abrasada en grande amor de Dios. Era tan grande el dolor, que la hacía dar aque-

llos quejidos, de que hablamos ha poco: y tan excesiva era la suavidad, (que la ponía este grandísimo dolor) que ni podía desear que se la quitase, ni se contentaba su alma con menos que con Dios. (XXIX. 11.)

Aproximábase el tiempo, en que el Señor tenía dispuesto que en este asunto de las visiones y del espíritu que animaba á Teresa, no la inquietaran sus directores espirituales, ni los demás á quienes consultó.

5. Hemos visto ya el parecer de los Padres de la Compañía, y especialmente el de San Francisco de Borja y el del Padre Alvarez, que no bastaron á persuadir á los demás; réstanos oír ahora las razones que da la Santa de ser Dios el autor de tantas maravillas, y ver los medios, de que para convencer á todos se valió el Señor.

Por lo que á la Santa se refiere, bien persuadida quedó de que era Jesucristo el que la hablaba y buen espíritu el que la movía; porque, durando aquellas mercedes, érala imposible dudar de ello; y después, pasado que fué el tiempo, el mismo soberano Maestro la instruía en las razones, que

había de dar para persuadir á sus confesores.

Refiriéndose á Nuestro Señor Jesucristo, cuando se la apareció, deciales entre otras cosas, *que si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa no pudiera, ni supiera, porque excede á todo lo que acá se puede imaginar, aun sola la blancura y resplandor.* No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo á la vista; y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver esta hermosura tan divina... (XXVIII. 4.) Y después de hacer de esta blancura una descripción bellísima, que omitimos por no alargarnos, concluye: «En fin es de suerte, que por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los dias de su vida podría imaginar como es: y pónela Dios delante tan presto, que aun no hubiera lugar para abrir los ojos, si fuera menester abrirlos; mas no hace más estar abiertos que cerrados, cuando el Señor quiere, que, aunque no queramos, se vé. No hay divertimiento que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia, ni cuidado para ello.» (XXVIII. 5.) Expresando el mismo pensamiento, añade: «Pues

ser imaginación esto, es *imposible de toda imposibilidad*, ningún camino lleva, porque sola la hermosura y la blancura de una mano es sobre toda nuestra imaginación. Pues sin acordarse de ello, ni haberlo jamás pensado, ver en un punto presentes, cosas que en gran tiempo no pudieran contentarse con la imaginación, porque va muy más alto... de lo que acá podemos comprender. (XXVIII. 10.)

Refiriéndose á las hablas del Señor á ella, dice que podría ser que alguna persona, estando encomendando á Dios alguna cosa con grande afecto y aprehensión, la pareciese que el Señor la hablaba respecto de aquel asunto, si se hará ó no, y que no fuese otra cosa que el propio entendimiento ó imaginación. Pero esto entiéndese bien pronto ser obra del alma; porque el entendimiento trabaja, ordena, fabrica algo y por delgado que vaya conócese claramente y presto, y las palabras, que él fabrica, son como cosa sorda, fantaseada, y no con la claridad que estotras, que son verdaderas hablas, (XXV. 3.) en las cuales sin que las potencias se hayan dispuesto, sin que obren, sin que les *sea posible*, estando como se hallan absortas y embebecidas en otra cosa,

aun á su pesar y oponiéndose á ello, ha de oír el alma lo que se le diga, mal que la pese. (XXV. 1.) Ella aquí no pone fuego, sino que lo halla ya encendido: no dispone la comida, sino que, sin saber cómo, lo encuentra dentro del estómago y de ello disfruta. En el capítulo XXVII núm. 6 se explica con símiles, que encantan. Dice así: «En la habla que hemos dicho antes, (esto es, la verdadera, de que tratamos) hace Dios al entendimiento que advierta, aunque le pese, á entender lo que se dice, que allá parece tiene el alma otros oídos con que oye, y que la hace escuchar, y que no se divierta: como á uno que oyese bien, y no le consintiesen atapar los oídos, y le hablasen junto á voces, aunque no quisiese lo oíría. Y en fin algo hace, pues está atento á entender lo que le hablan: acá ninguna cosa, que aun esto poco, que es solo escuchar, que hacia en lo pasado, se le quita. Todo lo halla guisado, y comido, no hay más que hacer de gozar, como uno que sin deprender, ni haber trabajado nada para saber leer, ni tampoco hubiese estudiado nada, hállase toda la ciencia sabida ya en sí, sin saber cómo, ni dónde, pues aun nunca había trabajado para deprender el A. B. C.:... Porque se vé

el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese á disputar la verdad de estas grandezas. »

Concluyamos con esta argumentación. La causa de tales fenómenos es, ó el entendimiento y la imaginación, ó completamente sobrenatural: Si es sobrenatural precisamente han de ser su causa Dios y los ángeles buenos y santos, ó Satanás y sus satélites. Las facultades del alma no lo son; ora atendamos á la velocidad del tiempo en que se hacen, ó á la falta de preparación, y á que no obran, ó si obran es resistiéndose á tales fenómenos, y á que estos son superiores á sus alcances, toda vez que sin estudio alguno, é instantáneamente, se halla el alma con ciencia tan celestial, que los entendimientos más perspicaces, después de muchos años de continuo estudio, no han podido alcanzar. Y en fin siendo, como son, sobrenaturales, conócese por los frutos y efectos proceder del que es el Señor de las ciencias y del poder; puesto que anuncia los futuros contingentes, que con exactitud precisa se cumplen: enseña una doctrina tan santa y tan altísima: descubre secretos del



cielo, de la tierra y de los abismos: ahuyenta el espíritu de la soberbia, de la presunción y la mentira: infunde en el alma una fé ciega á todos los misterios de nuestra sacrosanta religión; una esperanza firme y suave; una justicia, que encanta; una fortaleza, que conforta; una templanza, que recrea; una veracidad y sencillez, que atraen; una dignidad, que embelesa; un desasimiento de sí, y de las propias cosas, y de este mundo, inimitable; un odio de los pecados, aun veniales y de las imperfecciones, que eleva; una decisión en servir á Dios, que entusiasma; una caridad con los prójimos, aun pecadores, que enternece; un gusto en las penitencias y mortificaciones, que estremece; un amor á Dios, tan vivo, tan penetrante, tan continuo, tan excelso, que ni de serafines; una obediencia ejemplarísima; y, para decirlo de una vez, unas ansias de ver al Señor tan finas, que causa pena al alma dichosa, que lo experimenta, pensar en dormir, ó comer, ó descansar, ó cuidar del cuerpo.

Todos estos efectos sentía en sí nuestra Madre de una manera tal, que con razón podía decir, que ya no era ella la que vivía, sino Cristo el que vivía en ella; y que quisie-

ra ó padecer, ó morir; *pues vivia, porque no vivia; y moria porque no moria. Digitus Dei est hic.* Estas son obras del Excelso. De Dios es esto: su dedo lo hizo.

Penoso nos es vernos en la precisión de ir narrando tan solamente los hechos de esta Santa admirable, y prescindir de aquella doctrina gustosísima y celestial, que á cada paso siembra en sus escritos; aquellos arrebatos de amor, aquellos sublimes vuelos de su fantasía seráfica, sin que podamos detenernos á hacer frecuentes y largas reflexiones de [lo que debiera ser para nosotros lo principal y es digno de alabanza. Séanos sin embargo, permitido copiar á continuación unos versos, que ella compuso, los cuales demostrarán al que los lea, además del estro poético y magistral literatura de la Santa, el vivísimo amor de Dios, en que se hallaba abrasada; porque si bien es digresión, ó lo parece, no lo es en demasia, puesto que sirve de prueba á nuestra aserción. Y si pareciese reprehensible, suplicamos al lector que los pase de largo, aunque con ello se privará de un gustoso deleite.

*Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero*

GLOSA

—=—

- 1.ª Aquesta divina unión
Del amor con que yo vivo
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón;
Mas causa en mi tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.
- 2.ª ¡Ay! qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros,
En que el alma está metida:
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero
Que muero porque no muero.
- 3.ª ¡Ay! qué vida tan amarga
Do no se goza al Señor.
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga.
Quíteme Dios esta carga
Más pesada que de acero
Que muero porque no muero.

- 4.^a Solo en la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza.
Muerte, do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.
- 5.^a Mira que el amor es fuerte,
Vida, no me seas molesta,
Mira que solo te resta
Para ganarte, perderte:
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.
- 6.^a Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera,
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva:
Muerte, no me seas esquivá,
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.
- 7.^a Vida, ¿qué puedo yo darle
Á mi Dios que vive en mí,
Si no es perderte á tí
Para mejor á Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle
Pues á Él solo es al que quiero,
Que muero porque no muero.

- 8.º Estando ausente de Ti
¿Qué vida puedo tener
Sino muerte padecer
La mayor que nunca ví?
Lástima tengo de mí
Por ser mi mal tan entero
Que muero porque no muero.
- 9.º El pez que del agua sale;
Aun de alivio no carece:
A quien la muerte parece,
Al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.
- 10.º Cuando me empiezo á aliviar,
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar
Por no verte como quiero
Que muero porque no muero.
- 11.º Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor,
Viviendo en tanto pavor
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

12.^a Sácame de aquesta suerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte
Y vivir sin Tí no puedo
Que muero porque no muero.

13.^a Lloraré mi muerte ya
Y lamentaré mi vida
En tanto que detenida
Por mis pecados está
¡Oh mi Dios! cuándo será
Cuando yo diga de vero
Que muero porque no muero.

Estos ayes, estos lamentos amorosos, estos frutos del divino amor, que en el pecho de la Santa ardía, y las razones que había varias veces expuesto á sus confesores, y ser ese el parecer del Padre Alvarez y de San Francisco de Borja, no bastaron á persuadir á todos de que el espíritu, que á la Santa movía, era bueno y Cristo el que la visitaba. Era necesaria nada menos que la autoridad de San Pedro Alcántara, reformador de los Franciscanos, que por aquel tiempo vino á Avila. Era entonces Comisario de los Padres descalzos del glorioso San

Francisco, de grande oración y vida santísima muy conocido en España por sus virtudes. Pasó cuarenta años sin dormir entre noche y día más que hora y media, que según él decía á Santa Teresa, este fué el trabajo de penitencia, que más le costó en los principios; porque para vencer al sueño estaba siempre de rodillas ó en pié: lo poco, que dormía, era sentado, arrimada la cabeza á un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía; porque su celda no era más larga de cuatro pies y medio: en todos estos años jamás se puso la capilla por grandes soles y aguas, que cayesen, ni cosa alguna en los pies, ni otro vestido que un hábito de sayal, que tenía sobre las carnes, y tan angosto, que no se podía sufrir y un manto encima: jamás se aproximó al fuego, y en los rigurosos frios del invierno abría un rato la ventanilla y puerta de su celda, quitado el manto, para que poniéndosele después, sintiese algun alivio: comía de ordinario cada tercer día, y fué en su juventud tal su modestia, que despues de haber estado tres años en una casa de su Orden, no conocía fraile alguno sino por la voz, porque jamás levantaba los ojos del suelo: á mujeres jamás mi-

raba, y decía que lo mismo se la daba ver, que no ver: era ya muy viejo y tan extrema su flaqueza, que parecía hecho de raíces de árboles, y con tanta santidad era muy afa-ble y sabroso en las pocas palabras, que hablaba. Su fin fué como su vida: el que de continuo había traído junto á las carnes un cilicio de hoja de lata, predicando y amonestando á sus frailes, como vió que su vida se acababa, dijo el salmo *Latatus sum in his quæ dicta sum mihi etc.*, é hincado de rodillas, murio, ó más bien, principió á vivir. (XXVII. 10.)

¡Oh vergüenza la nuestra! ¡Cuán pegados vivimos á las comodidades! ¡Cuán ajenos de la más mínima penitencia, temerosos no ya de la muerte, sino del más leve sufrimiento! ¿Se parece nuestra vida en algo á la de este glorioso varón? Pues el reino de los cielos padece violencia, y solo le alcanzan los que, haciéndosela, le arrebatan.

Tal era el Santo, de quien se valió L'os, para aliviar las penas de Teresa. No le conocía ésta; mas si una señora muy principal de aquella población que tenía amistad con la Santa, y con quien por consejo de su confesor comunicaba sus aflicciones y temor, porque era de muchas virtudes y oración. Lla-

mábase D.^a Guiomar de Ulloa, era viuda y recibía también del Señor mercedes en la oración. Como supo la venida del Santo, sin decir nada á la Madre Teresa, alcanzó para ella del Padre Provincial licencia para que estuviese en su casa ocho días. Durante cuyo tiempo, en las iglesias y en casa, dió la Santa al Santo cuenta en suma de su vida y manera de proceder en la oración sin encubrirle ni aun los primeros movimientos, y hablóle varias veces. (XXX. 2.)

El Santo, como quien lo había practicado mucho, la entendió luego. Dióle gran luz en muchas cosas: le declaró algunas, en que ella dudaba; libróla mucho de sus temores, y la dijo que alabase á Dios por las mercedes, que la hacía; que estuviese tan cierta de que era espíritu del Señor, que si no era la fé, cosa más verdadera no podía haber, ni que tanto pudiese creer: que uno de los mayores trabajos, que había padecido, era el sufrir contradicción de buenos; y que la quedaba harto que padecer, porque siempre tendría necesidad de directores, que entendiesen su espíritu. Que él hablaría al Padre Alvarez, confesor suyo, y á D. Francisco de Salcedo, de alma temerosa y santa, que era lo que por su buena voluntad la daba toda

la guerra. Y así lo hizo el Santo, que á entrambos dió causas y razones para que se asegurasen y no la inquietasen más. Poco había menester el confesor, como quien en las consultas defendía la causa de la Santa, y cuanto con ella hacía, era solo para probarla: no así el caballero D. Francisco, que no cedió del todo, aunque menos la amedrentaba. (XXX. 3.)

Por último, convinieron los dos Santos en encomendarse á Dios en sus necesidades, y él la dijo, que siempre que ocurriese alguna cosa, digna de consulta, no tuviese inconveniente en escribirle.

Con ello quedó la Santa llena de gozo, bastante asegurada y tan contenta, que no se hartaba de dar á Dios gracias de lo íntimo de su corazón, y al gloriosísimo Padre San José, de quien ella era muy devota, á quien hartas veces había pedido remedio á su mal, y el que parecía haberla enviado á este bendito Santo Pedro de Alcántara, pues era Comisario general de la custodia de San José, (XXX. 4. 5).

la guerra. Y así lo hizo el Santo, que á en-
 tiempos dio causas y razones para que se
 asegurasen y no la ignorasen más. Poco
 había menester el confesor, como quien en
 las consultas debedia la causa de la Santa,
 y cuanto con ella habla, era solo para pro-
 barla; no así el caballero D. Francisco, que
 no cedía del todo, aunque menos la ame-
 dentaba. (XXX. 3.)

Por último, conjuerón los dos Santos
 en encomendarse á Dios en sus necesidades,
 y él la dijo, que siempre que ocurriese al-
 guna cosa, digna de consulta, no tuviese
 inconveniente en escribirle.

Con ello quedó la Santa llena de gozo,
 bastante asegurada y tan contenta, que no
 se hartaba de dar á Dios gracias de lo tan-
 to de su curacion, y al gloriosísimo Padre
 San José, de quien ella era muy devota, á
 quien hartas veces habla pedido remedio á
 su mal, y el que parecia haberla enviado á
 esta Comisario general de la custodia de
 San José. (XXX. 4. 5.)

CAPÍTULO VII.

1. Correspondencia de la Santa à la gracia divina, y aprecio de la misma y de la gloria. Confiado lenguaje de la Santa con Dios.—2. Virtud del agua bendita.—3. Tentaciones sutiles de falsa humildad, de imitación difícil de las penitencias y virtudes de los Santos, de dignidad aparente y de educación segun el mundo —4. Penas, aflicción y temor de Santa Teresa. El Venerable Padre Maestro Avila. Otros santos y gravísimos varones. El libro de la vida de la Santa Madre.

1. Una es la claridad del sol; otra la de la luna; y la de las estrellas otra es: y una estrella se distingue de otra en claridad. Estas palabras, de que San Pablo en su primera carta à los Corintios, cap. XV, ver. 41 se vale para explicarles cuán diferente es la gloria de los escogidos, sirven-

nos admirablemente para comprender cuán distintas sean las mercedes, con que el Señor enriquece á sus santos en la tierra. Porque una es la virtud y gracia, que les concede con sus *hablas*; otra con sus *visitas*, y otra con los *arrobamientos*. Y cada una de estas gracias difiere de otras de la misma especie en la eficacia de la merced y en sus efectos. Así que en algunas visiones exceden tanto la gloria, gusto y consuelo, á los que da el Señor en otras, y es tanta la diferencia de gozar en esta vida, que se llena de admiración la Santa, y decía que á veces en alguna la parecía no ser posible que hubiese acá más que desear. (XXXVII. 1). Mas después que poco á poco, ó más bien, mucho á mucho, vió que á una gracia portentosa añadía Dios otra mayor, comprendió la inmensa diferencia de las unas á las otras, y cuán admirablemente la divina Providencia lo había dispuesto en bien suyo, haciendo que la gracia anterior la preparase á la siguiente:

Primero dispuso que sus padres fueran muy piadosos y que la ejemplar conducta de estos, la lectura de la vida de los Santos y las oraciones vocales encendiesen juntamente con la gracia aquellas centellitas

de amor en el pecho de su amada hija Teresa de modo, que ya á la edad de siete años ardía en deseos de morir por Cristo. Su buena índole, las enfermedades, la cristiana muerte de sus padres queridos, la vida de su buen tío, los libros de que la proveyó, los de San Gerónimo y San Agustín, que después cayeron en sus manos, el buen ejemplo de sus compañeras y los excelentes directores, que se encargaron de su alma, fueron otras tantas gracias, aunque naturales y exteriores, que contribuyeron sobre manera á que aquellas centellitas propagasen en su alma el incendio del amor de Dios.

Correspondió la Santa agradecida: y ¿cómo nó, si lo era para las cosas más insignificantes de la tierra? Conociendo las riquezas de las del cielo las amaba mucho más.

De nada la hubieran servido estas gracias externas y naturales, si Dios, rico en misericordias, no hubiera añadido las internas y sobrenaturales. Es verdad que á nadie faltan estas en calidad y número suficiente para salvarse y por lo tanto para amar á Dios como hijos agradecidos; pero ¿dónde se halla esta nuestra gratitud, correspondencia y fidelidad á tantas como á manos llenas ha

derramado sobre nosotros? ¿No es la gratitud el lazo del amor? Rompémosle, ¿y nos empeñamos en sostener este amor? Por Dios no queda: un punto no cesa de darnos y atraernos á sí, llamando á la puerta de nuestro corazón. Si le despedimos, á nuestra puerta permanece aún aguardando á que abramos para entrarse. ¡Oh piedad la suya! ¡Qué ingratitud la nuestra! Todo al revés, de lo que pasa en el mundo. Es Dios rico, y nos busca; somos pobres, y huimos de Él. Es Todopoderoso, y pide: necesitamos y no recibimos lo que nos da. ¡Infelices! No vemos acá que si nos hace falta alguna cosa, acudimos serviles y humillados á pedir al que la tiene, y casi nunca la alcanzamos, ó ha de ser con pérdida de la dignidad, ó con exposición de la honra, ó á costa de la libertad y con gravámenes mil. Pues, si Dios nos manda que le pidamos, y aun nos dá sin pedir, y parece como que á viva fuerza quiere enriquecernos, ¿qué hacemos? Aquí la gratitud no humilla, antes bien ensalza: no perdemos dignidad, sino que la obtenemos: nuestra honra crece, la libertad se afirma, y recibimos sin cuento. Y ¿nos extrañará aún que, obrando así, no gustemos, no percibamos, no veamos siquie-

ra tantísimas gracias del Señor, si acostumbrados á la vida de los animales tenemos para las cosas del cielo inhábiles los sentidos, estragado el gusto, perdida la vista y atrofiado el corazón? Y discolos, y descomedidos, ¿creerémos injusto á Dios, porque habla, y visita, y arrebatá á Sí las almas de los Santos, y las nuestras no? ¿Tuya es la culpa? Suyo es todo. Aquellos favores supremos y gustos sobrenaturales dálos á quien quiere, y cuando quiere. Pues ¿no son gracias *gratis datas*? Y al darlas á los Santos ¿no lo hizo más por nosotros, que por ellos, esto es, para nuestro bien? Aunque así no fuera ¿no tendrémos culpa alguna de que no se nos den?

Seamos, pues, agradecidos y no se pierda en el jardín de nuestra alma una sola gota del soberano rocío: arranquemos de él toda yerba, y cuidemos toda virtud, cumpliendo con los preceptos de Dios y de la Iglesia, y esta gracia no nos faltará, pues no hay otro camino para llegar á la gloria. Si por añadidura tuviese Dios la dignación de visitar nuestra alma y hablarla, habríamos de meternos bajo tierra, juzgándonos, como somos, indignos de tanta merced. Y ¿qué mayor que permitir, que el hombre,

asqueroso gusanillo de la tierra, le ame? En dejarse amar una reina de la tierra de un gañán sin educación, ni principios, ni hermosura y en corresponderle, hay una dignación, que á cualquiera espantaría: y ¿no quedaríamos mudos de estupor al ver á Dios infinito, inmenso, sapientísimo, omnipotente, hermosísimo y lleno de bondad dejarse amar del hombre contingente, limitado, ignorante, sin poder, miserable y abyecto?

¡Qué ceguedad: qué ignorancia!

Ya que leemos la vida de esta mujer admirable, no quiera Dios que sea por curiosidad, sino para imitarla en corresponder á los divinos llamamientos.

A las gracias internas, sobrenaturales y eficaces, de que acabamos de hablar, añadió su Majestad, como también llevamos dicho, otras aunque del mismo género, más extraordinarias, á saber: *las hablas, las visitas y los raptos*, con que fué perfeccionándola, y juntamente los trabajos y las penas, que la ayudaron á purificarse, como el oro en el crisol.

Lo que ella no entendió, ó no pudo conseguir, ni aun por medio de sus directores, ó alcanzó con gran trabajo, facilísima-

mente lo pudo en Aquel, que á los suyos conforta. ¿Entendia ella, por ejemplo, que el hablar de cosas licitas en el locutorio con las personas que la venían á ver, no la impediría seguir fervorosa el camino de la perfección, y sus directores no lo habían advertido, ó no se lo prohibieron, ó la decían que era bueno? El Señor la decía que en adelante su conversación ha de ser con los ángeles y no con los hombres, y muy luego la es penosísimo tratar aun con los de su familia, si no tienen oración frecuente y la conversación no se refiere á Dios.

¿Era agradecida á quienes la dispensaban alguna gracia, ó la hacían algún servicio? ¿Amaba tierna y santamente á los que se aficionaban á Dios, y su imaginación traíales frecuentemente á la memoria, y deseándoles todo bien espiritual, padecía alguna inquietud? Dios suscita á uno de los Padres de la Compañía, su confesor, y por él la advierte cuánto impiden á la perfección estos afectos. Si la Santa responde que no es malo y que la gratitud es una perfección, Jesucristo lo toma de su cuenta, y la enseña sus sacratísimas manos primero, su divino rostro después, y últimamente su veneranda Humanidad. Ya con esto

conoce Teresa que no hay hermosura, que se pueda ni de muy lejos comparar con aquella hermosura, que es el contento de los ángeles; y como compañera de estos, perpétuamente en cuanto es dado á la humana naturaleza, tiene el corazón en Jesús, y sus labios le bendicen, sus ojos le ven, su entendimiento le contempla. Todo lo demás la estorba y dá tormento.

¿Todavía en las cosas de aquí abajo puede hallar algun descanso, porque la hermosura y riqueza de las mismas elevan su alma á contemplar la magnificencia y poderio de su autor? Santo es: buenísimo es. Pero el Señor exige más de Teresa. Para ello hácela ver las penas del infierno, y las deleitosas riquezas de la gloria; y tal efecto producen en el alma bendita de la Santa, que podemos decir que *vive muriendo*, ó que *muere viviendo*; que su conversación es ya con los ángeles: que su alma está como viviendo en tierra extraña; y que su mayor pena es haber de sostener su cuerpo en el que como en cárcel permanece presa el alma y sin libertad. (XXVII. 2.)

Con cada merced da un vuelo su espíritu y se eleva más. A cada gracia extraordinaria corresponde con nuevo y más fervor

roso afecto y decisión, y da un paso más subiendo la mística escalera de Jacob, que al cielo llega, y en donde con los brazos abiertos la espera el Señor, dándole esfuerzos la santísima Virgen y su esposo benditísimo.

Respecto de que la vida de Santa Teresa era en la tierra como de peregrinos; y más aún, como si hubiese ya tomado posesión de la celestial Jerusalem, son bien claras sus palabras. Oíllas: «Solo mirar al cielo recoge el alma; porque como ha querido el Señor mostrarme algo de lo que hay allá, estáse pensando, y acaece algunas veces ser los que me acompañan, y con los que me consuelo, los que sé que allá viven, y páreceme aquellos verdaderamente los vivos; y los que acá viven tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía..... Todo me parece sueño, y que es burla lo que veo con los ojos del cuerpo...» (XXXVIII. 5)

En vista de tales expresiones, y de la seguridad con que dice que en cada merced la daba Dios Nuestro Señor nuevo aumento de gracia, (XXXVII. 2.) ¿cuál será la santidad á que se elevó este águila, siendo tantas las *hablas* que de Jesús oyó, tantas las

visitas y tan numerosos los éxtasis? Es de todo punto incalculable.

Todas sus obras pregonan, y lo acreditan las palabras que como saetas encendidas salían de su pecho, que su amor á Dios fué vivísimo y excelente el aprecio de la gloria y por lo tanto el de la gracia, necesaria para conseguir aquella. Citar cuantos lugares son prueba inequívoca de esta afirmación, traspasaría los límites de una historia, toda vez que tendríamos necesidad de trascribir todo lo que nos dijo en sus obras. Bástenos, pues, citar alguno que otro párrafo que se halla en los capítulos de su vida en el punto, á que llegamos.

En cuanto al aprecio de la gloria son de notar las palabras siguientes: «Y digo así, que si me dijesen cuál quiero más, estar con todos los trabajos del mundo hasta el en dël, y después subir un poquito más en gloria, ó sin ninguno irme á un poco de gloria más baja, que *de muy buena gana tomaria todos los trabajos por un tantico de gozar más de entender las grandezas de Dios; pues veo quien más lo entiende, más le ama y le alaba.* No digo que no me contentaría, y ternía por muy venturosa de estar en el cielo, aunque fuera en el más

bajo lugar, pues quien tal le tenía en el infierno, harta misericordia me haria en esto el Señor, y plegue á su Majestad vaya yo allá, y no mire á mis grandes pecados. Lo que digo es, que *aunque fuese á muy gran costa mia, si pudiese, que el Señor me diese gracia para trabajar mucho, no querria por mi culpa perder nada.* (XXXVII. 4.)

Ved aquí, oh padres de familia, cuánto debeis procurar obtener y que obtengan vuestros hijos el más claro conocimiento de Dios, ora entendiendo bien la doctrina cristiana por el estudio, ora meditándola en la oración; porque del conocerle vendrá el amarle. Ved también nuestro error en despreciar los pecados veniales y las imperfecciones, pues tanta es la gloria, que perdemos, obrando así. Además, una falta á otra lleva, y un pecado á otro conduce; por donde, como de una gotera no quitada se arruina el edificio, el desprecio de los pecados veniales priva de soberanos auxilios y nos conduce, á veces sin notarlo, á la eterna perdición. Tomemos por abogada á la Santa, y dispongámonos á sufrir cualquier tormento primero que pecar.

Hallábale Santa Teresa en haber de atender al cuerpo, y no ver á su Divina

Majestad, á quien dice: «¿Cómo, Dios mío, qué no basta que me teneis en esta miserable vida, y que por amor de Vos paso por ello, y quiero vivir á donde todo es embarazos para no gozaros, sino que he de *comer*, y *dormir*, y *negociar*, y *tratar* con todos, y todo lo paso por amor de Vos? Pues bien sabeis, Señor mío, que *me es tormento grandísimo* y que tan poquitos ratos como me quedan ahora de Vos, os me escondais. ¿Cómo se compadece esto en vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me teneis? Creo, Señor, que si fuera posible poderme esconder yo de Vos, como Vos de mí, que pienso, y creo del amor que me teneis, que no lo sufriríades: mas estais os conmigo, y veísme siempre; no se sufre esto, Señor mío, suplicoos mireis que se hace agravio á quien tanto os ama.» (XXXVII 5.)

Esto es verdadero amor: hallar grandísimo tormento en haber de comer, beber, dormir y tratar con todos. Luego errados vivimos, pues en tales cosas buscamos placer nosotros. No digo que hayamos de dejar estas cosas, pues ni aun la Santa las dejó, sino que tengamos en ellas pesar, porque nos privan de la conversación con nuestro Amado. Y ya que nos sea imposible dejar

de atender al cuerpo, porque no somos dueños de nuestra vida; al menos ora comamos, ora bebamos, ó nos empleemos en otro negocio, sea todo por Dios y para Dios, como encarga el Apóstol. (Colos. III. 17.)

¡Qué lenguaje tan confiado el de la Santa! Es el del verdadero amor. En él notaremos también aquella misericordia infinita del Rey de los cielos, que tales discursos permite, y aun gusta de ellos. No: no es como los reyes de la tierra. «¿Llegaremos á ellos con estos atrevimientos? Aun ya al rey no me maravillo que no se ose hablar, que es razón se tema, y á los señores, que representan ser cabezas; más está ya el mundo de manera, que habian de ser más largas las vidas, para deprender los puntos, y novedades, y maneras que hay de crianza, si han de gastar algo della en servir á Dios.» (XXXVII. 5.)

Pues ya que para hablar á Dios no es menester aprender estas novedades y el Señor nos recibe y oye amoroso en todo tiempo y lugar, acudamos á Él con humilde confianza.

El aprecio, que de la gloria de Dios tuvo la Santa, manifiéstase claramente en los vehementísimos deseos, que tenía, por

la salvación de los pecadores y de los herejes.

Para alcanzar que se convirtiese un pecador, pidió á su Majestad que, á trueque de esta gracia, permitiese que los demonios, que atormentaban el alma de aquel infeliz, dejándola libre, atormentasen la suya con tal que no ofendiese al Señor. Ambas cosas obtuvo de allí á pocos dias (XXXI. 3). Hablando de los buenos efectos que en su alma había causado la vista del infierno, dice: «De aquí tambien ganè la grandísima pena que me dá, las muchas almas que se condenan (destos Luteranos en especial, porquè eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia) y los impetus grandes de aprovechar las almas, que me parece cierto á mí, que por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro, que si vemos acá una persona, que bien queremos en especial con un gran trabajo, ó dolor, parece que nuestro mesmo natural nos convida á compasión, y si es grande nos aprieta á nosotros; pues ver á un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos ¿quién lo podrá sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá con saber que en fin se acabará con la

vida, y que ya tiene término, aun nos mueve á compasión: estotra que no le tiene, no sé como podemos sosegar, viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo. (XXXII. 3).

Si no somos tan caritativos que procuremos la salvación de los demás, ¿cómo si quiera no atendemos á nuestra alma y á la de los que nos están encomendados? ¿Cómo permitimos que el pecado y la herejía los soliciten? A cada instante con el periódico, con el folleto, con la novela, con el libro, con las conversaciones en casa y en el campo, y en todas partes en fin, y por mil medios no cesa el demonio de intentar la seducción de los fieles á la herejía, ó al desprecio de las cosas y personas más santas de la Iglesia, y á todos los pecados. ¡Y lo vemos y callamos! Si tuviéramos los buenos deseos que la Santa, ya pondríamos más cuidado en remediarlo.

2. Nos consta por la fé, y la historia eclesiástica lo comprueba, que á veces permite al Señor que el demonio se aparezca á los justos, ya en horribles figuras, ya vistiéndose de ángel de luz, y ya atormentando á éstos. Pretende él, perverso, infundirles temor, seducirles, separarles de la vida

perfecta y atraerles á la perdición; el Señor empero, lo endereza á purificar á los elegidos, como al oro en el crisol, y á unirles á sí con lazo indisoluble. El libro de Job, la vida de San Antonio Abad y otros Santos, prueba son bien patente de ello. También la Santa vió varias veces á los demonios en distintas figuras; ya rodeando con sus cuernos la garganta de un misero sacerdote, que en pecado daba la Comunión, como pretendiendo ahogar á este desgraciado, aunque en la sacrosanta Hostia aparecía la majestad de Cristo Señor nuestro (XXXVIII. 15.) ya jugando varios de ellos con el cuerpo de un pecador, á quien, mientras el mundo enterraba con aparato y honra, ellos le arrastraban con garfios del uno al otro lado: (XXXVIII. 16.) ya haciéndola que se golpease en los ataques del mal de corazón que sufría: ora regañando con otros compañeros de maldad y perversión, ó rompiendo papeles: ora en fin, representándose en abominable figura, boca espantable, y saliendo de su cuerpo una gran llama, y diciéndola furioso y amenazador: «bien te has librado de mis manos; pero yo te tornaré á ellas.» En esta ocasión la Santa temió y como pudo santiguóse: el demonio

desapareció, más tornó luego dos veces. Tenia ella cerca agua bendita, y tomándola, la echó hacia la parte donde el enemigo estaba, el cual, huyendo, no volvió más. (XXXI. 1.)

Por lo cual dice la Santa, refiriéndose á la virtud del agua bendita: «De muchas veces tengo experiencia que no hay cosa con que huyan más, para no tornar, (los demonios): de la cruz tambien huyen, mas vuelven luego; debe ser grande la virtud del agua bendita: para mí es particular y muy conocida consolación, que siente mi alma cuando la tomo.... Considero yo, que gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace á lo que no es bendito.» (XXXI. 2.)

De estas palabras hemos de deducir una consecuencia, harto importante para todo buen cristiano. Es ésta. Puesto que la eficacia de la santa cruz contra nuestros enemigos es tan palpable, y desde los principios del Cristianismo han hecho uso de ella los fieles, santiguándose al salir de casa, al entrar en la iglesia, al comer, al dor-

mir, en las tentaciones y peligros, para fortalecerse contra mundo, demonio y carne, con aquella virtud, que Jesucristo Nuestro Señor la dió muriendo en ella; y aun es mayor la eficacia del agua bendita para ahuyentar los espíritus infernales, debemos hacer de ambas un uso más frecuente con fé firme, esperanza filial y humilde reverencia.

Veis, pues tambien, oh padres de familia, cómo defraudan al poder y misericordia de Dios los que dudan de la eficacia del agua bendita y de la cruz, y cuán poca ó ninguna fé tienen, cuando se rien de las mujeres devotas, que la usan con frecuencia. Usad una y otra con humilde reverencia; enseñad lo mismo á vuestros hijos y familia, y tened confianza en que por ellas el Señor os dará axilio en vuestras necesidades.

3. Vengamos ahora á tratar de algunas tentaciones harto sutiles, que el demonio pone en la imaginación de los que pretenden servir al Todopoderoso, las cuales padeció la Santa por algun tiempo. Trata de ellas en esta parte de su Vida; y como es doctrina muy excelente, es útil conocerla; porque del conocimiento de las enfermedades han de sacarse los remedios más

á propósito para evitarlas, corregirlas, ó sanarlas. Nadie puede huir del mal, que no conoce, ó usar del remedio que ignora.

Ante todo conviene no olvidar que á la Santa nunca faltó la humildad, ni aun en las mercedes, de que nos habla en el Libro de su vida. Sabido es que en cada linea de este escrito admirable brilla esta virtud, y que cuanto más y mayores gracias la bienaventurada Madre recibía del Señor, mucho más reconocía su indignidad. El fin, que se propuso al escribir su vida, no fué otro que obedecer al Señor que se lo mandó, y descubrir su alma para que los Santos y sabios de aquella época la desengañasen y dirigiesen, como ya hemos dicho, y repetirémos en su lugar al fin de este capítulo. (XXXVII. 1.) (Prólogo de la Vida.)

Dice ella, hablando de las gracias extraordinarias que recibía, que cuando pensaba que estas mercedes vendrían á saberse en público, era tan excesivo el tormento, que la inquietaba el alma en términos, que considerándolo, la parecía hallarse más determinada á que la enterrasen viva, que no á que se publicase: y así cuando los grandes arrobamientos comenzaron á suceder en público, sin poderlos ella resistir,

quedaba después tan avergonzada, que no quisiera parecer á donde nadie la viera. (XXXI. 4.) Verdad es que pasando algún tiempo llegó á estar tan desasida de sí propia, que ya lo mismo la daba lo uno que lo otro; porque la había dicho el Señor una de las veces, en que por esto se hallaba muy fatigada: «Que qué tenía? Que en esto no podía haber sino dos cosas: ó que murmurasen de ella, ó que alabasen á Él,» dando á entender que los que lo creían, Le alabarían; y los que no, la condenarían sin culpa, y ambas cosas eran ganancia para ella. (XXXI. 5)

Dió, pues, en el extremo de hacer particular oración á Dios, pidiéndole que cuando á alguna persona la pareciese haber algún bien en ella, el Señor le declarase sus pecados; pero el confesor se lo prohibió. Además ella procuraba por rodeos ó de otra manera descubrir sus faltas á los que juzgaban bien de ella, hasta que entendió que obrar así era imperfección. Por eso dice: «Estos temorcillos, y penas, y sombras de humildad entiendo yo ahora era harta imperfección, y de no estar mortificada; porque un alma dejada en las manos de Dios, no se la dá más que digan bien, que mal,

si ella entiende bien... que no tiene nada de sí. Fuese de Quien se lo da, que sabrá por qué lo descubre, y aparéjese á la persecución,... porque bien se puede aparejar un alma, que así permite Dios que ande en los ojos del mundo, á ser mártir del mundo; porque si ella no se quiere morir á él, el mismo mundo la matará.» (XXXI. 6.)

La humildad, pues, consiste bajo este respecto en ponerse en manos de Dios, bendiciéndole por todo. Si el Señor quiere que se hagan públicos sus extraordinarios favores, de Él es la gloria; alabado sea: también contribuirá á humillarse más el que tan ricamente es visitado. Ocultar tan soberanas mercedes, no habiendo otro peligro que el padecer, sería buscarnos á nosotros mismos, huyendo de las penas, ó esconder la magnánima riqueza y poder de Dios. Reconozcamos en las gracias y mercedes al Autor de todo bien. ¿Cómo, sino, podríamos agradecersele? Entendamos que la perversidad ó malicia, la fragilidad ó miseria, proceden solamente de nosotros.

Hay algunas almas, que comienzan con grandes deseos y fervorosa determinación de ir adelante en la virtud; pero temen y

retroceden pusilámines, apenas han principiado á ponerlos por obra, ó no principian, porque les parece imposible imitar á los Santos y Mártires, cuyas vidas leen, ó cuyos consejos escuchan. (XXXI. 8) Afligense creyendo que es superior á sus fuerzas haber de poner en ejecución los preceptos y reglas que los libros de oración y lectura espiritual enseñan, como es, no dársenos nada de que digan mal de nosotros y aun alegrarse en ello, poca estima de honra y desasimiento de deudos. Tentación es esta no despreciable. La gran dificultad está en los principios de las cosas, que nuestra imaginación abulta. Ya lo vimos en la Santa, cuando saltando por todo, despreció al mundo, é hizose toda de Dios, y entrando en el monasterio, el Señor la premió con grande júbilo. (II. 4.) (III. 1.)

Ahora hemos de escuchar sus palabras, porque suyas son, al exponer estas tentaciones y dar el remedio á las mismas.

A los que abundan en buenos deseos, pero temen ponerlos por obra, dice: «No se fatiguen, esperen en el Señor, que lo que ahora tienen en deseos, su Majestad hará que lleguen á tenerlo por obra con oración, haciendo de su parte lo que es en sí; po r-

que es muy necesario para este nuestro flaco natural tener gran confianza, y no desmayar, ni pensar que si nos esforzamos, dejaremos de salir con victoria.» (XXXI. 8.

Ánimo, pues, no temblemos hasta concluir con la muerte de toda mala pasión, que no creamos haber vencido completamente mientras vivamos en este mundo siempre lleno de peligros, porque es nuestra vida continua pelea; pero miremos al momento presente y procuremos toda perfección, que ayudando el Señor con su gracia, poco á poco hallaremos deleite, facilidad y prontitud en el ejercicio de lo bueno.

Para concluir este párrafo en lo que hace relación á la dignidad aparente y educación segun el mundo, cosas que, no pocas veces, tienen presa en cadenas al alma del pobrecillo que intenta subir á las alturas de la montaña de la santidad, no hay frases más autorizadas que las de la Santa en el capítulo XXXI números 9, 10 y 11 y las del XXVII, número 6, que procuraremos extractar ó copiar á la letra.

En este último lugar se espresa así: «Torno á decir, que cierto yo no sabía como vivir, porque se vé una pobre de alma fati-

gada. Vé que la mandan que ocupe siempre el pensamiento en Dios, y que es necesario traerle en él para librarse de muchos peligros. Por otro cabo vé que no cumple perder punto en puntos de mundo, sopena de no dejar de dar ocasión á que se tienten los que tienen su honra puesta en estos puntos. Traiame fatigada y nunca acababa de hacer satisfacciones, porque no podía, aunque lo estudiaba, dejar de hacer muchas faltas en esto, que, como digo, no se tiene en el mundo por pequeña.... Porque traer este cuidado, quien es razón lo traya continuo en contentar á Dios, y aborrecer al mundo, que le pueda traer tan grande en contentar á los que viven en él, en estas cosas que tantas veces se mudan, no sé cómo. Aun si se pudieran deprender de una vez, pasára, mas aun para títulos de cartas es ya menester haya cátedra á donde se lea cómo se ha de hacer, á manera de decir, porque ya se deja papel de una parte, ya de otra, y á quien no se solia poner magnifico, háse de poner ilustre.... Por cierto yo hé lástima á gente espiritual, que está obligada á estar en el mundo, por algunos santos fines, que es terrible la cruz que en esto llevan. » (XXVII. 6.)

A esto no queda otro remedio que concertarse entre si los que á la perfección aspiran, y hacerse ignorantes, como dice la Santa, ó tomar con ella la resolución de abandonar el mundo, y allá se avengan los que sustentan con tanto trabajo estas naderias.

Pero lo que hace más á nuestro propósito es que si tanto cuidado ponen los hombres en no faltar en nada á las exigencias del mundo y del buen tono, ¿cuánto no convendrá que pongan para no faltar en nada á lo que deben á su pobre alma y á la gloria de Dios? A estas cosas debe ceder absolutamente todo. Aquí está la verdadera educación, perdida la cual, lo demás solo ha de servir de aumento en la pena, que bien merece quien á lo principal prefirió lo accesorio.

Hablemos ahora de la honrilla y cuidado de la propia dignidad, que se oponen harto á que el alma vuele á la perfección, como prueba la Santa, dando el oportuno remedio, en el Capitulo XXX, número nueve y siguientes.

En el número 9 dice: «En mucho se ha de tener una virtud, cuando el Señor la comienza á dar, y en ninguna manera poner-

nos en peligro de perderla, así es en cosas de honra y otras muchas; que crea vuesa merced que no todos los que pensamos estamos desasidos del todo, lo están, y es menester nunca descuidar en esto. Y cualquiera persona que sienta en sí algún punto de honra, si quiere aprovechar, créame, y dé tras este alamiento, que es una cadena, que no hay lima que la quiebre, sino es Dios con oración, y hacer mucho de nuestra parte. Paréceme que es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace. Veo algunas personas santas en sus obras, que las hacen tan grandes, que espantan á las gentes. ¡Válame Dios! ¿Por qué está aún en la tierra esta alma? ¿Cómo no está en la cumbre de la perfección? ¿Qué es esto? ¿Quién detiene á quien tanto hace por Dios? ¡Oh! que tiene un punto de honra, y lo peor que tiene es, que no quiere entender que le tiene, y es porque algunas veces le hace entender el demonio, que es obligado á tenerle. Pues créanme, crean por amor del Señor á esta hormigilla, que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que á todo el árbol no dañe, porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es árbol hermoso, sino que él

no medra, ni aun deja medrar á los que andan cabe él; porque la fruta, que da de buen ejemplo, no es nada sana, poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto del órgano, que un punto, ó compás que se yerre, disuena la música, y es cosa que en todas partes hace harto daño al alma, mas en este camino de oración es pestilencia.»

En el número 10, continúa: «¿Andas procurando juntarte con Dios por unión, y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias y testimonios, y queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá: que no van por un camino. *Llega el Señor al alma, esforzándonos nosotros, y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas.* Dirán algunos no tengo en qué, ni se me ofrece: yo creo que quien tuviere esta determinación, que no querrá el Señor pierda tanto bien, su majestad ordenará tantas cosas en que gane esta virtud, que no quiera tantas. Manos á la obra, quiero decir las naderías, y poquedades que yo hacía cuando comencé, ó algunas dellas: las pajitas que tengo dichas pongo en el fuego, que no soy yo para más;

todo lo recibe el Señor, sea bendito por siempre.»

Estas encantadoras palabras de la Santa acreditándola ciertamente de muy cono- cedora de esta enfermedad de la falsa hon- rilla, y de sus perniciosos efectos. Aprendamos, ahora de ella el remedio, harto sen- cillo, con el que no se pierde honra entre los prudentes del siglo, adquiérese la verda- dera y juntamente una santa libertad de es- piritu, una resolución más firme y una eje- cución más fácil. El remedio consiste en el desprecio de tales miramientos.

Dice la Santa, hablando de si misma, que sabía poco de rezado y de dirigir el coro, y aunque vía que algunas novicias podrían enseñarla, no las preguntaba porque no en- tendiesen que sabía poco, que luego se pone delante la honrilla del buen ejemplo. Mas ya que Dios la abrió los ojos un poco, aunque lo supiese, tantico que dudase, lo pregun- taba á las niñas, y con ello ni perdió honra, ni crédito, pero ganó en memoria, cuidado y buen ejemplo. (XXXI. 10. 11).

Añade que sabía mal cantar y sentía tanto si no tenía estudiado lo que la enco- mendaban, y no por hacer falta delante del Señor, que esto fuera virtud, sino por las

muchas que la oían, que decía muy ménos que lo que sabía.»

Esto sucede ordinariamente á todos, cuando en el negocio, que traen entre manos, no miran á Dios, sino á sí, buscándose á sí propios en el éxito del negocio. Tomó, pues, la Santa la resolución, que todos debemos tener, de no dársela nada de que entendiesen que no lo sabía, y así lo confesaba, resultando de todo esto, que aunque en los principios la costó algo trabajo, después lo hacía muy mejor y facilmente. Continuó domando del todo en todo sus aficiones, y para conseguirlo prometió buscar siempre lo mejor y evitar el más mínimo pecado por leve que pareciese.

4. Mas es nuestra naturaleza tan frágil, que mientras vivamos en este mundo es imposible dejar de caer en alguna imperfección ó que lo parezca y dé, sin quererlo nosotros, algun motivo de desedificación á los demás. Porque mientras con todas nuestras fuerzas luchemos de frente contra algunos pecados veniales, por la espalda nos cargan otros, ó de súbito nos asaltan unos movimientos *primo-primos*, á que cuando queremos resistir, ya hemos caído. Es verdad, sin embargo que tales imperfecciones

achaque son de nuestra naturaleza corrompida, mas no pecados, porque no se puede pecar en lo que no se prevé ó se desconoce, ó cuando la voluntad no es libre.

Pues como considerase la Santa los beneficios extraordinarios, por ella recibidos de Dios, parecíala que la que tales regalos gustaba, habría de ser casi como los ángeles, y santos en el cielo: y así, considerando aquellos movimientos *primeros*, se llenaba de congoja; y pues no podía negar aquellas faltas, que una y otra vez experimentaba, deducia que acaso no fuese buen espíritu el que tantas veces la animaba. (XXXI. 4.)

Añádase á esto que el Señor no quería que dejase de temer, porque el temor la había de servir de gran contrapeso á tanto favor, de lastre á tanta carga de magnificencias como la navecilla de su alma llevaba, y habrémos dado con algunas de las causas, por las que, á pesar de tantas consultas y de haberla asegurado el mismo Dios, aún temblaba la santa Madre. Este temor era una nueva gracia, que servía de asiento á las demás, y acaso tanto más excelente, cuanto más lo temía. Tal gracia era sin duda la que el real profeta David pedía á Dios de lo íntimo de su cora-

zón, diciendo: «*Confige timore tuo carnes mea.*» (Salm. CXVIII. 120.) Traspasa, Dios mio, mi corazón con el temor de tí. Y en otro lugar: «Bienaventurado el varon que siempre teme.» (Salm. CXI. 1.)

Diósele, pues, su Majestad, mientras convino. ¡Ay del que no siempre está temeroso! Perdiendo el miedo á la propia flaqueza y á las inclinaciones y resabios de la misera carne, y á la potencia del demonio, pronto llevado de una falsa seguridad y confianza en su propia flaqueza, faltará el apoyo de quien procede toda virtud, y caerá causando pavor con su ruina á los que tan alto le habian visto.

Para asegurarse Santa Teresa, prudente en todo, habiendo consultado ya sus cosas de espíritu con cuantos confesores doctos y varones espirituales habia podido, determinóse á dar cuenta de sí á la Iglesia en cabeza de sus jueces, y esperar su juicio para guiarse por él.

Corría el año mil quinientos sesenta y tres; ya habia veintiocho que era monja, y contaba cuarenta y ocho de edad, cuando vino á Avila el Licenciado Salazar, Inquisidor general, que murió después siendo Obispo de Salamanca. A este acudió la Santa á

consultar su espíritu, confiando en que como experimentado y con aquella gracia que Dios no niega para que cada cual cumpla con las obligaciones de su oficio ó ministerio, la podría desengañar. Respondiòla el cariñoso que aquello no pertenecía á su tribunal, á quien solamente toca castigar los públicos pecados de los contumaces contra la fé: que si era de Dios su espíritu, era gran merced suya; y si no, que era pena que padecía contra su voluntad. Por lo tanto que no tenía por qué temer, siempre que permaneciese firme en el bien; mas que para su consuelo y descanso convendría que pudiese por escrito en un papel todo lo que sentía y había pasado por ella y lo enviase al Padre Maestro Ávila.

Era este varón evangélico muy conocido en aquellos tiempos, como uno de los sacerdotes más fieles y celosos, que en muchas edades ha tenido la Iglesia, doctísimo y espiritual: llamábanle el Apóstol de Andalucía, y cuando predicaba hacía retumblar las paredes del templo: escribió su vida el Crisóstomo español Fr. Luis de Granada, que le encomia sobremanera: era en fin un Santo digno consultor de tal Santa,

Aprobaron este consejo sus confesores, y especialmente los Padres Garcia de Toledo de la Orden de Predicadores, y Baltasar Alvarez de la Compañía de Jesús, y la ordenaron que escribiese su vida, y en ella su oración, espíritu, trabajos, penas, tentaciones, regalos y gracias extraordinarias, con cuanto pudiese contribuir á esperar acertado consejo y resolución. Cumpliolo con la exactitud posible la Santa Madre, y recibió á todo del Padre Ávila pronta y satisfactoria respuesta, que no ponemos aquí por ser larga y pertenecer más bien al que la escribe, que á la que la recibe. Bástenos saber que se conformó al parecer de los bienaventurados Santos Pedro de Alcántara y Francisso de Borja, y al de otros ilustres varones.

Ved aquí otra de las razones por las que la Santa escribió su Vida. Había permitido Dios que ella dudase y padeciese por tanto tiempo, para dar ocasión á que por orden de los confesores escribiese su Vida y saliesen á luz otros escritos, y llegasen á nosotros para gloria del Rey de los cielos y provecho nuestro, como dijimos en el número primero de los capítulos V. y VI. Sin aquellas penas y temores que describimos

en el número 2 del capítulo VI., las cuales aun despues de haber consultado à San Pedro Alcántara y San Francisco de Borja á veces tenia, durándola tres ó quatro dias y padeciendo no poco, lloráramos hoy la falta de una historia bastante exacta de los trabajos y virtudes de Santa Teresa.

Nos abstenemos de hacer nuevamente la pintura de su desolación en ocasiones semejantes en que, como dice en el número 6 de una carta à San Pedro Alcántara, parecía que aun de la memoria se la quitaban las cosas buenas y fervorosas, y las visiones, juzgando sueño todo lo pasado, hallándose enfermo el cuerpo, turbado el ánimo, y pareciéndola que á todos traía engañados. Pero no olvidarémos que la prueba de que escribiese su vida por consejo del Ilmo. Salazar se halla en una carta de la Santa al Padre Rodrigo Alvarez en el número 9. En el 18 de la misma añade que el Libro de su vida fué presentado por el Padre Domingo Bañes al Santo Oficio de Madrid, y en él aprobadas sus cosas.

Debemos hacer aquí una advertencia y es: que el Ilmo. Yepes, contemporáneo é historiador de la Santa, llama *el Lic. Salazar*

al que la había aconsejado que remitiese su *Vida* al Padre Maestro Ávila, y ella en el número 9 de su carta al Padre Rodrigo Álvarez le nombra *Soto*. Decimos esto para probar la exactitud que hemos procurado en las cosas aun minimas. Tendría sin duda los dos apellidos *Salazar* y *Soto*.

Otra advertencia es que la predicha consulta se hizo después de la fundación del monasterio de San José; (ibid. número 9) pero que hemos procurado poner aquí para poder continuar sin romper tantas veces el hilo de la historia ó *Vida*.

Acabóla de escribir la Santa en Junio de 1562 sin capítulos, artículos ni divisiones: y aunque pudiera muy bien haber entonces escrito ya los principios de San José de Ávila, que luego se concluyó en Agosto de aquel año, no lo hizo esta primera vez, sino cuando años después se la mandaron trasladar, y la añadió, dividiéndola en capítulos, cuyos encabezamientos pondría el Padre Bañes después. Sin esta observación sería imposible concordar que acabase de escribir su *Vida* en Junio de 1562, (XL. 17.) época en que faltaban dos meses para la fundación del monasterio de San José de Ávila, y que la escribiese en el mismo, se-

gún da á entender en los capitulos XXV. 8. y XXXVI. 6. y 14.

Es necesario además responder á otra objeción que se desprende de estas dos afirmaciones: *Primero*: El Inquisidor Soto vino á Avila despues de fundado San José, corriendo ya el año 1563, segun se desprende de los números 1 y 9 de la repetida carta de Santa Teresa al P. Rodrigo Alvarez. Porque segun el número 1 escribia dicha carta cuanto llevaba de monja. 40 años

Rebajando lo que hacia que allí llegó Soto.	40	} años	
Resulta que había llevado el hábito.	13		=
Añadiendo á esta cantidad la época de su nacimiento. .	1515		+
y veinte que tenía, cuando to- el hábito.	20		+
queda en poco más ó menos..	1562		-

que fué el año en que se fundó el monasterio de San José. Y como apenas acabado en 24 de Agosto fué llamada en seguida la Santa por su Priora de la Encarnación y allí estuvo medio año, claro es que la visita de Soto fué en el siguiente, cuando ella estaba ya en San José con sus monjas.

Segunda afirmación. Se sabe que Santa Teresa concluyó de escribir su Vida en

Junio de 1562, (XL. 17.) época en que llegó de Toledo; y de consiguiente nos da lugar á creer que en los seis meses, que allí permaneció en casa de D.^a Luisa de la Cerda, hermana del Duque de Medina-coeli y mujer de Arias Pardo, escribió toda ó gran parte de su Vida y aun la acabó.

¿Cómo, pues, pudo ser que la mandase el Inquisidor Soto que escribiese su Vida y la remitiese al P. Mtro. Ávila, si ya la tenía escrita? Á lo cual es fácil responder que hizo varias relaciones de su Vida, dirigiéndolas á las personas, á quienes consultaba; y que ésta, más completa, es la misma de que se valió para dar razón de su espíritu al primer confesor, que tuvo de la Compañía, á San Francisco de Borja y á San Pedro de Alcántara: que la añadió, según sucedían los favores, para que no se la olvidase nada y pudiese con libertad santa decir cuanto de sí sentía; y por último, que por consejo de sus confesores intercaló no poco, al menos cuanto se refiere á la distribución en capítulos y párrafos, y á los trabajos principio y fin de la fundación del glorioso San José.

Sean dadas gracias á Dios por habernos dejado por tales medios en los escritos de

la Santa una doctrina tan celestial y profunda, que dan á su admirable autora el merecido titulo de *Madre espiritual y Doctora mistica*.

Quiera el Señor que acertemos á practicar cuanto ella nos enseñó con la palabra y con el ejemplo. Quiera Dios que nuestro zelo por su gloria sea tal, que no nos conceda un momento de reposo hasta que gocemos de Él, que es el descanso y la felicidad de nuestro atribulado corazón.

CAPÍTULO VIII.

1. El labrador y el Tesoro. Dicitó el Señor muchas cosas de la Vida de Santa Teresa. Fin que el Señor se propone en sus regalos extraordinarios. En qué está el merecer. Seguridad verdadera.— 2. Visiones sobre la gloria.— 3. Varias instrucciones. Morir ó padecer. Perfección. Las imágenes curiosas: el contento con la presencia de los confesores y la pena por su ausencia no son imperfecciones. La obediencia á los mismos. La Santa Escritura es la verdad. Cómo debe entenderse.

1. Si acá entre nosotros, cuando una persona ama á otra entrañablemente, procura hacerla regalos y mercedes, que se hallan en proporción, de la dignidad del que regala, del amor que arde en su pecho y de lo que vale aquel, á quien ama; y estos dones son prueba inequívoca del amor que á entrambos une; y creciendo este son ma-

yores y más frecuentes aquellos ¿de qué excelencia tan inefable no serán las mercedes con que Jesús enriqueció á la Santa, procediendo de la sabiduría eterna, del que mantiene el mundo en tres dedos de su mano, del que es principio fundamental del santo amor? Cuánto la amaría, siendo tan inequívocas las pruebas? ¿Cuál sería la santidad de la inclita española, y la gratitud y correspondencia de su alma? ¿Cuál la seráfica llama de su amor?

Verémoslo claramente en este capítulo, y en el que despues sigue, pasando nuestros ojos por las hablas y visitas del Señor y de la Virgen á la Santa, y por las visiones y arrobamientos.

Para conservarles mejor en la memoria, procederémos por el orden de las cosas á que pertenecen: para nuestro provecho haremos las oportunas aplicaciones; y para no ser muy extensos, las reduciremos á las necesarias frases, suficientes á explicar el asunto, notando en todos el capítulo y número de la Vida de la Santa, en donde podrán leerlo los que lo deseen. -Adviértase que se refieren á distintas épocas.

Hubo un labrador que, cuando menos lo pensaba, halló un tesoro: y como era ma-

yor que su ánimo, en viéndose con tan imprevista riqueza, entristeciéndose tanto, que poco á poco se vino á morir de puro afligido y cuidadoso, por no saber qué hacer con él. Si no le hubiera hallado de una vez, sino poco á poco, sustentárase y viviera más contento, que cuando pobre.

De esta manera se hubo el Señor con la Santa: fué siempre dándola de aquel tesoro y enriqueciéndola, como su natural lo permitía. Usa ella de esta misma comparación, refiriéndose á la majestad con que en la Hostia sagrada vió á Nuestro Señor Jesucristo. Dice así: «Cuando yo me llegaba á comulgar, y me acordaba de aquella majestad grandísima que habia visto y miraba que era el que estaba en el santísimo Sacramento (y muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia) los cabellos se me espeluzaban, y toda parecía me aniquilaba. ¡Oh Señor mió! Mas si no encubriérades vuestra grandeza, ¿quién osará llegar tantas veces á juntar cosa tan sucia, y miserable, con tan gran majestad? Bendito seais, Señor, alaben os los ángeles y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza, para que gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder... (XXXVIII. 13.

¡Oh riqueza de los pobres, y qué admirablemente sabeis sustentar, y sin que vean tan grandes riquezas, poco á poco se las vais mostrando.» (XXXVIII. 14.

Tales sentimientos de admiración, de fé y humildad debe escitar en nosotros la sabiduria, poder y amor, con que Jesucristo se nos comunica en este Sacramento.

Para que miremos con humilde veneración lo que la Santa escribe, aunque muchas veces exceda los limites de nuestro pobre entendimiento, conviene saber que bastantes cosas no fueron de su cabeza sino que se las decía el Maestro celestial.

Ella para distinguirlas de las que son suyas, porque en las del Señor hacíasela grande escrúpulo poner ó quitar una sola sílaba, cuando de ellas habla, lo insinúa con estas ó parecidas palabras: «esto entendí, ó me dijo el Señor.» Cuando no se acuerda puntualmente de ellas, refiérelas como dichas de su ingenio y añade que algunas lo serán. (XXXIX. 6.)

Bendito sea el divino Jesús, que tantas veces visitó y habló á la Reformadora de los Carmelitas, de modo que podía muy bien decirse que Teresa vivía en Cristo, ó más bien, que Jesucristo vivía en Teresa. ¡Cuán-

las y qué admirables mercedes la hizo! ¿Qué fin se propondría en tan extraordinarios regalos.

Vedlo aquí: Pensando una vez la Santa cuál sería la causa de no tener entonces casi nunca arrobamientos en público, dijola el Señor: *No conviene ahora, bastante crédito tienes para lo que yo pretendo, vamos mirando la flaqueza de los maliciosos.* (Adic. 5.) Entiéndese por esto claramente que de tales mercedes se valió el Señor para disponerla á que, bien acreditada, pudiese establecer la reforma de su Orden, y con ella el provecho de muchas almas.

Porque, lo repetiremos, estas gracias extraordinarias, conocidas por los teólogos con el nombre de *gratis datas* y son signo casi siempre del estado del alma del feliz que las gusta, no santifican, aunque dispongan directamente á la propia santificación, é indirectamente á la de los demás. Así que no hay para que nadie las desee, toda vez que no son el camino seguro; ni persona alguna debe pedir las, porque sobrepujan todo mérito. Con ellas el alma del que las posee goza inefablemente, mas en el gozar no está el mérito, que debemos procurar con todas fuerzas, ayudando á ello el Señor

Pues ¿en qué está el mérito para que conociéndolo, lo intentemos? Oid las palabras, que un día dijo el Señor á la Santa, dignas por cierto de estar escritas en letras de oro. *¿Piensas, hija mia, que está el merecer en el gozar? No está sino en obrar, y en padecer y en amar.* No habrás oido que San Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales más de una vez, y muchas que padeció. Y ves mi vida llena de padecer, y sólo en el monte Tabor habrás oido mi gozo. No pienses, cuando ves á mi Madre, que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos, sin grave tormento: desde que la dijo Simeón aquellas palabras, la dió mi Padre clara luz para que viese lo que yo había de padecer. Los grandes Santos, que vivieron en los desiertos, como eran guiados por Dios, así hacían graves penitencias, y sin esto tenían grandes batallas con el demonio y consigo mismos: mucho tiempo se pasaban sin ninguna consolación espiritual. *Cree, hija, que á quien mi Padre más ama, da mayores trabajos, y á estos responde el amor. ¿En qué te le puedo más mostrar, que querer para ti lo que quise para mí?* Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores. Este es

el camino de la verdad. Así me ayudarás á llorar la perdición que traen los del mundo, entendiendo tú esto.» (Adic. 1.ª)

Y porque aquel día, por ser excesivo el dolor de cabeza, había pensado la Santa, que no podría tener oración, añadió Jesús: «Por aquí verás el premio del padecer, que como no estabas en salud tú para hablar conmigo, Yo he hablado contigo y regaládot.»

Pues si estas mercedes de que veníamos hablando no dan seguridad para saber si uno está en gracia de Dios, ¿qué es lo que la dará? ¿Cómo lo sabremos? En esta vida si Dios no nos lo dice, imposible será saber, lo sin temor de equivocarnos, y aun la falta de este temor sería causa de una presunción, por la que todo quedaría perdido. Harlo mejor sabemos, cuándo no estamos en gracia de Dios. Pues ¿qué prueba tendremos siquiera probable? Vedla aquí: Estaba con temor Santa Teresa un día de si estaria en gracia, ó no, y el Señor la dijo: «Hija, muy diferente es la luz de las tinieblas; Yo soy fiel, nadie se perderá sin entenderlo. *Engañarse há quien se asegurare por regalos exteriores: la verdadera seguridad es el testimonio de la buena conciencia.* Mas nadie

piense que por sí puede estar en luz, así como no podría hacer que no viniese la noche natural, porque depende de mi gracia. El mejor remedio que puede haber para detener la luz, es entender el alma que no puede nada por sí y que le viene de Mí, porque aunque esté en ella, en un punto que Yo me aparte, verná la noche. Esta es la verdadera humildad, conocer el alma lo que puede, y lo que Yo puedo. No dejes de escribir los avisos que te doy, porque no te se olviden, pues quieres poner por escrito los de los hombres.» (Adic. 6.ª)

Hechas estas salvedades con las palabras de Jesucristo á la Santa, pasemos ahora á referir algunas de las mercedes sobrenaturales, por ella recibidas; las cuales, aunque pertenecen á distintas épocas de la vida de la bienaventurada Madre, he creído oportuno recopilar en estos dos capítulos, ya por seguir á la Santa en el mismo orden, ya porque la mayor parte pertenecen al tiempo, que de su vida venimos historiando; ya porque no hay lugar más á propósito para ello, ya en fin, porque no parece bien que se pasen en silencio algunas mercedes, que, si dichas en pocas palabras serían suficientes á demostrarnos el amor de Dios á la

Santa y viceversa, no bastan á darnos noticia de la excelente doctrina que encierran, bien en consonancia con los principios más profundos de la Teología y las verdades más abstractas de la Filosofía.

Ved en esto otra prueba del espíritu, que animaba á la Santa. Una mujer sin principios, sin maestros, casi siempre enferma, ocupada siempre, en especial en el tiempo que durante la fundación de los monasterios transcurrió, viajando de continuo y por los medios tan difíciles de traslación, en continua correspondencia con Felipe II, con el duque de Alba, con los Obispos, Inquisidores, Santos, sabios y con sus hijas... escribir tanto, tan excelente, tan rápidamente... llena de admiración el ánimo, pone en él la seguridad del zelo de esta virgen admirable, de su fé, de su amor ardentísimo, de su laboriosidad, de su firmeza, de su santidad y de la inspiración con que su Majestad la enriquecía.

Para proceder con orden en la narración de las mercedes extraordinarias, primero y á la ligera contaremos en este capítulo las visiones, que hacen relación á la gloria y varias instrucciones que el Señor la dió, quedando para el siguiente las que se refie-

ren á la Divinidad, ó la sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, no puestas hasta aquí, y tambien las que se refieren al Espíritu Santo, á la Santísima Trinidad, á la Virgen soberana y á los Santos, que vivían en carne mortal, ó en la gloria.

Principiemos por esta.

2. Sintióse la Santa una noche tan mal, que quería escusarse de tener oración, tomó un rosario para ocuparse vocalmente, procurando no recoger el entendimiento, aunque en el exterior estaba recogida en un oratorio. Mas como aprovechan poco las diligencias cuando el Señor quiere otra cosa, he aquí que al poco rato la vino un arrobamiento de espíritu con tanto impetu, que no lo pudo resistir. Parecióla estar metida en el cielo, y que las primeras personas, que allí vió, eran sus padres y tan grandes cosas en el espacio de un Ave Maria, que como fuera de sí parecíanla muy demasiada merced. (XXXVIII. 1.)

Veisla aquí con gran vergüenza de ir al confesor con esto, temiendo que la diría que ¿qué San Pablo para ver cosas del cielo? Más ¿qué mucho si de San Pablo no leemos que fuese arrebatado allá sino una sola vez y Santa Teresa lo fué varias? Porque andan

do el tiempo acaeciola esto varias veces; é ibala el Señor mostrando más grandes secretos y tan indescritibles, que segun ella en sola la diferencia que hay de esta luz que vemos, á la que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación; porque la claridad del sol parece cosa muy deslustrada. «En fin, continúa, no alcanza la imaginación, por muy sutil que sea, á pintar, ni trazar cómo será esta luz ni ninguna cosa de las que el Señor me daba á entender, con un deleite tan soberano, que no se puede decir, porque todos los sentidos gozan en tan alto grado, y suavidad, que ello no se puede encarecer, y ansi es mejor no decir más.» (XXXVIII. 2.)

Habiendo estado una vez así más de una hora mostrándola el Señor cosas admirables, dijola: *Mira, hija, qué pierden los que son contra Mi: no dejes de decirselo.* ¡Ay Señor mio, exclama la Santa, y qué peor aprovecha mi dicho á los que sus hechos los tienen ciegos, si vuestra Majestad no les da luz! (XXXVIII. 3.)

De toda la Compañía de Jesus vió grandes cosas. Vió á los de la misma en el cielo con banderas blancas algunas veces: vió asimismo otras cosas de ellos de mucha admiración: y así veneraba mucho á los Padres de

la Compañía, porque habiéndolos tratado mucho, vió su vida muy conforme á lo que de ellos el Señor la había dado á entender. (XXXVIII. 10.)

Habiéndola dado noticia de la muerte del que había sido su Padre Provincial, temió por su salvación por parecerla muy peligroso el cargo de almas, que había ejercido siendo Prelado más de veinte años, por lo cual aunque era de muchas virtudes, púsose á orar por el alma de aquel Padre. Ofreció por él á Dios las buenas obras de su vida, y suplicó á nuestro Señor Jesucristo que supliese con sus méritos lo que había menester aquel alma para salir del purgatorio, cuando he aquí que la pareció que á su lado derecho salía de lo profundo de la tierra y voló al cielo con grandísima alegría. Aunque era muy viejo cuando murió, vióle la Santa como de treinta años de edad, y un resplandor en el rostro. (XXXVIII. 18.)

De aquí debemos, primero, sacar una firme resolución de pedir por el eterno descanso de las almas de los difuntos, y ofrecer por ellas nuestros méritos y los que la Iglesia tiene en sus tesoros: segundo, advertir que conviene la edad, de treinta años, en

que la Santa vió al Padre ir á los cielos, con la doctrina de la Iglesia acerca de la edad en que todos hemos de resucitar, quiero decir, de la perfección que el cuerpo ha de tener cuando resucite.

De la misma manera, dia y medio despues de haber muerto una religiosa de la casa, vió la Santa Teresa subir al cielo, mientras se decia una lección del oficio de difuntos. (XXXVIII. 19.) Vió otra alma de una religiosa de diez y ocho á veinte años, muy sierva de Dios, la cual había pasado enferma casi toda su vida, ir al cielo aun antes de que se enterrase su cuerpo. (Ibid. 20.) Oyendo misa en un colegio de la Compañia, vió asimismo subir al cielo el alma de un hermano que había muerto en aquella noche. (Ibid. 21.)

Concluye, en fin, la Santa el capítulo veintiocho, diciendo que de estas cosas no quiere referir más, porque no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor la había hecho la merced de que viese, pero advierte que no entendió que ningun alma, de las que vió, dejase de entrar en el purgatorio, á no ser las siguientes, á saber: la de un fraile de su Orden, del cual supo la hora de su muerte en el punto que sucedió, aun

estando la Santa lejos de allí; la de San Pedro de Alcántara, y la del Padre Presentado de la Orden de Santo Domingo, cuyo Padre murió de Prior en Trianos y de quien hablaremos en el capítulo siguiente. (XXXVIII. 22.-23.)

Siendo esto así, y no habiendo entre nosotros uno solo que no tenga allá un hijo amado, una esposa querida, un padre cariñoso, una madre entrañable, un pariente, un amigo, un bienhechor, un enemigo, etc., ¿por que nos olvidamos de sus pobrecitas almas, que padecen horrorosamente y desean purificarse cuanto antes para gozar de Dios? La gloria del Señor lo pide: la gratitud de aquellas benditas (almas), nos convida: la propia utilidad nos lo demanda. Oremos, pues, por ellas y ofrezcamos á Dios nuestras buenas obras, especialmente las de caridad y misericordia, para que entren en el eterno descanso, y allí pidan por nosotros.

En un día de la Asunción de la Reina de los ángeles hizo el Señor á Teresa la merced de que se la representase la subida de Nuestra Señora á los cielos, y la alegría solemne con que fué recibida y el lugar á donde está. (XXXIX. 48.)

Respecto de las Órdenes religiosas vió una vez que al comulgar los de la Compañía, tenían sobre sus cabezas riquísimo palió. (Ibid.) Otra vez vióse rodeada de ángeles y muy cerca de Dios: y suplicándole por la Iglesia, diósele á entender el gran provecho que en los tiempos postreros haría una Orden y con la fortaleza, que los de ella han de sustentar la fe cristiana. (XL. 8.) Otra, hallándose en oración cerca del santísimo Sacramento, apareciósele un Santo, cuya Orden había estado algo caída: tenía el Santo un libro grande en la mano: abrióle y mandóla leer unas palabras, escritas con letras grandes y muy legibles, que decían: «En los tiempos advenideros florecerá esta Orden: habrá muchos mártires.» Por último, de esta misma Orden, que ella no cita, apareciósele á ella y se la pusieron delante seis ó siete con espadas en las manos. Pensaba ella que en esio se daba á entender la defensa que harían por la fe; porque en otra ocasión, arrebatado su espíritu, parecíala estar en un gran campo á donde se combatían muchos, y los de esta Orden peleaban con gran fervor. Tenían los rostros encendidos y hermosos, y echaban por el suelo á muchos vencidos,

ó muertos. Parecía ser batalla contra herejes. (XL: 8. 9. 10.) Estas mercedes prueban muy bien cuán grande amor tuvo Dios á Santa Teresa: pruébanlo tambien otras muchas, que aún se pasan en silencio; ya porque ella nos las ocultó por ser superiores á lo que permite la fragilidad de nuestra naturaleza y la debilidad de nuestra fé; ya porque algo se olvidará; ya tambien porque, para no ser muy latos, debemos atenernos á lo más útil á nuestro aprovechamiento espiritual.

Sin embargo, no hay prueba más inequívoca del amor de Jesucristo á Teresa, que la solicitud con que ejerció su divino magisterio con esta Santa singular. Dudarán los sabios, ó no acertarán á darla consejo sus confesores, ni á resolver en presencia de tanta maravilla y de cambio tan eficaz y rápido en el alma de la Santa, cuyo cambio sin embargo no se muestra en la perfección de todas sus acciones; ¿qué importa? Jesús la dará dirección, y acierto, y seguridad: Él la enseñará. ¿Aun quedará en ella temor y á veces duda, siempre humildad? Eso la dispone mejor á gracias mas extraordinarias, y la guardará más seguramente. El que vino á predicar celestial doctrina, y

en su vida mortal buscó discípulos y enseñó, sin que se lo pidieran: el que con su enseñanza atrajo á las turbas y las llevó en pos de Sí á los desiertos: el que niño aún, admiró á los doctores y les aleccionó: el que respondía á las dudas y daba consejo al que se le pedía ¿podrá ahora, que está á la diestra del Padre en el lleno de su poder y gloria, no enseñar á Teresa que aspira á la perfección con todas sus ánsias, y se hace discípula de Jesucristo, y solicita su consejo y favor, hallándose casi sola en la tierra, con enfermedades, con dolores, con penosa inquietud? No: no.

Ved como la anima y consuela. Estaba ella una vez en oración: y como llegó la hora de ir á dormir, y con no pocos dolores había de sufrir el vómito ordinario, fatigada y afligida en ver que su cuerpo no podía lo que el alma deseaba, comenzó á llorar amargamente como otras muchas veces. Entonces Jesucristo Nuestro Señor, consuelo de afligidos, se la apareció, y regalándola mucho, la dijo: que hiciese estas cosas y las sufriese por amor de Él, que era necesaria entonces su vida.

Y ¿como correspondió la Santa? Con el amor tierno que encierran estas palabras,

que con toda voluntad decia á Dios algunas veces: *Señor, ó morir, ó padecer; no os pido otra cosa para mi: dame consuelo oir el reloj, porque me parece me llevo un poquito más para ver á Dios, de que veo ser pasada aquella hora de la vida.* (XL. 15.)

Resultóla de aqui una perfección admirable; porque, habiéndola dicho el Señor, años antes, que sus mercedes extraordinarias se harian públicas, padeció mucho: y, como dijimos siempre, que sucedían en público quedaba avergonzada, puesto que cada uno lo tomaba á su manera. Ella entonces no tenía otro consuelo que saber que no se hablan publicado por su culpa, sino más bien resistiéndolo: ahora, gloria á Dios, aunque mucho murmuraban de ella, y otros temían tratar con ella, y aun confesarla, ó la reñian, dábanela de ello absolutamente nada, con tal que se aprovechase un alma tantico. (XL. 16.)

Como para que el discípulo escuche dócil la enseñanza y aproveche, conviene primero que conozca al maestro y las buenas cualidades del mismo, por esto el Señor dióse á mostrar bien claro con sus perfecciones muchas veces á la Santa. Para aquietarla, puesto que en El decir es hacer y sus

palabras son obras, en una ocasión la dijo con mucho rigor: «¡Oh hijos de los hombres, hasta cuándo seréis duros de corazón.» En seguida añadió como señal de ser Él su Dios y Señor, quien la visitaba; que examinase ella si del todo estaba dada por suya, que si esto era verdad no la dejaría perder; que no se fatigase, pues sabía Él que por ella no faltaría de ponerse á todo lo que fuera de su servicio, que mirase el aprovechamiento, que cada dia era mayor en ella; y que creyese lo que tantas y tales personas la habían dicho respecto de su quietud y seguridad. (XXXIX. 16.)

Había ella leído en un libro que era imperfección tener imágenes curiosas; y á ella, amiga de la pobreza, parecía que no convenia tener ninguna imagen que [no fuese de papel; pero el Maestro infalible la enseñó, diciéndola: «que no era buena mortificación; que cuál era mejor: la pobreza, ó la caridad. Que pues era mejor el amor, que todo lo que la despertase á él, no lo dejase, ni lo quitase á las monjas: que las molduras y cosas curiosas en las imágenes decia el libro, y no la imagen.» (Adic. 3)

Oigan, pues, los protestantes enemigos de toda imagen y culto externo; y vean

cuán en armonía con la católica enseñanza se hallan tales palabras. ¿Acaso el hombre se halla en este mundo sin sentidos, ó estos no transmiten al alma las impresiones de los objetos? Fruto son estos aunque en germen: con la gracia de Dios serán para bien. Medio son y medio infalible. ¿No son por ventura las imágenes una eficaz predicación?

Entiendan además los naturalistas y cuantos, ensalzando la razón humana, deprimen la autoridad divina, que las Sagradas Escrituras son una regla de nuestra fé; y que en ellas se halla la verdad, que es cumplimiento de todas verdades. Dió á entender esto á la Santa el que es la misma Verdad, y añadió: *No es poco esto que hago por tí, que una de las cosas es en que me debes, porque todo el daño que viene al mundo, es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad: no faltará una tilde de ella.*

Pues ¿cómo conoceremos con clara verdad? ¿Con la fé? ¿Acaso no todos los fieles creen en la sagrada Escritura y cuanto Dios tiene revelado á su Iglesia? Oid. «¡Ay, hija, qué pocos me aman con verdad, que si me amasen, no les encubriría Yo mis secretos!

¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable á Mi.» (XL. 1.)

Fé, pues, y amor de solo Dios es lo que su Majestad quiere de nosotros para iluminar nuestra inteligencia, encender nuestros corazones y enriquecerlos con sus gracias extraordinarias.

No quiere esto decir que á todos sea necesario escudriñar las sagradas Escrituras: basta á los fieles creerlas. La inteligencia de las mismas Dios la dá á quien le place. Él se cuida de su Iglesia dotándola de infalible magisterio, por lo que á unos hizo Doctores, á otros Apóstoles, ó Profetas, etc., distribuyendo sus dones como correspondía á su sapientísima ordenación.

Ni se han de entender cada una de las expresiones de la sagrada Escritura de por sí y como en ellas parece decirse, á no ser claramente evidentes, ó sobre cosas necesarias; sino que deben mirarse por otros lados y cotejarse con otros lugares que hagan relación á lo mismo. ¿Podrán por ventura los hombres atar á Dios las manos? Tal es la respuesta que mandaba á Santa Teresa que diese á los que se oponían á que fundase é hiciese otras cosas, que á primera

vista parecían comprendidas en aquella prohibición del Apóstol: (1.^a ad Corint. XIV. 34.) «Mulieres in Ecclesiis taceant.» (Adic. 43.)

La Santa reflexionaba en una ocasión si, como algunos juzgan, sería imperfección hallar contento en estar con los siervos de Dios, los cuales dirigían su conciencia, sacando al alma de peligros, animándola en sus desmayos y enfrenándola en sus extravíos; pero el Señor la sacó de esta duda, diciéndola: «que si á un enfermo, que estaba en peligro de muerte, le parece le da salud un médico, que no era virtud dejárselo de agradecer, y no le amar. Que ¿qué hubiera hecho, si no fuera por estas personas?» (XL. 14.) La conversación con los buenos no daña, como ella sea santa, en todo se busque el amor de Dios y las palabras sean prudentes.

Juzgaba también asimiento é imperfección la pena y tristeza con que su alma quedó una tarde, en que su confesor, llevado de sus ocupaciones, la dejó pronto; y afligióse por ello con algún escrúpulo; mas el Señor á la mañana siguiente la dijo: que así como los mortales desean compañía para comunicarse sus contentos sensuales, así el alma desea, cuando hay quien la entienda, comu-

nicar sus gozos y penas, y se entristece de no tener con quien.» (Adic. 8.º)

Pensando estaba una vez en la gran penitencia que hacía una persona muy religiosa, y en la que ella pudiera haber hecho, si el confesor no se lo hubiera impedido, según eran los deseos que en ocasiones la había dado el Señor, y decía para sí: si sería mejor no obedecerlos en esto de allí adelante? «Eso no, hija, la respondió Jesús, buen camino llevas y seguro. ¿Ves toda la penitencia, que haces? En más tengo tu obediencia.» (Adic. 15.º)

Así fué que, aun cuando sus confesores la ordenaban una cosa contraria á lo que el Señor la decía, su obediencia estaba de parte de aquellos, y Jesucristo lo aprobaba.

¿Obedecemos como ella á nuestros confesores, aun en lo que nos fuera necesario, aunque procediese el consejo de cualquiera? ¡Ah! ¡Cuánto dista nuestra vida de la suya!

En otra ocasión estando la Santa con pena por parecerla que no hallaba el gozo que solía, dijola el Señor: que no se fatigase, porque en esta vida no podríamos estar siempre en un ser; que unas veces tendría fervor y otras estaría sin él, unas con des-

asosiego, otras con quietud; mas que esperase en Él y no temiese (XL. 13.)

¿Quién temerá protegiéndole Dios? Es admirable en sus Santos; mas con Teresa fué admirabilísimo, tierno y solícito en tal extremo, que aun en las cosas, al parecer más insignificantes, la daba consejo, enseñanza y ayuda. Podía, pues, decir como San Pablo; que no era ella la que vivía; sino Jesucristo en ella, ó como solía decir y glosó en unos versos: «Muero porque no muero: vivo sin vivir en mí.»

Ya no nos extrañará la confianza con que hablaba al Señor, pidiéndole alguna cosa; ni que una vez, rogando por un hermano suyo, que á su parecer se hallaba en peligro de salvación, le dijese: «Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en peligro, ¿qué no hiciera por remediarle?» (Adic. 14 *)

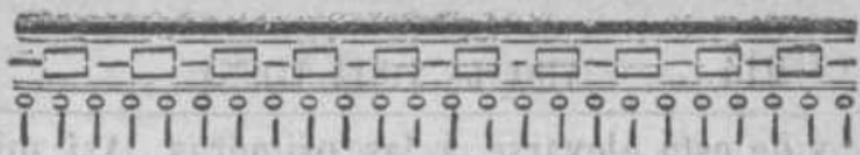
Así nos explicamos también que por su intercesión algunos enfermos se librasen de sus males; los tentados, de sus molestias; los retenidos por Satanás, de sus garras; todo, en fin, fuera concedido por la oración de esta Santa admirable. (XXXIX. 1-5.)

¿Qué decimos por su oración? Con solo encomendar muchas personas sus negocios á la Santa, de tal manera los veían cumplidos,

que luego venían á ella á darla gracias; á lo que respondia que á Dios fuesen dadas. Y quejándose al Señor un dia, porque la iban á dar gracias por cosas, cuyo cumplimiento no solo se debía únicamente á Su Majestad, sino que ni aun se habia acordado siquiera de encomendárselas, la respondiò el Señor: «que cuando ella no se acordase, Él lo tenia presente y conocia su voluntad, y se hallaba dispuesto á servirla en todo.» (Ibid.) Démonos el parabien los Españoles por tener una Santa tan amada y atendida por el Señor. Sigamos el camino de la pobreza, humildad, pureza, constancia, obediencia, fé, de la perfección, en una palabra, y no dudemos que la Santa, á quien Dios oyó benigno en la tierra, nos será propicia en el cielo, y sus oraciones eficazmente saludables. Amen. Seamos con ella siempre devotos, séanlo nuestros hijos y encomendados, y por su intercesión, y la de San José, se conservará pura la fé católica en el corazón de todos los Españoles, sus compatriotas. Amen.



que si se veían á ella á darla gracias; á lo
 que respondí: que á Dios lasen dadas. Y
 preguntóme el Señor un día, porque la iban
 á dar gracias por cosas, cuyo cumplimiento
 no solo se debía únicamente á Su Merced,
 sino que ni aun se debía acordado sin ella
 de encomendárselas. La respondí el Señor:
 que cuando ella no se acordase, Él lo lo-
 nia presente y como su voluntad, y se la-
 daba dispuesto á servirle en todo. (fol. 10.)
 Después el parábola los Españoles por lo
 ser una santa tan amada y querida por el
 Señor, sigamos el camino de la pobreza,
 humildad, pureza, constancia, obedien-
 cia, de la perfección en una palabra, y no
 debemos que la Santa, á quien Dios oyo ha-
 rlo en la tierra, nos será precisa en el
 cielo, y sus acciones eficazmente salda-
 des. Amen. Seanos con ella siempre devo-
 tos, como nuestros hijos y encomendados,
 y por su intercesión, y la de San José, no
 conservará para la lo califica en el corazón
 de todos los Españoles, sus compatriotas.
 Amen.



CAPÍTULO IX.

1. *Feliz desposorio. Matrimonio espiritual. La Humanidad de Jesucristo en las entrañas del Padre eterno. Cómo está Cristo en el alma del justo y dónde debemos buscarle. Jesucristo con una corona de gran resplandor.*—2. *El trono de la Divinidad. Cómo se ven en Dios todas las cosas.*—3. *La paloma maravillosa*—4. *La Trinidad beatísima. Cómo habitan las tres personas en el alma del justo.*—5. *La Virgen soberana poniendo una capa blanca á un Padre presentado dominico. La misma en la silla prioral y muchos ángeles, acompañando á la Reina de los cielos.*

1. Réstanos hacer una breve relación de algunos arrobamientos y mercedes, con que el Señor disponía á la Santa para unirla á Sí con indisoluble lazo como á esposa muy amada, y la instruía en los misterios más profundos de la Teología más sublime.

Es tan torpe nuestro entendimiento, que para conocer las cosas divinas ha menester hallar alguna semejanza en las de la tierra,

y de esta elevarse á las primeras. Así mirando acá la suave ternura, amor y cuidadosa vigilancia de un buen padre: la majestad, providencia, justicia, poder y gloria de un rey: la dirección y equidad de un amo: la sabiduría y acertada aplicación de las leyes en el juez: el zelo y discrección del médico: la caridad del que, sin estar obligado á ello, libra de algún mal grave ó de horrosa servidumbre: la diligencia del pastor con sus ganados: el amor del hermano, la dulce correspondencia del esposo y su tierno corazón lleno de solicitud amorosa, y mil y mil propiedades, que se hallan en los hombres honrados, cuando cumplen con los oficios, que respecto de los demás tienen, elevase el alma á Dios nuestro Señor y le considera ya no solo como *Criador* de todo, sino también como *Padre, Rey, Amo, Juez, Médico, Redentor, Amigo, Huésped, Pastor, Hermano y Esposo*; porque realmente lo es Dios en grado eminente. Él de una manera maravillosa, y excelsa, ejerce con nosotros muy mucho mejor estos y otros oficios, y posee las perfecciones para ello necesarias y convenientes.

Ahora bien. Si, cuando en este mundo algún varón ha escogido para sí una espo-

sa, la visita, habla y regala; y, si pudiera, la quitaría el más mínimo defecto y perfeccionaría más y más aquel objeto de su predilección, no debe admirarnos que el amantísimo Jesus hiciese lo mismo con sus Santos, y de una manera muy excelente con nuestra Santa. No queremos decir que no sea dignación sobrenatural y estupenda la del Señor con sus escogidos, no: porque el universo con sus santos y ángeles es infinitamente menos y vale menos que un sólo suspiro de Jesus. Es más: la excelencia y dignidad de los ángeles y santos procede de Dios, de Dios es. La dignación y misericordia de su divina Majestad hállase en su elección, y esto debe confundirnos hasta anonadarnos; mas elegida por Él un alma, dados en poder, amor y misericordia, ¿quién se admirará ya de que por muchos medios la acerque á Sí, y si esta expresión cabe, la ensanche y rellene de amor y santidad?

El Señor como varón prudente al elegir por esposa á nuestra Santa, visitábala con frecuencia, la hablaba y enriquecía con sus dones, como con prendas del amor que la tenía, disponiéndola de esta manera para unirle á Sí en muchísimos arrobamientos, secretos unos, y públicos otros. El espíritu

del Señor arrebatava á Sí al de la Santa; y el de ésta, toda absorta en su Dios, atraía su cuerpo elevándole muchas veces del suelo. Para que no se notase, unas veces encerrábase ella en su celda: otras, tendíase en el suelo, y como Superiora imponía á sus monjas el secreto de tan admirables raptos: otras agarrábase á las esteras en que yacia: mas, elevándose su cuerpo, traíalas consigo como á las pajitas el ambar, ó como al hierro el imán. Una vez, hallándose en público, conociendo que iba á presentarse el arrobamiento, agarróse á las verjas del coro, y pedía al Señor que tuviese á bien no darla más mercedes con muestras exteriores. «Señor, le decía, por una cosa que tan poco importa, como es dejar yo de recibir esta merced, no permitais que una mujer tan ruin como yo sea tenida por buena.» (Ilustrísimo Yepes.)

El Señor la oyó. Las mercedes no fueron públicas desde entonces.

Se hallaba una vez rogando á Dios que diese vista á una persona, á quien estaba obligada; y apareciéndose á ella el divino Maestro todo glorificado, (que así se la aparecía siempre, aunque fuese con la cruz acuestas), comenzó á mostrarla su llaga de

la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenia metido: parecíala que á vuelta del clavo sacaba la carne, y lastimábase mucho de tan gran dolor. Entonces Jesucristo la dijo: que no du lase que quien aquello había pasado por ella, mejor haría lo que le pidiese: que la prometta no dejar de hacer cuanto le pidiese, pues sabía Él que no habría de pedirla sino conforme á su gloria, y que así la otorgaba lo que pedía. Que mirase bien que siempre, aun en el tiempo que no le servía, la concedió todas las cosas mejor que las supo pedir ella, cuánto mejor la serviría ahora que la amaba (XXXIX 4.)

En efecto sanó el enfermo de los ojos antes de ocho dias.

Hallándose en la Encarnación el segundo año que tenía el Priorato, octava de San Marcos, estando comulgando, el Padre San Juan de la Cruz, que la daba el Santísimo, partió la sagrada Forma para otra hermana. Pensó la Santa que no era falta de Forma, sino que el Padre quiso mortificarla, porque la había oido decir que la gustaba mucho cuando eran grandes las Formas, no porque no entendiese ella que no importaba para dejar de estar allí el Señor, aunque

fuese muy pequeño pedacito. Y pensando en esto, su Majestad la dijo: «No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de Mí.» Dando á entender que no importaba. Representósele entonces por visión imaginaria muy en lo interior, como otras veces, y dándola su mano derecha, la dijo: *Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habias merecido: de aqui adelante no solo como de Criador, y como de Rey, y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mia: mi honra es ya tuya; y la tuya mia.* (Adic. 17.ª)

¡Oh felicidad! ¡Oh dicha incomparable! ¡Oh misericordioso é infinito amor! ¡Oh desposorio admirable! Daos, oh Santa, su mano el Señor; y por arras un clavo, para mostraros que estais unida y enclavada fuertemente á Él. ¿Quién podrá arrebatáros de su mano? ¡Oh gloria anticipada! ¡Oh felicidad dolorosa, y gustosa, é indescriptible!

Y no se contentó el Señor con unir á Sí á la Santa con *desposorio espiritual*, sino que tambien la unió con *espiritual matrimonio*, lo cual es merced muy más señalada, y distinguese mucho de aquella prime-

ra, como explica bien la feliz Madre en el Castillo interior, morada sétima, capítulo segundo.

En el *desposorio espiritual* la unión no es tan perfecta que no se distinga, á la manera que sucede en dos velas, una la una á la otra y encendido su pávilo; que aunque parece una sola vela y no se vé sino una sola llama de los dos pávilos; pero se advierte una y otra vela, que son los dos términos de la unión, y pueden separarse la una de la otra. Mas en el *matrimonio espiritual* es la unión tan estrecha entre espíritu y espíritu de los dos esposos, que no se distinguen más que las aguas de un arroyo, que entra en el mar, y las del mar, ó como la luz que entra en una habitación por dos ventanas distintas, y se confunde, la una con la otra como una sola luz. Esta merced extraordinaria y sublime, esta divina unión, hácese en lo más recóndito del alma, y en ella permanece el espíritu de Dios, para no dejar más al alma dichosa con quien se une con lazo tan indisoluble, como lo es el del matrimonio entre dos esposos, y mucho más perfecto aún.

Por lo que á Dios hace, no dejará al alma; y como sabe á quien elige, no se enga-

ñará en su elección. Por lo que respecta al alma; aunque tiene libertad para dejar á su Esposo, como le conoce tanto, y le siente dentro de sí, y ha gozado de sus maravillas, difícil será que tal haga. Antes bien, humillase más, anda más cuidadosa y llena de celo por los intereses de su Esposo, y procura fiel corresponderle en cuanto puede.

Verifícase aquí aquella unión singular por la cual oraba el divino Maestro, cuando decía á su eterno Padre, pidiendo por sus Apóstoles y discípulos. *«Ego pro eis rogo... Non pro eis tantum rogo; sed pro eis, qui credituri sunt per verbum eorum in Me: ut omnes unum sint sicut Tu Pater in Me: et Ego in Te, ut et ipsi in Nobis unum sint.»* Y antes habia dicho: *«Pater sancte, serua eos in nomine tuo, quos dedisti Mihi ut sint unum sicut et Nos.»* Y despues: *«Et Ego claritatem quam dedisti Mihi, dedi eis: ut sint unum sicut et Nos unum sumus. Ego in eis, et Tu in Me, ut sint consummati in unum.»* Lo cual quiere decir: *«Yo ruego por ellos... Mas no ruego tan solamente por ellos, sino tambien por los que han de creer en Mi por la palabra de ellos, para que sean todos una cosa, así*

como Tú, Padre, en Mí, y Yo en Tí: que tambien sean ellos una cosa en nosotros. Padre Santo, guarda por tu nombre á los que me diste: para que sean una cosa como tambien nosotros. Yo les he dado la gloria, que Tú me diste, para que sean una cosa como Nosotros: Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean consumidos en una cosa. (Juan XVII.) (Traducción del Padre Scio.)

Una sola y misma cosa quiere Jesucristo que seamos con Él, como Él con el Padre eterno: Él por naturaleza y consustancialidad; nosotros en la conformidad de voluntades entre sí y con Jesucristo, cuyo espíritu obra en el de los que llegan al estado, de que venimos hablando, de maneras que pueden decir que su vida está escondida en Cristo, y que ellos no viven, sino que Jesucristo vive y obra en ellos. ¡Dignación amorosísima! que reserva á los muy santos y fieles, como hizo con nuestra admirable Santa Teresa.

Hallándose un dia ella inquieta y temerosa sin poder recoger el pensamiento, hablóla el Señor, diciéndola: que no se fatigase: que en ello conocería qué era, si Él se apartaba de ella, y que no hay seguridad

mientras vivamos en este mundo: que ere bien empleada tal guerra y contienda por tal premio: que no pensase que la tenía olvidada, y que jamás la dejaria, siempre que ella hiciese lo que en ella estuviese: Y con mucho regalo y amor la dijo, no una, sino muchas veces, aunque en distintas ocasiones: «*Ya eres mia, y Yo soy tuyo.*» A lo que la Santa solía responder: «*Qué se me dá á mi de mi, Señor, sino de Vos.*»

Merced es esta tan admirable, palabras son estas tan encendidas en amor divino, doctrina es tal la de San Juan Evangelista, arriba citada, que darían lugar á muchas reflexiones, en las que más y más notaríamos el amor infinito del Señor con los hombres; pero cada cual haga aquellas que su espíritu le dicte, porque en cosas de tanta maravilla el mejor elogio es el silencio.

Así como un desposado suele llevar á la esposa á la casa de sus padres para que los vea y conozca, y la muestra los negocios y preciosidades de la casa y familia; así Jesucristo Nuestro Señor, que tanto amaba á su esposa Teresa, atrajo á Sí el espíritu de la misma y presentándole al Padre eterno, le dijo: «*Esta que me diste te doy.*» (Adic. 10.)

Continuando en los mismos favores, y estando en oración la Santa en una noche, trájola el Señor á la memoria su ruin vida, y á vuelta de muchas lágrimas fué tan arrebatado su espíritu, que casi le parecía estaba del todo fuera del cuerpo, al menos en ocasión como esta no se entiende que se viva en él. Vió entonces á la Sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo con más excesiva gloria que nunca. Representósele por una noticia admirable y clara estar metido en las entrañas del Padre eterno. (XXXVIII 12.)

Esta representación nos da, aun á nosotros ignorantes, una idea muy exacta de la eterna filiación del Verbo.

Así iba el amoroso Jesus mostrando á Teresa verdades altísimas y enseñándola los tesoros de la casa de su Padre, como á esposa muy amada.

Enseñóla también cómo estaba en su alma y de consiguiente en el alma de los justos.

En el capítulo XL, números 4 y 5, dice la Santa: «Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas, ni alto, ni bajo, que no estuviese toda clara, y en el centro de

ella se me representó Cristo nuestro Señor, como le suelo ver. Parecíame en todas partes de mi alma le veía claro, como en un espejo, y también este espejo, (yo no sé decir cómo) se esculpía todo en el mismo Señor, por una comunicación, que yo no sabré decir, muy amorosa.

No es que la Santa entendiese que el alma tenga partes, ni realmente las tenga; sino que queriendo el Señor darla una noticia admirable del modo que está en el alma, hizolo por medio de una representación imaginaria de Sí mismo como hombre, y del alma acaso en la forma con que al cuerpo informa.

Por donde quiera que miraba al alma, veía entera y claramente á Jesucristo Nuestro Señor, como en un espejo, y al espejo en Cristo, de una manera parecida por ventura á la con que tomando una persona un espejo y mirándose en él, puesto empero de modo que forme ángulos oblicuos con otro colocado á la espalda, se multiplican las imágenes del que se mira, y de los espejos, tan indefinidamente, cuanto lo permite la virtud y perspicacia de la vista. Dióselo á entender que estar un alma en pecado mortal, es como cubrirse este espejo de gran

niebla, y quedar muy negro: y así no se puede representar, ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser: y que en los herejes es como si el espejo fuera quebrado, que es mucho peor que obscurecido.

Tambien podemos entender por aquí en alguna manera la diferencia, que hay de la presencia de Dios en las cosas dándolas el ser y conservándolas, á la otra de su gracia santificante, que hermosea y purifica el alma.

Por otra parte, como dice la Santa siguiendo á San Agustín, cuando hayamos de buscar á Dios, y ponernos en su presencia para la oración, no habrémos menester andar por las plazas y las calles, ni andar mucho, ni subir á los cielos; porque dentro de nosotros está, y allí, cerrados los ojos del cuerpo, abiertos empero los del alma, podremos contemplarle. Esto contribuirá mucho á que recojamos nuestros sentidos en la oración y no nos movamos, llenos de humildad, reverencia y admiración.

Háse de cuidar, además, que no se manche el espejo de nuestra alma, y esté tan limpio como posible nos fuere. Y si, lo que Dios no quiera, se manchase, seamos dóciles á la gracia: lloremos nuestros pecca-

dos: hagamos penitencia, y confiemos en que mientras nosotros lavemos como la Magdalena con nuestras lágrimas los piés de Jesús, Él misericordioso purificará y hará blanquear nuestras almas, pues las redimió y las ama.

Otra vez, acabado que hubo de comulgar nuestra madre, apareciósela cabe si nuestro Señor y despues de haberla consolado, la dijo entre otras cosas: «Vesme aquí, hija, que Yo soy; muestra tus manos.» Y la pareció que tomándoselas, las llegaba á su costado, y dijo: «*Mira mis llagas, no estás sin Mi: pasa la brevedad de la vida.*» Dijo-la que luego que resucitó, se habia aparecido á nuestra Señora, que estaba con gran necesidad y tan traspasada de dolor, que no volvió tan pronto en si, para gozar de aquel gozo; y que habia estado mucho con ella, porque habia sido menester. (Adic. 9.ª)

Conviene admirablemente esta revelación con lo que siente la Iglesia católica respecto de la aparición de Nuestro Señor Jesucristo, ya resucitado, á su santa Madre, si bien las sagradas Escrituras nada dicen sobre ello.

Añade la Santa, al contar lo que acabamos de referir, que entendió que nuestro

Señor Jesucristo, despues de haber subido á los cielos, no volvió á bajar á la tierra, sino en el Santísimo Sacramento del Altar, lo que da á entender que el mismo Jesucristo, que aun estaba en las especies sacramentales, la dijo las anteriores palabras; ó bien que elevó y atrajo á Sí á los cielos el espíritu de la Santa.

Por último, para acabar de referir las mercedes que hacen relación á Jesucristo Nuestro Señor, otra vez el segundo dia de cuaresma se la apareció este divino Maestro en visión imaginaria, como de costumbre, hallándose la Santa en San José de Malagón, del que hablaremos en su lugar. Miróle y vió en su cabeza una corona, no de espinas, sino de gran resplandor, el cual nació de aquella parte en donde estuvieron las heridas: y como rodeaba toda la cabeza, por el resplandor comprendió ella el gran número de heridas y el tormento que entonces sufriría el Señor; y dióla grande pena y aflicción por ello. Dijola Él que no tuviera pena por aquellas heridas, sino por las que hoy le hacen los pecadores: que no era tiempo de descansar: que admitiese las casas, que para fundar la diesen; que las de los pueblos pequeños fuesen como aquellos, y añá-

dió otras cosas tocantes al gobierno de las mismas, al cuidado con las enfermas y que escribiese las fundaciones. (Adic. 11.º)

En todas estas mercedes extraordinarias y especialmente en las palabras del Señor, se halla abundancia de celestial doctrina, que nosotros debemos aprender y poner en práctica lo que á la práctica se refiere. Como en relación de la gracia recibida por nosotros y de nuestra fidelidad á la misma y de las heridas ó tormentos sufridos por amor á Jesús, corresponderá la gloria y resplandor, procuremos tener no solo resignación, sino también gusto en los trabajos y persecuciones. No descansenos ociosos, tiempo es de merecer, cumpliendo cada cual con sus obligaciones: tengamos compasión con los enfermos: respetemos á los superiores, y no dudemos de que nuestros nombres y acciones serán escritos en el Libro de la Vida.

3. Respecto de la Divinidad tuvo una visión muy semejante á la de Isaías. Parecióla que se habrían los cielos, no una entrada como otras veces habia visto. «Representóseme, dice ella, el trono que dije á vuesa merced he visto otras veces, y otro encima dél, á donde por una noticia, que

no sé decir, aunque no lo ví, entendí estar la Divinidad. Parecíame sostenerle unos animales, pensé si eran los Evangelistas, mas como estaba el trono, ni que estaba en él no ví, sino muy gran multitud de ángeles; parecióronme sin comparación con muy mayor hermosura, que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines ó querubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecían tener inflamamiento. Es grande la diferencia, como he dicho, y la gloria que entonces en mí senti, no se puede escribir, ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiera pasado por esto. Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear, y no ví nada: dijéronme, y no sé quien, *que lo que allí podía hacer era entender, que no podía entender nada, y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello.* (XXXIX. 15)

Y en verdad quedó tan convencida de esto, que ya no solo no podía tener afición á cosas de este mundo, sino ni aun parar en ellas; porque la parecía todo un hormiguero. Más de dos horas se pasaron en aquel arrobamiento y dulcísimo éxtasis, cuando apenas eran pasados según su parecer unos momentos.

Si así paga en esta vida el Señor á los que le aman, ¿qué será en la otra? Si tan breves pasan dos horas en tal merced, ¿qué tal pasarán allá, á donde los justos, y quiera el Señor que seamos de este número, estarán contemplándole cara á cara, viendo sus perfecciones y deleitándose en ellas? Verdaderamente no parecen exageradas las palabras del real profeta, cuando, hablando de su Majestad, dice que á sus ojos mil años son como un dia que pasa veloz. (Salm. LXXXIX. 4.)

Torpe sobremanera la inteligencia del hombre para comprender las cosas del cielo ha menester probarlas primero ó rastrearlas á su manera con semejanzas, que difieren mucho de la realidad, que no veremos hasta que quitado este velo de la carne, ó glorificada, seamos llevados á la gloria, para la que nos redimió el Señor despues de habernos criado. ¡Oh divino amor que nunca se rinde, ni aun con tanta deslealtad por nuestra parte!

Representóse á la Santa una vez muy clara, aunque brevemente, como se ven en Dios todas las cosas; cuestión harto sutil y teológica, y, dice ella, merced tan singular, que es de creer que si los que le ofenden

esto vieran, no tendrían corazón, ni atrevimiento para hacerlo. Estas son sus palabras: «Parecióme, ya digo, sin poder afirmarme en que ví nada; mas algo se debe ver, pues yo podré poner esta comparación, sino que es por modo tan sutil, y delicado, que el entendimiento no lo puede alcanzar, ó yo no me sé entender en esas visiones, que no parecen imaginarias, y en algunas algo desto debe haber, sino que como son en arrobamiento las potencias, no lo saben despues formar, como allí el Señor se lo representa y quiere que lo gocen. Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, ó espejo, á manera de lo que dije del alma en estotra visión, salvo que es por tan subida manera, que yo no lo sabré encarecer, y que todo lo que hacemos se vé en este diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí; porque no hay nada que salga fuera desta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda, ver qué cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es así, que cuando se me acuer-

da, yo no sé como lo puedo llevar, y así quedé entonces tan avergonzada, que no sabía me parece á donde me meter. ¡Oh quien pudiese dar á entender esto á los que muy deshonestos y feos pecados hacen, para que se acuerden que no son ocultos, y que con razón los sien'e Dios, pues tan presentes á su Majestad pasan, y que tan desacatadamente nos habemos delante dél! Vi cuán bien se merece el infierno por una sola culpa mortal, porque no se puede entender cuán gravísima cosa es hacerla delante de su Majestad, y que tan fuera de quien Él es son cosas semejantes; y así se ve más su misericordia, pues entendiendo nosotros todo esto nos sufre.... Si una cosa como esta así deja espantada el alma ¿qué será el día del juicio, cuando esta Majestad claramente se nos mostrará y veremos las ofensas que hemos hecho? ¡Oh válame Dios, qué ceguera es esta!... » (XL. 7.)

En verdad que debe contenernos mucho en lo malo, y animarnos á lo bueno, saber que el más insignificante suspiro pasa ante Dios y no quedará desconocido; sino que en aquel terrible día se ha de ver muy claramente con todas sus circunstancias, esto es: su causa y fin, su intensidad y duración, su

bondad ó malicia; así como tambien el premio que se dió por él ó se le debe, si fué bueno; y si malo, las gracias que por él se perdieron, rota la cadena de que habian de pender. Verán tambien en aquel momento con nosotros todas las criaturas racionales la justicia del instantáneo castigo, que por la eternidad se ha de imponer al condenado.

3. Así como el Espíritu Santo se apareció en el bautismo, que al que da virtud á los Sacramentos administró San Juan Bautista, y á San Gregorio Magno y á otros Santos en figura de paloma, y en la de lenguas de fuego á los Apóstoles; así quiso hacer esta merced á la Santa.

Estando un dia, vispera del Espíritu Santo, despues de misa, leyendo en un Cartujano esta fiesta, y las señales que han de tener los que comienzan la vida espiritual, los que aprovechan y los perfectos para entender que con ellos está el Espíritu Santo: y viendo cuán diferente por la misericordia de Dios era de la que fué, dándole gracias por su bondad y llorando sus pasadas caidas, hé aquí que vió sobre su cabeza una paloma, bien diferente de las de acá, porque no tenía plumas, sino las alas de unas conchicas, que echaban de sí gran resplandor. Era

grande más que paloma, y parecía á Teresa sentir el ruido que la paloma hacía con las alas. Estaría aleteando espacio de un Ave María, y el alma de la Santa estaba de tal suerte, que perdiéndose á sí de sí, la perdió de vista, hasta que sosegándose con tan buen huésped, comenzó á gozar de esta merced y perdió el miedo. (XXXVIII. 6.)

¡Válganos Dios! ¡De cuántas y cuán maravillosas maneras quiso el Todopoderoso enriquecer á su esposa, y darla á entender las verdades más profundas y los misterios más recónditos del cielo!

Otra vez vió esta misma paloma sobre un Padre dominico, salvo que la pareció que los rayos y resplandores de las alas se extendían más. Dióselá á entender que éste Padre traería almas á Dios. (XXXVIII. 8.)

4. Respecto de la Santísima Trinidad el Señor la dió á entender, en la manera que acá es posible á la humana naturaleza, como es un solo Dios y tres Personas distintas, lo cual convidaba á su alma á reconocer con admiración la grandeza de Dios y sus maravillas prodigiosas. (XXXIX. 17.)

Además vió cómo están las tres Personas en el alma del justo, cumpliéndose á la letra admirablemente aquellas pala-

bras de Jesucristo nuestro Señor en San Juan. (XIV. 23.) «*Si quis diligit Me, sermonem meum servabit, et Pater diliget eum, et ad eum veniemus et apud eum mansionem faciemus.*» «Si alguno me amare guardará mi predicación, y mi Padre le amará, y vendremos á él y en él harémos mansión.» Cuéntalo Santa Teresa con estas palabras: «...Habiendo estado un rato en oración... comenzó á inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendía tener presente á toda la Santísima Trinidad en visión intelectual, á donde entendió mi alma por cierta manera de representación, como figura de la verdad, para que lo pudiese entender mi torpeza, como es Dios trino y uno: y así me parecía hablarme todas tres Personas, y que se representaban dentro en mi alma distintamente, diciéndome, que desde este dia vería mejoría en mí en tres cosas, que cada una destas Personas me hacía merced: en la caridad, en padecer con contento, en sentir esta caridad con encendimiento en el alma.» (Adic. 12.ª)

Efectivamente, es verdad católica que allí donde está el Padre, está también el Hijo y el Espíritu Santo, y que la una Persona no está sin las otras dos, Lo que debe,

mos tener muy presente para procurar que nuestra alma sea, en cuanto quepa, digna habitación de la Santísima Trinidad, y temblemos cuando hayamos de comulgar; pues realmente viene á nuestro pecho el cuerpo vivo y glorioso de nuestro Señor Jesucristo, y de consiguiente Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Dióselá á entender otra vez en una visión, muy parecida á la anterior, cómo se verifican en el alma del que está en gracia de Dios aquellas palabras del Cantar de los Cantares. (V. 1.) «*Dilectus meus descendit in hortum suum.* Mi amado desciende á su huerto.» (Adic. 16.*)

Mi amado. ¿No es acaso digno de todo nuestro amor Dios nuestro Señor? Harta misericordia es la suya no solo en amarnos, sino en permitir que le amemos. *Desciende.* ¿Qué bajada mayor que desde la altura de su infinita Majestad veni: á nosotros, miserables criaturas llenas de inmundicia y perdición? ¡Y llama á nuestras almas *huerto suyo!* ¡Dichosos nosotros! ¡Admirable hortelano, que arranca, siembra, riega, dá el crecimiento y el fruto! Como todo lo puede, ni faltará el riego, ni se perderá la cosecha en nuestra alma, si no nos oponemos y le amamos.

El Señor profetizó á Santa Teresa que en aquel huerto del monasterio de San José de Ávila se harían muchos milagros y se le llamaría Iglesia santa; y así se ha verificado.

5. A la Virgen soberana vió muchas veces: una poniendo una capa muy blanca á un Padre presentado dominico, que murió de Prior en Trianos, y segun el Ilmo. Yepes, era el P. Varrón: digno premio por lo mucho que había ayudado á la Santa en las primeras fundaciones. (XXVIII. 7.)

Otra vez en la vispera de San Sebastián del año primero en que de Priora vino al monasterio de la Encarnación de Ávila, al principiar la salve, vió bajar con gran multitud de ángeles á nuestra Señora y ponerse en la silla prioral; y los ángeles, aunque no en forma corporal, en gran número colocarse en las coronas de las sillas y en los antepechos. Acabada la salve, dijola la Madre de Dios estas palabras: «Bien acertaste en ponerme aquí: Yo estaré presente á las alabanzas, que hicieren á mi Hijo y se las presentaré » (Adic. 7.^a)

Tales son algunas de las muchas mercedes maravillosas, que el Señor hizo á la Santa, descubriéndola altísimas verdades y

llevándola como á hija y esposa muy amada á gozar de regalos inefables. Otras mercedes tendrèmos aún ocasi3n de ver en el curso de esta historia; otras pasamos en silencio, y muchas, la mayor parte, no quiso decirnos la Santa, temiendo nuestra flaqueza en la fé y en la gracia.

Alabemos al Señor en sus Santos, porque es admirable y amoroso. Bendito sea para siempre. Amen.

CAPÍTULO X.

1. *Visión del infierno.*—2. *Principios de la fundacion de San José de Avila.*—3. *Pide la Santa consejo á San Pedro Alcántara, á San Luis Beltrán y al P. Ibañez.*—4. *Escribela el P. Alvarez, confesor suyo, retirándola la licencia para entender en la fundacion.*

1. Si el conocimiento del premio de la gloria, reservada por el Señor á los que le aman, inclina al hombre á despreciar los bienes de la tierra é insistir con inacabable paciencia en la consecución de aquella eterna bienaventuranza, llorando para ello los pecados de la pasada vida y procurando todo género de virtudes, también el conocimiento de los eternos castigos es muy á propósito para aproximarnos á Dios, teniendo en nada las penas y trabajos sufridos en servicio suyo. ¿Quién con esta consideración no tem-

blará por su eterno porvenir, ni se decidirá firmísimamente á procurar la mayor gloria del Señor, y la perfección de su vida?

Conocimiento de una y otra verdad tenemos los cristianos; pero es tan incompleto, que apenas nos mueve á obrar el bien: y, lo que es peor, con frecuencia trabajamos para desechar de nosotros la meditación de tales verdades.

Tambien Santa Teresa habia leido muchas veces en distintos libros la muchedumbre de penas y tormentos, que en el infierno padecen los condenados, su duración y acerbidad espantosa, y meditado sobre lo mismo; y sin embargo no hicieron en ella tan profunda impresión como despues. Pero el Señor, queriendo darla una idea muy exacta de los tormentos de aquella mansión horrible, la llevó en espíritu allá. Refiere la Santa esta visión con palabras tan á propósito, que he creido oportuno hacer uso del mismo lenguaje, cambiando tan solo la persona y suprimiendo alguno que otro término, aunque acaso en detrimento del estilo.

Pasado, pues, bastante tiempo en que el Señor la habia hecho muchas de las mercedes que llevamos referidas y otras muy

grandes de que no se ha hecho mérito, sucedió que, estando ella en oración un día, hallóse de repente y sin saber cómo toda metida en los infiernos. Ello pasó en brevísimo espacio, mas aunque hubiese vivido la Santa muchos años, imposible la fuera olvidar; porque seis años despues, cuando escribió esta visión, solo en acordarse estaba llena de espanto, y era tan grande el temor, que aun al cuerpo faltaba el calor natural, y al alma parecían nada, en comparación de aquellos, los dolores, los trabajos, los tormentos, las aflicciones y congojas de esta miserable vida.

La entrada de aquella tenebrosa cárcel pareció á la Santa á manera de un callejón muy largo y estrecho, y á modo de un horno muy bajo, y obscuro, y angosto: el suelo de un agua como de lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él: al cabo estaba una concavidad metida en una pared á manera de una alacena, á donde se vió poner en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso á la vista en comparación de lo que allí sintió; porque lo primero, aunque mal, encarecido está; mas esto otro ni aun principios de encarecerse puede tener, ni entenderlo es posible.

Sintió en el alma un fuego devorador indescriptible, los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos y, según dicen los médicos, los mayores que se pueden sufrir, como fué encogérsela los nervios cuando quedó tullida y otros muchos gravísimos y no pocos causados del demonio, es todo nada en comparación de aquello, *y ver que habian de ser sin fin y sin jamás cesar*. Esto no es, pues, nada en comparación de aquel agonizar del alma: un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento, que no se puede encarecer. Porque decir que es un estarse arrancando el alma, es poco; pues aquí parece que otro os arranca la vida; mas allá el alma misma es la que se despedaza.

El caso es que la Santa no sabía como encarecer aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía quien se los daba; mas sentíase quemar y desmenuzarse, á lo que la parecía; y afirma que aquel fuego y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay

lugar, aunque la pusieron en este como agujero hecho en la pared; porque estas paredes, que son espantosas á la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga: no hay luz sino todas tinieblas obscurísimas, y sin embargo lo que á la vista ha de dar pena, todo se vé. (XXXII. 2.)

Tal es la descripción que Santa Teresa hizo de lo que vió en aquella horrible cárcel; y añade que, aunque en otras ocasiones vió tormentos más terribles, no la causaron tanta impresión como estos, que, según ella entendía, la estaban preparados si por la misericordia divina, y su fidelidad á la gracia, no hubiera abandonado ciertas imperfecciones que la hubieran arrastrado al precipicio.

De aquí debemos con la reflexión deducir estas dos consecuencias utilísimas: *Primera*: que si á pesar de las virtudes y buen natural de la Santa, y de las enfermedades y trabajos por ella sufridos con admirable paciencia, y de sus oraciones que desde la infancia fueron su ornamento, aun se vió en peligro de caer en tan terrible desgracia..., ¿qué será de nosotros, para quienes pasan los años sin hacer cosa alguna por nuestra salvación; antes por el contrario son

muchas las faltas y pecados con que ingratos hemos ofendido á la Majestad Divina?

Segunda: que siendo todos los trabajos y penas de esta vida apenas nada en comparación de los tormentos del infierno, ninguna cosa debe arredrarnos para evitar castigo tan horroroso.

Si al cabo de mucho tiempo pudiera enmendarse la indiscrección del miserable condenado, podría permitírsele alguna ligereza; mas ¡ah! que el desgraciado que allí entra, no saldrá jamás, ni hallará alivio alguno.

2. El haber visto la Santa alguna de las eternas penas que el Señor tiene preparadas para castigo de los impenitentes; la gloria dulcísima é inefable con que ha de premiar á los justos; y, en fin, tantas y tan extraordinarias mercedes por ella recibidas, de tal manera obraron en su ánimo, que no encontraba sosiego, y andaba entre sí buscando medios con los cuales pudiese satisfacer al Señor en alguna manera, y servirle con la posible perfección, huyendo de las gentes y apartándose de todo en todo del mundo. (XXXII 4.)

Lo primero que se la ocurrió, fué seguir el llamamiento, que Su Majestad la había

hecho á la religión, y procurar en ella la más exacta observancia de los preceptos, reglas y consejos de la institución que profesaba. Pero, el observarse allí la regla mitigada: la necesidad que tenían las monjas de aquella casa, y ella más que ninguna por obedecer á los superiores, de salir fuera á partes, aunque honestas, no tan lejos del trato de las gentes como ella deseaba, pues no profesaban clausura: el parecerla grande la casa, con mucho regalo y deleitosa; y la multitud de monjas de la misma, cosas eran que á sus deseos se oponían.

Tenía una sobrina, llamada D.^a Maria de Ocampo, educándose como seglar en aquel monasterio de la Encarnación de Avila; y ésta, oyendo una vez en compañía de otras monjas que su tía se quejaba de cuán pesada era la vida de aquel monasterio por ser tanta la gente del mismo, propuso á las que allí estaban, que sería muy bueno hiciesen vida más solitaria á manera de ermitañas: y encendiéndose poco á poco la plática, ofreció para su ayuda mil ducados de su casa. (Ibid).

Mucho contentó á la tía ver que su sobrina en medio de sus galas y vanidad se mostraba tan celosa de una obra tan fuera

de lo que su hábito pedía; y contentó más aun al Señor que la premió con ser una de las primeras Descalzas. Tomó despues el nombre de María Bautista.

Como andaba ya la Santa con estos deseos, no dejó pasar aquella coyuntura providencial, y principió á tratarlo con D.^a Guiomar de Ulloa, Señora viuda, muy piadosa y amiga suya, que tambien lo deseaba y se ofreció gustosa á una obra tan del servicio divino. Y aunque la Santa hallaba muchos inconvenientes, y no parecía resuelta á ello, con todo ambas lo encomendaron mucho á Dios, rogándole que ilustrase sus entendimientos en este asunto y las manifestase su voluntad. (XXXII. 5.)

Habiendo un dia comulgado la Santa, mandóla el Señor que lo procurase con todas sus fuerzas, y prometióla que se haría el monasterio y en él sería Dios servido: Díjola que le pusiese por nombre San José, pues este Santo las guardaría á una puerta, nuestra Señora á la otra y Jesucristo andaría con ellas; que sería una estrella que diese de sí gran resplandor, y que no pensase que, aunque las Ordenes religiosas estaban relajadas, se le servía poco en ellas; porque ¿qué sería del mundo si no fuera por los religio-

sos? Que dijese á su confesor esto que mandaba, y que le rogaba Él que no fuese contra ello. (XXXII, 6).

A la verdad, no piensa de los religiosos el mundo tan bien como Jesucristo quiere. En nuestros dias hemos visto perseguidos los frailes y monjas, asesinados, ó arrojados de sus conventos: destruidas las Órdenes religiosas, vendidas sus haciendas, convertidos en pajares, almacenes ó fábricas los templos de Dios, y en cuarteles ó presidios los conventos. Ya no llama al coro el eco misterioso de las campanas, ni se oye su clamor en las silenciosas horas del reposo, ni en las de bulliciosa agitación. Aquellas flechas que endían los vientos, aquellas soberbias cúpulas que se elevaban erguidas, han sido arrojadas al suelo con diabólico afán por inhumana piqueta: aquellas fachadas ricas por el arte, por el gusto, por el trabajo y por el coste, destruidas fueron; y, hecho plaza el perimetro que ocupaban los conventos, ó convertidos en fábricas, han cambiado en ellas los hombres por el silencio, la algazara; por el orden y la modestia, la desenvoltura; por el cielo, la tierra; y lo temporal por lo eterno. Ya no existen los claustros, ni las cátedras, ni las bibliotecas.

Los libros, recogidos con tanta costa, y afán, y tiempo, han sido destruidos en su mayor parte, ó empleados en envolver especias. Los cuadros, las pinturas, las estatuas, los relieves..., ¿dónde fueron? Yacen algunos en los museos, y están clamando con muda voz que los frailes no eran ignorantes, ni sordidos, ni inútiles... ¿Veis? Este era un convento: allí estaba otro: esta era su iglesia, que pudo competir con los edificios más magníficos.... Mirad allí restos de aquel órgano, cuya melodía tantas lágrimas de ternura hizo derramar.... Mudo, silencioso.... inerte todo está... Nada se oye: y sobre las tumbas, donde los cuerpos de los religiosos yacen, pasan los ganados.... ¿Quién ama hoy á los religiosos, quién los busca, quién los defiende, quién los sostiene? .. ¡Ay! que el fiero pueblo si atisba de lejos sus vestidos, en pos del que los lleva corre presuroso.... Mas ¿para qué? Para insultarle, escarnecerle, y... asesinarle.

¿Qué será del mundo sin los frailes? Estas palabras no son nuestras: son del mismo Jesucristo. Él las dijo á Santa Teresa hace ya más de trescientos años. Tristes son las reflexiones que se nos ocurren: las lágrimas vienen á los ojos, y la pluma

se nos cae de las manos. ¿Qué hemos de decir, que sirva de remedio? Cada cual mirando la muerte que le amenaza, escuche los lamentos de su triste y herido corazón y contribuya por su parte á desarmar la justicia de un Dios ofendido.

Mas cubramos con un velo estos dolorosos sucesos, que á cada paso hieren nuestra alma, y tornemos á aquellos tiempos felices, que, si no dejaban de ser calamitosos para Alemania é Inglaterra, y gran parte de Francia y Suiza, por la aparición de los protestantes, no lo eran para España y otras naciones, en que aún eran muy reverenciados los frailes por la mayor parte de los hombres.

Volvamos á la Santa y al negocio de las fundaciones.

De una parte veía ella irse cumpliendo sus deseos de padecer por Cristo, servirle y satisfacer algun tanto por sus faltas en las ocasiones que sin duda se la habian de ofrecer en las fundaciones, desagraviando así al Señor de las ofensas que de Calvinistas y Luteranos recibía. Esto la alentaba y ponía fuego á sus deseos.

De otra parte dudaba del éxito, ó más bien, de sus fuerzas para este asunto y de

los medios con que contaba: medios bién escasos é insuficientes, á juzgar de los sucesos por el orden natural con que se verifican. Por esto permanecía indecisiva, hasta que el Señor la instó una y otra vez.

Conociendo entonces ella que esta era la voluntad de Jesucristo, segun eran las razones y pruebas que la daba, determinóse á decirlo al confesor, y al efecto por escrito le manifestó cuanto pasaba.

No osó el oponerse, aunque veía que no llevaba camino conforme á razón natural, y mandóla que lo dijese á su Prelado é hiciese lo que la ordenase. Era entonces Provincial el R. P. Fr. Angel Salazar, varon muy religioso, y amigo de toda reformation y virtud; el cual, habiendo oido á D.^a Guiomar de Ulloa acerca de este asunto, (porque la Madre no trataba con él estas cosas ni las mercedes de visiones etc.) ofrecióse gustoso á dar la licencia para ello. (XXII 6.)

3. Mas era el asunto de tal entidad y Teresa tan prudente, que la pareció oportuno consultar á San Pedro Alcántara, á San Luis Beltrán, al R. Ibañez y á otros. Aconsejóla San Pedro que no lo dejasen de hacer y las dió su parecer en todo. San Luis, pasados que fueron tres ó cuatro meses, la res-

pondió en una carta con las siguientes palabras: «Madre Teresa: Recibí vuestra carta, y por que el negocio sobre que me pidió parecer es tan en servicio del Señor, he querido encomendárselo en mis pobres oraciones y sacrificios, y esto ha sido la causa de haber tardado en responderos. Agora digo en nombre del mismo Señor que os animéis para tan grande empresa, que Él os ayudará y favorecerá; y de su parte os certifico que no pasarán cincuenta años, que vuestra religión no sea una de las más ilustres que haya en la Iglesia de Dios, el cual os guarde etc. En Valencia, etc., Fr. Luis Beltrán.»

Publicóse en breve por la ciudad el intento de la Santa y de su compañera, y luego vino sobre ellas una persecución gravísima. Unos decían palabras agudas y picantes acerca del asunto; burlábanse otros; reíanse aquellos y aun los más prudentes tomábanlo como disparate, añadiendo que bien estaba Teresa en su monasterio, y que de ello debía de cuidarse. Su Majestad la dio ánimos, consoló, y dijo que en eso vería cuánto padecieron los santos fundadores; que aun la restaba mucho que padecer; que no la importase nada de ello, y

que dijese á su compañera ciertas cosas para su consuelo. (XXXII. 6.)

Ambas acudieron en consejo al P. Ibañez, dominico ilustradísimo, muy virtuoso y de los primeros de su Orden: y, sin darle cuenta de revelación alguna, pusieron en su conocimiento el estado del asunto, suplicándole que las diera consejo. Pidiólas él ocho dias de término para resolver, exigiéndolas antes que habrían de conformarse con lo que decidiese. Prometiolo Teresa, bien segura de que el monasterio se haria y la promesa del Señor tendria su cumplimiento; pero decidida á no dar paso alguno si el Padre la dijese que en conciencia no lo podia hacer. La compañera, por el contrario; aunque lo prometió tambien, estaba decidida á continuar en sus gestiones de todos modos.

Habia llegado al Padre ya la noticia del alboroto de la ciudad, y no hallando prudente luchar contra tantos, ni viendo en estos disturbios una señal de la voluntad divina, pensó en estudiar el asunto; mas buscando razones para convencerlas á que lo dejasen. Así lo confesó despues.

Empero el Señor, que es dueño de la voluntad de los hombres, de tal manera

mudó la del P. Ibañez, que le hizo hallar razones en favor del asunto, en donde él las buscaba contrarias. Y cuanto más vueltas le daba el Padre, tanto más se convencía de que había de ser para gloria de Dios, considerando la causa, medios, fin y circunstancias de la fundación intentada, y muy singularmente la intervención de mujeres tan piadosas. Decía él que si es cierto que no parecía llevar camino por ser muy poca la renta ofrecida por D.^a Guiomar, y pobres y frágiles mujeres las que habían de hacerlo, la una con pocos medios para ello y la otra sin más voluntad que la que el Superior la concediese, algo se había de confiar á la divina providencia, á cuyo servicio se ordenaba y que en esto consistía la pureza de la acción. Así, pues, sin esperar al tiempo, que para aconsejarse las había pedido, contestólas esto mismo, y dijoles que luego lo pusieran por obra; que él las ayudaría. Enseñólas por qué medios habrían de obtener el Breve de Roma, y tomó á su cargo la defensa de las mismas y la del asunto.

Con esto aplacáronse algunas personas, que las habían sido contrarias y principiaron á ayudarlas, entre ellas el santo caballe-

ro de quien se hizo mención en el número 3 del capítulo V. de esta Obrita. (XXXII. 7.)

Animosas, pues, y llenas de esperanza, compraron una casita; y, aunque pequeña, se resolvieron á hacer á otro dia la escritura de la compra. Mas, ¡oh dolor! cuando tocaban con la mano el fruto de su actividad y constancia, el Padre Provincial, á quien había llegado la noticia de las alteraciones que por esta causa había en la ciudad y de las gravísimas del monasterio en que estaba Teresa, no quiso admitir la fundación; porque era muy corta la renta é insegura, decía, y había grande contradicción y escándalo.

¡Valganos Dios! ¡Qué gritería se levantó contra ellas cuando, quitada la licencia, hubieron de dejarlo! Confirmáronse los contrarios en haber sido todo disparate de mujeres y creció contra ellas la murmuración aunque para cuanto hacían tenían mandato del Provincial. Quedó la Santa malquista con las compañeras de su monasterio: decíanla que las afrentaba, porque quería hacer otro más encerrado; que bien podía servir allí á Dios, pues había otras mejores que ella: que no tenía amor á la casa: que mejor era haber procurado renta para la en-

que vivia. Unas pedian que se la pudiese en la cárcel: otras, aunque pocas, volvian algo por ella. La Santa dábales razón en unas cosas, y en otras satisfacción, aunque poca, puesto que no habia de decir lo principal, que era el mandato del Señor en las visiones. Así, pues, callaba en todo lo demás, y esperaba confiada en el Señor. (XXXIII. 4.)

4. Mas lo que la causó más pena fué que el P. Baltasar Álvarez, confesor suyo, luego que supo lo pasado, escribióla diciendo: que en lo sucedido veria haber sido todo sueño: que se enmendase en quererse subir con cosa alguna: que no hablase más de ello, pues veia el escándalo recibido y añadió otras razones para darla pena. Túvola, en efecto, no pequeña; porque temia haber dado ocasión á ofender y aun haber en ello ofendido al Señor: y además; porque si eran sueño las visiones y revelaciones que hacian relación á esto, serianlo tambien las restantes, y su oración venia á no ser otra cosa que engaño y perdición.

Mas Jesucristo tornó á aparecêrsela y á consolarla, asegurándola del buen éxito que tendria este negocio, y de haber en él servido á su Majestad, y la mandó que obedeciese al confesor en desistir de él por enton-

ces; porque, no tardando se presentaría mejor oportunidad. (XXXIII. 3.)

A la compañera no querían absolver, si no dejaba el asunto con el cual tantos escándalos se habían dado; mas ella estaba bien segura en que había de hacerse; y firme en su resolución, hallando acogida en el P. Ibañez que comprendió la bondad de tan excelente obra, negociábalo con él, escribían á Roma y daban trazas para conseguir sus deseos.

Llegóse por último, á traslucir que la Santa había tenido revelaciones sobre ello, y á propagarse de boca en boca; por lo cual iban á ella algunas personas con harto miedo y precaución á decirla que andaban los tiempos recios, y podía ser que la acusasen de algun falso testimonio ante los Inquisidores. Cayóla en gracia é hizola reir tal pusilanimidad; porque en este caso jamás temió y sabía muy bien de si que en cosas de la fé, por cualquiera ceremonia de la Iglesia ó verdad de las Santas Escrituras, pondriase á morir mil muertes.

Son muy notables las palabras con que respondió y demuestran claramente que tenía formado del santo tribunal de la Inquisición un concepto harto bueno y distante

del que acerca de lo mismo tienen hoy la mayor parte de los hombres *ilustrados*. Leedlas con atención: Dijolas; Que deso no temiesen, que harto mal sería para mi alma, si en ella hubiese cosa que fuese de suerte, que yo temiese la Inquisición; *que si pensase habia para qué, yo me la iria á buscar, y que si era levantado, que el Señor me libraria, y quedaria con ganancia.* (XXXIII. 3.)

Consultólo, pues, nuevamente con el Padre Ibañez; y descubriéndole sus visiones, mercedes extraordinarias y género de oración, le suplicó que mirase muy bien si habia algo contra la Santa Escritura. El buen Padre la aseguró mucho de todo.

Esta confesión y consulta de la Santa fué causa de que el P. Ibañez, movido por la gracia, procurase vida más perfecta. Apartóse á un monasterio de su Orden, en el que habia mucha soledad; y mejorándose un poco, vivió allí dos años, hasta que la obediencia le sacó de tan dulce retiro.

la Iglesia ó verdad de las Santas Escrituras
podriase á morir mil muertes.

Son muy notables las palabras con que respondió y demuestran claramente por la
ula formado del santo tribunal de la Inquisi-
ción un concepto harto bueno y distante

del que acerca de lo mismo tiene hoy la
mayor parte de los hombres ilustrados.
leídas con atención; dijelas: «Que deso no
tomasen, que harte mal acia para mi alma,
si en ella hubiese cosa que fuese de sacre,
que yo tomase la lapidacion: que si heran-
se habia para que yo me la traia á buscar, y
que si era leuata, que el señor me tira-
ra, y quedaria con yamora. (XXIII. 3.)
Consultole, pues, nuevamente con el Pa-
dre Ibañez, y descubriéndole sus visiones,
mercedes extraordinarias y género de ora-
cion, le suplico que mirase muy bien si ha-
bia algo contra la Santa Escritura. El buen
Padre le aseguró mucho de todo.
Esta confesion y consulta de la Santa
causa de que el P. Ibañez, mocho por
la gracia, procurase vida mas perfecta. Ape-
tose á un monasterio de su Orden, en el
que habia mucha solidad, y mejorados
no poco, vivió allí dos años, hasta que la
obediencia le sacó de tan dulce retiro.

CAPÍTULO XI.

1. Continúa la misma materia. Por qué medios la Santa obtiene de nuevo la licencia para entender en los trabajos de la fundación.—2. Varias apariciones del Señor, de la Santísima Virgen, de San José y de Santa Clara.—3. Resurrección de un sobrino de la Santa.

1. Seis meses habrían pasado desde que á Santa Teresa se la negó la admisión del monasterio, y su confesor ordinario el Padre Álvarez la ordenó que dejase de intervenir en la fundación del mismo. En este tiempo cumplió ella lo mandado, é hizolo con tanta facilidad y sosiego de espíritu, que no podían comprender los que la conocían, cómo no estaba afrentada.

Entonces el Señor dispuso las cosas nuevamente para dar calor al negocio, y que se concediese á la Santa otra vez la oportuna licencia. (XXXIII. 4.)

Como conocía bien el espíritu de la Santa el P. Álvarez, varón muy espiritual, seguramente la hubiera animado á vencer las dificultades, que en la fundación se presentaban, y á no hacer caso de la gritería que con este motivo se había levantado en la ciudad; mas su Rector, que no había tratado á la Santa, ni conocido por lo tanto la firmeza de su espíritu, prudentemente temeroso por la novedad de cosas tan extraordinarias y por aquellas alteraciones, ibale á la mano y aconsejábale, sin duda, que contuviese á la Santa, no fuese que él y ella se despenasen. (Ilmo. Yepes.)

Estando un dia la Santa con grande aflicción por parecerla que su confesor no la creía, díjola el Señor que no se fatigase; que pronto se acabaría aquella pena. Ella lo recibió muy alegre creyendo que estaría cercana su muerte, y con ella, acabados los trabajos, daría principio á la verdadera vida.

Mas no era esta la causa del bien que se la prometa, sino que lo fué la venida á Ávila de otro P. Rector de la Compañía. Llegó, pues, uno llamado Gaspar de Salazar, varón muy religioso y espertísimo en el conocimiento de espíritus, el cual por in-

sinuación del P. Álvarez visitó á la Santa, que tambien por consejo del mismo Padre habia de descubrir á aquel las virtudes y estado de su espíritu, y las gracias recibidas de Dios.

En esta ocasión, como en otras á esta parecidas, fué grande la perplejidad y pena de la Santa para manifestar tantas mercedes, como habia experimentado; mas su humildad vencía siempre, trayendo á su memoria que como gracias procedian de la bondad del Señor: dábala pena solamente la ingratitud con que, segun ella, correspondía, y en confesar esto hallaba siempre satisfacción su modestia.

Ni conocía al P. Rector, ni habia oido hablar de él; y por esto hallábase con más inquietud. Pero he aquí que se presenta en el confesonario, y sin hablar al Padre, ni oírle, como si su alma le entendiese y á la vez fuese entendida á la manera que los espíritus en la gloria, luego halló quietud, contento, esperanza de ser bien dirigida, y santa libertad para descubrirse. No se engañó. Sirviola de grandísimo consuelo y provecho ver en él un alma pura y santa, con don particular para conocer espíritus y con muchísimo talento para dirigirles, no lleván-

doles paso á paso, sino haciéndoles desasirse de todo y volar por los caminos de la mortificación y de toda virtud. (XXXIII. 5.)

Era este el consuelo que el Señor la había prometido y este el acabamiento de su pena. Conociendo el P. Rector el buen espíritu de la Santa, comunicólo al P. Alvarez, diciéndole que no había motivos para temer: que no la llevase por tan apretado camino; que la consolase, y dejase obrar al Señor.

Este, que nunca abandona á los suyos, ni deja por cumplir sus promesas, tornó á visitar á la Santa, y la instó á que de nuevo emprendiese la fundación del monasterio: y que para ello dijese de su orden á estos Padres varias razones para que no se lo estorbasen; y sus razones eran tales, que, como palabras de su Majestad, los hacía temer. (XXXIII. 5.)

Una vez, entre otras, la mandó decir al P. Alvarez, que tuviese meditación sobre las siguientes palabras del Profeta Rey. «*Quam magnificata sunt opera tua, Domine: nimis profundæ factæ sunt cogitationes tuæ.*» Son del salmo XCI., y el contesto de todo él venía muy bien al caso, pues su traducción es como sigue: «Bueno es alabar al Señor y tañer salmos á tu nombre, oh

Altísimo, para anunciar por la mañana tu misericordia y tu verdad por la noche en el decacordo, en el salterio, con cántico, en la citara; porque me has deleitado, Señor, en tu hechura y en las obras de tus manos me regocijaré... *¡Cuán magnificas son, Señor, tus obras: extremadamente profundos son tus pensamientos.* El varon insensato no conocerá y el necio no entenderá estas cosas. Apenas se dejen ver los pecadores como la yerba, y aparezcan todos los que obran iniquidad, cuando perezcan por siglos de siglos. Mas tú, Señor, eres eternamente el Altísimo. Pues hé aquí que tus enemigos, Señor; hé aquí que tus enemigos parecerán, y serán disipados todos los que obran iniquidad. Y será ensalzada mi fuerza como la del unicornio, y mi vejez con misericordia abundante. Y mis ojos miraron con desprecio á mis enemigos; y mis orejas oirán acerca de los malignos, que se levantan contra mí. El justo como palma florecerá: como cedro del Libano se multiplicará. Plantados en la casa del Señor florecerán en los atrios del Dios nuestro. Aun se multiplicarán en vejez lozana: y estarán muy vigorosos, para anunciar que es recto el Señor Dios nuestro, y que no hay injusticia en Él. †

Meditó, pues, el P. Alvarez estas palabras llenas de verdades profundas y escondidas; y el Señor, que es Padre de las luces, ilustró su entendimiento, haciéndole ver en ellas los designios, que en aquel asunto de las fundaciones se había propuesto. Dió por lo tanto á Teresa el permiso para entender en ella; é instóla el Señor una y otra vez para que pusiese manos á la obra.

Mas hé aquí á una pobre mujer sin libertad completa, pues había de obedecer á Superiores que repugnaban admitir la fundación: pobre, pues tal era su voto: sin auxilio humano bastante, yendo contra ella una ciudad en masa y las monjas de su monasterio, va á emprender una obra grandiosa. Tiene para ello permiso del confesor, es cierto: háselo mandado Aquel por quien los Superiores tienen autoridad. Mas ¿qué hará? ¿Cómo lo cumplirá? Afligida algunas veces volviase al Señor, y le decía: «Señor mio, ¿cómo me mandais cosas, que me parecen imposibles? que aunque fuera mujer, si tuviera libertad... mas atada por tantas partes, sin dineros, ni de á donde los tener, ni para Breve, ni para nada ¿qué puedo yo hacer, Señor?» (XXXIII. 6.)

Meditado bien todo, resolvióse la Santa á obedecer á Dios y á sus Superiores. A Dios, intentando llevar á cabo la fundación en cuanto la fuese posible: al P. Provincial, valiéndose de la licencia que la había dado para ello y no había retractado aún, si bien por las causas arriba mencionadas repugnó la admisión de la casa.

Por esto el P. Álvarez la persuadió á obrar en secreto hasta tener hecha la fundación y haber dado la obediencia al Diocesano, confiando en el Señor que sabría darles auxilio en tiempo oportuno.

Grande violencia hubo de hacerse la Santa en esto de dar la obediencia al Diocesano; mas el Señor la dijo que por varias razones no convenía entonces que el monasterio estuviese sujeto á la Orden. Enseñóla, además, por qué vía negociaría el Breve, prometiéndola que Él haría que por allí viniese despachado; cosa que se cumplió muy debidamente, y ellos no habían podido obtener de otra manera. Vióse despues cuán bueno era el Obispo de la diócesis y de cuánto sirvió para defender á la Santa de tan gran contradicción, y ayudarla en obra tan buena. ¡No había de engañarse el Señor! La Virgen María y su esposo San José

animaron también á Teresa á conformarse en dar la obediencia al Obispo. (XXXIII. 9.)

La visión, que en visión fué, pasó de esta manera: Hallándose ella un dia de la asunción de nuestra Señora en un convento de la Orden del glorioso Santo Domingo, recordando ella sus confesiones hechas en aquella iglesia, vinola un arrobamiento tan grande, que casi la sacó de sí. Sentóse como pudo y quedó con grande escrúpulo acerca de si habría ó no oido misa, pues la pareció que no había visto alzar y que había pasado sin darse cuenta, cuando he aquí que se siente vestir de una ropa de muchísima blancura y claridad, sin saber de quien, hasta que vió á su derecha mano á la santísima Virgen, y á la izquierda á San José, los cuales, como la vistieron, diéronla á entender que estaba ya limpia de pecados. Asíola de las manos nuestra Señora y la dijo: que la daba mucho contento en servir al glorioso San José: que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho al Señor y á ellos dos: que no temiese habría en esto quietura jamás, aunque la obediencia que daba no fuese á su gusto; porque ellos las guardarían; que ya su Hijo la había prometido

andar con ellas; y que en prueba de que todo era verdad, la daba aquella joya. Echóla entonces, al parecer de la Santa, sobre su cuello un collar de oro muy hermoso, asida á él una cruz de muchísimo valor. «Este oro, y piedras, es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación: porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento á entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá dibujo de tizne, á manera de decir.» (XXXIII, 9.)

Viólos despues subir á los cielos con gran multitud de ángeles.

Decidida, pues, á emprender la obra hizo venir desde Alba á su hermana D.^a Juana de Ahumada, para que, en su nombre y como que era para ella, comprase en Ávila la casa que había de servir para monasterio, y la labrase ayudándola con su favor doña Guiomar. Mas como entrambas podían poco, todo el peso cayó sobre la Santa, la cual en procurar dineros, en tenerlos, en concertarlo y hacerlo labrar pasó tantos trabajos, que aun ella misma se espantaba despues cómo lo pudo sufrir, (XXXIII, 6.)

Jamás, empero, la faltó la protección divina aun en sus mayores aflicciones.

Un día, hallándose con gran pena y sin saber qué hacer, ni cómo pagar unos oficiales, se la apareció San José, Padre y Señor suyo, y la dió á entender que no la faltaría dinero con que hacerlo y que los concertase. Hizolo así sin blanca alguna y proveyó la el Señor de manera, que se espantaban los que lo veían. (XXXIII. 7.)

Hacíasela tan reducida la casa que la parecía que no llevaba camino de ser monasterio; y queriendo comprar otra junto á ella, no había con qué, ni sabía qué hacerse, cuando acabado que hubo de comulgar un día, dijola el Señor: «*Ya te he dicho que entres como pudieres.*» Y luego á manera de exclamación: «*¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¿Cuántas veces dormí Yo al sereno, por no tener á donde me meter.*»

Llegó, pues, la Santa á la casita, trazóla y halló monasterio, aunque pequeño, cabal: y sin cuidarse de comprar otra, hizo que se labrase aquella de la manera más tosca y pobre posible, con tal que no dañase á la salud, y quiso que así se observase siempre. (XXXIII. 7.)

En el día de Santa Clara, yendo á comulgar, apareciósela esta Virgen; y animóla á que fuese adelante en lo comenzado. Prometióle ayuda, y lo ha cumplido tan bien, que además de haberse hecho el monasterio de San José con toda pobreza, han recibido sus hijas no pequeña ayuda de un monasterio de Santa Clara, próximo al de San José. (XXXIII. 8.)

No dejaremos de contar dos sucesos de aquella época; uno de los cuales ha de servirnos de enseñanza, y el otro de admiración.

No parece estupendo, mas sí digno de atenderse el primero. Fué, pues, el caso que oyendo la Santa en compañía de su hermana un sermón, como el pueblo andaba alborotado con el nuevo convento, principió el que predicaba á tratar de revelaciones y otras cosas á este tenor, y á reprender tan al descubierto y tan ásperamente á la Santa, como si lo que hacía fuera el pecado mayor y más público del pueblo. Afrentadísima quedó D.^a Juana; mas Teresa alegre y gozosa, como lo pudiera estar otra muy vana oyendo de sí públicas alabanzas.

¡Qué diferencia de su conducta á la nuestra! Oye predicar sinrazones contra la

verdad que ella sabe, ha consultado y experimentado con tanta frecuencia; y enmudece, respeta lo que se dice, y aun queda alegre. Nosotros, empero, no escuchamos en la predicación las palabras, que pueden referirse á nuestras aberraciones y pecados, ó las oímos con disgusto, aborreciendo por ello al que en nombre de Dios nos llama á penitencia: interpretamos torcidamente su sentido, ó no las aplicamos á nosotros, y solo pensamos acaso en atisbar algun falta en el predicador, atendiendo á si habla con arte ó sin él: y deleitándonos en la belleza exterior, si es que puede haber verdadera belleza sin el espíritu que dá vida, gustamos de pasar el tiempo, como si estuviésemos en alguna academia ó teatro. No quiera Dios que seamos de este número, sino que imitemos á la Santa viendo en el predicador la Persona del Padre celestial que nos llama, aplicándonos las reprehensiones como perfectamente dichas á nosotros y reservando á Dios toda gloria y honor.

3. El segundo suceso que nos hemos propuesto referir como muestra del amor de Teresa á Jesucristo, y á la vez del que á ella tuvo el Señor, puesto que se dignó oír sus ruegos en un asunto tan maravilloso, fué la

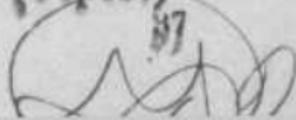
resurrección de un sobrino suyo. Refiérelo el Ilmo. Yepes de esta manera: «Sucedió otra cosa de grande espanto y admiracion, en la cual se vió lo que la Santa podía y alcanzaba de Dios. Estando en la obra un niño, hijo de esta señora hermana de la Santa Madre, que no tenían sus padres otro y así estaban muy trabados de su amor, de edad de hasta cinco años, cayóse un pedazo de pared, el cual cogió debajo al niño y le quedó yerto, y frio, y sin sentido y sin señal alguna de vida. Fueron corriendo á avisar á la Santa Madre, que estaba en casa de D.^a Guiomar de Ulloa, y dándole nuevas de como estaba muerto, acudió ella y esta Señora con mucha prisa, y en llegando tomó al niño en los brazos, y como la que sabía bien por experiencia lo que la Madre Teresa de Jesús podía con Dios, no dudó verle resucitado por medio de sus oraciones, y así la dijo:—Hermana, este muchacho está muerto: al poder de Dios no hay tasa, que si Él quiere le puede dar vida: mire lo que han sacado su hermana y cuñado de su casa, y cuán lastimados volverán á Alba sin su hijo: alcance de Dios que le dé vida. —Tomóle luego la Santa en sus brazos, y procuró que su madre no lo entendiese;

pero no se pudo encubrir tanto que ella no lo viniese á saber, y luego que lo entendió, salió toda turbada de la pieza, donde estaba, dando voces por su hijo, que como no tenía otro y le veía en tal estado, era extremado su sentimiento, y vino para la Santa, mostrando su pena y esperando de sus oraciones remedio. Ella le tenía atravesado sobre sus rodillas, y mucho más en el corazón, pareciéndole que todo había sucedido por su causa, pues á petición suya había venido su hermana desde Alba á tratar de su monasterio, en cuya obra había muerto su hijo, y no le parecía sino que ella le decía lo que la otra viuda al Profeta Elías: ¿Para esto me trajiste aquí para matar á mi hijo? Esto y el caso que de suyo era penosísimo, la lastimaban sobremanera. Determinó de acudir á nuestro Señor con mucha fé y pedirle la vida de aquel niño. Dijo á la hermana que callase y los demás le pidieron lo mismo, y todos estaban suspensos, esperando en qué había de venir á parar aquella desgracia. La Madre bajando el velo y juntamente la cabeza, y acercándola al niño, callando exteriormente; pero allá dentro como otro Moisés y Elías, dando voces á Dios que no desconsolase á los que había tomado por me-

dio de la obra, que quería hacer: habiendo estado un rato de esta manera con el niño en los brazos y con el corazón en Dios, súbitamente el que todos juzgaban por muerto comenzó á revivir como si despertase de un sueño: entoces despidiendo la Santa el niño de sus brazos, dijo á su hermana—Tome allá su hijo—el cual estaba ya tan sano y tan bueno, que dentro de poco rato andaba corriendo por la pieza volviéndose para su tia, abrazándola y haciéndola niñerías.»

«Todo esto se tuvo por notorio en casa de su hermana, y así el mismo niño, que habia resucitado, siendo de más edad, solía decir á la Santa Madre que estaba obligada á hacer que nuestro Señor le llevase al cielo, pues si no fuera por ella, estuviera desde entonces allá. Despues D.^a Guiomar de Ulloa, como ella misma cuenta en una carta suya, escrita al P. Maestro Fr. Luis de León, la cual yo he visto, dice que solía ella decir á la Madre—El muchacho muerto estaba ¿cómo ha sido esto?—Y que la Santa no la respondía nada, sino antes se sonreía, lo cual no hacía otras veces, que la decía otras cosas suyas; porque luego la Madre la reprendía amorosamente, porque decía aquellas cosas tan sin carino.» (Yepes.)

87



Proseguíase la obra del monasterio con la posible diligencia, y con no menor se procuraba que no se entendiese en la población; pero no pudo ser tanto que dejara de traslucirse, creyéndolo unos, dudando otros: y seguramente se hubiera perdido todo, á haber llegado á oídos del P. Provincial, porque ella estaba tan dispuesta á obedecerle, que por ello dejaría mil fundaciones. ¡Cosa rara! La obediencia hubiera sido la causa única de abandonar la fundación; y la obediencia, sin pretenderlo el Superior, la dispuso, la apresuro y fué ocasión de que se perfeccionase.

Veámoslo:

Murió por entonces en Toledo Arias Pardo, caballero de los mas nobles y principales de Castilla, casado con la hermana del duque de Medina-Coeli. Esta señora, llamada D.^a Luisa de la Cerda, quedó tan afligida por la muerte de su esposo, que se temía por su salud; y, teniendo noticia de las virtudes de la Santa, obtuvo del P. Provincial que la mandase ir alla, para consolarse con su compañía y consejos.

Llegado que hubo á la Santa la orden de ir en virtud de santa obediencia, aunque hubo quien la aconsejó que dilatase su mar-

cha y que para ello escribiese al P. Provincial y esperase la respuesta, pues para la dirección y adelantos de la obra era tan necesaria su presencia, ella se dispuso á obedecer. Quejándose á su Divina Majestad en la oración de que en tal tiempo y con títulos de honra, que la avergonzaban, la sacase de Ávila, dijola el Señor que no dejase de ir y que no escuchase pareceres, porque pocos la aconsejarían sin temeridad: que aunque tuviese trabajos, se serviría mucho á Dios; y que para este negocio del monasterio convenía ausentarse hasta ser venido el Breve, porque el demonio tenía armada una gran trama, venido que fuese el Provincial; pero que no temiese de nada, que Él la ayudaría allá (XXXIV. 4.)

cha y que para ello escribiese al P. Provincial y espere la respuesta, pues para la direccion y adelantos de la obra era tan necesaria su presencia, ella se dispuso á obedecer. Quijendose á su Divina Magestad en la oracion de que en tal tiempo y con tales de horas, que la avergonzaban; la sacase de Avila, dijo el Señor que no dejase de ir y que no escuchase pareceres, porque pocas la aconsejarian sin temeridad: que aunque tuviese trabajos, se servira mucho á Dios; y que para este negocio del monasterio con-venia ausentarse hasta ser venido el breve, porque el demonio tenia armada una gran trama, venido que fuese el Provincial; pero que no temiese de nada, que El la ayudaria

(L. XXXIV. 1.)

CAPÍTULO XII.

1. *Lo que sucedió en Toledo. Notable advertencia á los que en este mundo se llaman señores.*—2. *El P. Fr. Vicente Barroso.*—3. *Visita Santa Teresa á su hermana y la dispone á la muerte.*—4. *Es visitada de Ana de Jesús, que fundó luego en Alcalá*—5. *Noticias de la Orden de nuestra Señora del Carmen.*

1. La gloria del mundo y los honores, en pós de los que sin paz corre muchas veces desalado el hombre, son uno de los mayores tormentos para los humildes. Santa Teresa, que era buscada con tan honrosos títulos por el olor de sus virtudes, veía en ello mortificada su modestia, y creíase obligada á pedir más y más al Señor que no la dejase de su mano. Una cosa la consolaba en su ida á Toledo, y era que también allí había casa de la Compañía; y con estar su-

jeta á lo que la mandasen los Padres, esperaba en el Señor, que viviría con alguna seguridad. (XXXIV. 2).

Era D.^a Luisa de la Cerda, á cuya casa iba, una señora muy temerosa de Dios, muy humilde cristiana, y de mucha llaneza, por lo que no tardó en hallar en la compañía de la Santa grandísimo consuelo. Agradecida á tanto bien y alivio en sus hondas penas, amábala y regalábala sobremanera. Por estos regalos, que á la Santa servían de cruz y tormento, hallábase su alma tan recogida, que no osaba descuidarse, ni se descuidaba el Señor; porque estando allí la hizo grandísimas mercedes. Estas la daban tanta libertad, y tanto la hacían despreciar todo lo que veía, y mientras más eran, más, que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, (que muy á su honra, dice ella pudiera servir las), con la libertad que si fuera su igual. (XXXIV. 2.)

Con esto se mejoraron mucho las personas de aquella casa; mas no tanto, que Teresa estuviese libre de trabajos y de envidia por el amor con que aquella señora la honraba. Allí vió por experiencia, y así se lo dijo á D.^a Luisa, cuán engañados están los que creen que los llamados en el mundo

señores lo son, y que tienen libertad y son felices.

¡Cuán grave error! Adviértanlo bien los que posean riquezas y criados, ó desean poseerles. Son señores en el nombre solamente. Hallanse sujetos á las pasiones y flaquezas de la carne, como el más pobre: sus trabajos y cuidados crecen con las riquezas: véanse precisados á tener compostura con su estado de manera, que no les deja vivir: han de comer, muchas veces no cuando la necesidad lo exige, sino cuando el estado lo reclama, manjares contrarios á su gusto y complexión. ¿Quién no habrá lástima de ellos? No pueden comunicarse con criados, ni fiarse de ellos, por muy buenos que sean, temiendo la envidia de los demás: háse de favorecer al malquisto, y no hablar más con este que con aquel. Ello es una sujecion, que una de las mentiras, que dice el mundo, es llamar señores á personas semejantes, que no parece son sino esclavos de mil cosas. (XXXIV. 2. 3.)

2. Por este tiempo llegó á Toledo el Padre Fr. Vicente Barrón, Presentado dominico, persona muy principal, con quien la Santa habia comunicado algunas veces. Con la pesadumbre y vergüenza que solia, cuando

trataba estas cosas, dióle en confesión cuenta de su vida y de las mercedes, que el Señor la había hecho. Parecióla más avisado que nunca, y agradándola sus talentos y deseándole para solo Dios, principió á rogar á su Majestad con muchas lágrimas que pudiese el alma de aquel religioso en su santo servicio muy de veras; porque, aunque le tenía por bueno, querialle aún muy mejor. Llena de confianza decía al Padre de las misericordias: «Señor, no me habeis de negar esta merced, mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo.» Y exclama luego: «¡Oh bondad, y humanidad grande de Dios, como no mira las palabras, sino los deseos y voluntad con que se dicen! ¡Cómo sufre que una como yo hable á su Majestad tan atrevidamente!» (XXXIV. 4. 5. 6.)

Y nosotros debemos añadir: ¡Oh fé más viva la tuya, Teresa bendita, oh esperanza más firme que la de la Cananea! ¡Oh caridad más pura, más desinteresada, más santa, más celestial! ¿Qué extraño es que aquella mujer rogase con tantas ansias por la vida de una hija? Tú, empero, no para tí, ni para tus hijos, sino para el prójimo; no la vida del cuerpo, sino la mejor salud para el alma; no para la tierra, sino para

el cielo solicitas y pides llena de fervor. Esto sí que es amar al prójimo.

Como lo pedía con tantas veras, y no la respondía el Señor luego, comenzóse la Santa á afligir, si por desventura aquel Padre no estaría en gracia, y apretándola de nuevo este cuidado, deshecha en lágrimas rogaba al Señor no permitiese que en su alma hubiese alguna ofensa. Entendió entonces que bien podía confiar hallarse en gracia, y en que el Señor haría lo que respecto de este Padre le había suplicado.

Mandóla el Señor que de su parte le dijese unas palabras; y hallando ella grande congoja en darle tal recado, instada nuevamente por Dios, escribiólas en un papel y se las dió. Bien pareció ser cosa del Señor en la operación que la hicieron, porque se determinó muy de veras á aborrecer los contentos y cosas de este mundo, darse á la oración, y mortificar sus sentidos, para lo cual no había tenido salud hasta entonces.

•Y así, dice la Santa, sea alabado para siempre (el Señor): lo hizo tan de hecho, que cada vez que me habla, me tiene como embobada; y si yo no lo hubiera visto, lo tuviera por dudoso, en tan breve tiempo hacerle tan crecidas mercedes, y tenerle tan

ocupado en sí, que no parece vive ya para cosa de la tierra.» (XXXIV. 6.)

Viene aquí perfectamente aquella parábola del Evangelio, según la que un padre de familia buscó en distintas horas del día trabajadores para su viña, y dióles después á todos igual paga. Cierto: que, siendo Dios liberal y magnífico, reparte de lo que es de gracia y dálo á quien quiere y cuando quiere, porque para Él no hay antigüedad, ni acepción de personas; pero no hemos de olvidar tampoco el zelo, diligencia, afán, ánimo, decisión y afecto de los que á última hora llegan al trabajo: porque á los tales reserva Dios el galardón, premio y recompensa, que corresponde á tanto fervor.

No miremos, pues, si ha tantos años que nos convertimos, ó servimos al Señor en este, ó en aquel oficio ó ministerio; sino como lo hemos hecho. Avergoncémonos de que después de tanto tiempo nos hallamos aún muy en los principios, y temblemos por el tiempo, que nos resta de vida. Y si hemos respondido tarde á la vocación, sintamos el desperdiciado tiempo y gracias: y dándose las al Señor, porque al fin nos volvió á Sí, no desmayemos: con su gracia podremos mucho, corramos, volemos con afán. Brota

rán entonces de nuestros labios, como de los del P. Barrón, palabras de encendido amor, que como saetas penetrarán el corazón de nuestro hermano, y le cautivarán haciéndole prorrumpir en parecidas frases á las de Teresa: y entonces, ¿quién lo dudará? mostrará Jesucristo su alegría por ello, y asistirá gustoso á nuestra conversacion, si no de una manera visible como sucedió á la Santa hablando una vez con el P. Barrón, no tan secretamente, que en los efectos no se perciba su maravillosa influencia. (XXXIV. 8.)

¡Qué bien premia Dios á los que le sirven con fervorosa devoción! Estando una vez Santa Teresa lejos del P. Barrón, vio ser en alto levantado por ángeles, entendiendo en ello la perfección, á que habia llegado el referido Padre. (XXXIV. 9.)

¡Ojalá perfeccione tambien nuestras almas el Señor Dios nuestro!

3. Muchas son las cosas, así lejanas como próximas, que habiendo de cumplirse en lo porvenir anunció Dios á nuestra Santa: unas tres ó cuatro años antes que sucedieran, otras más, otras menos, y todas se han cumplido exactamente. Esto pudieran autorizar muy bien con su palabra el confe-

sor de la Santa y la tantas veces repetida viuda, su piadosa amiga D.^a Guiomar, á quienes con la debida modestia contaba todo; y tambien otras muchas personas, á quienes la buena amiga, llevada de su amor y por publicar el poder de Dios y la bondad de Teresa, lo decia muchas veces. (XXXIV. 9.)

Habiéndose muerto súbitamente un cuñado de ésta, estando ella con mucha pena, porque no le dió lugar para confesarse; rogando por él, dijola el Señor que así había de morir su hermana: que fuese allá y procurase disponerla. El confesor, á quien se lo dijo, no quería á los principios darla licencia para ir; mas instando el Señor, dió-sela diciéndola que por ir para tan santo fin, aun prescindiendo del mandato de la revelación, nada se perdía.

Llegó la Santa á la casa de su hermana, y logró bien pronto que se decidiese á mirar con más solicitud por su alma, frecuentando los santos sacramentos. Cuatro ó cinco años habría pasado en este ejercicio, teniendo mucha cuenta con su alma, quando se murió sin verla nadie: y fué grande suerte la suya, porque estuvo muy poco tiempo en el purgatorio, pues unos ocho dias des-

pues de su muerte, Santa Teresa la vió subir á la gloria.

En el tiempo que trascurió desde que se anunció á la Santa la muerte de su hermana hasta que acaeció, ni ella, ni la viuda su compañera se olvidaban de ello; y ésta, cuando supo la muerte repentina, vino espantada á contárselo á la Santa. Sea Dios alabado para siempre, pues tiene tanto cuidado de que las almas no se pierdan. (XXXIV. 10. 11.)

4. A este fin perfecciona los institutos, que en su providencia escogió para que en ellos sus hijos hallen las gracias más eficaces, con que aseguren su salvación. A esto endereza los sucesos y válese de medios mil.

Así sucedió en lo que vamos á referir.

Hallándose la Santa en Toledo, en donde estuvo más de medio año, vino á visitarla una beata, á quien para el mismo fin de la fundación había movido su Majestad en el mismo mes y año que á la Santa. Aquella beata, teniendo noticia de esto, volvía de Roma, á donde había ido á pié y descalza en solicitud del despacho que para fundar traía ya, y rodeó algunas leguas para verse con Santa Teresa. Era mujer de mucha pe.

nitencia y oración: hacíala el Señor muchas mercedes, y la Virgen santísima se le había aparecido, mandandola fundar. Quince dias estuvieron juntas ambas favorecidas mujeres, y en ellos trataron, además de otras cosas santas, de la forma en que habíau de hacer los monasterios. Porque, es de notar que hasta que nuestra Santa conoció á esta señora, que se llamaba Ana de Jesús y fundó luego en Alcalá, no sabia que en los primitivos tiempos los monasterios del Carmen estaban fundados en toda pobreza. Por desconocer esto, no pensaba en fundar sin renta para impedir, dice ella, los cuidados acerca de la subsistencia, sin considerar aun los mayores que consigo trae el tener propio, mas el Señor, que iba perfeccionando la obra, se valió de este medio para conseguirlo. (XXXV. 1.)

5. No será fuera de propósito decir algo aquí acerca del origen y vicisitudes de la Orden de Carmelitas, para que, conociendo el estado en que se hallaba en aquel tiempo, aparezca más claro cuánto trabajó la Santa para devolverla á su primitivo vigor.

Dícese, y la Iglesia católica lo autoriza en las lecciones del segundo nocturno del

oficio de nuestra Señora del Cármen, que cuando los Apóstoles, recibido el Espiritu Santo, hablaron varias lenguas y obraron muchos prodigios en nombre de Jesús, muchos varones, que habían seguido las huellas de Elias y Eliseo y habían sido preparados á la venida de Cristo con la predicación del Bautista, habiendo visto y palpado la verdad de estas cosas, abrazaron en seguida la fé del Evangelio.

Añádese que principiaron á venerar con piadoso afecto á la beatísima virgen María, de cuya vista y conversacion pudieron felizmente gozar; y que fueron los primeros que la erigieron un sagrario en el monte Carmelo, en donde muchísimo antes Elias había visto aquella maravilla, tipo insigne de la bienaventurada Madre de Dios. Allí acudían con frecuencia para honrar á la santísima Virgen muchísimos, que por esto principiaron á ser conocidos con el nombre de hermanos de nuestra Señora del Cármen; y esta piadosísima reina no solo les dió nombre y amparo, sino que apareciéndose á Simón ánglico, le concedió el escapulario con que hablan de adornarse los hermanos y servirse como de escudo de defensa contra el común enemigo.

Hasta aquí la tradición, que como se ha visto, dice traer esta corporación origen de los profetas Elías y Eliseo, esto es, nueve-cientos veintitres años antes de Jesucristo; y añade que se perpetuó por el colegio de profetas, por San Juan Bautista y sus discipulos, por los anacoretas, por San Antonio Abad y por otros.

Juan, Patriarca de Jerusalem, dice en el capitulo treinta y tres de su Libro *«De institutione monachorum»* que el oratorio de la Virgen del Cármen fué construido en el año ochenta y tres de nuestro Señor Jesucristo.

Lo que está fuera de duda, y atestigua la historia, es que á principios del siglo V el Patriarca Juan de Jerusalem dió á los anacoretas ó monjes de San Antonio, que vivían en el monte Carmelo, la regla de San Basilio, tan célebre por la institución de la Orden monástica en el Ponto y la Capadocia, desde donde se estendió por todo el Oriente.

No era conocida esta Orden en el Occidente hasta el siglo XII, y por esta razón algunos instaron al Papa Honorio III para que la extinguiese. Pero sucedió todo lo contrario; porque apareciéndose al Papa la Virgen santísima, le ordenó que acogiese bajo

su proteccion al instituto y á los que le profesaban; y así lo hizo aprobando esta Orden bajo la regla que en mil doscientos nueve les dió Alberto, Patriarca de Jerusalén y era sacada de la primitiva del Patriarca Juan.

Todos conocen el género de vida de los solitarios en el desierto. Vivian de sus manos: su silencio era perpétuo: el ayuno riguroso y continuo: cada uno tenia su celda apartada: no se reunian sino para alabar al Señor ó tener sus colaciones; y aunque reconocian un Abad ó Padre, podia decirse que no vivian en comunidad.

Trabajosa, pero posible, era tal vida en los desiertos; mas en los conventos y bajo de un mismo techo era superior al común de los hombres. Así que algunos suplicaron al Papa Inocencio IV que la reformase, y lo consiguieron, mas solo en dos cosas, á saber: en el silencio, que antes era perpétuo, y después lo fué de Completas á Prima; y en que pudiesen comer carnes estando débiles ó enfermos, siendo así que antes era necesaria *extremada flaqueza ó enfermedad* para el uso licito de las carnes. Permittedes también comer en comunidad, y admitir casas y lugares. Esto fué en mil doscientos cuarenta y ocho.



Quedaba sin embargo esta regla, que después se llamó primitiva ó de Alberto magno, muy rigurosa; porque además de los tres votos y de consiguiente de la obediencia á su P. Prior, en los yermos y en las poblaciones las celdas habían de estar apartadas entre sí, teniendo la suya á la entrada el Prior, por cuya disposición había de hacerse todo: nadie podía salir de su celda sino para justas ocupaciones: habían de estar día y noche meditando la ley del Señor y velando en oración dentro ó cerca de su celda: habían de rezar las horas canónicas juntos con los sacerdotes cuantos supiesen hacerlo; y los que lo ignorasen rezarían setenta y cinco *Pater noster* cada día y ciento en los domingos y fiestas solemnes; no podían tener cosa propia: habían de corregirse en público las faltas contra la regla, contra los hermanos ó contra alguna virtud: deberían ayunar, fuera de los domingos, todos los días que hay desde la Exaltación de la santa Cruz hasta la resurrección del Señor: no podían comer carne sino por enfermedad, ó flaqueza, ó navegando: habían de trabajar de manos: tener silencio como arriba se dijo, vivir de limosna y ejercitarse en adquirir toda clase de virtudes,

Tal era el género de vida de los que eran de aquella Orden: tales fueron las noticias que la beata Ana de Jesús dió á Santa Teresa, y tales iban á ser las fundaciones, que con la gracia de Dios iban á emprender: aquella, en Alcalá; esta, primero en Avila, y despues en otros muchos lugares, como iremos viendo. Pero es de notar antes que aquella Orden volvió á pedir y obtuvo de Eugenio IV nueva mitigación, hallándose por lo tanto especialmente en los monasterios de monjas muy menoscabada la observancia y perfección religiosa con licencias generales y particulares y con los abusos nacidos de la falta de clausura.

Veamos ahora si Teresa consiguió lo arriba dicho, ó si hizo algo más, y los medios de que se valió.

Por lo que hace á ella, érala gran regalo pensar en guardar los consejos de Cristo nuestro Señor y en llevar á ejecución sus deseos de pobreza, que eran tales que, á ser posible á su estado, hubiera tenido gran deleite en andar pidiendo por amor de Dios, sin tener casa, ni otra cosa. Mas temía que, si á las demás no las daba el Señor estos deseos, vivirían descontentas; y tambien no fuera causa de alguna distracción, por-

que veía algunos monasterios pobres no muy recogidos; y no miraba que el no serlo, era causa de ser pobres; y no la pobreza, de la distracción; porque esta no hace más ricas, ni falta Dios jamás á quien le sirve. (XXXV. 1. 2.)

En fin, como en cosa muy grave tomaba muchos pareceres y consejos de personas, que podían darles; mas en esto de la pobreza no tenía quien la diese la razón. Antes bien, muchos querían convencerla de lo contrario, especialmente el P. Fr. Pedro Ibañez, que, habiéndolo estudiado mucho, la envió escritos dos pliegos de contradicción y Teología disuadiéndola de su parecer. Ella le respondió con palabras muy notables y oportunas: que para no seguir su llamamiento y voto que tenía hecho de pobreza y los consejos de Cristo con toda perfección, que no quería aprovecharse de Teología, ni con sus letras en este caso la hiciese merced. (XXXV. 2.)

Y á la verdad. Si la Teología ha de enseñar á buscar á Dios, aproximarse á Él y servirle; y la Teología la separaba de Él y ponía á riesgo su santo servicio, ¿para qué la quería?

Decíanla algunos que era desatino: que ya no estábamos en los tiempos apostólicos y

la caridad se hallaba muy resfriada: que habria pocas que la siguiesen; y estas, no dándolas el Señor tales deseos, vivirían descontentas y llenas de solicitud y cuidado por procurarse el sustento, lo cual seria dañosísimo para la oración porque el cuidado extremo ahoga el espíritu. Cedía la Santa medio convencida; mas cuando se llegaba á la oración, é ilustrado su espíritu, miraba á su divino Maestro pobre, desvalido, desnudo, afrentado y puesto en una cruz, deseaba imitarle, y se afirmaba más en sus deseos de pobreza, y suplicaba al que todo lo puede lo ordenase para su mejor servicio. (Ibid.)

Aconsejábanla otros al principio la pobreza, mas meditándolo luego cambiaban de parecer y se lo decían. Ella, como quien tiene una resolución firme é irrevocable, respondiales que si ellos tan pronto mudaban de parecer y aconsejaban cosas contrarias, ella á lo primero se atenía.

Solo la ayudaba D.^a Luisa de la Cerda.

Por aquel tiempo vino á la casa de esta á ruegos de Teresa San Pedro Alcántara, y como era bien amador de la pobreza, y tantos años la había tenido y sabía la riqueza, que en la pobreza había, ayudó mucho á nuestra Santa, y la dijo que por nin-

guna manera dejase de llevarlo muy adelante. (XXXV. 3.)

No solo de palabra, sino por escrito la aconsejó y animó, como es de ver por una carta, que desde Ávila la escribió á 14 de Abril de 1562. Es tan excelente y llena de sabiduría y prudencia, que la copiaríamos con mucho gusto, si no temiéramos alargarnos demasiado. Sin embargo, para dar muestras del resto de la misma, transcribiremos el primer párrafo lleno de sentencias, y por él veremos qué tales eran las personas, de quienes la Santa seguía consejo y con quiénes se comunicaba. Dice así: «El espíritu santo hincha el alma de V. m. Una suya vi, que me enseñó el Señor Gonzalo de Aranda; y cierto que pensé que V. m. ponía en parecer de letrados lo que no es de su facultad; porque si fuera cosa de pleito ó casos de conciencia, bien era tomar parecer de juristas ó teólogos; mas en la perfección de la vida, no se ha de tratar sino con los que la viven; porque no tiene ordinariamente alguno más conciencia, ni buen sentimiento de cuanto bien obra: y en los consejos evangélicos no hay que tomar parecer si será bien seguirles ó no, si son observables ó no, porque es ramo de infidelidad)

porque el consejo de Dios no puede dejar de ser bueno, ni es dificultoso de guardar, sino es á los incrédulos y los que fian poco de Dios, y á los que solamente se guían por prudencia humana, porque el que dió el consejo, dará el remedio, pues que lo puede dar, ni hay algun hombre bueno que dé consejo, que no quiera que salga bueno, aunque de nuestra naturaleza seamos malos; cuanto más el soberanamente bueno y poderoso quiere, y puede, que sus consejos valgan á los que los siguiere, etc., etc.»

Con el consejo de este varon, con el del P. Ibañez vuelto de su parecer primero, con la aparición del Señor á la Santa diciéndola; una vez, que fundase pobre el monasterio, que esa era la voluntad de su Padre y suya y que Él la ayudaría; y otra vez, alabando la pobreza y diciendo á la bienaventurada Madre que en la renta estaba la confusión, quedó tan contenta, que con haber entendido esto, y tener tales pareceres, en determinándose á vivir de limosnas por el amor de Dios, parecía que poseía todas las riquezas del mundo. (XXXV. 4.)

VISTA DE SANTA TERESA
CAPITULO XIII

... los que han poco de
días, y á los que solamente se guisan por
prodencia de una, porque el que dio el
consejo, dará el remedio, pues que lo puede
dar, ni hay algun nombre bueno que de
consejo, que no quiera que seiga bueno,
cuanto mas el soberanamente bueno y po-
... de Toledo la Santa, habiéndose
despedido de la Reina de la Orda. —
... de la Ciudad de Aila al mis-
... que vino el Brue de Roma.
... en el
... de Agosto de
... y desde el hábito de cuatro religio-
... grandes contradic-
... se oprimian y todo queda en el
... y otros, etc.
... y diciendo á la Reyna
... para á cumplirse desde
... de Toledo para
... Provincial,
... de su P. Provincial,
... de su obediencia, y
... ó quedarse
... por determinado tiempo, Quarta ella apro-
... para huir de la
... de Priora, que iba á hacerse en Avi-
... á cuyo fin tenía escrito á sus compañe-
... en el

CAPÍTULO XIII.

1. *Sale de Toledo la Santa, habiéndose despedido de D^a Luisa de la Cerda.—*
2. *Llega á la Ciudad de Ávila, al mismo tiempo que vino el Breve de Roma. Pónese el santísimo Sacramento en el nuevo monasterio el 24 de Agosto de 1562 y dáse el hábito á cuatro religiosas.—*
3. *Levántanse grandes contradicciones: se apaciguan y todo queda en el deseado sosiego.*

1. Seis meses iban á cumplirse desde que la Santa había llegado á Toledo para cumplir el mandato de su P. Provincial, cuando este la dispensó de su obediencia, y dejó á su libertad irse luego, ó quedarse por determinado tiempo. Quería ella aprovecharse de aquel permiso para huir de la elección de Priora, que iba á hacerse en Ávila, á cuyo fin tenía escrito á sus compañeras amigas para que no la diesen el voto;

porque había oído que se pensaba en elegirla, y esto era para ella el tormento mayor que podía imaginarse, por parecerla muy peligroso á su conciencia y una carga, para la que se necesita gran prudencia, santidad y valor. (XXXV. 5.)

Desgraciadamente no obran así los hombres, pues cada cual echa las entrañas por conseguir algún oficio ó ministerio honroso, y de aquí tantos males, porque por lo regular ninguno suele tener menos vocación y dotes que el que tan desordenadamente lo desea. ¡Ah! Si imitásemos á la Santa, otro estaría el mundo.

Hallábase ella muy contenta por no verse en aquel ruido; Jesucristo empero, que siempre la aconsejaba, (y para que no entendamos que era antojo de su imaginación, la ordenaba muchas veces lo contrario de lo que ella sentía), la dijo que no dejase de ir; que pues deseaba cruz, buena se la aparejaba, que no la desechase, que Él la ayudaría, y que se fuese luego. Fatigóse mucho la Santa y no hacía más que llorar, pensando era la cruz ser Prelada. Contólo á su confesor, que la mandó que luego procurase ir, pues conocidamente era más perfecto; pero como hacía gran calor y bastaba hallar

se allá á la elección, que aguardase algunos dias. Mas no descansaba ya su espíritu: parecía que faltaba al Señor en el mandato, y que no quería irse á ofrecer á los trabajos, gustando del placer y regalo de aquella casa, y que todo era palabras con Dios. Por estas razones suplicó á D.^a Luisa que tuviese á bien dejarla ir; y aunque para esta era un grandísimo tormento separarse de la Santa, como era temerosa de Dios y entendió ser esto muy de su servicio, con la esperanza de volverse á ver consintió en ello, aunque con harta pena. (XXXV. 6. 7.)

No sabía explicarse la Santa como tenía pena de tomar aquella cruz, y juntamente alegría por desear abrazarla: dolor en dejar personas tan amadas como eran aquella Señora y su confesor de la Compañía con quien se hallaba muy bien, y gozo en separarse de ellos. Queriendo darse á entender, lo hace con palabras, comparación y estilo que encantan. Dice así: «Pensè esta comparación; si poseyendo yo una joya, ó cosa que me dá gran contento, ofrecésem saber que la quiere una persona, que yo quiero más que á mí, y deseo más contentarla que mi mismo descanso, dame (más) gran contento quedarme sin ella, que me

daba lo que poseia, por contentar á aquella persona, y como este contento de contemplarlas excede á mi mismo contento, quitásemela pena de la falta que me hace la joya, ó lo que amo, y de perder el contento que daba, de manera, que aunque quería tenerla, de ver que dejaba personas que tanto sentían apartarse de mí, con ser yo de mi condición tan agradecida, que bastara en otro tiempo á fatigarme mucho, y ahora aunque quisiera tener pena no podía. (XXXV. 8.)

2. Aquella Providencia paternal, que con solicitud amorosa provee á la conservación de todos los animales, aun los más microscópicos y al parecer despreciables; aquel Señor que viste á los lirios del campo con magnificencia sin igual y dá comida á los pajarillos, cuidaba tiernamente de su muy amada Teresa, y ordenábalo todo para que se llevase muy luego á debido término la fundación de San José, la cual habia inspirado en el alma piadosa de aquella.

■ Esto debe movernos á cumplir siempre con nuestras obligaciones; porque fiel es Dios, el cual, por caminos que nosotros desconocemos, nos hará felices como quien puede, sabe y nos tiene en la pupila de sus

ojos protegiéndonos como á sus polluelos la solícita gallina. ¿Qué decimos? Sacrilegio sería comparar la diligencia de Dios, con la de los hombres ó los animales, si la sagrada Escritura no usara las mismas comparaciones para herir más nuestra imaginación y mover mejor nuestra alma.

Providencia singular! En el mismo dia que Santa Teresa llegó á Ávila llegó también de Roma el Breve «*Miscratione divina*» de 7 de Febrero de 1562, con el mandato de que las monjas diesen la obediencia al Diocesano. Hallábase también entonces en Ávila San Pedro Alcántara á quien parece que trajó Dios para este fin, porque de allí á poco murió. Este santo varón y el caballero, en cuya casa estaba, se entendieron con el Sr. Obispo de la Diócesis para la admisión del monasterio, que lograron pronto de la piedad y virtudes del Diocesano, quien, conociendo después á la Santa, la ayudó mucho. (XXXVI. 1.)

Llamábase Alvaro de Mendoza y era hermano del Marqués de Rivadavia.

Faltaba no poco que hacer para concluirse el convento. Para conseguirlo era menester que la Santa interviniese en la dirección de las obras y con su presencia animase á los

trabajadores, mas como esto fuera descubrir el necesario secreto, ordenólo Dios para que permaneciese oculto, aun estando allí la Santa. D. Juan de Ovalle, cuñado de la Santa, bajo el nombre del cual se edificaba la casa, enfermó, y con razón de asistirle pudo aquella intervenir en las obras sin excitar sospecha, tanto más, cuanto que para lo mismo se habia ausentado D.^a Guiomar, su amiga. (XXXVI. 2.)

Concluida, pues, la casa: concertado todo: dada la obediencia al Ilmo. Señor Obispo, que prometió amparar aquella grey, púsose el santísimo Sacramento el 24 de Agosto de 1562, siendo Sumo Pontífice Pio IV; Rey de España, el Prudentísimo D. Felipe II y General de la Orden el P. Fr. Juan Bautista Rubeo de Ribena. Santa Teresa, que para asistir á su cuñado vivía en la casa, y otras dos compañeras dieron el hábito á cuatro pobres huérfanas, que en aquel monasterio iban á ser el primer fruto de la reforma de las Carmelitas. (XXXVI. 3.)

La historia ha conservado sus nombres, y conviene que no los olvidemos. Eran las siguientes: Antonia de Henao, en el siglo; (después llamóse Antonia del Espíritusanto), recomendada por San Pedro de Alcántara;

María de la Paz, (luego María de la Cruz), á quien D.^o Guiomar tuvo en su casa. Úrsula de los Santos, recomendada por el Padre Maestro Daza; y María de San José, antes llamada María de Ávila, hermana del celeberrimo P. Mtro. Ávila, sapientísimo y piadosísimo varón. (Yepes.)

Tambien la Santa dejó entonces el nombre de *Teresa de Ahumada*, como hasta allí se habia llamado, y tomó el de *Teresa de Jesús*.

Nada querían del mundo y se desnudaban de cuanto habian recibido de él, para vestirse, como dice San Pablo, con las vestiduras de nuestro Señor Jesucristo. Santa Teresa con más propiedad tomaba el nombre de su Esposo á la manera que hoy se usa; y sin mirar al camino recorrido, sus ojos estaban en el porvenir de la gloria, para cuya consecución eran todas sus ansias.

Gloria á Dios! ¡Alabanza, honra y bendición á nuestro Redentor! Hay una iglesia más en el mundo para que los buenos hijos visiten á su Padre celestial y le descubran sus enfermedades y miserias. Hay una iglesia más en donde el santísimo Sacramento recibe las humildes oraciones y actos de desagravio por tantas ofensas como recibe

de Luteranos, hijos ingratos de la Iglesia, que destrozan los sagrados templos, profanan los Sacramentos, blasfeman de ellos, rechazan la obediencia, proclaman el libertinaje y quitan de los altares las preciadas imágenes de los Santos.

Estas cuatro pobrecitas, á las que seguirán otras y otras, poniendo en práctica las primeras de todas los decretos de reforma del Santo concilio de Trento, elevarán á su dulce Dueño las más puras oraciones: y el perfumado olor, de su corazón ofrecido en holocausto, disipará el nauseabundo de la podredumbre de los vicios.

¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios!

¡Qué alegría tan dulce: qué gusto tan sabroso: qué placer tan suave: qué júbilo tan santo: qué delicia tan espiritual é inefable: qué satisfacción tan cumplida experimentarí el alma de nuestra bendita Santa. Había visto realizarse la promesa del Señor; y en ello encontraba su consuelo y descanso.

Mas ¿qué? No restaba aún por cumplirse el vaticinio de aquella cruz, que en Toledo se la anunció?

Cuatro horas no habían trascurrido todavía, cuando recordando lo pasado traía á su imaginación á la memoria los incon-

venientes de lo hecho y los abultaba, probándola Dios para que mereciese y, experimentada la enfermedad, pudiese como buen médico curarla en sus hijas. Poníala ante los ojos si habría sido mal hecho lo de la fundación: si habría faltado á la obediencia en haberla procurado, sin que lo mandara el P. Provincial: si se resentiría éste por ello, y especialmente por la obediencia y sujeción del monasterio al Diocesano: si tendrían contento las que habían de vivir con tanta estrechez: si las faltaría que comer y habría sido todo disparate: si no la daba pena dejar su monasterio y compañeras antiguas, y si no parecía presunción encerrarse en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades haber de sufrir tanta penitencia. (XXXVI. 4.)

«¡Oh váleme Dios, dice en vista de esto, y qué vida tan miserable! No hay contento seguro, ni cosa sin mudanza. Había tan poquito, que no me parece trocara mi contento con ninguno de la tierra, y la misma causa dél me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabía qué hacer de mí. ¡Oh si mirásemos con advertencia las cosas de nuestra vida, cada uno vería por experiencia en lo poco que se ha de tener contento, ni



descontento de ella! Es cierto, que me parece que fué uno de los recios ratos que he pasado en mi vida: parece que adivinaba el espíritu lo mucho que estaba por pasar, aunque no llegó á ser tanto como esto si durara. Mas no dejó el Señor padecer á su pobre sierva; porque nunca en las tribulaciones me dejó de socorrer, y así fué en esta, que me dió un poco de luz para ver que era demonio, y para que pudiese entender la verdad, y que todo era quererme espantar con mentiras; y así comencé á acordarme de mis grandes determinaciones de servir al Señor, y deseos de padecer por Él, y pensé que si había de cumplirles, que no había de andar á procurar descanso, y que si tuviese trabajos, que eso era el merecer; y si descontento, como lo tomase por servir á Dios, me serviría de purgatorio: que ¿de qué temía?: que pues deseaba trabajos, que buenos eran estos, que en la mayor contradicción estaba la ganancia: que ¿por qué me había de faltar ánimo para servir, á quien tanto debía? (XXXVI. 5.)

Con estas y otras consideraciones, que todos debemos hacernos para ahuyentar al enemigo, prometió ante el santísimo Sacramento hacer cuanto pudiese para obtener

licencia de irse á aquella casa de San José, en pudiéndolo hacer con buena conciencia, prometer en ella clausura.

Pasado esto, queriendo despues de comer descansar un poco, porque no habia sosegado en la noche anterior, ni en algunas otras, y se hallaba muy cansada, trajéronla un mandato de su Prelada para que á la hora volviese á la Encarnación, que ya á este monasterio y á toda la ciudad habia llegado la noticia de la nueva fundación hecha. Ella, en viendo el mandamiento, dejó á sus monjas harto penadas, y obedeció luego. Antes de ir hizo una breve oración suplicando al Señor que la favoreciese, y á San José que la trajese á su casa y ofrecióle lo que habia de pasar: y muy contenta de que tuviese ocasion de padecer algo por él y servirle, se fué allá con tener creído que luego la habian de hechar en la cárcel; mas á su parecer esto la diera contento por no hablar á nadie y descansar un poco en soledad. (XXXVI 6.)

Luego que dió sus razones á la Prelada, aplacóla algo; mas hubo de esperar al Padre Provincial ante quien se habia quedado su causa. Venido el Padre, fué á juicio con harto gran contento de ver que padecía

algo por el Señor; porque contra su Majestad, ni contra la Orden, no hallaba haber ofendido nada en este caso. Acordóse del juicio de Cristo, y decidida á imitar á este pacientísimo Señor, no quiso disculparse, ni defenderse; antes bien rogaba al P. Provincial que la perdonase y no estuviese desabrido con ella. Mandóla él que diese cuenta delante de las monjas; y ella, como estaba sosegada y la razón la asistía, lo hizo de manera, que ni el Padre, ni las monjas, hallaron por qué condenarla. Habló despues á solas más claro al Padre, el cual satisfecho la prometió darla licencia para que se fuese á su convento, sosegadas que estuviesen las gentes de la ciudad. (XXXVI. 7.)

Mas lejos de sosegarse, alborotáronse de manera, que de allí á dos ó tres dias, como si el enemigo hubiese entrado en la población, juntáronse algunos de los Regidores y Corregidor, y del Cabildo, y todos juntos dijeron que en ninguna manera se había de consentir; que venía conocido daño á la república, y que habian de quitar el santísimo Sacramento y que en ninguna manera sufrirían que pasase adelante la fundación. (Ibid.) Hicieron juntar todas las Órdenes para que dos letrados de cada una

diesen su parecer. Callaban unos: condenábanlo otros, y solo el P. Fr. Domingo Bañes, célebre teólogo, aunque era contrario, no del monasterio, sino de que fuese pobre, dijo que no era cosa que así se había de deshacer: que se mirase bien; que tiempo había para ello; que esta cuestión correspondía al Ilmo. Obispo; y, en fin, añadió otras razones que les impidieron por entonces poner por obra sus deseos. (XXXVI. 8.)

Refiere el Ilmo. Yepes, que el Corregidor mandó á las cuatro monjitas que saliesen del monasterio; porque si no, quebraría su puerta, y á ellas arrojaría de él, pero valerosas respondieron prudentísimamente que él no era su prelado, y que de allí no saldrían mientras no lo mandase el que allí las puso.

Era, en fin, tal el alboroto, que no se hablaba de otra cosa en la ciudad; y aunque, según la Santa, con buena intención y por el servicio de Dios, no descansaban hasta no dar por tierra con aquel convento, elegido por el Señor. La Santa no tenía pena alguna de cuanto de ella decían: temían solo que llegasen á conseguir que se deshiciese, y harto fatigada rogaba al Señor. Él la dijo: *¿No sabes que soy poderoso?*

¿De qué temes! Y la aseguró que no se des-
haría. (XXXVI. 8.)

Enviaron con su información al Consejo Real, que proveyó se diese relación de como se había hecho. He aquí comenzado un gran pleito. La Ciudad envió á la Corte sus representantes; mas ¿qué haría la Santa sin apoyo, ni dineros? Gonzalo de Aranda, clérigo, defendió al monasterio en la Corte de Madrid; y el maestro Daza en la Ciudad, donde sirvió de mucho una junta que hubo, y en la cual como que él fué el que puso el Santísimo y representaba al Diocesano, se mantuvo solo contra todos. (XXXVI. 10.)

No estaba todo perdido. Porque si bien la Priora de la Encarnación, un dia antes que viniese el Provincial, mandó á la Santa que no tratase en cosa alguna del nuevo monasterio; y con esto, ni el monasterio, ni las monjas hubieran podido sostenerse; mas el Padre que era muy bueno, jamás la retiró la licencia, aunque no se la había concedido aún para volver á su amada casita. Espantábase la Santa de lo que trabajaba el demonio contra unas mujercitas, y de que pareciese á cuantos la contradecían que era gran daño para el lugar doce mujeres y la Priora; que no hablan de ser más, y de

vida tan estrecha, que ya que fuera daño ó yerro, para sí mismas sería; mas para el lugar no tenía camino, y ellos hallaban tantos, que con buena conciencia lo contradecían.

Tan cansada se hallaba ya de los trabajos de los que la ayudaban, que para sosegarles la parecía oportuno, y aun creyó quererlo así el Señor, admitir que el monasterio tuviese renta, como en avenencia se lo habian propuesto de parte de la Ciudad.

Mas hallándose en oración la noche anterior al dia en que habian de concertarse, dijola el Señor que no hiciese tal, porque principiando á tener renta, no las permitirian dejarla despues. Tambien San Pedro Alcántara, que en vida, viendo la contradicción, la habia escrito animándola y dándola el parabien por ello, muerto ahora se la apareció. Y así como antes en otra ocasión lleno de alegría la habia dicho que *dichosa penitencia pues tanto premio habia alcanzado*, ahora con rigor la dijo: que no admitiese la renta, y que por qué no seguía sus consejos. Ella al otro dia, para que no se concertase, contólo al caballero, que intervenía en el asunto, y como él estaba muy firme en ello, h olgóse mucho. (XXXVI. 12.)

Por este tiempo llegó á Ávila el P. Fray Pedro Ibañez, de quien ya hemos hablado, el cual, con el ascendiente que le daban su sabiduría y santidad, fué parte para aplacar los corazones de muchos, y para que el Padre Provincial del Cármen diese licencia á la Santa para que fuese á San José y gobernase á sus monjitas, llevándose consigo de la Encarnación á las que quisiesen ir. (XXXVI. 13.)

Acompañáronla las cuatro siguientes: Ana de San Juan, á quien hizo Priora; Ana de los Ángeles, Superiora; María Isabel é Isabel de San Pablo.

¡Bendito sea Dios! Ahora sí que van á verse cumplidos los deseos de nuestra Santa. Jesucristo nuestro Señor se aparece á ella, cuando estaba en oración é iba á entrar en el monasterio de San José: Él mismo la recibe con amor, y la pone una corona, agradeciendo lo que había hecho por la Santísima Virgen. Ésta, en otra ocasión, hallándose todas en el coro, se la aparece también, y con grandísima gloria y manto blanco, bajo el cual ampara á todas.

Comienzan ellas á cantar el oficio divino: la devoción del pueblo con el monasterio crece; y los que más las habían

perseguido más las favorecen con limosnas; aprueban lo que reprobaban y bendicen al Señor: el pleito se deja, y todos confiesan haber sido aquello obra de Dios, pues á pesar de tanta contradicción se sostuvo sin ayuda, ó con bien poca. (XXXVI. 14.)

¡Cuán bueno es el Señor para los que de veras le aman! ¡Cuán feliz y gustoso es vivir en santa paz unos hermanos con otros! Ya no entienden estas pobrecitas en otra cosa sino en cómo irán adelante en el servicio del Señor. La soledad es su consuelo: ver á personas, que no sea para encender en ellas el amor á su dulce Esposo, es su mayor trabajo, aunque sean muy deudos: su lenguaje es hablar de Dios; y no entienden, ni las entienden, sino los que hablan el mismo. Guardan la regla de Nuestra Señora del Cármen, dada por Alberto Patriarca de Jerusalem, como la confirmó el Papa Inocencio IV en el año 1248, quinto de su pontificado. Nunca comen carne sin necesidad; ayunan ocho meses, y no contentas con eso guardan otras reglas de muchísima perfección, dadas por Santa Teresa de Jesús. (XXXVI. 14.)

Véase atrás el número 4, del capítulo XII,



Mujer fuerte, santa y admirable, portento del siglo en que viviste, permítenos leer muchas veces estas tus espresiones, que hacen brotar á nuestros ojos lágrimas, no sabemos si de admiración ó ternura, de vergüenza ó arrepentimiento.

«¡Oh grandeza de Dios! Muchas veces me espanta cuando lo considero, y veo cuán particularmente quería su Majestad ayudarme, para que se efectuase este rinconcito de Dios, que yo creo lo es, y morada en que su Majestad se deleita; como una vez estando en oración me dijo, que era esta casa paraíso de su deleite, y así parece ha su Majestad escogido las almas que ha traído á él, en cuya compañía yo vivo con harta, harta confusión; porque yo no supiera desearlas tales para este propósito de tanta estrechura, y pobreza, y oración, y llevándolo con una alegría, y contento, que cada una se halla por indigna de haber merecido venir á tal lugar; en especial algunas, que las llamó el Señor de mucha vanidad, y gala del mundo, á donde pudieran estar contentas conforme á sus leyes, y háles dado el Señor tan doblados los contentos aquí, que claramente conocen haberles el Señor dado ciento por uno que dejaron, y no se

hartan de dar gracias á su Majestad: á otras ha mudado de bien en mejor. A las de poca edad dá fortaleza, y conocimiento, para que no puedan desear otra cosa, y que entiendan es vivir en mayor descanso, aun para lo de acá, estar apartadas de todas las cosas de la vida. A las que son de más edad, y con poca salud, dá fuerzas, y se las ha dado para poder llevar la aspereza, y penitencia, que todas.

«¡Oh Señor mio, cómo se os parece que sois poderoso! No es menester buscar razones para lo que Vos quereis, porque sobre toda razón natural haceis las cosas tan posibles, que dais á entender bien, que no es menester más de amaros de veras, y dejarlo todo de veras por Vos, para que Vos, Señor mio, lo hagais todo fácil. Bien viene aquí decir, que fingís trabajo en vues^{tra} ley, porque yo no lo veo, Señor, ni sé como es estrecho el camino que lleva á Vos. Camino real veo que es, que no senda: camino que quien de verdad se pone en él, va más seguro. Muy lejos están los puertos, y rocas para caer, porque lo están de las ocasiones. Senda llamo yo, y ruin senda, y angosto camino, el que de una parte está un valle muy hondo á donde caer, y de la otra un

despeñadero: no se han descuidado, cuando se despeñan y se hacen pedazos. El que os ama de verdad, Bien mio, seguro va, por ancho camino, y real; lejos está el despeñadero; no ha tropezado tantico, cuando le dais, Vos, Señor, la mano; no basta una caída, ni muchas, si os tiene amor, y no á las cosas del mundo para perderse, va por el valle de la humildad. No puedo entender, qué es lo que temen de ponerse en el camino de la perfección; el Señor por quien es nos dé á entender, cuán mala es la seguridad en tan manifiestos peligros, como hay en andar con el hilo de la gente, y como está la verdadera seguridad en procurar ir muy adelante en el camino de Dios. Los ojos en Él y no haya miedo se ponga este sol de justicia, ni nos deje caminar de noche para que nos perdamos, si primero no le dejamos á Él. No temen andar entre leones, que cada uno parece quiere llevar un pedazo, que son las honras, y deleites, y contentos semejantes que llama el mundo, y acá parece hace el demonio temer de mularañas. Mil veces me espanto, y diez mil queria hartarme de llorar, y dar voces á todos, para decir la gran ceguedad, y maldad mia, por éi aprovechase algo, para que

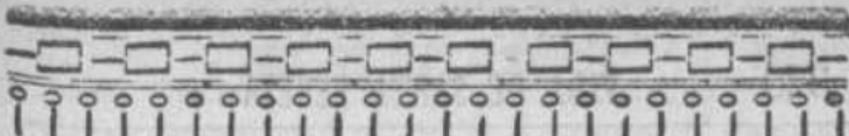
ellos abriesen los ojos. Ábraselos el que puede por su bondad, y no permita se me tornen á cegar á mí. Amen. (XXXV. 8. 9.)

Ni á ninguno de nosotros. Amen.

La otra casa, que procuraba hacer aquella beata, con quien Santa Teresa se vió en Toledo, hizose tambieu en Alcalá con harta contradicción. Guárdase en ella con mucha religión la misma regla de nuestra Señora del Cármen. Plega al Señor sea todo para gloria suya y de la bienaventurada Virgen María. Amen. (XXXVI. 14.)

ellas abriesen los ojos, tornáselos el que
 puede por su bondad, y su bondad se me
 tornen a cegar á mi. Amen. (XXV. 8. 9.)
 Ni á ninguno de nosotros. Amen.

La otra casa, que procuraba hacer adre-
 la beata, con quien Santa Teresa se vio en
 Toledo, hizo también en Alcalá con harta
 contradicción. Guárdase en ella con mucha
 religión la misma regla de nuestra Señora
 del Carmen. Plega al Señor ser todo para
 gloria suya y de la bendictísima Virgen
 María. Amen. (XXVII. 14.)



CAPÍTULO XIV.

Permanece Santa Teresa cinco años en San José de Avila. Por qué causas dá principios á la fundación de los monasterios y primeramente del de Medina del Campo, que se funda en 15 de Agosto de 1567.

Al llegar á esta parte de la vida de Santa Teresa, que es por donde ella, para obedecer al P. Ripalda, Rector de la Compañía de Jesús en Salamanca, dá principio á escribir el Libro de sus fundaciones, referida ya once años antes la primera de San José de Ávila tambien por obedecer al P. García de Toledo, cúmpenos advertir al piadoso lector que nuestro trabajo é indecisión crece sobremanera, no por la dificultad en seguir á la Santa, que desde ahora dá muestras de seguir mejor el orden de los tiempos y

el enlace de los sucesos, sino porque su estilo es tan galano, tan preciso, tan sublime, suave y gustoso, y tan sembrado de bellísimas imágenes y con arranques de su animada fantasía, que no es posible imitarla; y cuando lo fuera en algún modo, quedaría la imitación á inmensa distancia. Tampoco es posible cercenar nada de sus escritos, sin destrozarles; ni seguirla sin que nos veamos en la precisión de copiar muchas hojas, en las que enseña la doctrina más excelsa con el estilo más celestial.

Y si bien esto debería ser lo primero en un libro, cuyo fin principal es el que sirva de lectura al pueblo piadoso, no lo permite la unidad, á que debemos atender en la vida de nuestra Madre, cuya tarea nos hemos impuesto, dejando su doctrina para obras más especiales.

Rogamos, por lo tanto, á los que esto lean, que nos dispensen si alguna vez nos extendemos en piadosas reflexiones en perjuicio de la unidad de la historia, ó no hacemos las que ellos pueden esperar; y les suplicamos que no dejen de las manos las Obras de la Santa. Vengamos á su Vida.

Cinco años estuvo en San José de Avila, cuyos años fueron para su alma un conti-

nuado descanso, pacífico sosiego y sabrosa quietud. En este tiempo hacía la el Señor muchas mercedes; y ella se deleitaba en vivir entre sus monjas, cuyo número estaba completo según lo determinado, y á quienes llama almas de ángeles, santas y puras, cuyo solo cuidado era servir y alabar á nuestro Señor, á quien daba gracias por las encumbradas virtudes de tales hijas. (I. 4.) (A)

El desasimiento, que de las cosas de la tierra estas tenían, era de manera, que jamás ocupaban su pensamiento en la necesaria subsistencia, que confiadas esperaban de la divina Providencia; porque si alguna vez no había para todas el mantenimiento, en diciendo la Madre que fuese para las más necesitadas, cada una creía no ser ella y así se dejaba hasta que Dios enviaba para todas. Su obediencia era tan sumisa y perfecta, que una de las de mejor entendimiento, por cumplir lo que para probarla se la mandaba, fué al huerto á sembrar un pedazo de cohombro podrido por dentro sin venir á su pensamiento si se secaría. Y después de haber preguntado si le pondría en la tierra

(A) Las citas que en lo sucesivo se harán, pertenecen al Libro de las Fundaciones escrito por la Santa. En otro caso lo advertiremos oportunamente.

tendido y recto, sembróle, rindiendo á la obediencia la razón natural en servicio de Cristo.

Acaecía algunas veces mandar la Santa á una misma monja seis ó siete oficios contrarios; y pareciendo á esta posible, tomarlos de su cuenta.

Su fé y confianza en Dios eran admirables, como se vió en el siguiente caso: Tenian un pozo de mal agua por no ser corriente, ni parecer posible, pues era muy profundo: y habiendo llamado oficiales para procurarlo, aunque estos se reían del intento y aseguraban que aquello era gastar en balde el dinero, preguntando la Santa á las hermanas qué les parecia, una llena de fé contestó: «que se procurase; que puesto que nuestro Señor les habia de dar quien trajese agua y comida, que más barata le saldría así y que no lo dejaria de hacer.» Procuróse en efecto y obtuvieron agua abundante y buena.

No lo refiere la Santa como si fuera milagro, aunque pudiera decir muchos, sino como prueba de la fé y confianza que tenían en el Señor aquellas hijas

Era la Santa su Priora, porque aun cuando habia hecho nombrar á las hermanas Ana

de San Juan y Ana de los Ángeles Priora y Subpriora respectivamente, como hemos dicho, no lo permitieron sus Superiores después, é hicieron, como era razón, que la que había sido su Madre tomase á su cargo enseñarlas. (I. 2.)

Ejercitábalas, pues, en todo género de virtudes y especialmente en la fe, humildad, obediencia, sencillez, confianza en Dios, caridad y en el continuo trabajo, oración y santa paz.

No es menor la obligación que en sus casas tienen los padres de enseñar á sus hijos á obtener y conservar estas virtudes. Imiten á la Santa.

Pues estando la Madre entre aquellos ángeles, que tales eran para ella sus monjas, consideraba el gran valor de sus almas y el ánimo que Dios les daba para padecer y servirle: y la parecía que tantas riquezas como Dios ponía en ellas era para algun grande fin, no porque la pasase entonces por el pensamiento lo que después sucedió. Porque si bien es verdad que sus deseos de ser útil á las almas crecía en ella con el tiempo; mas hallábase como quien tiene un gran tesoro guardado, y desea que todos gozen de él, pero tiene atadas las ma-

nos para distribuirle. Y así contentábase con servir al Señor con sus pobres oraciones siempre, y procuraba con sus hijas que hiciesen lo mismo, y se aficionasen al bien de las almas y al aumento de la Iglesia. (I. 3.)

A los cuatro años ó poco más, acertó á venirle á ver un fraile francisco, llamado Fr. Alonso Maldonado, harto siervo de Dios. Venia de las Indias, y celoso como ella del bien de las almas, principió á contarla de los muchos millones de los que allá se perdían por falta de doctrina; y lamentándose de esto, hizolas un sermón y plática animándolas á la penitencia, y fué. Lastimada y triste al considerar las almas que del amoroso seno de la Iglesia arrebatava en Europa la herejía, y los millones que en las Américas se perdían por falta de operarios, no cabía en sí de dolor, y llegándose á una ermita del monasterio, con hartas lágrimas clamaba al Señor suplicándole diese medios como ella pudiese ganar algun alma para su servicio, ya que tantas llevaba el demonio, y ya que no aprovechaba para otra cosa, pudiese algo su oración. Era por las almas tal su amor, que, leyendo las vidas de los Santos, sentía hacia ellos más

devoción y ternura cuando convertían almas, que cuando padecían martirios, pareciéndola que precia más el Señor un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios, que le podemos hacer. (I. 4.)

Debe, pues, crecer nuestra devoción, confianza y amor á esta Santa, considerándola como uno de los principales medianeros, por cuya protección juntamente con la de San José y San Francisco Javier, hemos de lograr ver en Europa y en el resto del mundo muy disminuido el número de hijos ingratos, y aumentado el de los verdaderos amadores de los preceptos y consejos evangélicos. Si á la vez tenemos como la Santa mucho zelo por las almas, Dios nos dará tambien medios de aprovecharlas.

Una noche en que estaba con la pena referida, apareciósele el Señor de la manera que solía, y mostrándola mucho amor á manera de quererla consolar, la dijo: *Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.* Estas palabras quedaron tan impresas en su corazón, que no las podía olvidar; y aunque no atinaba qué podría ser lo que la promesa envolvía, estaba segura de su cumplimiento y consolada por ello. (I. 5.)

Medio año despues de esto sucedió que vino á España el P. Fr. Juan Bautista Ru-beo de Rávena, General de la Órden del Cármen, cosa que parecia imposible venir entonces, porque nunca habían venido de Roma á donde tienen su residencia los Pa-dres Generales; mas como para lo que nues-tro Señor quiere, no hay cosa que lo sea, ordenó que lo que nunca había sido, fuese ahora. Cuando la Santa lo supo, temió, ó que el General, ignorando como habían pasado las cosas, se enojaria con ellas por la fun-dación, ó que la mandase volver al monas-terio de la Encarnación; y esto la serviría de gran desconsuelo por no poder seguir alli la regla primitiva, y ser en él ciento cincuenta las monjas, en cuyo número tan crecido no es facil la conformidad de pare-ceres, ni la concordia de voluntades, ni la huida de las ocasiones. (II. 1.)

Luego que llegó á Ávila el P. General, procuró la Santa que fuese á San José, en donde el Ilmo. Sr. Obispo quiso que se le acogiese como á su misma persona. Dióle como á su Prelado cuenta con toda verdad y sencillez de lo hecho y casi toda su vida; y como el Padre era muy siervo de Dios, dis-creto y gran letrado, no solo no la repreñe

dió, sino que la consoló paternalmente, la prometió no sacarla de allí, y, lo que vale más, alegrándose de ver la manera de vivir de aquella casa, retrato fiel de la Orden primitiva, y la única en que entonces se guardaba la primera regla, la dió patentes muy cumplidas para que fundase más monasterios con censuras para que ningun Provincial la pudiese ir á la mano.

No las solicitó la Santa, porque desatino la parecía que una mujercilla, sin poder alguno como ella, pudiese algo; mas cuando al alma vienen estos deseos, no es en su mano desecharlos, y el amor de contentar á Dios y de servir á la fé, hacen posible lo que por razón natural no lo es. Y así en viendo ella la buena y decidida voluntad de su Reverendísimo P. General para que hiciese otros conventos, acordándose de las palabras del Señor, la pareció que ya los veía hechos y como que principiaba á entender lo que antes no podía. (II. 2. 3.)

Antes de que el Padre General volviese á Roma, procuró con él el excelente Obispo D. Álvaro de Mendoza, como aficionado á favorecer á los que con más perfeccion querian servir á su Majestad, obtener licencia para que en su Obispado se fundasen algu-

nos monasterios de Padres descalzos de la primera regla de esta Orden; pero aunque á suplicarlo le ayudaron otras personas, no lo alcanzó. El General lo quisiera hacer, mas halló contradicción en la Orden, y así por no alterar la provincia la dejó por entonces. (II. 4.)

Más afortunada en esto la Santa, considerando la necesidad de que hubiese Padres descalzos, si es que la fundación de monasterios de monjas se había de llevar adelante, envió una carta al Padre General suplicándole en ella que tuviese en cuenta el servicio que en esto se haría á nuestra Señora, de quien era muy devoto, y que los inconvenientes que podía haber, no eran bastantes para dejar tan buena obra. Alcanzóle la carta en Valencia, y él desde allí envió á la Santa licencia para fundar dos monasterios de Padres descalzos. Para que no hubiese contradicción, remitiólo al Padre Provincial que era entonces, y al pasado, que era algo dificultoso de alcanzar; mas con el favor del Señor Obispo, que tomaba este negocio muy por suyo, entrambos vinieron en ello. (II. 5.)

Consolada ya por esto, creció más su cuidado por no haber, que ella entendiese,

fraile en la provincia, ni seglar, para ponerlo por obra; y así no hacía sino suplicar al Señor que despertase una persona siquiera.

Héla aquí una pobre monja descalza, sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes y de buenos deseos, y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra: el ánimo no desfallecía, ni la esperanza, que pues el Señor había dado lo uno, daría lo otro: ya todo la parecía muy posible, y así lo comenzó á poner por obra. (II. 6.)

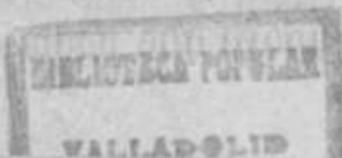
«¡Oh grandeza de Dios! exclama. ¡Y cómo mostrais vuestro poder en dar osadía á una hormiga! ¡Y cómo, Señor mio, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad! Como nunca nos determinamos, sino llenos de mil temores y prudencias humanas, ansí, Dios mio, no obráis Vos vuestras maravillas y grandezas. ¿Quién más amigo de dar, si tuviese á quien, ni de recibir servicios á su costa? Plega á vuestra Majestad que os haya yo hecho alguno, y no tenga más cuenta que dar de lo mucho, que he recibido. Amen.» (II. 7.)

Hallándose con estos cuidados la benlita Madre, se acordó del apoyo que podía espe-

64
A. D.

rar de los PP. de la Compañía de Jesús, que estaban muy aceptos en Medina del Campo, y á quienes amaba por el bien que en los pasados años habian hecho á su alma. Escribió, pues, al P. Rector, que acortó á ser su antiguo confesor el P. Baltasar Alvarez, Provincial entonces, lo que su Padre General la habia mandado y sus deseos de ponerlo por obra en Medina, á cuyo fin le rogaba la ayudase. El y los demás Padres se prestaron gustosos, y así hicieron muchísimo para recabar la licencia de los del pueblo y del Prelado, que por ser monasterio de pobreza, en todas partes es dificultoso. Tardose algunos dias en conseguirlo; mas al fin se obtuvo despues que el Vicario de aquella Abadía hizo la información judicial, que creyo oportuna. (III. 1.)

•Pues ya que tenia la licencia, dice muy graciosamente la Santa, no tenia casa, ni blanca para comprarla: pues credito para fiarme en nada, si el Señor no le diera. ¿cómo le habia de tener una romera como yo? Proveyo el Señor que una doncella muy virtuosa, para quien no habia habido lugar en San José,... sabiendo se hacia otra casa, me vino á rogar la tomase á ella. Esta tenia mis blanquillas, harlo poco, que



eran para comprar casa, sino para alquilarla. (III. 2)

Antes de salir de Ávila Santa Teresa escribió á un Padre de su Orden, llamado Antonio de Heredia para que la comprase una casa. Tratólo él con una señora, que le tenía devoción y poseía una, que se la había caído toda, salvo un cuarto muy bien puesto; y fué tan buena, que sin otra fianza que la palabra se concertó con él y se la vendió. Pero estaba tan derruida y por el suelo, que siendo necesario trabajar mucho en ella para aderezarla y no teniendo sino unas blanquillas, fué preciso tomar alquilada otra mientras tanto. (III. 3.)

Sin otros medios, ni ayudas, salió de Ávila la Santa á 15 de Agosto de 1567, poco menos de cuatro meses despues de obtenidas las patentes de su P. General, pues lo fueron en 27 de Abril del mismo año. Llevaba consigo del monasterio de San José á Maria Bautista, sobrina suya y Ana de los Ángeles; y de la Encarnación á las hermanas Inés y Ana de Tapia primas carnales suyas y muy parecidas á ella en el espíritu, las cuales con el nombre de Inés de Jesús y Ana de la Encarnación fueron despues muchos años Prioras en los conventos, que

fundó la Santa. Llevó tambien á Isabel de Arias, por otro nombre Isabel de la Cruz, que fué luego Priora de Valladolid, y á Teresa de Quesada. Acompañólas en esta fundación, y á la Santa, en casi todas, el Capellán del monasterio D. Julian de Ávila, clérigo muy siervo de Dios, harto desasido de las cosas del mundo, de mucha oración y con los mismos deseos de la Santa, á quien en los viajes servía de confesor.

Apenas se supo la salida de ésta, decían de ella unos que estaba loca; otros que era necesario esperar el fin de aquel desatino: al Señor Obispo, segun la dijo después, parecia muy grande; mas por no darla pena, no lo dió á entender, ni se lo estorbó: los amigos pretendian disuadirla del intento; pero ella, firme en las promesas del Señor, creía muy fácil lo que ellos tenían por tan dudoso. (III. 3.)

Al concluir la primera jornada, yendo á entrar en Arévalo ya de noche, salió á recibir las un sacerdote, amigo suyo, que las tenía preparada habitación en casa de unas mujeres devotas, y dijola en secreto que aun no tenía casa, porque la convenida no podría habitarse sin pleito por la oposición de los Agustinos, á quienes estaba próximo,

Dijole que lo callase para no alborotar á las compañeras, en especial á las dos de la Encarnación, que las demás cualquier trabajo pasarían por ella. La una de aquellas dos era entonces Superiora allá, y defendieronla mucho la salida; entrambas de buenos deudos, contra cuya voluntad venían, por parecer á todos disparate. (III. 4.)

Hallábase entonces en Arevillo el celebre P. Domingo Banes, excelente teólogo, confesor que había sido de la Santa por algun tiempo, al que dijo la Santa lo que pasaba, solicitando su consejo. Respondió el que pronto se arreglaría aquel negocio con los Agustinos, y tomolo de su cuenta; mas qué había de hacer la Santa con sus monjas, pues ya se había corrido la voz de su llegada? Otra mujer de alma, no del temple de la suya, no hubiera pasado de allí, y permanecería indecisa mucho tiempo sin acertar á obrar. La Santa, empero, dando muestras de su ánimo, exclama: «¡Oh váleme Dios! ¡Cuando Vos, Señor quereis dar ánimo, que poco hacen todas las contradicciones! Antes parece me ánimo, pareciendome, pues ya se comenzaba á alborotar el demonio, que se había de servir el Señor de aquel monasterio. (III. 4. 5.)

Al amanecer del siguiente dia llegó el P. Prior del Cármen de Medina, y dijo que la casa, que tenia concertada, era bastante y tenia un portal, á donde se podia hacer una iglesia pequeña, aderezándola con algunos paños; con cuya noticia asi á los Padres Antonio de Heredia y Domingo Bañes, como á la Santa pareció oportuno, para evitar contradicciones y que no estuviesen mucho tiempo las monjas fuera del convento, procurar la posesion antes de que se entendiese. Con esta decision se pusieron en camino y llegaron á Medina del Campo á las doce de la noche del 14 de Agosto, vispera de la Asuncion de la Virgen santissima, en cuyo dia á honra de esta Señora, en quien tenia puesta su confianza, queria tomar posesion del monasterio. Apearonse en el de Santa Ana, donde era Prior el P. Antonio, y desde allí, para no hacer ruido, fueron á pie acompañadas de algunos Padres, llevando cada cual alguna cosa para los adornos de la casa, y llegaron á ella sin novedad en la misma hora, en que los de la villa se ocupaban en encerrar toros para correrlos en el dia siguiente. (III. 6.)

El portal, que era lo mejor de la casa, hallábase con mucha tierra y á teja vana;

las paredes sin embarrar; la noche era corta y los adornos que llevaban, insuficientes. ¿Qué harían? Ellas sacaban tierra del suelo y le limpiaban; ellos buscaban clavos en las paredes para prender los tapices, que el mayordomo tenía allí del ama de la casa y la señora piadosa mandó dar; otros, en fin, arreglaban el altar, y tan buena maña se dieron, que al amanecer tocóse la campanilla que pusieron en el corredor y se dijo misa, que era lo bastante para tomar posesión. (III. 7.)

Oyó misa la Santa con sus monjas y vio la por los resquicios de una puerta, que había en frente del altar: y estaba contentísima de ver una iglesia más en donde fuese venerado el santísimo Sacramento; mas cuando luego, asomándose por una ventana, vio las paredes por el suelo y que eran menester muchos días para remediar lo más preciso, y que su Majestad se hallaba poco menos que en la calle en tiempos tan peligrosos como aquellos de los Luteranos, oprimióse la de congoja el corazón, pondeándose á la vez las dificultades e inconvenientes, que antes no había previsto. Cual fuese la pena de su alma no es posible describirlo. Arreglar aquello era difícil, conseguirlo en breve imposible, continuar así no era hacedero, ni

prudente volverse con las monjas. ¿Cómo recibirían á estas pobres en el convento de la Encarnación? (III. 8.)

En esta pena, que procuró ocultar á sus monjas, pasó hasta la tarde en que de orden del Rector de la Compañía llegó un Padre á visitarla y la consoló y animó. Ella, aunque se comenzó á consolar de ver la mucha gente, que frecuentaba aquella pequeña iglesia, no podía descansar mientras no viese á Jesús sacramentado en parte más segura y decente. Temerosa de que en Medina, por el mucho trato y comercio de sus habitantes con los extranjeros, hubiese algún Luterano que se atreviese á cometer algún sacrilegio con su Majestad, quedaba hombres velando; mas podían dormirse, y así ella había de tener gran cuidado en esto. Por cuyas razones principió á tratar de que, costase lo que costase, hasta que se gobernara aquella casa, se buscara otra alquilada. Entre tanto los de Medina, siempre devotos, acudían con frecuencia, y poniéndoles devoción ver al Señor otra vez en el portal, como en Belén, ayudaban á las monjas con harta limosna para comer. (III. 9. 10.)

De allí á ocho dias viendo un mercader la necesidad de las pobres monjas, las ofreció

la parte alta de la casa que él habitaba, en la que podían estar con toda seguridad y había una muy grande y dorada sala, que podía servirles para iglesia. Vivía cerca del monasterio una señora muy principal, llamada D.^a Elena de Quiroga, sobrina del cardenal de Toledo, la cual las cobró tanta devoción, que las dió grandes limosnas para componer la capilla y casa de manera, que de allí á dos meses pudieron habitarla.

Tomó el hábito con el nombre de Gerónima de la Encarnación una hija de esta Señora, y siguiéronla despues su madre en cuanto se desocupó de hacienda é hijos, y últimamente otras religiosas de gran provecho para la Orden, señalándose entre ellas en grande santidad, virtudes y milagros la M. Catalina de Cristo. (III. 10.) (Yepes.)

Verdaderamente sorprende que en tan poco tiempo se llevase á cabo la fundación de Medina por tan insuficientes medios, y es de admirar en la Santa la firmeza de su fe, lo acertado de su prudencia, el valor de su ánimo, la solicitud con que no descansaba y el vigor con que se resistía. El mismo Señor, apareciéndosela despues en Malagón, la dijo que en efecto había sido milagrosa la fundación de Medina,

Seis meses estuvo la Santa en el monasterio de San José de esta villa, ejercitando á sus hijas en toda clase de virtudes, que las granjearon entre el pueblo mucho crédito y devoción, bien merecidas; porque siguiendo los pasos de sus hermanas de San José de Ávila, el Señor las hacía mercedes tales, que á la misma Santa tenían espantada. «Sea Dios por siempre bendito. Amen. Que no parece aguarda más de ser querido para querer.» (III. 14.)

CAPÍTULO XV.

*Sale de Medina del Campo Santa Teresa.
Permanece unos dias en Alcalá en el
convento fundado por la beata Ana de
Jesús con quien se había visto en To-
ledo. Funda en Malagón á 17 de Mar-
zo de 1568.*

La virtud, que se vé practicar, escita á su imitación á los corazones puros: y los beneficios no son en vano recibidos por un pecho noble, que corresponde luego con el más tierno afecto de gratitud y le demuestra en los servicios, que están al alcance de su mano.

Recordará el lector aquel profundo pesar, que por la muerte de su esposo oprimia el afligido corazón de la noble Señora D.^a Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medina-Cœli; y que nuestra Santa por orden de su Prelado fué á Toledo, lugar de

la residencia de aquella ilustre mujer para consolarla, disponiéndolo así el Señor, ya para llevar á cabo y perfeccionar la primera fundación, ya esta de que vamos á hablar, y aun otras. Porque así como el abismo conduce á otro abismo; así también una gracia es causa de otra; y de un beneficio, como de su origen, descienden eslabonados otros muchos, lo cual debe servirnos de aviso para que en ninguna cosa nos descuidemos.

Aquella buena señora, deseosa de ver á la Santa que habia vuelto á su alma la ansiada paz, y puesto en ella el amor más tierno á la santidad, y de quien con dolor se habia despedido, deseando manifestarle su gratitud, no halló otro medio más á propósito que ayudarla en sus fundaciones, para las que sabia que tenia licencia, y era lo que para servir á Dios más quería la Santa. Por esto la ofreció casa y rentas suficientes para que fundase en su villa de Malagón, é instábala con súplicas y ruegos para que la hiciese.

Repugnábalo Santa Teresa, porque siendo el lugar pequeño é insuficiente para que las monjas pudiesen vivir con solas limosnas, forzado era, si lo admitia, que

admitiese tambien rentas, lo cual iba contra sus deseos y contra la regla primitiva. (IX. 1.)

Consultólo, pues, con las personas ilustradas de Medina, y entre ellas con su confesor y con el P. Bañes, que estuvieron conformes en que se admitiese una obra, con la que se houraba al Señor y se reformaba la Orden y las costumbres; porque fuera de que el Concilio de Trento, que se acababa de publicar, no lo impedía, hallábase en conformidad con su reforma, puesto que podia muy bien tener el morasterio renta más que suficiente para vivir las monjas, y no poseer ellas en particular cosa alguna, ni ser dueñas de la cosa más insignificante. Esto procuró que se cumpliese con rigurosa exactitud la Santa Madre, luego que aceptó la fundación. (IX. 2. 3.)

Además D.^a Leonor de Mascareñas, muy favorecida del Rey D. Felipe II, de quien habia sido aya, habiendo oido hablar de la santidad y virtudes de la M. Teresa, deseaba conocerla y la instaba juntamente con Ana de Jesús, fundadora de Alcalá para que pasando por allí instruyese á sus monjas.

Buenas eran una y otra obra.

Aceptó, pues, la Santa, y acompañada de D.^a María de Mendoza, hermana del Señor Obispo de Avila, cuya señora habia de pasar por Alcalá de Henares, habiendo quedado arreglado los asuntos de su convento de Medina, y puesto en él de Priora y Subpriora á las dos hermanas Inés de Jesús y Ana de la Encarnación, primas suyas, salió de Medina á mediados de cuaresma del año 1568, y deteniéndose en Alcalá algunos dias, satisfizo los piadosos deseos de la fundadora de allí, Ana de Jesús. Ordenó en aquel convento algunas cosas, que la parecían convenientes al servicio de Dios y á la mejor observancia de la regla, que tambien era de nuestra Señora del Cármen, y salió para Toledo, llevando por compañeras á las religiosas Ana de los Ángeles y Maria del Sacramento con otras, que de Avila procuró que saliesen á su encuentro. (Yepes.)

En el tiempo que estuvo en Toledo, quiso el Señor que se hiciesen allí públicas algunas de las mercedes, con que enriquecía á su amada hija Teresa.

Repugnándolo ella, fué vista dos veces arrobada, con lo cual, si bien quedaba confusa y se humillaba más y más, el Señor la autorizaba para que por aquellas personas

cumpliese mejor con el fin á que la había llamado.

Salió de Toledo en compañía de D.^a Luisa de la Cerda para Malagón, y como aún no estaba arreglada del todo la casa, que para monasterio las había de servir, detuviéronse en un aposento de la fortaleza por espacio de ocho dias, al cabo de los cuales fueron en procesión por ellas clero y pueblo. Y habiendo llegado á la iglesia parroquial y oido allí sermón, volvieron con el santísimo Sacramento al monasterio, en donde le colocaron con toda solemnidad el Domingo de Ramos, que en aquel año, segun el Cómputo eclesiástico, anterior á la corrección gregoriana, cayó á 17 de Marzo. (IX. 3. 4.)

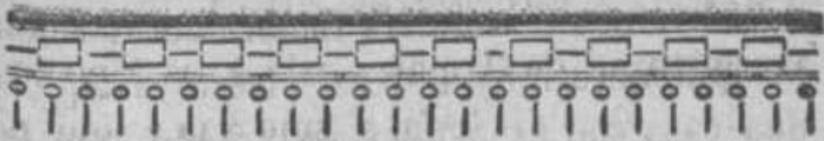
Así se concluyó en tan breve tiempo aquella fundación de San José, en la que todos alababan á Dios.

¡Ah! ¡Cuánto bien pueden hacer los poderosos, los magnates, las autoridades y cuantos en el mundo valen! ¡Qué pronto se renovarían las costumbres si en cada población las personas más visibles fueran delante, si no con el ejemplo en todas las prácticas religiosas, al menos con su apoyo eficaz prestado á los ministros del Señor! Mas ¡oh desgracia! la mayor parte de estos se

avergüenzan de llamarse cristianos ó piadosos; y calificando de fanatismo á la virtud, ni defienden la verdad, ni la publican, ni aun casi la creen: deshonran á los sacerdotes, se oponen á las devociones, y el solo nombre de *religioso* ó *fraile* les enciende la cólera, ó les desagrada y hace fruncir el ceño, ó sonreirse burionamente. ¿Quiénes son hoy los que tienen á gala de entre los nobles el imitar la conducta virtuosa de los antiguos ascendientes suyos? Tan pocos son, que podrian escribirse sus nombres en la uña del dedo pulgar.

Permaneció la Santa en aquel monasterio uno ó dos meses, en cuyo tiempo la dijo una vez el Señor que seria muy servido en esta casa. Bien hubiera querido la Santa permanecer por más tiempo con sus hijas, como acostumbraba para instruir las en los principios, de los cuales sin duda alguna dependen las grandes cosas; mas el espíritu del Señor la apretaba para que fuese á otra parte por causas y razones, que se verán en el capítulo siguiente.

Así, pues, quedando en aquella casa de Priora á la M. Ana de los Angeles, que era una de las compañeras que había traído del monasterio de la Encarnación, se despidió de ellas. (IX. 4.)



CAPÍTULO XVI.

1. *Cómo se hizo el monasterio de nuestra Señora de la Concepción del Cármén en Valladolid à 15 de Agosto de 1568.—*
2. *Ejemplos singulares de vocación al estado religioso, harto dignos de imitarse de D. Antonio y D.^a Casilda de Padilla, hermanos, y de penitencia y santidad de D.^a Beatriz de Oñez.*

1. A los dos meses de haberse fundado el monasterio de Medina, estando en él Santa Teresa con mucho cuidado de plantar allí el espíritu de penitencia y oración, que Dios la había dado, vino en busca suya un caballero principal, hijo del conde de Rivadavia, y hermano de D. Álvaro de Mendoza, Obispo de Ávila y de D.^a María de Mendoza. Como dicho caballero había oído á su hermano encomiar las virtudes de la Santa, y sabía que se empleaba en las fundaciones

de conventos de nuestra Señora del Cármen, de quien era muy devoto, ofreció á aquella una casa con gran huerta y viñedo, que tenía en Valladolid y había sido del Comendador Covos, y deseaba que luego se tomase posesión y fundase allí.

La Santa no se hallaba muy determinada á fundar en aquella posesión por hallarse distante de la Ciudad un cuarto de legua (1); mas teniendo en cuenta que podría con el tiempo trasladarse a otro punto y por no estorbar la devoción de aquel caballero, admitió la buena obra. (X. 4.)

No bien habían pasado dos meses, cuando á este le dió un mal tan acelerado, que quitándole el habla y la vida, no pudo muy bien confesarse, aunque tuvo señales de arrepentimiento. Murio en Úbeda y la Santa lo supo, cuando, acompañada de D.^a María, llegó á Alcalá para ir desde allí a la fundación, acabada de referir en el pasado capítulo.

Dijola el Señor que la salvación de aquel caballero, había estado en grande aventura, y que había tenido misericordia de él por e

(1) Hallábase en las cercanías de donde hoy está el puente de hierro.

servicio que había hecho á su Madre en la donacion de aquella casa para convento del Carmen, y en fin que su alma no saldria del purgatorio hasta la primera misa que allí se dijese. Tan presentes tenia las penas de aquel alma nuestra amada Teresa, que, aunque hubiera deseado detenerse en Malagón como de costumbre para instruir á sus hijas, y fundar despues en Toledo, lo dejó todo por erigir primero la casa de Valladolid, sacar del purgatorio el alma de aquel caballero y obedecer al Señor, que en Malagón la había dicho que no era tiempo de descansar, que tomase para monasterios cuantas casas la ofreciesen y se diese prisa, porque Él sería en ellos muy servido. (X. 2.)

No pudo hacerse tan pronto que no se retardase más que lo que la Santa quisiera, porque encargada del monasterio de San José de Ávila, por donde había de pasar, era muy razonable que allí permaneciese algunos dias, para hacerse cargo del espíritu de sus hijas y remediar lo que fuese necesario, y lo mismo en San José de Medina del Campo, en donde estando un dia en oración, la dijo su Majestad que se diese prisa á ir á Valladolid porque aquel alma padecía mucho.

¡Oh bondad de nuestro Padre celestial! ¡Cómo pagais, Señor, los servicios que á Vos ó á vuestra Madre se hacen, aunque sean de poco precio é imperfectos! ¿Quién será el que no tenga devoción á vuestra Madre y no ponga en ella toda su confianza, si de tal modo nos premiais, que por ella sacais del pecado á los hombres, y les librais del infierno, dándoles contrición perfecta á la hora de la muerte, aunque venga de improviso y sin anunciarse con enfermedades? y por último, recordais á los de acá las penas de las pobrecitas almas del purgatorio, porque nada ansiais tanto como dar á raudales del tesoro de vuestras riquezas.

Aunque no estaba dispuesto lo necesario para la fundación de Valladolid, emprendió Santa Teresa el viaje, llevando consigo á Isabel de la Cruz, que antes fué en Ávila Priora de la Encarnación, desde donde la llevó á Medina y á quien iba á nombrar ahora Priora de Valladolid: llevó tambien á Antonia del Espíritusanto, que habia traído consigo desde Malagón y á María de la Cruz, que fué una de las cuatro primeras de San José de Ávila. Llegaron á Valladolid á diez de Agosto de 1568, día de San Lorenzo martir.

Cuando vió la casa dióla harta congoja, porque entendió era desatino estar allí monjas sin muy mucha costa; y aunque era de gran recreación, por ser la huerta tan deleitosa, no podía dejar de ser enferma que estaba cabe el rio, y hallábase lejos de la ciudad. Con todo no lo decía á las compañeras por no las desanimar, porque tenía alguna fè que el Señor, que la había dicho lo pasado, lo remediaría, y llamando seretamente albañiles, comenzó á hacer las tapias para lo que tocaba al recogimiento y lo que era menester.

Aunque el clérigo D. Julian de Ávila trabajaba para obtener la licencia, y para colocar el Santísimo se la había prometido el Abad, que aun no era obispado entonces Valladolid, no llegó tan pronto que no pasase un domingo antes que estuviese alcanzada; mas diéronsela para decir misa, en donde habían escogido para iglesia. (X. 4.)

Oyéronla, pues: y hé aquí que cuando el P. Fr. Juan de la Cruz, hoy San Juan, vino con el santísimo Sacramento, llegándose á comulgar la Santa, representósele junto al sacerdote, con el rostro resplandeciente y alegre, y puestas las manos, aquel caballero, hermano de D. Álvaro de Mendoza,

y agradeciéndola lo que por él había puesto de su parte para que saliese del purgatorio, subió al cielo su alma. Cumplióse por lo tanto la promesa del Señor á la Santa, mas cuando no lo esperaba, porque entendía que esto habría de verificarse en la primera misa que se dijese despues de puesto el santísimo. (X. 5.) Señal bien clara de que esta aparición, y tambien las demás, no eran producto de su imaginación, pues se realizaban muchas veces cuando su entendimiento no se ocupaba en ello, ó cuando creía, ó esperaba, ó hacía lo contrario; y sin embargo, si eran visiones proféticas, siempre se cumplió lo anunciado ó prometido en ellas.

Tomaron posesión en 15 de Agosto de 1568, es decir, al año siguiente que tomó la de Medina; pero en el mismo mes, dia y festividad de la Asunción de nuestra Señora. Solo estuvieron en aquella casa hasta el 3 de Febrero del siguiente año, dia de San Blas, en que pasaron á la que hoy ocupan. Pues viendo D.^a María de Mendoza (1), es-

(1) Era madre del marqués de Camarasa y á los Señores de este título y condes de Rivadavia tiene el cabildo de Mucientes dedicada una imagen de nuestra Señora de la Vega, esculpida en bronce en memoria de la piedad de aquellos ilustres personajes y

posa del Cemendador Covos, y hermana del difunto fundador y de D. Bernardino de Mendoza, Obispo de Ávila, que en aquella primera casa no se podía pasar sin gran trabajo y enfermedades, pues se hallaba lejos de la Ciudad y en poco tiempo enfermaron todas las monjas, movida de caridad, con ser una de las que más limosnas la daba y más había ayudado á la Santa en la primera fundación, rogó que la cediesen aquella casa, y les compró y arregló esta otra que valía mucho más, y estaba en mejor sitio y cerca de la ciudad. (X. 6.)

2. «¡Qué fuera he salido del propósito, dice la Santa refiriéndose á las cosas de que habla en el Libro de las fundaciones en los capitulos del III al IX. Y continúa: Y podrá ser hayan sido más á propósito algunos de los avisos, que quedan dichos, que el contar las fundaciones.» (IX. 1.)

Así nosotros podemos decir tambien que en esta Obra solo ha debido tratarse de la Vida de la Santa, mas como se escribe para que sirva de lectura al pueblo fiel, ninguna

de sus descendientes, que demostraron su piedad en la obra de la iglesia de aquella villa, y de una ermita muy grande y hermosa, en la que, apenas beatificaba la Santa, se la erigió un altar en una capilla del crucero á la mano izquierda.

cosa más á propósito que lo que en el resto de este capítulo pensamos decir. Lo cual, si pareciere á algunos digresión, pueden pasarlo por alto, aunque es digresión gustosa, que tambien la Santa ingiere para que sirva de ejemplo. Pues habiendo ella referido la devoción con que los de Valladolid honraban á su convento de nuestra Señora de la Concepción del Carmen, pone como causa de ella las muchas misericordias y mercedes que hacía el Señor en aquella casa y la santidad de las almas, que á ella ha llevado para engrandecer sus obras y hacer merced á sus criaturas por tales medios. (X. 7.)

Porque entró allí una, que dió á entender lo que es el mundo para despreciarle, de muy poca edad, la pareció decirlo *para que se confundan los que mucho le aman, y tomen ejemplo las doncellas á quien el Señor diere buenos deseos é inspiraciones para ponerlos por obra.* (X. 8.)

Es, pues, el caso, que vivía entonces en Valladolid D.^a María de Acuña, hermana del conde de Buendía, joven viuda del Adelantado de Castilla, que á su muerte la quedó un hijo, llamado D. Antonio de Padilla y tres hijas: la mayor que luego fué monja, y la más niña por nombre Casilda. El hijo de

poca edad comenzó á entender lo que era el mundo, y á llamarle Dios para entrar en religión, de tal suerte, que no bastó nadie á estorbárselo; y aunque fueron muchas las importunaciones y empeño, con que sus deudos y familia se le opusieron por espacio de tres años, él, firme en su propósito laudable, se entró en la Compañía de Jesús. Su buena madre, aunque en lo exterior no mostraba alegría por ello, temiendo á sus parientes; mas holgábase en secreto, pues tal era la vida de santidad que con sus hijos tenía y tanta la virtud en que los criaba, que mereció que el Señor los quisiese para Sí: y así decía que en su vida había llegado gozo á su corazón tanto como en el que hizo profesión su hijo. (X. 9.)

Al llegar aquí escribe Santa Teresa estas notabilísimas palabras, que todos debemos aplicarnos: «¡Oh Señor! ¡Qué gran merced haceis á los que dais tales padres, que aman tan verdaderamente á sus hijos, que sus estados, mayorazgos y riquezas quieren que los tengan en aquella bienaventuranza, que no ha de tener tin! Cosa es de gran lástima, que está el mundo ya con tanta desventura, y ceguedad, que les parece á los padres, que está su honra en que no s!

mos heredar de Vos vuestros descendientes! ¿Qué poseísleis, Señor mio, sino trabajos, y dolores, y deshonras, y aun no tuvistes sino un madero en que pasar el trabajoso trago de la muerte? En fin, Dios mio, que los que quisiéremos ser vuestros hijos verdaderos y no renunciar la herencia, no nos conviene huir del padecer. Vuestras armas son cinco llagas: ea pues, hijas mias, esta ha de ser nuestra divisa, si hemos de heredar su reino: no con descansos, no con regalos, no con honras, ni con riquezas se ha de ganar lo que él compró con tanta sangre. ¡Oh gente illustre! Abrid por amor de Dios los ojos; mirá que los verdaderos caballeros de Jesucristo, y los principes de la Iglesia, un San Pedro y San Pablo no llevaban el camino que llevais. ¿Pensáis por ventura que ha de haber nuevo camino para vosotros? No lo creais. Mirá que comienza el Señor á mostrárosle por personas de tan poca edad, como de los que ahora hablamos.» (X. 9.)

Imitemos, pues, á este jóven illustre de diez y siete años, el cual tan contento queda con su nueva vida de adnegacion, castidad, pobreza y obediencia, que quisiera haber tenido mucho más para dejarlo todo por Jesucristo.

Habiendo Dios por su misericordia sacado del mundo á este caballero, quedaron los estados en su hermana mayor, que por haberse dado á la oración desde muy niña, hizo el mismo caso de ellos que su hermano, y para ser monja los renunció en su hermana Casilda, niña de diez á once años. ¡Oh válgame Dios, á qué de trabajos, y tormentos, y pleitos, y aun aventurar las vidas, y las honras se pusieran muchos por heredar estos bienes! No pasaron pocos madre é hijos en que los consintiesen dejarlos. Luego para que no se perdiese la negra memoria, ordenaron los deudos casar esta niña con un hijo suyo, hermano de su padre, y trajeron del Sumo Pontífice dispensaciones, y desposáronlos. (X. 10.)

No quiso el Señor que hija de tal madre, y hermana de tales hermanos quedase más engañada que ellos; y así ¡cosa admirable! sucedió que á los dos meses de haber comenzado á gozar de los trajes y atavíos, y honras del mundo, pertenecientes á su clase y condicion, y de ser desposada, principió el Señor á darla luz, aunque ella entonces no lo entendía.

Continuemos refiriéndolo con las palabras de Santa Teresa,

«Cuando habia estado el dia con mucho contento con su esposo, que le queria con más extremo que su edad pedia, dabale una tristeza muy grande, viendo como se habia acabado aquel dia, y que así se habian de acabar todos. ¡Oh grandeza de Dios! Que del mismo contento, que la daban los contentos de las cosas perecederas, le vino á aborrecer. Comenzóle á dar una tristeza tan grande, que no la podia encubrir á su esposo, ni ella sabia de qué, ni qué le decir, aunque él se lo preguntaba. En este tiempo ofreciósele un camino, á donde no pudo dejar de ir lejos del lugar, y ella lo sintió mucho, como le queria tanto. Mas luego le descubrió el Señor la causa de su pena, que era inclinarse su alma á lo que no se ha de acabar, y comenzo á considerar, como sus hermanos habian tomado lo más seguro y dejandola á ella en los peligros del mundo. Por una parte esto, por otra parecerle que no tenia remedio, porque no habia venido á su noticia, que siendo desposada podia ser monja, hasta que lo preguntó, traiala fatigada, y sobre todo el amor que tenia á su esposo no la dejaba determinar y así pasaba con harta pena. Como el Señor la queria para Sí, fuéla quitando este amor,

y creciendo el deseo de dejarlo todo. En este tiempo solo la movía el deseo de salvarse, y de buscar los mejores medios que le parecía, que metida más en las cosas del mundo, se olvidaría de procurar lo que es eterno, que esta sabiduría le infundió Dios en tan poca edad de buscar cómo ganar lo que no se acaba. ¡Dichosa alma que tan pronto salió de la ceguedad en que acaban muchos viejos! Como se vió libre la voluntad, determinóse del todo emplearla en Dios, (que hasta esto había callado) y comenzó á tratarlo con su hermana. Ella pareciéndolo niñería, la desviaba dello, y le decía algunas cosas para esto, que bien se podía salvar siendo casada. Ella le respondió que ¿por qué la había dejado ella? Y pasaron algunos dias, que siempre iba creciendo su deseo, aunque á su madre no osaba decir nada, y por ventura era ella la que la daba guerra con sus santas oraciones. (X. 11.)

Aconteció por entonces haberse de dar en el monasterio el hábito á la hermana Estefanía de los Ángeles, á quien la Santa encomia; y asistiendo á este acto la niña D.^a Casilda con su abuela, madre de su esposo, aficionóse en extremo al monasterio, pareciéndola que por ser pocas y pobres

los monjas, podría ser ir mejor al Señor. y Considerando ella dentro de sí misma que, antes de deponerse, tenía sus ratos de oración, porque su buena madre la había enseñado, como á sus hermanos, en cuanto llegó al uso de razón, á tener sus ratos de soledad en el oratorio y á meditar en la pasión y muerte del Señor; y que ahora aun el santo rosario rezaba de mala gana, temió que con el tiempo sería peor, y juzgaba que viniendo al monasterio y quedándose en él aseguraría su salvación.

Con este pensamiento una mañana habiendo ido al convento con su madre y hermana, ofreciéndose que entraron en él, bien descuidadas éstas de lo que ella intentaba; porque como se vió dentro, no bastaba nada á echarla de allí. Sus lágrimas eran tantas para que la dejasen, y las palabras, que decía, eran tales, que á todas tenía espantadas. La madre, aunque en lo interior se alegraba, tenía sus deudos, y no quisiera que se quedara así porque no dijese que ella la había persuadido, ó que se habrían convenido en hacerlo en esta forma: lo mismo pensaba la Peñera y tampoco quería que se quedase así, por que además de ser muy niña era menester más prueba. Quedaron

se hasta la tarde allí y enviaron á llamar al P. Domingo Bañes, el cual, conociendo vocacion tan verdadera, ayudó mucho á la niña y sufrió no poco con los deudos de esta. Persuadióla con harto trabajo á que por entonces se fuese á casa para que no culpasen á su madre y la hiciesen sufrir, y dijo-la que tuviese ánimo pues ya veria sus deseos satisfechos. (XI. 2.)

Oigamos á la Santa en la continuacion de esto: «Comenzó secretamente su madre á dar parte á sus deudos; porque no lo supiese su esposo se traia este secreto. Decian que era niñería, y que esperase á tener edad, que no tenia cumplidos 12 años. Ella decia que como la hallaron con edad para casarla y dejarla al mundo, ¿cómo no se la hallaban para darse á Dios? Decia cosas, que se parecia bien no era ella la que hablaba en esto. No pudo ser tan secreto, que no se avisase á su esposo: como ella lo supo, parecióle no se sufría aguardarle, y un día de la Concepcion, estando en casa de su abuela, que también era su suegra, que no sabia nada desto, rogóla mucho que la dejase ir al campo con su aya á holgar un poco: ella lo hizo por hacerla placer en un carro con sus criados. Ella dió á uno dinero, y

rogóle la esperase á la puerta deste monasterio con unos manojos, ó sarmientos, y ella hizo rodear de manera, que la trajeron por esta casa. Como llegó á la puerta, dijo que pidiesen al torno un jarro de agua, que no dijesen para quién, y apeóse muy aprisa: dijeron que allí se la darían, ella no quiso: Ya los manojos estaban allí: dijo que dijesen viniesen á la puerta á tomar aquellos manojos, y ella juntóse allí, y en abriendo entróse dentro, y fuese á abrazar con nuestra Señora llorando, y rogando á la Priora no la echase.

«Las voces de los criados eran grandes, y los golpes que daban á la puerta: ella los fué á hablar á la red, y les dijo que por ninguna manera saldria, que lo fuesen á decir á su madre: las mujeres que iban con ella hacian grandes lástimas, á ella se la daba poco de todo. Como dieron la nueva á su abuela, quiso ir luego allá. En fin, ni ella, ni su tio, ni su esposo, que venido procuró mucho de hablarla por la red, hacian más de darle tormento cuando estaba con ella, y despues quedar con mayor firmeza. Deciale el esposo, despues de muchas lástimas, que podria más servir á Dios haciendo li nesnas; y ella le respondia, que las hicie-

se él, y a las demás cosas le decía, que más obligada estaba a su salvacion, y que veía que era flaca, y que en las ocasiones del mundo no se salvaría, y que no tenía de qué se quejar della, pues no le había dejado sino por Dios, que en eso no le hacía agravio.

De que vió que no se satisfacía con nada, levantóse, y dijole. Ninguna impresión le hizo, antes del todo quedó disgustada con él; porque a el alma a quien Dios da luz de la verdad, las tentaciones, y estorbos, que pone el demonio, la ayudan mas, porque es su Majestad el que pelea por ella y así se veía claro aquí, que no parecía era ella la que hablaba.

Como su esposo, y deudos vieron lo poco que aprovechaba quererla sacar de grado, procuraron fuese por fuerza, y así trajeron una provision real para sacarla fuera del monasterio y que la pusiesen en libertad. En todo este tiempo que fue desde la Concepcion hasta el dia de los Inocentes, que la sacaron, se estuvo sin darla el habito en el monasterio, haciendo todas las cosas de la religion, como si le tuviera y con grandisimo contento. Este dia la llevaron en casa de un caballero, viniendo la justicia

por ella. Lleváronla con hartas lágrimas, diciendo que para qué la atormentaban, pues no les había de aprovechar nada. Aquí fué harto persuadida, así de religiosos, como de otras personas; porque á unos les parecía niñería; otros deseaban gozase su estado. Sería alargarme mucho, si dijese las disputas que tuvo, y de la manera que se libraba de todas. Dejábalos espantados de las cosas que decía.

«Ya que vieron no aprovechaba nada, pusieronla en casa de su madre para detenerla algun tiempo, la cual estaba ya cansada de ver tanto desasosiego, y no la ayudaba en nada, antes, á lo que parecía, era contra ella. Podrá ser que fuese para probarla más; al menos así me lo ha dicho despues, que es tan santa que no se ha de creer sino lo que dice. Mas la niña no la entendía: y tambien un confesor que la confesaba le era en extremo contrario, de manera que no tenía sino á Dios y á una doncella de su madre, que era en quien descansaba. Así pasó con harto trabajo y fatiga hasta cumplir los doce años, que entendió que se trataba de llevarla al monasterio, que estaba su hermana, ya que no la podía quitar de que lo fuese, por no haber

en él tanta aspereza. Ella, como entendió esto, determinó de procurar por cualquier medio que pudiese llevar adelante su propósito, y así un día, yendo á misa con su madre, estando en la iglesia, entrose su madre á confesar en un confesonario, y ella rogó á su aya, que fuese á uno de los padres á pedir que le dijese una Misa, y en viéndola ida, metió sus chapines en la manga, y alzó la saya, y váse con la mayor prisa que pudo á este monasterio, que era harto lejos. Su aya, como no la halló, fuése tras ella, y ya que llegaba cerca, rogó á un hombre que se la tuviese; él dijo despues, que no habia podido menearse, y así la dejó. Ella como entró á la puerta del monasterio primera, y cerró la puerta y comenzó á llamar, cuando llegó la aya ya estaba dentro en el monasterio, y diéronla luego el habito, y así dió fin á tan buenos principios como el Señor habia puesto en ella. (XI. 2)

¡Ejemplo admirable de fortaleza, de creación decidida, de desprecio de los honores del mundo, de amor á Dios en una niña de doce años, que nos hace enrojecer la cara de vergüenza por nuestra pusilanimidad! No es varon de edad madura, es

una niña delicada; no es un padre acostumbrado á la miseria y al trabajo, es una niña que abunda en riquezas y regalos: no se halla aborrecida por desamor, sino que es adorada: no se trabaja por forcer su voluntad para que profese, sino que halla oposicion en todo, y la vence: no se la lleva por fuerza, sino que por la fuerza de la justicia se la saca de allí, y con persuasiones, ruegos, lágrimas y ofertas se pretenden quebrar su voluntad; ella, empero, se vale de su prudencia y aun astucia, si quereis, para abrazarse con su Esposo, Cristo Jesús: no remitimos al lector á los anacoretas del desierto, ni á los Santos de la primitiva Iglesia, sino á una jovencita de ayer, con los mismos sentidos, y carne que nosotros, y aun más delicados por su sexo, por su edad, por su educacion. ¿Quién no tendrá valor para cumplir la ley de Dios, y seguir la vocacion de Dios, en el estado, á que á cada uno llama? ¿Quién dirá que no puede? ¿Quién no buscará el verdadero amor? ¿Quién no lo aborrecerá todo por Dios, si tanto Dios le exige? ¿Hay persona alguna, cualesquiera que sean sus sentimientos, que no sienta respeto y admiracion hacia esta niña? ¿Quién se atreverá á decir mal de los religiosos y

de los conventos? ¿Qué padre no se juzgará dichoso con tales hijos? ¿Qué hijo no dará gracias á Dios por tales padres y no arderá en santa emulación al ver á esta niña? ¡Cuán bien, cuán pronto, de qué manera tan inefable premia Dios aun en esta vida á sus amadores, a manera que lo hizo á esta niña preciosa, á quien enriqueció, no solo con bienes de naturaleza, pues era rica, hermosa, amada de todos, y de un entendimiento agradable y excelente, sino tambien con los inefables de su gracia, con mercedes extraordinarias, con cuyas prendas era aquel angelito para todas las hermanas el despertador mas rico para alabar á Dios! ¡Plegue á Él, diremos con la Santa, haya muchas que así respondan á su llamamiento. No es menos admirable la vida ejemplar de D.^a Beatriz de Oñez, algo deuda de D.^a Casilda y monja tambien en el mismo monasterio, años antes que la tierna niña. De ella trata Santa Teresa en el capitulo XII de su Libro de las Fundaciones, y nosotros con tanto dolor dejamos de referir su vida, temiendo hacernos cansados y salir del propósito.

Contentarémonos con decir de ella que tenia espantadas á sus compañeras, al con-

templar las virtudes con que Dios había enriquecido su alma. Jamás se vio en ella imperfección; siempre estaba de un semblante; su alegría modesta, su silencio sin pesadumbre; no solo no porfiaba, sino que no se defendía, ni disculpaba, aunque para probarla se la culpase; jamás se quejó de cosa alguna, ni de hermana; á nadie dio el disgusto más leve, ni ocasión de queja en sus oficios; nadie halló en qué acusarla en lo más mínimo: El concierto del exterior correspondía al interior, y este era siempre formado por la gracia de Dios, cuyas alabanzas traía siempre en la boca: su obediencia era pronta, perfecta y alegre: su caridad con los prójimos tan grande, que decía que por cada uno se dejaría hacer mil pedazos á trueque de que no perdiesen su alma, y gozasen de su hermano Jesucristo.

Y así como acaeciese que por entonces llevasen á quemar á unos por grandes delitos y ella supiese que no iban bien dispuesto, dióla grandísima aflicción, y rogó á nuestro Señor por la salvación de aquellas almas, y que á trueque de lo que ellos merecían, ó para alcanzar eila esto, la diese toda su vida todos los trabajos que pudiera sufrir.

Los sentenciados murieron bien, y á ella dió aquella misma noche la primera calentura, y hasta que murió fué siempre padeciendo lo que vivi6. Form6sela una postema dentro de los intestinos y habri6se luego al exterior una boca por donde arrojaba las materias; y como si esto fuera poco, habiendo oido un d6a un serm6n de la Cruz, creci6 tanto su deseo de padecer, que concluido, con un impetu grande de l6grimas se fué sobre su cama: y pregunt6ndola qu6 pasaba, respondi6 que rogasen á Dios la diese muchos trabajos, y con esto estaria contenta.

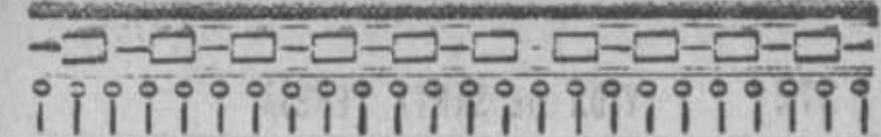
En su enfermedad no di6 la m6s peque6a muestra de pesadumbre: no hacia sino lo que la enfermera mandaba, aunque fuese beber un poco de agua, alegr6base de sus padecimientos, con ser tales, que á los dichos ha de a6adirse una postema, que la sali6 en la garganta, con lo cual dur6 bien poco. Pareci6le que en la tierra no hab6a cosa peor que ella: tan contenta estaba con sus trabajos, que no se cambiaria con ninguna persona por sana que estuviese: jam6s buscaba consuelo, ni alivio, ni distraccion; y las hermanas la visitaban por admirarse de su paciencia. Sol6a decir que *no tiene precio la cosa, que se hace por amor de Dios,*

por pequeña que sea: era, en fin, tan perfecta que no se cansa la Santa de alabarla.

Media hora antes que muriese quitáronsele todos los dolores, alzó alegre los ojos al cielo y brilló de júbilo su rostro, sonrióse dos veces y espiró, quedando como un ángel, y las hermanas con una fé tan religiosa, una esperanza y un júbilo tales, que las pareció estar en el cielo. Al enterrarla, su cuerpo despedía de sí un gratísimo olor, y ardió en su entierro la cera sin consumirse cosa alguna de ella. El P. Capellán, que la confesaba, tenía la por Santa, y un Padre de la Compañía, confesor suyo también, afirmaba que era mucha la comunicación del Señor con ella.

Este es, lector piadoso, el camino del Cielo. Sigámosle. Bien pueden perdonarse estas digresiones en objeto de la piedad, religión y virtudes, que en ella se aspira.

¡Dichosas las hermanas que habitan bajo el mismo techo que habitaron D.^{na} Casilda Padilla y D.^{na} Beatriz de Oñez! ¡Verdaderamente felices si las imitan! (XII. 18.)



CAPÍTULO XVII.

Dícese cómo y por quiénes en el año 1568 se restauró la regla primitiva de frailes descalzos de la Orden del Carmen. Refiérese algo de la vida que hacían.

Sabemos ya que la Santa, para poner en ejecución los proyectos de reforma, que el Señor la inspiró, había reflexionado que serían, no solo útiles, sino también necesarios frailes reformados de la misma Orden, los cuales así en el foro interno, como en el externo, se encargaran de la dirección de las monjas y procurasen mantener vivo el fervor religioso y la observancia de las reglas. A este fin solicitó, como vimos ya, y obtuvo del Padre General licencia para fundar dos monasterios, supuesta empero la aquiescencia del último Provincial y del que al presente lo fuese, y con censuras fulmi-

nadas contra los que á la Santa se opusiesen en esto. (II. 3. 4.)

Veamos cómo llevó á cabo la fundación de estos monasterios, cuyas personas habían de ser el fundamento de la misma Órden reformada, y quiénes fueron los escogidos para ello.

Quien se haya fijado en el zelo y constancia con que la Santa se empleaba en el mejor servicio de Dios, comprenderá que su alma no hallaba descanso hasta ver realizado uno de sus preferentes propósitos, que era este.

Hallábase en Medina, fundada ya la Casa de San José, vivía en ella con harto cuidado de los monasterios de los frailes: y como no contaba aún para ello con persona alguna, no sabiendo qué hacerse, determinóse á consultarlo con el Padre Prior de allí, Antonio de Heredia. Agradóse éste al oírlo y prometió que él sería el primero. La Santa lo tuvo como cosa de burla, y así se lo dijo, porque, aunque si antes fué buen fraile, recogido, muy estudioso y amigo de su celda, para principio semejante no la pareció que sería, ni tendría espíritu, ni llevaría adelante el rigor que era menester, por ser delicado y no mostrado á ello.

Insistió él asegurando que hacía muchos dias que le llamaba el Señor á vida más estrecha y que tenia determinado irse á los Cartujos, y que ya le habían prometido recibirle.

Ella, no muy satisfecha aún, alegrándose empero de oírle, le rogó que esperase algun tiempo, en el cual podía ejercitarse en las cosas, que habia de prometer. En el año que pasó, sufrió tantos trabajos, persecuciones y calumnias, que bien pudo decirse que el Señor quiso probarle en aquel como año de noviciado. (III. 42.)

Poco despues acertó á venir por allí el P. Fr. Juan de la Cruz, escritor místico admirable, y santo á quien veneramos en los altares, y en su compañía otro Padre de la misma Orden. El P. Juan, ó para hablar con más reverencia, San Juan de la Cruz era muy joven todavía y estudiaba en Salamanca. De su vida contábanse ya grandes cosas que su compañero refirió á la Santa. Háblóle esta y contentóla en extremo. Él dijo también que queria irse á los Cartujos; y la Santa, manifestándole el estado del asunto de la reforma que pretendía, le rogó mucho esperase á que el Señor les diese monasterio, y puso ante sus ojos el gran bien que

sería, si había de mejorarse, que fuese en su misma Orden, y cuanto en ello sería el Señor servido. Dió su palabra San Juan, si no se tardase mucho. (III. 12. 15.)

En el mes de Junio de 1568, siguiente al en que pasaron estas cosas, volviendo Santa Teresa de Malagón, á donde había ido á fundar, hubo de detenerse, como dijimos en el capítulo XVI, número 1, en Avila para visitar sus monjas de quienes estaba encargada, avivar el espíritu religioso de las mismas y animarlas á seguir en el camino de la perfección. Allí acudió á visitarla un caballero de la ciudad llamado don Rafael de Avila Mógica, que habiendo oido que trataba de hacer un monasterio de Descalzos ofreció para ello una casa, que tenía en Durnelo, aldea de hasta veinte vecinos y de ninguna comodidad en la misma provincia.

Servía la casa para recoger las rentas de su dueño, y por la descripción que de ella hizo D. Rafael, conoció la Santa que no servía para monasterio; mas confiando en el Señor, que de un grano de mostaza cria un árbol, se determinó á verla de camino que iba á Medina para dirigirse á la fundación de Valladolid, ya referida.

Éra el camino para una sola jornada más largo que lo que creían, y habiéndose perdido en él y no dándoles noticia de aquella Aldea los habitantes por ser desconocida de pequeña, llegaron tarde y cansadas, á pesar de lo que tuvieron que hacer noche en la iglesia. ¡Tan demasiada falta de limpieza estaba la casa con la mucha gente del Agosto! Todo el edificio se reducía á un portal razonable, que la Santa designó para iglesia: una cámara doble y una cocinilla, que habían de convertirse; la cámara baja en coro, la alta en celda y la cocinilla en refectorio.

«Cierto, Madre, que no habrá espíritu, por bueno que sea, que lo pueda sufrir: Vos no trateis de esto.» Así hablaba á la Santa la compañera que llevaba, aunque era muy amiga de penitencia. Tan pobre y miserable era todo aquello. (XIII. 2.)

Llegados á Medina, habló luego Santa Teresa al Padre Antonio y dijole lo que pasaba y si tendría corazón para estarse allí algún tiempo, que tuviese por cierto que Dios lo remediaria pronto, que todo era empezar. Él respondió animoso que no allí, mas aunque fuese en una pocilga estaría. El P. Juan de la Cruz estaba en lo mismo: no había para qué dudar de ello. Faltaba

lan solo alcanzar el permiso de los Padres Provinciales, y confiada en obtenerle, encargó al P. Antonio que procurase allegar lo posible para el monasterio. Ella entretanto, saliendo de Medina para ir á la fundación de Valladolid, llevóse consigo al P. Fr. Juan de la Cruz, para que se enterara por algún tiempo del género de vida que usaban, y para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificación como del estilo de hermandad y recreación que tenían juntas: que todo es con tanta moderación, que solo sirve de entender allí las faltas de las hermanas y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la regla. (XIII. 3.)

Escogió á este P., dice el Ilmo. Yepes, porque había penetrado el gran espíritu que Dios le había dado, y adivinaba bien los dones y las virtudes tan heroicas que el Señor había de poner en aquella alma santa, como en primera piedra y fundamento de tan gran edificio. Y aunque era menor en la dignidad y en los años que el Padre Fr. Antonio, quiso Dios darle esta prerrogativa, que hubiese de ser el primero que se descalzase y profesase la regla primitiva, no sin divino consejo y providencia para que el que había de dar principio entre los

hombres á vida tan alta y perfecta, pudiese ser un dechado de oración y perfección, un espectáculo de penitencia, y un abismo de humildad. Que como esta regla tiene por fin principal la oración, y á ella ordena todos los demás ejercicios de recogimiento, ayuno, silencio y otras aspererezas, era necesario que el que habia de ser Maestro de otros, lo fuese tambien de oración. Y así escoje para las mujeres una maestra tan divina, graduada en los teatros de cielo, como fué la Santa Madre para que lo sea de enseñanza de oración; y entre los Religiosos á este Santo Padre, á quien comunicó Dios en tan alto grado este don de oración, y le hizo tan excelente en esta virtud y en otras, que á no ser la Santa la que era, no le faltara nada para igualar con ella. Tuvo altísimo espíritu y profunda inteligencia y penetración de las cosas de oración y contemplación, de las cuales escribió libros de admirable y subida doctrina. Despues de su muerte ha obrado el Señor por medio de sus reliquias muchos milagros, etc. etc. (Yepes. Libro 2.º cap. XIX.)

Mucho mas pudiera decirse de este admirable Santo, mas para ello sería menester un libro y no es este nuestro fin.

Fue Lios servido que cuando la Santa llegó a Valladolid, estaba allí el P. Provincial de quien había de obtener el beneplacito para la fundación. Llamabase Fr. Alonso González, era viejo, varón buena cosa y sin mancha. Dijo le la Santa muchas cosas y entre otras representóle la buena obra y servicio de Dios, y la cuenta que daba a su Majestad, si se oponía. Con estas y otras razones y con la influencia del Señor Obispo de Avila y su hermana D.^{na} Maria de Mendoza, de quien para cierto negocio necesitaba el P. Angel Salazar, que era el otro Provincial con quien había de contarse también, obtuvo de entrambos lo que necesitaba. (XIII. 4.)

Almisa á la Santa la singular providencia de Dios en disponer los corazones de los que habían de intervenir en estos asuntos y en anular las dificultades, conduciéndolos todo suave y admirablemente a sus santos fines, y comieselo poco que en las fundaciones hicieron las criaturas, y lo mucho que hizo Dios, y exclama: ¡Oh valiente Dios, que de cosas he visto en estos negocios, que parecían imposibles, y cuán fácil ha sido a su Majestad anularlas! (XIII. 4.)

Confiemos, pues, en la divina providencia y no desmayemos ante ninguna dificultad, siempre que nos empleemos en el santo servicio del Señor.

Obtenido el beneplácito de entrambos provinciales, ordenó la Santa que el P. Juan de la Cruz fuese á la casa y la arreglase de manera, que entrasen en ella cuanto antes para evitar todo estorbo, y así se hizo. El P. Antonio de Heredia, que luego tomó el nombre de *Antonio de Jesús*, fué muy contento á visitar á la Santa á Valladolid y á darla parte de lo que habia allegado para la casa. Era bien poco, y no tenían aún en qué dormir; solo de relojes iba proveido, que llevaba cinco, y cayó en gracia á Santa Teresa. Dijola que para tener las horas concertadas lo queria ir desapercibido. (XIV. 1.)

Como era pequeña la casa y poco el dinero que gastar, arreglóse pronto; y el Padre Antonio, sin hacer caso de los que le decian que experimentase primero si lo sufriría, hizo dimisión del Priorato y se fué á Duruelo. Al llegar á la vista del lugarcillo, dióle un gozo interior muy grande, y parecióle que habia acabado ya con el mundo en dejarlo todo y meterse en aquella soledad, y á entrambos Padres la casa suficien-

te y deleitosa. ¡Cuán poco hacen los edificios y regalos exteriores para lo interior. Púsose el Santísimo y quedó hecha la primera fundación de Carmelitas descalzos el primer domingo de adviento, 28 de Noviembre de 1568 (XIV. 1. 2.)

2. Pasando la Santa por allí la cuaresma siguiente, cuando iba á la fundación de Toledo, llegó una mañana en que estaba el Padre Fr. Antonio con el rostro tan alegre barriendo la puerta de la iglesia, y al verle, dijole: «¿Qué es esto, mi Padre? ¿Qué se ha hecho la honra? Maldigo yo, respondió él, el tiempo que la tuve.» Cuando la Santa entró en la iglesia quedó espantada de ver el espíritu, que el Señor había puesto en aquella casa; y dos mercaderes, que desde Medina la habían acompañado, no hacían sino llorar.

Nunca se me olvida, dice ella, una cruz pequeña de palo que tenía, para el agua bendita, y pegada en la cruz una imagen de papel con un Cristo, que parecía ponía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada. El coro era el desvan, que por mitad estaba alto, que podían decir las horas, más habíanse de abajar mucho para entrar, y para oír misa. A los dos rincones de la igle-

sia había dos ermitillas, á donde no podían estar sino sentados ó echados: tenían beno en ellas porque era el sitio muy frio y el tejado casi les daba en las cabezas, con dos ventanillas hacia el altar, dos piedras por cabecera, y allí sus cruces y calaveras. Acabados Maitines estábanse allí en oración hasta Prima: decían las Horas con un fraile calzado, que les acompañaba y por ser delicado de salud no pudo profesar, y además con un joven, que aún no estaba ordenado: iban descaizos y á pié á predicar á los lugares comarcanos, y despues de confesar volvíanse á su convento, á donde por su mucho crédito venían penitentes de todas las clases y condiciones. Entre ellos vino un caballero, llamado don Luis, Señor de las cinco villas, que en el lugar de Mancera había edificado una iglesia para una imágen de nuestra Señora traída de Flandes. Eran la imágen y el retablo tan buenos, que afirma la Santa, y con ella muchos, no haber visto cosa mejor en su vida, y que por estas razones aceptó el Padre Fr. Antonio la oferta que Don Luis le hizo de trasladar allí el monasterio, que segun la profesión de los Padres les labró muy pobre y pequeño maquet. Se-

ñor, y dioles además ornamentos para la iglesia. (XIV. 5. 6.)

Obtuvieron agua de una manera, que se tuvo por cosa de milagro. Estando un dia con sus frailes en la claustra el P. Fr. Antonio, que era su Prior, hablando de la necesidad que tenían de agua, levantóse el Prior y con un bordón, que traía en las manos, hizo en una parte la señal de la cruz, o señaló con él, y dijo: *Ahora cava aqui.* A poco que cavaron salio tanta agua, y muy buena para beber, que para limpiar el pozo es dificultoso agotarie, y aunque de él gastaron todo el agua para la obra, nunca se agoto. Y sin embargo despues que cercaron una huerta, aunque procuraron tener agua en ella y gastaron mucho para poner noria, no pudieron hallar agua como deseaban. (XIV. 7.)

Tales fueron los principios de la reforma de frailes descalzos de nuestra Señora del Carmen: reforma debida a los esfuerzos de una sola y pobre monja la valerosa Teresa. Reforma, que Dios bendijo de manera, que, cuando tres años despues la Santa escriuia esto, habia ya fundados diez monasterios de Descalzos; y mas adelante cuarenta años contaban dos generales: uno, para la Con-

gregacion de España; y otro para la de Italia, y sus individuos se propagaban por la Europa, por la América y por el mundo todo.

Bien acertó San Luis Beltrán, cuando consultado por la Santa años antes acerca del asunto de las fundaciones, la respondió en carta desde Valencia: «Madre Teresa... Dios os ayudara y favorecera, y de su parte os certifico que no pasaran cuarenta años, que vuestra religion no sea una de las más ilustres, que haya en la Iglesia de Dios... etc.» (Véase el número 5 del capítulo X de esta obra.)

¡Llor perpetuo a la inclita española, a la muy noble castellana, a la serafica doctora, unica a quien hoy la Iglesia honra entre los Santos con un prefacio especial en el augusto sacrificio de la Misa! Empleense otros en celebrar los centenarios de la muerte de los hombres, que han brillado en letras ó en armas; hacen muy bien: nosotros hallamos la satisfaccion más cumplida en celebrar el tercer centenario del día en que principió a gozar de la eterna vida, la que fué admiracion de su siglo y portentó de su sexo en sentir de los Sumos Pontífices Pio IX y Leon XIII, hoy remane, a quien Dios

guarde muchos años y saque libre de las garras de sus enemigos.

Ella, trabajadora infatigable, sapientísima y muy santa, concedora de los buenos, les atrajo y alistó en la sagrada familia de nuestra Señora del Carmen, pues además del P. Fr. Antonio y San Juan de la Cruz, persuadió á los PP. Mariano, Juan de la Misericordia, Nicolás de Jesús María, General de la Orden despues, Gregorio Nacianceno Provincial más adelante, Francisco de Jesús y á otros muchos.

Pasados algunos años, el nuevo Obispo de Ávila, Ilmo. D. Lorenzo Otaduy, obtuvo de la Orden la traslación del primer monasterio á Ávila de manera que en aquella afortunada Ciudad se hallan los dos primeros monasterios de hombres y mujeres de la Orden reformada de nuestra Señora del Carmen, los cuales fueron la cuna de los demás.

CAPÍTULO XVIII.

Fúndase el monasterio de San José de Toledo en 14 de Mayo de 1569 despues de muchos trabajos.

Vivia en Toledo Martin Ramirez, mercader honrado y muy cristiano, que no habiéndose querido casar, allegaba licitamente hacienda con el fin de emplearla en alguna obra piadosa. El P. Pablo Hernández, de la Compañía de Jesús, que conocía sus propósitos y habia confesado á la Santa mientras ésta se halló en Toledo tratando de la fundación de Malagón, aconsejó á Ramirez, que estaba para morir, que cumpliendo sus buenos deseos, fundase uno de estos conventos de Carmelitas descalzas. Dijole que con las capellanias que pensaba crear, nunca faltaria en él el culto divino, ni santas personas que rogasen á Dios en cump'imiento de su

voluntad. Estaba él tan á lo último de su vida, que viendo que no habia tiempo para concertar esto, quedólo á disposición de su hermano Alonso Álvarez Ramírez, discreto, temeroso de Dios y limosnero. (XV. 4.)

Muerto Martín, su hermano y el P. Hernández escribieron á la Santa á Valladolid, en donde estaba acabando de acomodar la casa; y diciéndola lo que pasaba, rogábanla que se diese prisa á ir si queria aceptar aquella fundación. Ella, que no deseaba sino servir al Señor, que la habia mandado aceptar cuantas casas la ofreciesen, partióse luego, llevándose consigo desde Ávila á las hermanas Isabel de Santo Domingo é Isabel de San Pablo, religiosas de mucho talento y confianza. Llegó á Toledo el 24 de Marzo, víspera de la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo, y fué á parar á la casa de Doña Luisa de la Cerda, la fundadora de Malagón, que las tenia preparadas habitaciones, en que podian vivir como en un convento.

Principió luego á tratar con Alonso Álvarez Ramírez para la aceptación y cumplimiento de las memorias de su hermano, pero tantas fueron las condiciones que puso, y tan opuestas al recogimiento y fines que en sus fundaciones se proponía la Santa, que

no la fué posible aceptar, desaviniéndose, al fin, del todo con él por esto y por la entereza y exigencias de Diego Ortiz, yerno suyo, á quien él daba mucha mano.

No había entonces Arzobispo en Toledo, y era Gobernador eclesiástico D. Gomez Giron, de quien, por mucho que trabajó la Santa, no pudo recabar el permiso necesario para la fundación, á pesar de solicitarlo con ella la muy noble D.^{na} Luisa de la Cerda y D. Pedro Manrique, hijo del Adelantado de Castilla y canónigo de aquella iglesia, tan siervo de Dios, que con tener poca salud, entróse luego en la Compañía. Cuando el Gobernador estaba para ceder, oponíanse los del consejo del cabildo y volvíanle; y así pasáronse más de dos meses.

La licencia, decía la Santa, no parece probable por ahora: aceptar el contrato y ofertas de Alonso Álvarez no conviene: volverse sin fundar arguye falta de confianza, y de ello resultaría nota: si pudiera obtener la licencia, entraría de cualquier modo, tomaría posesión, y el Señor no nos faltaría. Animóse, pues, y tomando su manto, fué á una iglesia, que estaba próxima á la casa del Gobernador eclesiástico, y envióle á suplicar que tuviese á bien oírla: y cuando le

hubo á su presencia, llena de santo zelo, además de otras razones, le dijo estas palabras: «Que era recia cosa que hubiese mujeres, que querían vivir en tanto rigor, y perfección y encerramiento; y que los que no pasaban nada desto, sino que se estaban en regalos, quisiesen estorbar obras de tanto servicio de nuestro Señor.» (XV. 2.)

Movido de estas y otras muchas razones, allí mismo concedió la licencia á la Santa.

Llena de gozo, como si lo tuviera todo, cuando no poseía sino tres ó cuatro ducados con los que compró dos imágenes en lienzo, dos jergones y una manta, dispúsose á obrar. Pero ¿qué hacer? Más de dos meses y casi tres eran pasados y no había sido posible á varias personas bien ricas encontrar en Toledo casa que sirviese para monasterio. Es verdad que Alonso de Avila, muy honrado mercader de allí, soltero, y tan caritativo y piadoso, que no entendía sino en buenas obras y entre otras con los pobres de la cárcel, la había dicho que no tuviese pena, que él la buscaría casa; pero Alonso de Avila cayó enfermo y quedó imposibilitado de cumplir su promesa.

Había días antes venido á Toledo un fraile francisco, llamado Martín de la Cruz,

persona muy santa que al despedirse de la Madre Teresa la ofreció los servicios de un penitente suyo, llamado Andrada; pero tan pobre, que á la misma Santa y á sus compañeras cayó en gracia la ayuda, que aquel bendito las enviaba en este jóven, al verle cuando vino á presentarse á la Madre y á decirla que estuviese segura de que haria de buena gana por ella cuanto estuviese de su parte aunque solo con su persona.

Determinó, pues, llamar al buen Andrada; y diciéndole en secreto lo que habia, rogóle buscase una casa, que ella daría fiador para el alquiler al comerciante Alonso de Avila. Reíanse las monjas de la ocurrencia de la Santa, y quisieran que no acudiese á tal sujeto, porque solo serviría para descubrirlo. Mas no sucedió así: y lo que tantas y tales personas no habian podido hacer en tres meses, aquel pobrecito lo acabó en un solo día, pues al siguiente muy de mañana, hallándose la Santa oyendo misa en el colegio de la Compañía, vino á decirla que ya tenía casa, que allí tenía las llaves y que podían ir á verla, porque estaba cerca. (XV. 3. 4.)

Para impedir todo estorbo é inconveniente, dispuso Santa Teresa tomar posesión de la casa antes de hacer en ella obra al-

guna; y así habiendo pasado su ajuar que, como dijo, consistía en dos jergones y una manta, y pedidas prestadas las ropas para decir Misa, acompañadas de un oficial fueron á tomar posesión, llevando para ello una campanilla de las que se tañen para alzar. Había junto á la casa otra más pequeña, habitada por unas mujeres, la cual les era necesaria y también había dado en arrendamiento su dueña; mas la Santa no creyó conveniente avisarlas de su propósito, no fuera que las descubriesen. Anduvieron toda la noche trabajando y disponiéndolo; mas por mucho que miraron, no encontraron otro sitio más á propósito para capilla que una pieza que daba á un patiecito de la pequeña casa, para lo cual era necesario abrir la puerta que estaba cerrada con un tabique. Un poco antes de amanecer principiaron á derribarle para abrir la puerta, y las mujeres que estaban en la cama, oídos los golpes, levantáronse azoradas y despavoridas y para aplacarlas hubieron de trabajar mucho la Santa y sus compañeras. (XV. 5 y 7.)

Así se fundó el monasterio de San José de Toledo á 14 de Mayo de 1569.

¡Cuán distintos son los designios de Dios y los cálculos de los hombres! Cualquiera

que hubiera considerado atentamente los caudales que á su muerte dejó Martín Ramirez para este propósito, la buena voluntad de su hermano Alonso Álvarez y de su sobrino Diego Ortiz; la poderosa ayuda de los PP. de la Compañía, especialmente la del P. Hernández; la de D.^a Luisa de la Cerda, la de D. Pedro Manrique, de Alonso de Ávila y otros, juzgaría que la fundación estaría hecha con llegar la Santa; que esta no carecía de nada y que los medios eran excelentes. Y sin embargo, aunque pudo el Señor valerse de ellos y disponer la voluntad del Gobernador eclesiástico y su consejo, sucedió lo contrario para manifestar asaso que las fundaciones de las Descalzas se debían solo á Él; y se explicaban con su asistencia divina y providencial, desechando las riquezas y el poder de los hombres para valerse de la pobreza y de la humildad, y hacer que se cumpliesen sus admirables designios por medios que los hombres juzgarían insuficientes, ó completamente contrarios. Porque ¿quién había de creer que la Santa no pudiese llevar al monasterio más que dos jergones y una manta y careciese de todo, aun de serojo para asar una sardina, siendo así que salía de la casa de doña

Luisa de la Cerda, señora riquísima, generosa, piadosa, admiradora de la Santa y la misma que había donado la casa de Malagón con abundantes rentas y deseaba dar á la Madre gusto en todo? La libertad con que á esta dejaba en la habitación que la cediera, y la paciencia, y prudentísima reserva de la Santa, y de sus hijas, fueron sin duda la venda, con que el Señor quiso cubrir los ojos de aquella señora, para que no viese las necesidades de su protegida.

Y no estaba todo concluido aún: El ama de la casa, al saber que en ella se ha hecho la fundación, se enoja, y los señores del consejo, ignorantes de que el Gobernador eclesiástico la hubiese dado la licencia, pues estaba ausente, espantados de tal atrevimiento, que una mojecilla les hiciese monasterio contra su voluntad, la remiten un despacho para que sopena de excomuni6n no se diga misa allí hasta no presentar las licencias, con que se había hecho. (XV 7. 8.)

La dueña de la casa se aplac6, luego que la ofrecieron comprársela y pagársela bien, si no había inconveniente; pero á los señores del consejo ¿quién segaría? Fue menester todo el prestigio de D. Pedro Manrique y la presencia de los recaudos; y aun

así, gracias á que estaba ya hecho y sería gran nota deshacerlo, que si no, fuera poco menos que imposible llevarlo á cabo.

No tardó en socorrerlas aquella divina y cuidadosa Providencia que á nadie falta, y mucho menos á los que se dedican á su servicio. El mismo Alonso Álvarez, con quien al principio no pudo convenirse, y otros, las fueron proveyendo más de lo que quisieran; porque era por esto su tristeza tanta, que no las parecía sino como si tuvieran muchas joyas, y se las llevaran y las dejaran pobres, segun sentían de pena, cuando se las iba acabando la pobreza. Por lo cual preguntando la Santa una vez á sus hijas ¿qué tenían?, pues estaban tan tristes, respondieron: «¿Qué hemos de haber, madre? que ya no parece somos pobres.» (XV. 10.)

¡Oh pobreza santa! Tu eres la verdadera riqueza, y contigo, despreciando el valor de las cosas que no le tienen, poseemos los tesoros del cielo, y aun los puros y verdaderos de la tierra. Contigo la codicia, la ambición, la envidia, las disensiones y todos los vicios, hijos de estas madrastras, desaparecen: y tú, benigna, apacible, modesta y sencilla, haces nacer en nuestro corazón la

santa caridad, la generosidad rica, el suave amor y la paz dulce y deseada.

Hecho el Monasterio, tornó Alonso Alvarez Ramirez á tratar con la Santa, para cumplir con la última voluntad de su hermano; mas como estaba ya fundado el monasterio, ella no sabía qué hacer hasta que, meditado, se resolvió á darle la capilla mayor.

Habia otra persona principal que tambien queria la capilla, y no faltaban algunos que aconsejaban á la Santa que se decidiese por los nobles y caballeros, que en una ciudad como aquella no faltarian; y decian que, aunque los Ramirez eran muy buenos y honrados, no eran ilustres, ni á propósito para tales principios. La Santa no reparaba mucho en esto, porque gloria sea á Dios, siempre estimó en más la virtud que el linaje; mas como habian ido con tantos dichos al Gobernador, y éste la concedió la licencia con la condición que fundase como en otras partes, no sabía á qué determinarse. Verdad es que la fundacion estaba hecha bien pobre y sin auxilio de nadie, es decir, como en otras partes. ¿Aceptaría la proteccion de Alonso Alvarez? El Señor queriendo darla luz en este asunto, la dijo en un poco al caso harian delante del juicio de

Dios estos linajes y estados, por cuya razón concertóse con Alonso en darle la capilla. Y acertó bien; porque con su ayuda pudieron comprar una de las mejores casas de Toledo, la cual les costó doce mil ducados: y como hay en ella muchas fiestas y misas, sirve de gran consuelo á las monjas y de comodidad al pueblo. Si hubiera atendido á las opiniones varias del mundo, difícil hubiera sido obtener tan buenos resultados. (XV. 10. 13.)

En este, como en los demás conventos, era tal la sencillez y pronta obediencia de las religiosas, que habia de mirar muy bien la Priora lo que hablaba, porque en el momento las buenas hijas lo ponían en práctica, como mandato del mismo Jesucristo, sin pararse á considerar los inconvenientes, ni la dificultad. Cierto, que además de las gracias, y mercedes, con que plugó al Señor enriquecer las almas de las que escogió en los principios para esta reforma, examinábase mucho la vocación de las que solicitaban ser admitidas. Sucedió una vez que, habiendo una señora muy rica, llamada Ana, hecho donación de todos sus bienes al monasterio, oponiéndose la Santa á que lo hiciese, y diciéndola que podría suceder que

no la diesen la profesión, y por no conve-
nir, ni ser perfecta su vocación, hubiese de
salirse sin nada de lo que donó, ella respon-
dió que cuando eso sucediese pediría limos-
na por el amor de Dios.

Esta decisión quería la Santa, y en de-
cir la tales expresiones, pretendía evitar que
fuese tentada por haber dado al convento
sus bienes, y probar del todo su vocación;
pues bien sabia que, á ser echada de la
casa, no la dejarían ir sin lo suyo. (XVI. 1.)

En el monasterio de Toledo fué donde,
en otra ocasión, porque entonces la Santa
solo se detuvo quince dias, habiendo en-
trado esta en la celda de una religiosa que
estaba espirando, vió á nuestro Señor á la
cabecera de la cama con los brazos algo
abiertos en ademán de socorrer á la mori-
bunda, el cual dijo á la Santa Madre: «Que
tuviese por cierto, que á todas las monjas
que muriesen en estos monasterios, que Él
las ampararía así, y que no tuviesen miedo
de tentaciones á la hora de la muerte.»
«¡Oh madre, y qué grandes cosas he de
ver en el cielo!» decía la religiosa. Murió
como un ángel. Así muramos todos, soco-
rridos por nuestro Señor Jesucristo. Amen.

CAPÍTULO XIX.

1. *Fundación del monasterio de Carmelitas descalzas de nuestra Señora de la Concepción à 9 de Julio de 1569, y otro de frailes de la misma Orden, ambos en Pastrana.*—2. *Por causa de la princesa de Évoli, que había dado para la fundación, dejaron las monjas aquella casa, trasladándose à la de Segovia.*

1. Era la vispera de pascuas de Pentecostés, y desde la fundación del monasterio de Toledo no habían pasado aún quince dias, empleados por la Santa en asistir à las obras necesarias para la clausura del mismo, y habiéndolas concluido del todo en aquel dia, hallábase su corazón henchido de gozo, quando sentada con sus hijas en el refectorio consideraba que, libre entonces de negocios, podría con mucho descanso recrearse con su amado Esposo Jesús en

aquellas pascuas. Mas en aquel momento llegó un criado de D.^a Ana de Mendoza, princesa de Évoli, que enviaba por la Santa para fundar en Pastrana un monasterio de monjas, como lo tenían concertado en ambas, tiempo hacia. No creía la Santa que fuese tan pronto, y considerando la falta que en Toledo hacía para acabar de asentar todos los negocios y especialmente el gobierno y dirección de sus buenas hijas, resolvió no ir entonces. Respondiéndola el criado que no podía sufrir la princesa aquella afrenta, porque confiando en que luego iría la Santa, la esperaba allí ya. (XVII. 4.)

En el ánimo de otra persona hubiera pesado mucho la conveniencia de hacer tan á poca costa un monasterio más, y la de no perder la influencia poderosa de Ruy Gómez y de su mujer la princesa; mas la Santa atendía ante todo al mejor servicio de Dios: no á las fundaciones, sino á las buenas fundaciones, cuya bondad depende en gran parte de los principios, que á ella como maestra tocaba afirmar. Tampoco lo sufría el corazón de aquellas hijas: y así determinada á quedarse con ellas, acudió á donde siempre había hallado consejo seguro, esto es, al Santísimo Sacramento, para rogar al

Señor la diese luz y acierto para contestar á la princesa de manera, que creyese que no la desatendía, y rogarla que dejase aquel asunto para mejor ocasión; porque entonces no la era posible dejar aquella casa sin peligro de que se destruyese. El Señor, empero, disponiendo lo contrario, dijo á su sierva que no dejase de ir, que á más iba que á aquella fundación, y que llevase la regla y las constituciones. (XVII. 2.)

Consultólo ella con su confesor, mas sin darle cuenta de lo que en la oración había entendido; porque cuando el Señor quiere que se haga alguna cosa, pónela en el corazón é ilustra el entendimiento aun por medios naturales, y mucho más á los que ha puesto como representantes suyos, cuyos dictámenes en las cosas espirituales ante todo debemos seguir.

Entendidas, pues, las palabras de su Majestad, y escuchando el consejo de su confesor, en el segundo día de Pascua salió de Toledo, quedando allí de Priora á Isabel de Santo Domingo.

Al llegar á Madrid, que estaba en camino, fué á parar á un monasterio de franciscanas con una señora, que le hizo y estaba en él. Llamábase D.^{na} Leonor de Mascareñas,

aya del Rey, como queda dicho en el capítulo XV, y muy buena cristiana. Alegróse mucho de verla esta señora, porque un ermitaño que con otro compañero moraba allí en un aposento, que ella les había cedido, deseaba conocerla.

Llamábase Mariano de San Benito, era italiano de nación, doctor, y de grande ingenio y habilidad; y trájole Dios á su servicio, cuando estaba con la Reina de Polonia, siendo el gobierno de su casa. Había estado doce años en una cárcel por calumnia, que se descubrió tan claramente, que los tribunales dieron luego contra los falsos testigos: y él fué tan bueno, que no solo los perdonó, sino que gastó muchos dineros para librarles, siendo así que no había querido nombrar abogados que le defendiesen á él. Conociendo la miseria de las cosas de este mundo, determinó apartarse de él: y habiendo sabido que en el desierto, llamado el *Tardón*, cerca de Sevilla, vivían unos ermitaños bajo la dirección de uno muy santo, llamado Mateo, estuvo con ellos por espacio de ocho años. Vivían allí del trabajo de sus manos, no récibían limosna alguna: comían cada uno de por sí y muy pobremente: cada cual tenía su celda separada: no decían oficio

alguno, sino que acudían á un oratorio, en donde oían misa: era, en una palabra, su modo de vivir muy parecido al de los antiguos anacoretas.

Desgraciadamente los virtuosos no pueden tener en este miserable mundo libertad para vivir, ni aun en las entrañas de los montes y desiertos; porque los viciosos, vistiéndose con el manto de la inocente virtud, roban, matan y se entregan á la disolución, haciendo caer sus infamias como indeleble mancha sobre el rostro de los virtuosos y santos.

Vestíanse, en efecto, con el hábito de moujes algunos bribones, acechaban al caminante y le despojaban, cometiendo toda clase de escesos.

Para remedio de lo cual, y á fin de distinguir á los verdaderos de los falsos monjes, mandó el Santo Concilio de Trento que se redujesen á sus Ordenes. Así, pues, los piadosos ermitaños del *Tardón* no podían seguir en el género de vida, tan provechoso para sus almas y tan del servicio de Dios.

Por esto el P. Mariano de San Benito había concebido el proyecto de ir á Roma á solicitar que se les dejase vivir como antes,

para lo cual la princesa de Evoli, y su esposo Ruy Gómez de Silva, le habían ofrecido una ermita en Pastrana, á donde la Santa iba.

Este era sin duda alguna aquel otro negocio, para el que la había dicho el Señor que á otra cosa iba ella á la fundación.

Mostró la Santa al P. Mariano la licencia que de su P. General tenia para fundar dos monasterios de Descalzos, uno de los cuales estaba hecho ya en Duruelo. Enseñóle, asimismo, su regla, añadiéndole que con ella podría sin tanto trabajo guardar todo aquello, especialmente en lo de vivir de la labor de sus manos, que es á lo que más se inclinaba para destruir la codicia que tenía corrompido al mundo y en desestima á los religiosos; y en fin, que en la Orden del Carmen podría servir mucho á nuestro Señor y á su benditísima Madre.

Respondió el piadoso varón que lo reflexionaría aquella noche; y al que tantos años había venido trabajando para encontrar estado, pues el que tenía no lo era, toda vez que no hacían votos, ni se había decidido á favor de Orden alguna, en aquella noche mudó Dios de manera, que á la mañana siguiente prometió á la Santa tomar el

hábito del Gármén en cuanto estuviese arreglado todo. (XVII. 5.)

Solicitó ella desde allí, y por la mediación de D. Álvaro de Mendoza, Obispo de Ávila obtuvo la licencia de los dos PP. Provinciales: y habiendo llegado á Pastrana, acompañando desde Medina á dos monjas el P. Baltasar de Jesús, buen predicador, éste, el P. Mariano, su compañero Fr. Juan de la Misericordia y los demás ermitaños del Tardón, todos á la vez se descalzaron, quedando con ello fundado el segundo monasterio de Carmelitas reformados, únicos para que tenía licencia la Santa.

Estos fueron como la cuna y semillero, que había de proveer á los demás, que después se extendieron por el mundo. (XVII. 7.)

Bien recibida la Santa por la princesa que la esperaba ya en Pastrana, hubo de permanecer tres meses en casa de aquella señora, mientras que se arregló la que había de servir para convento, que como era pequeña, habíala destruido en gran parte para añadirla. No fué esta la única causa de la dilación: la princesa imponía á la Santa condiciones imposibles ó inconvenientes, toda vez que se oponían á la regla primitiva ó á las prescripciones del Santo concilio de Tren-

to. Aunque la Santa cedía en algunas cosas no tan importantes, á fin de que permaneciendo firmes en sus buenos deseos los príncipes, pudiese hacerse la fundación de frailes, que era para Teresa el negocio principal y de utilidad incalculable, no era probable avenirse, y aun estuvo para dejarse. La prudencia y generosidad de Ruy Gómez de Silva convenció á su esposa, con lo que tuvo el deseado fin este asunto de la fundación del monasterio de monjas, la cual quedó hecha en nueve de Julio de mil quinientos sesenta y nueve. (XVII 5. 7.)

2. Las monjas de esta casa, en donde quedó de Priora Isabel de Santo Domingo, llevándola desde Toledo, y de Subpriora Isabel de San Pedro, vivían muy amadas lo mismo del pueblo que de la princesa, que las manifestaba su aprecio con muchas limosnas. Viendo pues la Santa que, según parecía, aquella fundación estaba asegurada, se fué á Toledo á perfeccionar lo que allí quedaba comenzado.

Mas al poco tiempo falleció Ruy Gómez, y la princesa su mujer, hondamente afligida por la muerte de persona tan amada, resolvió entrar como monja en el monasterio hecho por ella y lo llevó á cabo. Esto, que

parecía ser un gran bien, fué la causa de no pequeños males y de la destrucción de la casa. La princesa, cuanto más se la iba remitiendo el dolor, tanto más se iba olvidando de aquello á que había venido, y con su autoridad de princesa y fundadora pretendía libertades y exenciones muy perturbadoras de la disciplina del Convento, y nada en armonía con la regla. La majestad y señorío con que quería ser tratada no solo de las monjas, sino tambien de una criada que llevaba consigo y fué la causa principal de todo, desdecía del hábito de monja, y abría la puerta á los abusos.

Nada bueno era esto para principios de una reforma, y hubiera sido reprehensible consentirlo. La Priora, cumpliendo con su delicada obligación, hacia la respetuosas reflexiones, y ella, y sus hijas, la obsequiaban á porfía; mas la princesa disgustose con todas hasta el punto de dejar el hábito y volverse á su casa, en donde creció el encono contra ellas, y el disgusto y desconsuelo de estas pobrecitas.

Por lo cual, habiéndolo consultado la Santa con los Superiores y personas devotas, meditando bien lo que había de hacer, para su remedio de todo, á los cinco años, el de 1574,

envió por ellas de secreto. Salieron estas de Pastrana con gran silencio á las doce de la noche, llevándose consigo á las monjas admitidas de gracia por mandato de la princesa, y las cosillas que habían llevado á su entrada y les pertenecían. Todo lo demás quedó en el monasterio. Así concluyó aquella fundación principiada bajo tan buenos auspicios. Las monjas se trasladaron á Segovia, en donde entonces se estaba fundando, y los de Pastrana quedaron tristes y desconsolados por su ausencia. (XVII. 8.)

¡Ejemplo bien triste de la volubilidad de los hombres! Esto debe excitarnos á confiar en solo Dios, que es nuestra esperanza y fortaleza y la casa de nuestro refugio (Salm. XLII. 2)

Grande es el poder de los ricos y no en vano son llamados poderosos; mas este poder é influencia se inclina muchas veces á mala parte y es una terrible desgracia. Moderen, moderen por Dios los ricos, los poderosos y las autoridades sus bríos, ó empléenlos en servir á buenas causas, y los individuos, la familia y la sociedad percibirán bienes, que les obliguen á bendecirlos y alabarlos.

CAPÍTULO XX.

1. *Fundación del monasterio de San José de Salamanca en 1.º de Noviembre de 1570.*—
2. *Traslaciones del mismo*—
3. *Aparición de la Santa, viviendo aún, à Isabel de los Angeles.*

1. Desde que llegó la Santa desde Pastana á Toledo, habianse pasado algunos meses, que ella empleó en el arreglo de aquella casa, segun queda referido, cuando recibió carta del P. Martin Gutiérrez, Rector de la Compañia en Salamanca, invitándola á que fundase un monasterio en esta insigne ciudad, y dándola para ello razones de conveniencia. No entendia la Santa que pudiera subsistir allí un monasterio de monjas, con solas limosnas por parecerla pobre el lugar; pero considerando que lo era más aún Avila, y sin embargo aqui vivían muy bien las monjas solo de agena caridad, y que habian

de ser pocas las hermanas y podrían ayudarse de las labores de sus manos, confiando en que Dios nunca falta á quien bien le sirve, no dudo seguir el consejo del Padre Martín. (XVIII. 1.)

Yéndose de Toledo á Ávila, solicitó desde aquí la licencia del Ilmo. Señor Obispo de Salamanca, que lo era entonces D. Pedro González de Mendoza, el cual lo hizo tan bien, que como el P. Martín le informó perfectamente de la Orden y de que sería del servicio de Dios, la concedió luego.

Procuró Teresa que una señora, amiga suya, la alquilase una casa, lo que fué muy difícil porque no era entonces tiempo de arrendarlas. Al fin hallóse en el barrio de San Francisco una de Gonzalo Yañez de Ovalle, aunque hubo gran dificultad de desembarazarla por vivir en ella estudiantes, que por último prometieron hacerlo cuando fuese venida la persona para quien era.

Llegó la Madre á Salamanca la víspera de los Santos del año 1570, y cansada, enferma, medio yerta de frío, acompañada de una sola monja y del capellán D. Julián de Ávila, paró en una posada á la hora del medio día. (XVIII. 1. 2.)

El lector hará muy bien en ponderar, y nunca será lo bastante, los trabajos y dolores que nuestra Madre sufriria en sus viajes, hechos en aquella época, en que ni los caminos eran buenos, ni los medios de locomoción tan fáciles y cómodos como hoy. Viajaba ora con frios, escarchas, yelos, granizadas, tempestades y nieves; ora en estaciones de intensísimo calor: siempre delicada y con sus achaques y enfermedades; atenta siempre al rezo, á la oración y al cumplimiento posible de su regla; ocupándose en todas partes de la dirección de sus hijas á quienes habia de escribir á menudo, y manteniendo correspondencia con señores, príncipes, Reyes, y con los devotos y santos, que entonces en nuestra amada pátria abundaban. Admira por cierto esta fortaleza de ánimo, este sufrimiento y vigilancia tanto como cualquiera otra de sus muchas virtudes; porque no rara vez ocurría estar muy mal y en cama un día, y al siguiente hallarse animosa y en camino. ¡Imposible parece que siendo tan delicada de salud, tuviese fortaleza y tiempo para tanto! ¡Lo que puede de una buena voluntad á quien Dios ayuda!

Luego que llegó á Salamanca procuró que allí, donde ella estaba, viniese Nicolás

Gutiérrez, que había sido rico y era ya muy pobre, pero honrado, sufrido y cristiano excelente, á quien tenía rogado que la desembarazase la casa, y de quien oyó que no lo había podido conseguir de los estudiantes. Representóle la gran necesidad en que se hallaba de tomar posesión antes de que por la ciudad se divulgase la noticia de su venida, y rogóle que procurase que la dejaran libre la casa. Consiguióse, aunque con trabajo, aquella misma tarde, y así anochecer acompañada de María del Sacramento entró en ella, habiendo tenido necesidad de trabajar no poco aquella noche para limpiar sus habitaciones y prepararlo todo para el día siguiente, en el cual se dijo la primera Misa.

Así quedó fundado el monasterio de San José de Salamanca en el día 4.^o de Noviembre de 1570.

Aquel día envió por más monjas á Medina del Campo, y á la noche quedaron solas la Santa y una monja.

No deja de ser curioso el modo con que Santa Teresa refiere el miedo, que en aquella noche pasó la compañera. Dice así: Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de mas edad

que yo, harto sierva de Dios, que me da gana de reír. La casa era muy grande y desbaratada, y con muchos desvanes, y mi compañera no había quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole, que como se había enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella: lo pudieron muy bien hacer, según había á donde. Cerrámonos en una pieza donde estaba paja, que era lo primero que yo proveía para fundar la casa; porque teniéndolo, no nos faltaba cama: en ella dormimos esa noche con unas dos mantas que nos prestaron. Otro día unas monjas que estaban junto, que pensábamos les pesara mucho, nos prestaron ropa para las compañeras que habían de venir, y nos enviaron limosna: llamábase Santa Isabel, y todo el tiempo que estuvimos en aqueila casa nos hicieron harto buenas obras, y limosnas. Como mi compañera se vió cerrada en aqueila pieza parece sosegó algo quanto á los estudiantes, aunque no hacia sino mirar á una parte, y á otra todavía con temores, y el demonio que la debia ayudar con representarla pensamientos de peligro para turbarme á mí, que con la flaqueza de corazón que tengo, poco me solia bastar. Yo la dije,

ALICIA PETERS
- TALLERES

¿qué miraba pues allí no podía entrar nadie? Dijome: Madre, estoy pensando, si ahora me muriese yo aquí ¿qué haríades sola? Aquello, si fuera, me parecia recia cosa: hizome pensar un poco en ello, y aun haber miedo, porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no lo hé, me enflaquecen el corazon, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba, que como he dicho, era noche de las Animas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías: cuando entiende que del no se ha miedo, busca rodeos. Yo la dije: hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer, ahora déjeme dormir. Como habíamos tenido dos noches malas, presto quito el sueño los miedos. » (XIX. 3.)

Ánimo y confianza en el Señor se necesita en gran manera para emprender la fundación de un monasterio con tanta pobreza; pues si en Toledo se atrevio a entrar en la casa con solos dos jergones y una manta, aquí no tenía sino dos prestadas y un poco de paja. ¿Y habrá aun quien se atreva, no ya á no socorrer á las pobres monjas, que, huyendo del mundo, buscan su salvacion en un rinconcito ajenas de todo humano con-

suelo, sino, lo que es mucho peor, á decir mal de ellas, y á perseguirlas y á impedir que se las ayude?

Al dia siguiente llegaron de Medina las MM. Ana de la Encarnación y Maria de Cristo, á quienes la Santa hizo Priora y Subpriora respectivamente y la M. Gerónima de Jesús. Despues vinieron de Ávila la M. Ana de Jesús, que más adelante hizo la fundación de Granada y la escribió por orden de sus Superiores, Maria de San Francisco, que luego pasó á Alba y Juana de Jesús.

Para el buen orden nos ha parecido conveniente narrar en cada fundación todo lo que á la misma se refiere y así lo haremos en esta.

Apenas concluida, vióse la Santa en la necesidad de irse á Avila: entendió despues en la fundación del de Alba; y luego fué nombrada Priora de la Encarnación por sus Superiores para que reformase las costumbres de las monjas, como se dirá en el capítulo XXII. En esto se pasaron próximamente tres años, al cabo de los cuales su Prelado, movido de lástima al ver los trabajos que habian padecido, y padecian aún, las pobrecitas monjas de Salamanca, la mandó que viniese á remediarlo,

Era, como se dijo ya, la casa muy grande, fria y húmeda, y lejana del centro de la población, por lo que las monjas estaban casi de continuo enfermas y no recibían suficiente limosna para el sustento. Verdad es que la Santa, como buena Madre, se cuidaba de ellas desde lejos y las socorria, y que ellas estaban muy contentas con su pobreza; mas carecían de Santísimo y este era para ellas motivo de pena. Además había que gastar mucho en arreglar lo más preciso de la casa, y no tenían con qué; había-se de pensar en la estabilidad del monasterio, y en el porvenir, que no siempre había de vivir la Santa para socorrerlas.

Quando esta llegó, ya ellas habían tratado con D. Pedro de la Banda, caballero de allí, que tenía una casa entre las del Conde de Monterey y el de Fuentes; mas era de mayorazgo, y estaba tal, que fué menester gastar más de mil ducados para entrar en ella. Era menester para la fuerza del convenio la licencia del Rey; mas el dueño permitió que antes de que llegase la licencia la habitasen, y añadió que no había inconveniente en que principiasen la obra. En efecto, vista la casa por la Santa y el Capellán D. Julian de Ávila, trabajóse con prisa

desde Agosto á San Miguel, y aun no pudo concluirse del todo. Era la época del arrendamiento de las casas: la en que vivian estaba arrendada ya á otros: habíase publicado la traslación del monasterio para el día de San Miguel y anunciado sermón, por cuyas razones aunque no estaba acabada de enlucir la iglesia, y se llovía por no estar bien retejada, y el dueño no estaba en la ciudad, se pasaron las monjas á esta casa al amanecer del día de San Miguel.

Quiso Dios que aquel día no lloviese y pudo hacerse la anunciada función religiosa, á la que hubo grande asistencia y música, poniéndose en fin, el Santísimo, que verá uno de los mayores y más buenos deseos de las monjas. Con esto comenzaron á ser conocidas y socorridas de los de la ciudad, especialmente de la condesa de Montrey D.^a María de Pimentel y de D.^a Mariana, esposa del Corregidor. (XIX. 7. 8.)

Mas no concluyó aquí el negocio de la casa, porque luego el dueño de ella se presentó exigiendo muchas condiciones no estipuladas, pues se habían cumplido las convenidas; y no fué posible que otras personas se aplacasen ó hiciesen venir á razón, por lo que hubo pleitos y demandas, que dura-

416 VIDA DE SANTA TERESA

ron hasta después de la muerte de la Santa. Entonces se trasladaron a una casa que era hospital del Rosario, cerca del insigne convento de San Esteban de la Orden de Santo Domingo. Hoy están fuera de los muros de la ciudad, junto al colegio que fue de Padres Bernardos.

Al concluir de contar la Santa esta fundación, dice: «Lo que se es que en ningún monasterio de los que el Señor ha fundado desta primera regla, no han pasado las monjas con mucha parte tan grandes trabajos.» (XIX. 6.)

3. Restanos referir una aparición maravillosa de la Santa a una religiosa de este monasterio.

En el año 1579, mientras la Santa se hallaba en Segovia, Isabel de los Angeles, religiosa de San José de Salamanca, que habia padecido por espacio de ocho meses una gravísima enfermedad con dolores intensos, y lo que es más, era apretada de escrupulos, trabajos interiores y sequedades, hallabase postrada en el lecho del dolor y movía a compasión a quien la miraba.

Era el día 11 de Julio fiesta de San Bernabé apostol: las monjas se fueron a Misa quedando á la enferma sola y encomen-

dándose á Dios y rogándole que la asistiese en la hora de la muerte, que, á juzgar por su estado, no tardaría mucho en llegar. Cuando las monjas volvieron á visitarla, halláronla alegre sobremanera. «¡Bendito sea Dios, hermana!, que parece está mejor.... ¿Qué es lo que siente, que tan alegre está?» dijo la Priora. —Ella respondió. La alegría es, Madre, que hoy se acabarán estos trabajos, y gozaré del bien que deseo tanto tiempo hace. —Como la respuesta indicaba seguridad del tiempo que había de vivir y del esperado premio, que á nadie es dado conocer, si el Señor no lo revela, la Superiora preguntó ¿quién se lo había dicho?—Ella sonriéndose contestó: ¿Qué cosas pregunta? Madre Superiora: Quien puede me lo ha dicho.»

Quedóse á solas con ella la M. Ana de Jesús, que había sido Maestra en su noviciado, y la preguntó: ¿qué había, pues así aseguraba que en aquel día había de salir de este destierro? La enferma contestó que mientras ellas oían Misa, la había estado acompañando la Santa Madre, Teresa de Jesús; bendiciéndola; y que llegandola las manos al rostro la decía: «Hija mía, no sea boba, ni esté con esos temores, sino antes



muy confiada en lo que hizo y padeció por ella su Esposo, que es grande la gloria que le tiene aparejada, y crea que hoy la gozará.

Alegre, serena y sin escrúpulos, esperó la hora de la muerte, que parecía á los que la miraban, que no había de ser en aquel día. A las once de la noche lo dijo con tantas veras, que luego la Priora, reuniendo el Convento, hizo decir el Credo y al llegar á la última palabra *vitam æternam*, y la vida perdurable, espiró dulcemente.

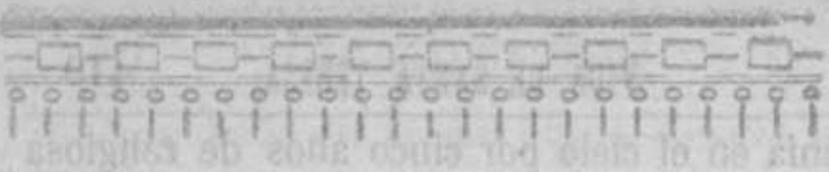
Su cuerpo quedó tan hermoso y con tanto resplandor, que en las exequias que por ella se hicieron en la iglesia, porque la capilla del monasterio era muy reducida, fue necesario que el conde de Fuentes y el comendador Paez, defendiesen el lecho de la difunta mientras se hacían los oficios.

Averiguóse despues que mientras la Santa se apareció á la enferma y estuvo con ella, llamaron por dos veces en el cuarto de Santa Teresa en Segovia, y que nadie respondió, porque estaba como muerta. De allí á un año, preguntada por Ana de Jesús, cuando la llevó para que fuese Priora del monasterio de Veas, confeso que así había pasado; y que era tanta la gloria que Isabel

tenía en el cielo por cinco años de religiosa como otras por cincuenta.

Admirable es la amorosa misericordia de nuestro Padre celestial, que se vale de medios tan estupendos para consolar y dar ánimo en la hora de la muerte á sus escogidos. ¡Cuánta es su providencia, cuánta su tierna compasión con los hombres á quienes redimió á tanta costa. ¡Dichosa el alma á quien el Señor hace mercedes tan extraordinarias! ¡Feliz aquella, de quien se vale! ¡Feliz aquella por cuyo bien se ejecuta! También se apareció San Antonio de Padua y otros Santos de una manera semejante. ¡Gloria á ellos, á quienes Dios así ama! ¡Gloria á Dios, que así les honra!

Quiera el Señor por la intercesión de la santísima Virgen y la de su esposo el bendito San José, y la de Santa Teresa, que tanto les amaba, asistirnos con gracias eficaces en aquel trance terrible de la muerte, para que podamos vencer las potestades del infierno y alabar despues al Señor en compañía de los Santos por siglos sin fin.



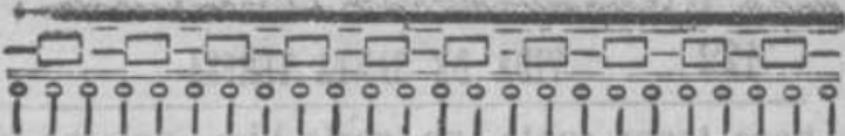
como otras por tales.

Admirable es la amorosa misericordia de nuestro Padre celestial, que se vale de medios tan estupidos para consolar y dar alivio en la hora de la muerte a sus escogidos.

CAPITULO XXI. *Continúa en la vida de la Señora de la Anunciación con los hombres a que...*

Dícese que fue Teresa de Alba, que dio bienes para la fundación del monasterio de nuestra Señora de la Anunciación de Alba, y como se fundó a 25 de Enero de 1571.

No habían pasado dos meses desde que en primero de Noviembre había tomado la Santa posesión del monasterio de Salamanca, cuando fué importada de parte del contador del ducado de Alba y su mujer para que fundase en la villa de este nombre. Ella como tenía inclinación a que se hiciese sin renta, y esto no podía ser por la estrechez de Alba, que no podía dar limosnas bastantes a mantener a las monjas, repugnábalo y así debió decirlo al contador. El P. Bañez, su confesor, que se hallaba entonces en Salamanca, rió's por esto, y dijo que, pues el Santo Concilio daba licencia



CAPÍTULO XXI.

Dicese quien fué Teresa de Laiz, que dió bienes para la fundación del monasterio de nuestra Señora de la Anunciación de Alba, y cómo se fundó á 25 de Enero de 1571.

No habían pasado dos meses desde que en primero de Noviembre había tomado la Santa posesión del monasterio de Salamanca, quando fué importunada de parte del contador del duque de Alba y su mujer para que fundase en la villa de este nombre. Ella, como tenía inclinación á que se hiciese sin renta, y esto no podía ser por la estrechez de Alba, que no podría dar limosnas bastantes á mantener á las monjas, repugnábalo y así debió decirlo al contador. El P. Bañez, su confesor, que se hallaba entonces en Salamanca, riñó'a por esto, y dijola que, pues el Santo Concilio daba licencia

para tener renta, no sería bien dejarse de hacer un monasterio con ella, porque esto no se oponía á que las monjas no poseyesen nada en particular, ni á que fuesen muy perfectas. (XX. 9.)

Habiendo instado á la Santa el contador y su esposa valiéndose de D. Juan de Ovalle y D.^{na} Juana de Ahumada, cuñado y hermana de Santa Teresa, que vivían en Alba, resolvióse á satisfacer los buenos deseos de la piadosa Teresa de Laiz.

Era esta hija de padres nobles é hijosdalgo, quienes por no ser tan ricos como lo pedia la nobleza de su linaje, vivían en Tordillos, lugar pequeño, distante dos leguas de Alba. Cuando nació Teresa, tenían ya los padres otras cuatro hijas; y al ver que esta lo era también, y no hijo como querían, tuvieronla tan poco amor, que aun que la bautizaron luego, quedáronla como abandonada al tercer día sin acordarse nadie de ella desde la mañana á la noche. Cosa, cierto, mucho para llorar, que sin entender los mortales lo que les está mejor, como los que del todo ignoran los juicios de Dios, no sabiendo los grandes bienes que pueden venir de las hijas, ni los grandes males de los hijos, no parece que quieren dejar al que todo lo en-

tiende y lo cria; sino que se matan por lo que se habían de alegrar; como gente que tiene dormida la fé, no van adelante con la consideración, ni se acuerdan de que es Dios el que así lo ordena! (XX, 2.) Porque á la verdad ¿quién más sabio, más poderoso, más santo y más providente que Dios? Cuántos padres se condenarán por sus hijos y cuántos otros se salvarán por sus hijas!

Pues como á la noche viniese la mujer, que de la niña cuidaba y supiese esto, fuese allá, y tomándola en sus brazos, como quejándose de la crueldad con ella tenida, la dijo: «¿Cómo, mi hija, vos no sois cristiana?» Y quiso Dios que alzando la niña la cabeza, respondiese: «Si soy;» y no habló más hasta la edad que todos suelen. Los que la oyeron, que eran algunos, quedaron espantados y la madre la comenzó á querer y regalar desde entonces, y pedía á Dios la dejase vivir para ver lo que sería aquella niña, á quien Él, Padre misericordioso, así amaba. (XX, 3.)

Creció la niña en virtudes; no tenía inclinación al matrimonio, ni aceptaba los que sus padres la proponían; mas cuando supo que la pedía Francisco Velázquez, luego se determinó á casarse con él, aunque

no le conocía, disponiéndolo así Dios para la fundación de este monasterio. Era tan virtuosa, que por haber aposentado los mayordomos del duque en su casa de Alba á un caballero jóven, principió á detestar al pueblo, y consiguió de su esposo que fueran á vivir á Salamanca. Pasaban allí los dias, felices, obsequiados y ricos á causa del oficio que él tenía, y no padecian otra pena que el no tener hijos para que, muertos ellos, hubiese en su descendencia quien alabase á Dios, que no otra cosa deseaban.

Para alcanzarlo tenía Luiz muchas devociones y oraciones, y encomendábalo á San Andrés, del que la habían dicho era abogado de esto. Después de varios años empleados en estos ejercicios, estando ella acostada, oyó una noche que la decían: «No quieras tener hijos que te condenarás.» No por eso cedió en sus devociones y ofertas, especialmente á San Andrés, pareciéndola que pues su fin era tan bueno ¿por qué se habla de condenar?, hasta que una vez, estando con este mismo deseo, no sabe si despierta ó dormida, la pareció que se hallaba en una casa, en cuyo patio, debajo del corredor, había un pozo, y en aquel sitio un verde prado con unas flores blancas de tanta

hermosura, cuanta no podía encarecer. Cerca del pozo, se la apareció San Andrés en forma de una persona muy venerable y hermosa, que la daba gusto mirarle, y la dijo: «Otros hijos son estos que los que tú quieres.» Ella entendió en esto ser la voluntad de Dios que hiciera monasterio, y se determinó juntamente con su esposo á ponerlo por obra, sin volverse á acordar de tener hijos. (XX. 5.)

Poco despues la duquesa de Alba dió un cargo al esposo de la Laiz, el que, por ser en la villa de su naturaleza, aceptó, aunque era de menos intereses que el que tenía en Salamanca, y comprando una casa, envió por su mujer. Esta, en cuando lo oyó, afligióse en gran manera acordándose del huesped, y mucho más lo sintió al ver la casa que, aunque estaba en buen puesto y era de anchura, carecía de edificios. Acostóse con esta fatiga, y cuando á la mañana se levantó, cuál sería su sorpresa, cuando al entrar en el patio, le vió con el pozo mismo, y de la manera misma que se le habia representado? Turbada, resolvióse á fundar allí el monasterio, y con este propósito sin acordarse más de salir de Alba, principiaron á comprar las casas contiguas, hasta que tuvieron bastantes para ello. (XX. 7.)

Querían ellos que fuesen pocas y recogidas las monjas del convento, que pensaban hacer, y habiéndolo consultado con dos religiosos de distintas Órdenes, como les respondieron que no convenia, y que era mejor emplearse en otras buenas obras; ellos, temerosos de Dios cuyo servicio y gloria buscaban, lo dejaron. Intentaron, pues, casar un sobrino carnal de ella, con otra sobrina de él, á quienes querian mucho, y darles gran parte de su hacienda; mas como eran otros los designios del Señor y no habían de dejarse de cumplir, antes de quince dias murió el sobrino. La buena tia lloraba temerosa, pareciéndola que por no haber cumplido su primera resolución, habia en castigo muerto aquel amado sobrino; y acordándose del profeta Jonás, á quien por no haber obedecido á Dios tragó la bellena, tornó á sus antiguos deseos. (XX. 8.)

Pero eran tales las condiciones que exigia para el monasterio, que cuantos tenían el gasto de escucharla, reianse como de cosa imposible de encontrar. En esto un fraile francisco hombre de letras y calidad, que era su confesor y acertó á ir á un lugar donde le dieron noticia de los monasterios del Círculo fundados por Santa Teresa, informán lo-

se muy bien de la vida de las monjas, de la regla que observaban y demás, vino muy alegre á comunicársele á la buena Teresa Laiz, y aconsejóla que lo tratase con la Santa. Fué esta, dice el Ilmo. Yepes, dos veces á la villa de Alba con este motivo y hubo hartas respuestas antes de convenirse con los fundadores; porque no daban todo lo que era necesario para la fábrica, y para el sustento de las religiosas; y la Santa cuerda y prudente era de opinión de que sus monasterios se fundasen sin renta, ó á ser en poblaciones pequeñas tuviesen la necesaria para no depender de parientes, deudos ú otras personas. Al fin dieron aquellos la renta, que pareció ser bastante, y sin contradicción ninguna se fundó en Alba el monasterio de nuestra Señora de la Anunciación á 25 de Enero de 1571 en las casas de Teresa Laiz y su esposo D. Francisco Velazquez, Contador de los duques de Alba, D. Fernando y D.^a Maria Enriquez. Fundóse en el mismo año, que se ganó á los moros la célebre batalla naval de Lepanto; fué este el monasterio en que quiso el Señor que once años más tarde muriese la Santa y en él quedasen sus principales reliquias; y para que todo fuese célebre, don

Fernando de Toledo, duque y señor de Alba, fué aquel famoso y renombrado general, que tantas batallas ganó, é hizo en el mundo tanto ruido.

La Santa puso de Priora de este monasterio á Juana del Espiritusanto y de Subpriora á Maria del Sacramento. Más adelante entró con el nombre de Beatriz del Sacramento D.^a Beatriz de Toledo, hermana de D. Antonio Álvarez de Toledo, duque de Alba, que fué despues Priora de Salamanca; y con el nombre de Beatriz de Jesús entró también D.^a Beatriz de Ahumada, sobrina de la Santa y Priora despues en Ocaña.

Añade el Ilmo. Yepes, que habiendo enfermado gravemente D.^a Teresa de Laiz, fundadora de este convento de Alba, sintiéndose mejor y no esperando entonces la muerte, la Santa Madre, que habia fallecido ya, se la apareció con su manto blanco, como ella la habia conocido en vida, y que la hizo señas llamándola para que fuese con ella, en lo que entendió que la convidaba para que fuese á gozar de la gloria, que por sus buenas obras habia merecido, porque este es el premio que dá el Señor á los que se emplean en su servicio. (Yepes Libro 2.^o capítulo XXIV.)

CAPÍTULO XXII.

1. Llega la Santa á Medina, de donde sale para Avila obedeciendo al P. Provincial. — 2. Por providencia de Dios y para honra de la Santa vuelve á Medina por mandado del Visitador y poco despues al monasterio de la Encarnación de Avila como Priora. — 3. Prudencia y humildad admirables de la Santa en este convento.

1. Por el tiempo en que se hacia en Alba la fundación, habia en el monasterio de Medina del Campo no pequeñas diferencias entre las monjas y los deudos de una novicia: y la Santa para componerlas, en quanto quedó arreglada la casa de Alba, se trasladó á Medina. Estudiado el asunto, Santa Teresa, que en todo buscaba la mayor gloria de Dios y aspiraba á lo más perfecto, creyó que la razón estaba de parte de las monjas, y dióselas; aunque no parecian ser estos los

deseos del P. Provincial. Este tampoco estuvo conforme con la Santa en el nombramiento de Priora, que entonces se hizo allí; porque pretendía el que fuese Teresa de Quesada, monja de la mitigación, la Priora que había de nombrarse; y la Santa, que lo fuese Inés de Jesús.

Bien pensado, ¿cómo ha de ser buena maestra la que solo es discípula? Una monja de la mitigación, sin haberse ejercitado en las reglas de la reforma, ó sin conocerlas acaso ¿acertaría á proponerlas y hacerlas cumplir á las que de su vigilancia dependían? Aquel celo exquisito, delicado, atento, riguroso y prudente de que han de estar adornadas las que mandan, le tendría la monja á quien la Santa, tan concedora de espíritus no ayudaba?

Resentido de esta el P. Provincial al verla en ambos asuntos contraria á él, mandóla que, en virtud de Santa obediencia y bajo pena de excomunión, saliese de Medina dentro de aquel día, y con ella Inés de Jesús á quien había nombrado Priora. La Santa aunque era ya tarde cuando se la notificó y el tiempo de crudo y riguroso invierno, sus enfermedades continuas y grande el dolor de las monjas, que se comprometían á des-

agraviar al P. Provincial, obedeció sin quejarse y se partió para Avila.

2.º El Señor empero, que con providencia paternal se cuida de sus hijos muy queridos, así como acudió al remedio de los tres niños en el horno encendido, volvió también por la honra de nuestra Santa, y aun se la añadió más crecida en el mismo convento, del que se la había mandado salir.

En aquel tiempo S. Pio V, Pontífice reinante, determinó señalar Visitadores para la reforma que según el santo concilio de Trento había de hacerse en las Órdenes. Cupo á la del Círmén de la provincia de Castilla al P. Maestro Pedro Fernández, dominico, quien, persuadiéndose de las extraordinarias virtudes de Santa Teresa tanto más, cuanto menos creibles le habían sido las narraciones que de ella le hiciera el P. Bañez, pensó utilizar sus servicios en cuanto le pareciese conveniente. Teresa de Quesada, Priora en Medina por nombramiento del P. Provincial, había dejado de serlo para volverse al monasterio de la Encarnación, de donde procedía; y el P. Visitador ordenó á la Santa que fuese al convento de Medina, á donde habiendo llegado, fué elegida Priora por sus hijas.

Regíalas con dulzura y hacíalas caminar con diligencia por la senda de la perfección; mas estuvo con ellas poco tiempo, porque pasados tres meses, poco más ó menos, el mismo Visitador reconoció la necesidad de que una mujer tan santa, como Teresa, tomase á su cargo el monasterio de la Encarnación de Avila, y le amparase en lo espiritual y temporal en que se estaba acabando.

Era la causa de esto que por ser tantas las monjas del mismo, pues llegaban á ciento y cincuenta (II. 1) no recibían lo necesario para el sustento y se hallaban muchas determinadas á pedir licencia á los Superiores para volver á la casa de los padres ó deudos, resultando de uno y otro que la disciplina se había relajado, no se guardaba el recogimiento como se debiera, y acarreábanse muchos daños á la santidad de las costumbres.

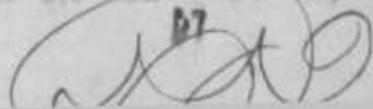
El P. Visitador, habiéndolo consultado primero con los definidores del Capítulo de los PP. Carmelitas calzados, con el consejo de estos y con la autoridad, que él tenía, hizo á Santa Teresa Priora del monasterio de la Encarnación para que con su presencia y ejemplares virtudes remediase aquella casa.

Honda pena sentía en ello nuestra Santa, porque era mucha la paz y consuelo que hallaba con sus monjas descalzas; grande la necesidad que estas sentirían de su presencia, pues consejo y dirección aun podría darlas desde lejos, y más grande todavía la contradicción que hallaba en las Prelacias, que pudiera ejercer, especialmente en donde fuera necesario avenir condiciones tan diversas.

Entonces fué cuando encomendando la Santa á Dios nuestro Señor á un su hermano, que estaba en donde, segun ella, corría peligro su salvación, con santa confianza decía á su Majestad: «Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este peligro ¿qué hiciera por remediarle? Parecíame á mí no me quedara cosa, que pudiera, por hacer.» El Señor la contestó: «¡Oh hija, hija! hermanas mías son estas de la Encarnación, ¿y te detienes? Pues ten ánimo, mira que lo quiero Yo y no es tan dificultoso como te parece y por donde piensas perderán estotras cosas, ganarán lo uno y lo otro: no resistas que es grande mi poder.» (Adic. 14^a)

Aceptó, pues, la Santa; y en poco tiempo reformó de tal manera aquel monasterio, que no discrepaba en nada de las

67



Descalzas, y se atrajo las simpatías y el amor de las monjas; antes compañeras suyas.

Pero veamos de qué modo fué recibida en el monasterio por estas y cómo logró su reforma, porque en ello se admira una prudencia singular, y un zelo ardiente y santo por la gloria de Dios.

Temia el P. Visitador que lejos de ser obedecida la Santa, sería insultada por las monjas; y para evitarlo, hizo que la acompañase el P. Provincial, quien, reunido el Capítulo en el coro bajo del convento, las leyó las patentes de la elección, hecha en Santa Teresa de Jesús por el P. Visitador. Levantose con esto grandísima contradicción en la mayor parte de las monjas, que injuriaban y maldecían á la Santa, llegando á tal extremo la agitacion, que algunas se desmayaron. La Santa, que ya habia sido recibida por algunas, cantado que fué el *Te Deum* y levantada de la oracion que ante el Santísimo acababa de hacer, tornaba de su desmayo á las monjas, tocándolas con sus manos; acariciábalas y trataba de desenojar al P. Provincial, diciéndole entre otras cosas que no se maravillase de lo que hacían, pues era muy razonable que resistiesen tan

mala Priora, dada por añadidura contra su voluntad.

Allí se hallaba aquella Priora que la hizo venir del primer monasterio de San José, apenas fundado; y la prohibió entender en la dirección del mismo: allí estaba la otra Priora de Medina, por cuya culpa la Santa fué arrojada de aquella villa y convento, y con precepto y pena de excomunión: allí estaban aquellas compañeras antiguas, que en la primera fundación se habían opuesto á ella, y se burlaban ó reían de sus primeros fervores: allí, en fin, las amigas de la libertad, de las visitas y amistades del convento. ¿Qué haría Santa Teresa? ¿No era de temer su gobierno? ¿No era difícil su situación? Acechábanse sus movimientos, estudiábanse sus acciones y se esperaba alguna resolución por parte de las monjas para conocer qué podrían esperar ó temer.

La Santa colocó en la silla prioral, á donde ella debía sentarse, una imagen muy hermosa de nuestra Señora; y depositando en las manos de esta las llaves del convento, sentóse á sus pies y esperó á las monjas en el primer Capítulo para el que las había convocado. Ellas, cuando entraron y miraron á la silla prioral, al ver allí á nues-

tra Señora, principiaron á temer, y refrenándose en sus impetus, pues iban dispuestas á resistir á todo trance y llevar al último extremo las cosas, esperaron á ver como la Santa se vengaría de ellas, y de pronto se decidiría á quitarlas su sabrosa libertad, cortando de un solo golpe los abusos y llevándolas por un camino para ellas entonces harto duro y poco menos que imposible.

La Santa con amorosa dulzura y afable humildad las dijo estas notabilísimas palabras: «Señoras madres y hermanas mías: Nuestro Señor por medio de la obediencia me ha enviado á esta casa para hacer este oficio, y desto estaba yo descuidada, cuán lejos de merecerlo. Háme dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como en que á vuestras mercedes les hayan quitado la mano, que tenían para hacer sus elecciones y les hayan dado Priora contra su voluntad y gusto, y Priora que haría harto si acertase á aprender de la menor, que aquí está, lo mucho bueno que tiene. Solo vengo para servir las y regalar las en todo lo que yo pudiese, y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme.

Por eso vean, Señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera, aunque sea dar la sangre y la vida lo haré de muy buena voluntad. Hija soy de esta casa y hermana de vuestras mercedes. De todas ó de la mayor parte conozco la condición y las necesidades: no hay para que se extrañen de quien es tan propia suya. No teman mi gobierno, que aunque hasta aquí he vivido y gobernado entre Descalzas, sé bien por la bondad del Señor cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor con suavidad, y eso poco que nos manda nuestra regla y constituciones, lo hagamos por amor de aquel Señor, á quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco á poco las obras igualen con la intención y el deseo. (Tomo 1.º de las cartas-Aviso 5).

Las fingidas y estudiadas arengas, que los más renombrados historiadores ponen en boca de los generales ó reyes antes de entrar en una batalla, ó en asunto parecido y de gran entidad, no igualan en sabiduría, prudencia, tino y hermosura de lenguaje

á esta muy verdadera de la Santa á sus monjas.

El amor, el celo, la prudencia, la dulzura, el buen ejemplo, de que son buena prueba las citadas frases, resplandecieron siempre en todos los afectos, palabras y acciones de la Santa de manera, que en poco tiempo rindió los corazones de sus hijas é hizolas tan fervorosas como las Descalzas, devolviendo la paz, la alegría y la abundancia al monasterio; porque luego echóse de ver por las personas piadosas, que correspondieron con sus limosnas.

Ejemplo bien digno de imitarse por cuantos tienen á su cargo la dirección de alguna comunidad, sea de hombres ó de mujeres, criados ó hijos, religiosos ó del siglo, para que en todo se alcance el deseado concierto.

Además: si como Madre era dulcemente afable con sus hijas, para defenderlas de lo extraños era fuerte y varonil. A un caballero, que ciego è impertinente insistia en perturbar la paz de aquellas pobrecitas, y se atrevió á dirigir á la Santa palabras descompuestas, tan solo porque una y otra vez le habia respondido hallarse ocupada la monja á quien él pretendía visitar, afacl)

de tal modo su proceder, concluyéndose con la amenaza de que haría que el rey le cortase la cabeza, si volvía á pisar los umbrales de la Encarnación, que salió afrentado y temeroso para no volver: y como él, los que en tan frecuentes visitas pasaban el tiempo en perjuicio de la piedad y buenas costumbres de las monjas.

Añádase á esto el cuidado que puso en nombrar buenos confesores, que son siempre una de las principales basas del edificio religioso, y no nos admirarémolos de que con la gracia de Dios, lo que antes parecía imposible, llegase despues á ser fácil y gustoso. San Juan de la Cruz y el Padre German fueron los confesores, que la ayudaron en esta tarea.

No hay para qué recordar que, habiéndose escrito esta Obra para que sirva de lectura al pueblo, al leerla debemos aprovecharnos de los consejos, reglas, virtudes y enseñanza, que á cada paso se nos ofrecen y aplicarlo á las distintas circunstancias en que en esta miserable vida nos encontremos.

¡Ojalá nos dé el Señor gracia para conocerlo y practicarlo pronto, con facilidad y con gusto!

de tal modo su proceder, concluyéndose con la amenaza de que haría que el rey le cortase la cabeza, si volvió á pisar los umbrales de la Encarnación, que salió alreantado y temeroso para no volver: y como él, los que en tan frecuentes visitas pasaban el tiempo en perjuicio de la piedad y buenas costumbres de las monjas,

Andábase á esto el cuidado que puso en nombrar buenos confesores, que son siempre una de las principales bases del edificio religioso, y no nos admiraremos de que con la gracia de Dios, lo que antes parecía imposible, llegase después á ser fácil y gustoso. San Juan de la Cruz y el Padre Gerónimo fueron los confesores, que le ayudaron en esta tarea.

No hay para qué recordar que, habiéndose escrito esta *Opera* para que sirva de lectura al pueblo, al leerla debemos aprovecharnos de los consejos, reglas, virtudes y enseñanzas, que á cada paso se nos ofrecen y aplicarlo á las distintas circunstancias en que en esta miserable vida nos encontramos.

¡Ojalá nos dé el Señor gracia para conocerlo y practicarle pronto, con facilidad y con gusto!

CAPÍTULO XXIII.

1. *Fundación del monasterio de San José de Segovia á 19 de Marzo de 1573. Quién fué Antonio Gaitán.—2. Aparición de San Alberto y Santo Domingo á Santa Teresa.*

1. Dos años próximamente habían pasado empleados por la Santa en la reforma de sus muy amadas hijas de la Encarnación y en corresponderse con mucho sabios, religiosos y señores, y dirigir los asuntos, especialmente los espirituales de sus monjas de los diversos conventos, cuando el P. Visitador la ordenó que fuese á Salamanca para allanar las dificultades de aquella casa, como en el capítulo XXI dijimos ya.

Hallándose aquí un día en oración, díjola el Señor que fuese á Segovia á fundar y que se lo dijese al P. Visitador Apostólico, que era Pedro Fernández, el cual la

daria licencia para ello. No esperaba ella esto, porque conocía los pocos deseos, que el Visitador tenía de nuevas fundaciones, y los muchos en que abundaba de que continuase como Priora dirigiendo las monjas de la Encarnación.

Para cumplir con lo ordenado por su Majestad, dirigióse al P. Visitador, que se hallaba en la misma ciudad, y escribióle una carta en que le decía: que le era bien conocido que ella tenía precepto de su Reverendísimo P. General para que aceptase cualquiera fundación que se la ofreciese, y que habiendo gran comodidad para ello en Segovia, para donde la habían solicitado y tenían ya alcanzado el permiso de las autoridades eclesiástica y civil, cumplía con un deber de conciencia en advertírselo, porque juzgaba que redundaría en servicio del Señor; y, en fin, que esperaba sus órdenes, y en obedecerlas hallaría contento y descanso.

Dios, que es el Señor de los corazones, volvió pronto el del P. Visitador, que en leyendo la carta, otorgó la licencia. (XXI. 1.)

Entendía en esta fundación D. Andrés Jimena, hermano de la M. Isabel de Jesús, monja de la misma Orden en Salamanca, el cual manifestó á la Santa haber obtenido

del Ilmo. Sr. Obispo y de la ciudad el permiso para ello.

Procuró la Santa Madre que Ana de Jimena, viuda de un mayorazgo, muy piadosa señora, que juntamente con su hija María de Bracamonte tomó después el hábito en el mismo Segovia, la arrendase allí una casa para la fundación; porque además de que carecía de dineros para comprarla, juzgaba más á propósito no tomarla en propiedad, sino después de conocer las circunstancias de la localidad, y obviadas todas las dificultades.

Mas para que no hubiese fundación alguna sin trabajos, salió la Santa Madre de Salamanca con calefatura, hastío, sequedades y males de distintas maneras, cuya recumbencia la duró tres meses; y en Segovia, donde permaneció seis meses, siempre estuvo enferma.

Llevóse consigo á la M. Isabel de Jesús y habiendo pasado por Alba y Avila de donde tomó otras monjas, llegó á Segovia el 18 de Marzo de 1573, vispera del glorioso San José. Al siguiente dia púsose el santísimo Sacramento y díjose Misa en la nueva casa y fundación, que como todas las en que los fundadores no exigian otra cosa, tomó el

nómbre de San José, á cuyo Patriarca de una manera tan preferente la Santa M. tenía devoción. (XXI. 1.)

Quiso Dios que el Ilmo. Sr. Obispo, que solo de palabra mucho tiempo antes había dado la licencia para fundar, no estuviese en la ciudad, y el Provisor, así que tuvo noticia de lo hecho, presentóse en el monasterio, pidiendo razones de haber obrado así. Hizo ir allá un clérigo, que consumió el Santísimo, prohibió decir Misa, colocó un alguacil á la pueria para impedirlo, y quiso en fin, llevarse preso al Carmelita descalzo que había dicho Misa y acompañado al Capellán D. Julián de Avila en esta fundación, y a un caballero, llamado Antonio Gaitán.

Era este natural de Alba, persona muy piadosa, á quien el Señor había llamado en medio de los negocios del mundo, y de quien se hablará más adelante, porque ayudó mucho á la Santa en las futuras fundaciones.

No era grande el temor de la Santa por estas cosas, porque esperaba confiada que lo remediaría con su infinito poder Aquel, á quien todo se halla sujeto; sin embargo, procuró que algunos principales de Segovia y parientes de una monja hablasen al Provisor y le advirtiesen que se había hecho la

fundación con la licencia del Sr. Obispo. El sabíalo muy bien; pero quería que se hubiese contado con su permiso, y quizá hubiera sido peor, porque se hubiesen multiplicado los obstáculos.

Harto prueba de ello fué el pleito que en la primera casa de esta fundación hubo de sostenerse con los franciscanos, y en la segunda, que se compró pocos meses despues, con los frailes de la Merced, con quienes por fin se arregló, y últimamente con los del Cabildo, á favor de quienes la casa tenía un censo. En esto fué muy difícil concertarse, á pesar de los esfuerzos que para ello hacían un sobrino del Iímo. Señor Obispo, que era Prior y canónigo de aquella iglesia, y el Licenciado Herrera, grande siervo de Dios.

Al fin unos y otros negocios quedaron arreglados, aunque costó no poco dinero; y la Santa, habiendo nombrado de Priora y Subpriora respectivamente á los Madres Isabel de Santo Domingo é Isabel de Jesús, salió para el monasterio de la Encarnación, en donde por causa del nombramiento de Priora había de estar necesariamente de allí á cuatro ó cinco dias. (XXI. 3)

En el convento de Segovia entraron, como queda dicho, la viuda D.^a Ana de Ji-

mena y su hija D.^a María de Bracamonte, y además D.^a Inés de Guevara, que tomaron el nombre de Ana de Jesús, María de la Encarnación é Inés de Jesús, las cuales contribuyeron mucho con sus haciendas á la fundación de dicho monasterio, y fueron con el tiempo Prioras del mismo estas dos últimas.

2. Refiere el P. Maestro Diego de Yangués en su información para la causa de beatificación de la Santa, que entonces fué cuando á 7 de Agosto de 1573, llegándose ella á comulgar en su monasterio de San José de Segovia, se la apareció nuestro Señor Jesucristo á su mano derecha y San Alberto á la izquierda; y que cuando Jesús desapareció, el Santo la encomendó los negocios de la Orden de nuestra Señora del Carmen, aconsejándola que procurase que los Descalzos, para bien de la misma Orden, se rigiesen por sus Superiores y se separasen de los Mitigados.

El mismo Padre declaró también que habiendo entrado la Santa el día de San Gerónimo de aquel año en el convento de Santa Cruz, en donde Santo Domingo estuvo é hizo grandes penitencias, apenas se puso de rodillas para hacer oración, apareciósele el

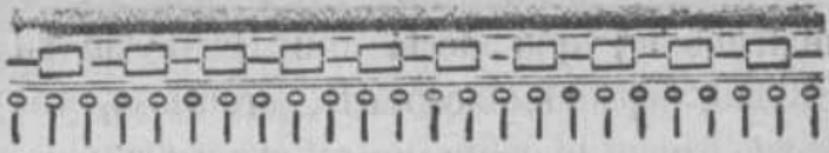
Santo con mucho resplandor y gloria, y entre otras mercedes que la hizo, si la palabra de ayudarla y favorecerla en las cosas tocantes á la reforma de la Orden.

Violo tan cumplido que así los principios de esta religion, como la separación de Calzados y Descalzos y otras gracias de importancia, fruto fueron de los esfuerzos de los Padres dominicos.

¡Dichosa Santa!, de quien se puede con verdad decir que su vida no era de este mundo, y que su conversación, visitas y recreos eran con Cristo nuestro bien, con su benditísima Madre, los ángeles, San José y muchísimos santos, á quienes como si hubiera conocido en vida, distingula de manera, que sin hablarla, ni decirla quienes eran, podía asegurar con quienes estaba, y si las imágenes que de ellos veía, tenían ó no parecido con su original.

Si el Señor no diera á los que le aman otro premio á sus fatigas y trabajos, que sus visitas y regalos, premio sería muy colmado; pero es tan misericordioso y liberal, que enriquece en todo y siempre á los que de veras le sirven, y hácelas felices en medio de lo que el mundo tiene por muy trabajoso, Solo Él constituye nuestra felicidad

sempiterna. Teniéndole todo lo poseemos. Busquémosle; sigámosle: escuchemos sus mandatos y consejos y no le abandonemos un punto. Sea todo para su honra y gloria.

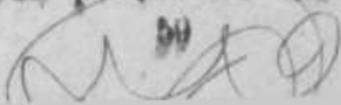


CAPÍTULO XXIV.

1. *Quién fué D.^a Catalina, fundadora del monasterio de Veas. Conversión, penitencias, trabajos y virtudes de la misma y de su hermana D.^a María cofundadora. Palabras notables de la Santa.—*
2. *Principios de esta fundación: dificultades. Fúndase en 24 de Febrero de 1575, día de San Matias.*

1. Cerca de Andalucía en la villa de Veas vivía D. Sancho Rodriguez de Sandoval, caballero rico y de noble linage, casado con D.^a Catalina Godinez, de cuyo matrimonio tuvieron entre otros hijos una, que como su madre se llamó tambien Catalina Godinez, y la menor por nombre María de Sandoval. Era la mayor activa en sus pensamientos y deseos, y tenia de sí misma tan grande aprecio, que habiéndola á la edad de catorce años sus padres propuesto un

50



matrimonio; que decía muy bien con su calidad, lejos de aceptarle, orgullosa, resolvía una mañana entre sí estos pensamientos: ¡Con qué poco se contenta mi padre! ¡Con que tenga un mayorazgo y pienso yo que ha de comenzar mi linage en mí! (XXII. 3. 4.)

Pero aquí se vé cuán poderoso es el Señor para volver los corazones con la virtud de su gracia, cuán misericordiosa y cuán inexcrutables sus designios. En aquel mismo momento, cuando con su ambiciosa soberbia estaba tan lejos de las celestiales verdades, el Todopoderoso la atrajo á Sí en un solo instante y de una manera tan segura cuanto es de adivinar.

Acertó la vana niña á volver los ojos á un crucifijo, y al leer el título *Jesús Nazareno Rey de los Judios*, y ver al Señor de los cielos cubierto de sangre, humilde, clavado en una cruz, y compararle consigo misma tan soberbia y presuntuosa, avergonzóse de su conducta, lloró su pasado y deseó los padecimientos de los mártires y el desprecio de todos. Y abrenunciando el mundo, allí mismo en aquel instante prometió castidad y pobreza y tomar por Esposo al que en la cruz había derramado su sangre

por nosotros, cuya viva imagen ante sí tenía. (XXII. 4.)

Este cambio tan rápido en su corazón es más estupendo aún que lo que sigue y cuenta Santa Teresa, y cualquiera lo verá.

En esto, hallándose ella puesta de rodillas ante el Señor, hizose un ruido tan grande por encima de la habitación, que parecía venirse abajo y como que llegaba el ruido por un rincón de la misma. No fué imaginación suya, sino que realmente sucedió de manera que su padre, que en la habitación inmediata se hallaba en el lecho, arrojándose de él, tomó una espada y con una ropilla entró lleno de sorpresa á donde su hija permanecía. Preguntándola qué era aquello, como ella respondió no haber visto nada, ni él entendió la causa de aquel ruido, mandola que se fuese con su madre; y contando á esta lo sucedido, la advirtió que lo dejase sola á la hija. «Bien se da á entender aquí, dice la Santa, lo que el demonio debe sentir cuando vé perder un alma de su poder, que él tiene ya por ganada: como con tan enemigo de nuestro bien, no me espanto que viendo hacer al piadoso Señor tantas mercedes juntas, se espantase él é hiciese tan gran muestra de su sentimiento.» (XXII. 6.)

Y poco antes en el número 5 del mismo capítulo, al reflexionar en la mudanza y conversión tan pronta de esta niña, y en las virtudes que á consecuencia de esto crecieron y duraron en el alma de esta, prorrumpe en las siguientes admirables palabras: «Seais Vos bendito, mi Dios, por siempre jamás, que en un momento deshaceis un alma y la tornais á hacer. ¿Qué es esto Señor? Querría yo preguntar aquí lo que los Apóstoles, cuando sanásteis al ciego, os preguntaron diciendo si lo habían pecado sus padres? Yo digo que quién había merecido tan soberana merced? Ella no, porque está dicho ya de los pensamientos que la sacastes, cuando se la hicistes. ¡Oh: grandes son vuestros juicios, Señor! Vos sabeis lo que haceis, y yo no sé lo que me digo, pues son incomprensibles vuestras obras y juicios. Seais por siempre glorificado, que teneis poder para más: ¿qué fuera de mi, si esto no fuera? Mas si fué alguna parte su madre, que era tanta su cristiandad, que sería posible quisiese vuestra bondad, como piadoso, que viese en su vida tan gran virtud en las hijas. Algunas veces pienso haceis semejantes mercedes á los que os aman; y Vos les haceis tanto bien, como es darles con que os sirvan.»

Así tambien escuchó el Señor las oraciones de la madre de San Agustin, y se ablandaron sus entrañas con los gemidos de tan piadosa mujer. Grande es la eficacia de la oración. Deben, pues, los padres de familia enseñar á sus hijos con el ejemplo, y no desalentarse ante las malas inclinaciones de las prendas de su corazón; porque piadoso y omnipotente en el Señor nuestro Dios.

2. Volvamos á la niña Catalina.

Desde que tuvo la dicha de mirar á Jesucristo crucificado y sentir trocada su alma, pasó tres años dándose á la oración y mortificándose. Para oponerse á los matrimonios que la ofrecian aún, valiase de la santa estratagema de afear su rostro; rociándole con agua y poniéndose al sol y al aire hasta curtirle, y no cesó de solicitar con ahinco de sus padres la licencia para profesar en alguna religion. Para conseguirlo mejor del padre, pues la madre no se oponia tanto, despues de este tiempo un dia de San José púsose en hábi'o honesto y salió en público, esperando que, como sucedió, su buen padre no se lo quitaría, ni impediría vestir así. Pasó cuatro años de grandísimas penitencias. De dia andaba cuidadosa con el

cargo de la casa, y pareciéndola sus criadas mejores que ella, aguardaba á que se durmiesen para besarlas los pies. Por la noche hacía su oración, y no pocas veces la aconteció haberla principiado á las diez y durar en ella hasta el dia: apenas dormía, sus disciplinas era tantas como se lo permitía su feivor, puesto que no habia en ellas quien la dirigiese y fuese á la mano; y así entre otras penitencias trajo á raiz de sus carnes puesta una cota de malla de su padre por espacio de una cuaresma entera. De aquí la sobrevinieron grandísimas enfermedades y muy penosas de fiebre continua, hidropesía, mal de corazón y un zaratan que la sacaron con lo cual apenas tuvo dia que no padeciese mucho durante diez y siete años (XXII. 8. 9.)

Muerto su padre á los cinco años de haberla hecho Dios tan rica merced; su hermana que tenía uno menos, en cuanto cumplió los catorce, la imitó, y poniéndose en hábito grosero procuró seguir sus pasos. ¡Tal es la virtud que por los ojos entra! Enseñórase del alma y la hace feliz. La dichosa madre ayudaba á sus hijas en tan piadosos ejercicios y así tuvo por bien que se emplearan, con ser quienes eran, en enseñar de

gracia á las niñas del pueblo, y hacían grandes bienes, porque los ejercicios de las cristianas virtudes eran su principal ocupación. Pero como somos tan inclinados á lo malo, que ni aun el bien admitimos de balde, el demonio cegó á los padres de las niñas, y con el pretexto de que se les hacía injuria porque de gracia enseñaban á sus hijas, dejaron de mandarlas. Esto junto con las enfermedades de D.^a Catalina, fué causa de que aquello concluyese.

Muerta la madre cinco años despues que el padre, las hijas, con un zelo que correspondía á su fé, principiaron á poner los medios para entrar en alguna religión. A doña Catalina decíanla sus parientes que por causa de sus horrorosas enfermedades no querrian admitirla en monasterio alguno, y que puesto que entrambas hermanas tenían hacienda suficiente para fundar uno, sería mejor que lo procurasen hacer en su pueblo.

Por este tiempo vino por allí un Padre de la Compañía á quien dió cuenta de sus deseos y de lo que á ella pareció un sueño, que había tenido hacia más de diez y seis años, y fué: que habiéndose acostado una noche con grandes deseos de hallar la religión más perfecta que hubiese en la tierra

para ser monja allí, la pareció que iba por un camino muy estrecho y peligroso por los grandes barrancos que se vian á uno y otro lado: entonces se la presentó un fraile descalzo, que la dijo: *Ven conmigo, hermana:* y la llevó á una casa de gran número de monjas, en la que no había otra luz que las de la vela encendida, que traian en las manos. Preguntándolas ella que de qué Orden eran, callaron; y alzando sus velos, mostraron sus rostros alegres: la Priora la tomó de la mano y dijo: *Hija, para aquí os quiero yo:* y enseñóla las constituciones y la regla. Ella despertó alegre y escribió lo que de la regla se acordaba.

Dijola á esto el Padre de la Compañía, que en efecto existían los soñados monasterios, y que en fundarlos se ocupaba la Madre Teresa de Jesús, á quien podian dirigirse. (XXII. 15. 16.)

Con el propósito de poner por obra sus deseos, enviaron las dos hermanas un mensajero á la Santa en ocasión en que estaba en Salamanca arreglando las diferencias de aquel monasterio y procurando nueva casa. Informada del mensajero la Santa, aunque oyó de su boca grandes bienes de la tierra, y con razón porque es deleitosa y de buen

temple, considerando la grande distancia y a poca voluntad del Visitador apostólico, sin cuyo mandato nada podia hacer, pensó primero en despedirle, diciéndole no estar en sus manos por necesitar del mandato de dicho Padre. Pero juzgó luego que no era bueno tomar esta decisión sin consultarlo antes, ya que su Revmo. P. General la habia impuesto el precepto de aceptar cuantas fundaciones la ofreciesen y conviniesen. Escribió pues, al referir lo Padre que estaba en Salamanca y le dió cuenta de lo que habia. El Provincial, apenas leyó la carta, envió á decir á Santa Teresa que le habia edificado la devoción de aquellas buenas señoras que de tan lejos la buscaban, y que no le parecia bueno desconsolarlas: que las escribiese que en cuanto tuviesen licencia de los Comendadores, á cuya jurisdicción pertenecía aquel pueblo, se proveería para la fundación; pero que estuviese segura de que no lo alcanzarían, porque él sabia de varios, que en muchos años no podían conseguirlo. (XXII. 2.)

Con esta respuesta ataba el P. Fernández su voluntad á una condición, que le parecia imposible de cumplirse; y acaso si no lo hubiera creído así, no hubiera dado su

permiso. Mas tales son los medios que Dios usa á veces, que se vale de nosotros contra nosotros mismos: nuestra repugnancia ó falta de voluntad en algunos asuntos sirviendo admirablemente para llevarlo a cabo, cogiéndonos presos en nuestras propias redes.

Cuatro años tardaron aquellas pobres señoras en procurarse el permiso, y aun parecia que no estaba cercana su concesion: las enfermedades de D.^a Catalina iban en aumento: ética, consumida, con ardiente fiebre, hidropica, con un fuego en el higado que la abrasaba, con gota aritrica y ceatica, hacia medio año que no se levantaba de la cama, y casi ocho que apenas podia moverse en ella, cuando sus parientes intentaron disuadirla de sus pretensiones. Deciania que sin duda alguna Dios no la queria para el estado de religiosa, pues no la daba salud para ser admitida y de consiguiente ni vocación, porque cuando el Señor la da, provee de medios suficientes y á propósito. (XXII. 10.)

Era esto á mediados de Diciembre. Ella respondió á sus deudos: que si dentro de un mes el Señor la daba salud, entendia que era voluntad suya que se hiciese el monasterio, y que ella misma iria á la Corte á

solicitar la licencia; y que si no, desistiría de sus intentos. (Ibid.)

Hablaba con esta resolución y soltaba tal prenda, porque tiempo atrás viéndose imposibilitada de conseguir sus deseos, volviéndose al Señor le dijo: «Señor mio y Dios mio, yo sé por la fé que vos sois el que todo lo podeis: pues vida de mi alma, ó haced que se me quiten estos deseos, ó dad medios para cumplirlos.» Y oyó entonces en su interior una voz que la dijo: «Cree y espera, que Yo soy el que todo lo puede: tú tendras salud, porque el que tuvo poder para que de tantas enfermedades, todas mortales de suyo, no murieses, y les mandó que no hiciesen su oficio, más facil le será quitarlas.»

A demas la había sido asegurado que estaria buena á tiempo que pudiese ir en la cuaresma á procurar la licencia. (XXII. 16.)

Así sucedió. De allí á un mes en la víspera de San Sebastián dióla un temblor tan grande, que bien creyó su hermana qua era llegada la última hora. Mas por el contrario, la que tan mal estuvo tanto tiempo; la que dos veces había recibido la Extremauncion y una de ellas en los últimos meses, la que en ocho años había sufrido más de quinien-

tas sangrias, hallóse de pronto sana y buena. Ella quiso ocultar curación tan maravillosa, permaneciendo en la cama ocho días más y cambiando de aires para que no se admirasen las gentes, mas ni pudo hacerse, ni los parientes, ni el médico, lo consintieron. (XXII. 11. 12.)

Sana ya, para conseguir la licencia estuvo en la Corte trabajando por espacio de tres meses, al cabo de los cuales, el piadoso Felipe II, á quien últimamente dirigió su petición, la otorgó en seguida benigna y favorablemente sin remitirla á su Consejo. (XXII. 10. 12.)

¡Cuánto bien pueden hacer los reyes de buena voluntad! ¡Mas! cuán difícil es hacer llegar á sus oídos las justas quejas de sus subditos, y cuántas veces los ministros, que los rodean, les impiden hacer bien, les atan las manos. No así Dios, Rey de los cielos y tierra, en cuya presencia nos es tan fácil ponernos, ó más bien, estamos siempre, y su oído pegado á nuestros labios siempre está. ¿Cómo pues, no nos dirigimos á Él en nuestras necesidades? ¿No le hablamos cuando queremos sin necesidad de acudir á la intercesión de sus ministros? Y si nos fuera necesaria, como nos es utilísima, ¿no están

á nuestra disposición la santísima Virgen, los ángeles y los santos? ¿No nos oye Dios? ¿No nos sirve? ¿No es poderoso? ¿No es santísimo y amantísimo? ¿Qué ceguedad la nuestra!

Volvió de la corte D.^a Catalina harto contenta, y luego escribió el estado del asunto á la Santa, que se hallaba ya en Ávila. De aquí salió para Veas pasando por Toledo, de donde llevó consigo á María de San José é Isabel de San Francisco, mandando ir allá á la Madre Ana de Jesús y otras tres.

Pusiéronse en camino; mas perdiéronle en el último dia de su viaje al pasar por Sierra morena. Metiéronse con los carros en un paso, que á seguirle, caerían en un abismo en el que se harían pedazos, siéndoles imposible también volver atrás. El peligro era inminente; mas ¡oh bondad divina! ¡oh poder el de la oración! Santa Teresa y sus hijas rogaron á su Majestad que las socorriese, y luego allá abajo en la hondonada vieron á un venerable anciano, que á voces les advertía que no siguiesen adelante y que diesen hacia un lado. Libráronse, mas con mucho trabajo y dificultad. Y es lo maravilloso que hablando salido los carreteros en

busca del anciano para mostrarle su gratitud, no le hallaron aunque mucho lo quisieron; antes bien Santa Teresa con mucha devoción y lágrimas decía á sus compañeras que aquel anciano era su Padre San José, y que no le hallarían. (Yez. Libro segundo. XXVII.)

Cerca ya del pueblo salieron muchos á recibirlas; y acompañándolas á la iglesia, desde allí en procesión se dirigieron á la casa de las dos hermanas, en donde con el nombre de San José del Salvador se fundó el monasterio á 21 de Febrero de 1575.

Doña Catalina quedó admirablemente sorprendida al ver en el rostro de las hermanas, que la Santa llevó consigo, y en el de Fr. Juan de la Misericordia, Carmelita descalzo que acertó por entonces á venir á visitar á la Madre Teresa, los rostros mismos que se la habían aparecido en la visión, que ella creyó sueño y había tenido veinte años antes, como dijimos ya. (XXII. 15.)

Profesó á la vez que su hermana en aquel monasterio y fué adelante en las virtudes y en la salud: su humildad la llevó á escoger para sí los oficios más bajos y á pretender no formar parte de las monjas de

coro; mas la obediencia rindió su voluntad. (XXII. 14. 17.) Murió en la misma casa y tuvo la dicha de que en su enfermedad se la apareciese la Santa y la anunciase que ya ella iba á gozar de Dios.

Falleció de Priora poco despues que la Santa; y su hermana María, que despues fué tambien Priora de Córdoba, quedó en aquel monasterio de Veas, para cuyo gobierno fué primeramente elegida la Madre Ana de Jesús, quedando de Subpriora María de la Visitación. (Yepes.)

com; mas la obediencia traido su volun-
tad. (XVII. ca. 17.) Mas en la misma ca-
sa y tuvo la dicha de que en su enfermedad
se le apareciese la Santa y la consolase que
ya ella iba á gozar de Dios.
Falleció de Prima poco despues que la
Santa; y su hermana Maria, que despues
fue tambien Priora de Cordoba, pasó en
aquel monasterio de Vera, para cuyo go-
bierno fue primeramente elegida la Maria
Ana de Jesus, quedando de Superiora Maria
de la Visitación. (Ytes.)

CAPÍTULO XXV.

1. *El P. Gerónimo de la Madre de Dios Gracian. Trabajos que la Santa padeció en el camino para ir á fundar á Sevilla. Fúndase á primero de Mayo de 1575.* — 2. *Nuevos trabajos. Los Inquisidores en el convento. Múdanse las Madres á la nueva casa. Dicese quién era Beatriz de la Madre de Dios.*

1. Hallábase la Santa en el monasterio de Veas excitando á la mortificación y demás virtudes á sus hijas, así con la palabra como con el ejemplo; y esperaba allí á que para Caravaca, en donde, accediendo á los ruegos de piadosas mujeres pensaba fundar, llegase para ello la licencia de las Órdenes, de cuya jurisdicción dependía, cuando vino á visitarla el P. Genónimo de la Madre de Dios Gracian, Carmelita descalzo y Visitador apostólico de todos los Carmelitas de la provincia de Andalucía

Era este excelente varón Maestro de Teología; y para que fuese el sostén más principal de los Carmelitas reformados, trájole Dios á la Orden de nuestra Señora con motivo de haber ido á solicitar en Pastrana la admisión de una monja. Cuan lo llegó á Pastrana agradó tanto a la Priora del monasterio, que ella y sus monjas rogaron al Señor con humilde confianza pudiese en el corazón de aquel sacerdote deseos de servir á la santísima Virgen en su Orden, de la cual, como se dijo, habia ya en Pastrana un convento de frailes.

Violes en efecto: y él, que antes habia intentado formar parte de la Compañía de Jesús, en la que ya estaba admitido, entró en seguida en el convento de frailes descalzos de nuestra Señora de Pastrana; y despidiéndose del mundo, dejó á cargo de la divina Providencia el cuidado de sus hermanos y hermanas, que no eran pocos, para dedicarse todo á la santificación de su alma y las de sus prójimos.

Era afable con dignidad, zeloso con prudencia, prudente con firmeza y muy diestro en la dirección de los negocios y de las almas. Ejercitose en Pastrana en todas las virtudes y especialmente en la de la humil-

dad y obediencia, y halló premio á la devoción que desde niño había profesado á nuestra Señora, la cual no deja sin premio el más pequeño servicio que se la hace. Desde su niñez acudia en la Corte de Madrid á una imagen de esta Señora, á quien llamaba su *enamorada*, y dolíase tanto de las ofensas que la hacían los hombres, que á veces le parecía que nuestra Señora tenía hinchados los ojos de llorar por las acciones con que á su hijo ofendían. Fué siempre amatísimo de la pureza: oía con gusto los argumentos con que se comprobaba la antigüedad de la Orden de nuestra Señora del Carmen y á su estudio dedicaba muchas horas. (XXIII. 4. 6.)

Tal fué el P. Gracian, á quien el Señor escogió para poner en orden las cosas de los Carmelitas descalzos, escribir su regla y defender sus súbditos. Porque como los descalzos no formaban Provincia aparte, y hallaban contradicción en los Calzados que les gobernaban y contenían á los que, como el P. Antonio de Jesús y San Juan de la Cruz, podían dirigir los asuntos de la Orden, habiérase hallado esta en gran peligro sin el valimiento del Padre Gracian, (XXIII. 8.)

Por el tiempo á que nos referimos, el Nuncio Hormaneto nombró á este Padre Visitador apostólico de los Carmelitas de la Provincia de Castilla, además de la de Andalucía de la que ya lo era. Llegó tambien por entonces á Caravaca la licencia para fundar, mas no como la Santa quería, porque en ella se ordenaba que las monjas quedasen sujetas á las Órdenes. Esto hubiera sido romper la sujeción de las monjas á los Superiores de la Orden del Cármen y el convento no hubiera podido sostenerse; y para evitarlo mandó la Santa que pidiese de nuevo en otra forma. (XXIV. 1. 2.)

Entre tanto para no estar ociosa, pensó en volverse á Castilla; mas como estaba ya sujeta al P. Gracian, pidióle su parecer y consejo. El Padre, para probar su espíritu, le respondió que lo consultase con nuestro Señor y le rogase que la ilustrase sobre cuál de estas dos cosas seria mejor: si ir desde allí á fundar á Madrid donde se ofrecia ocasion, ó á Sevilla en donde tanto importaba tener un monasterio de Carmelitas descalzas. Ella, despues de haber tenido oración sobre esto, dijo que nuestro Señor la habia dado á entender que era voluntad suya que fuese á Madrid, porque teniendo

allí casa de monjas, se harían mejor to los los negocios de la Orden. El Padre, empero, insistiendo en sus propósitos de probarla y porque le parecía que la fundación de Caravaca quedaria abandonada, si la Santa se volvía á Castilla, la respondió: que su parecer era que se fundase entonces en Sevilla, en donde era Arzobispo el Excmo. Señor D. Cristóbal de Rojas, que amaba mucho á los Padres carmelitas descalzos y daría con gusto la licencia, y en fin, que en fundar allí se haría un gran servicio al Prelado. (XXIV. 2.)

Era la Santa tan humilde, obediente y respetuosa á las insinuaciones de sus superiores, que luego doblégó su voluntad y se dispuso á obedecer, señalando las monjas que habia de llevar y arreglando lo concerniente á la fundación de Sevilla.

¡Qué obediencia tan admirable! Como si su Majestad no acabara de decirle que la fundación que convenia era la de Madrid: ó como si hubiera motivos para dudar de que era el Señor quien se lo había dicho: ó como si los hombres más santos y más doctos de España no la hubieran asegurado que el espíritu que la guiaba era bueno y de Dios: ó en fin, como si este divino Señor no hu-

biera hecho por ella tantos prodigios y predicciones siempre cumplidas.

Admirado de esto el P. Gracian, la preguntó de allí á tres dias que ¿cómo sin replicar habia obedecido el mandato del que, si bien era Superior suyo, guiabase tan solo por razones de humana prudencia y al presente la ordenaba obrar en contra de lo que Dios la habia revelado? Ella contestó que ni aquella revelación, ni todas las del mundo, si las tuviese, bastarian á separarla un punto de la obediencia, que para ella era la voluntad expresa de Dios, en lo cual no podria engañarse; y en las revelaciones si. (Yep. Lib. 2.º XXVIII.)

Palabras admirables que demuestran en cuanto ha de estimarse el mandato de los directores espirituales, ó de los Superiores, y nos enseñan á que obedezcamos siempre, y en todo cuanto hace relación á nuestra alma, á los que el Señor quiso poner en la tierra por sus representantes. ¡Ah! si todos lo practicaramos así, no habria almas aturdidas, adheridas á su propio sentir y expuestas á que la devoción mal entendida, la vanagloria y la soberbia las pierdan para siempre, haciéndolas infelices en este valle de lágrimas y en la otra vida.

Volvió el Padre á decir á Santa Teresa que tornase á consultar este negocio con el Señor, el cual la dijo: que había hecho muy bien en obedecer, y que fuese á Sevilla: que, aunque se había de hacer la fundación, costarían grandes trabajos y que por el medio que la obediencia la decía, harían mejor la casa de Madrid.

Los sucesos, como vamos á ver, confirmaron esta predicción, pues fué un poco lo que la Santa y sus hijas tuvieron que sufrir.

Como la Santa había llevado á la fundación de Veas suficiente número de monjas para la de Caravaca, que hasta que llegase la licencia se dejó, no la fué difícil escoger las compañeras que había de llevar á Sevilla. Designó á María de S. José, Isabel de San Francisco, María del Espiritusanto, Isabel de S. Gerónimo, Leonor de S. Gabriel y Ana de S. Alberto, que fueron las primeras Madres de aquella Provincia; y acompañada de ellas, del P. Gregorio Nacienceno, á quienes el P. Visitador dió el hábito en Veas y fué luego Providencial en la Orden, de D. Julián de Ávila y de Antonio Gaitan, partióse para Sevilla á tiempo en que el verano llegaba, y el sol en aquella tierra es abrasador,

Tres dias antes de la pascua de pentecostés al pasar el rio Guadalquivir por falta de puente en una barca en que iban los carros, á fin de que la barca tuviese suficiente agua de fondo para vogar fué necesario tener á un lado la maroma con que se dirigía, y como la corriente del rio era más impetuosa que lo permitían las fuerzas de los que en un lado sostenían la maroma, hizose esta inútil, y la barca sin cuerda, sin remos y sin dirección, fué arrastrada por la corriente. Lastimábase la Santa del barquero al mirar la fatiga en que se hallaba y dábala gran devoción ver el afanoso trabajo de un hijo de éste, que teniendo diez ú once años nada más, ponía todas sus fuerzas para librar á su padre del peligro, tirando de la maroma. Daban grandes voces los que en la barca iban y la Santa y sus hijas oraban al Señor para que volase en su auxilio. Dios, que dá siempre los trabajos con piedad y acude al socorro de los que humildes y confiados le solicitan, les atendió, é hizo que la barca se detuviese cerca de tierra en la arena, de donde no fué muy difícil salir. Dirigidos despues por los que de un próximo castillo había enviado un señor, que vió el peligro y oyó las voces de socorro,

pudiéron volver al camino, que de otro modo sería imposible acertar, pues hizose de noche y el terreno era desconocido y accidentado. (XXIV. 5.)

Dos dias despues dió á la Santa una calentura tan recia, que parecia tener modorra y hallarse como enagenada, á pesar de que sus hijas con tierna solicitud la echaban con frecuencia agua en el rostro para refrescarla. Para remedio de este mal no halló sino por ventura una camarilla, bañada todo el dia con los ardientes rayos del sol de aquella tierra: estaba á teja vana y no tenía sino una sola puerta sin ventana alguna, y si se abría entraba el sol de lleno, con todo lo cual la camarilla parecia un horno en el que apenas se podía respirar. Trabajaron para que la Santa descansase en una cama que allí había; pero ¿qué? era tan dura y hecha de altos y bajos, que como agudas piedras servia admirablemente para atormentar á la Santa, que tuvo por menos trabajo ponerse en camino de nuevo aunque la calor apretaba y la fiebre no cedía. (XXIV. 4.)

Al llegar á esto, la Santa hace las siguientes reflexiones muy provechosas para cuantos deben cuidarse de la eternidad.

«¡Qué cosa es la enfermedad! que con salud todo es fácil de sufrir.... ¿Qué será de los pobres que estan en el infierno? Que no se han de mudar para siempre, que aunque sea de trabajo á trabajo parece de alguun alivio.» Y es así que si considerásemos esto bien, todos los trabajos del mundo nos parecerian llevaderos y los sufriríamos por amor de Dios y por nuestra salud espiritual.»

Mayor trabajo aún fué en concepto de la Santa el que paso el postrer dia de la pasqua. Habianse dado gran prisa para llegar á tiempo de oir Misa sin que nadie las viera, y para mayor soledad guiaroulas á una iglesia que había en Córdoba del otro lado del puente, mas no era posible pasar por allí sin licencia del Corregidor; y para obtenerla pasáronse más de dos horas en las que la gente, siempre curiosa, acudia á ver quien iba en aquellos carros. Llegada la licencia hubo necesidad de aserrarlos alguun tanto para que pudieran pasar por la estrecha puente; de manera que con estas detenciones viéronse frustrados los deseos en que abundaban de oir temprano la Misa para que nadie las viera. Sintiólo mucho la Santa, y más aun cuando vio que la iglesia, á que se dirigían y en la que les había de decir

Misa D. Julian de Avila, estaba llena de gente por celebrarse en ella religiosa y solemne función y habia de predicarse, lo cual ella ignoraba. Apeironse cerca de la iglesia y aunque iban siempre cubiertas, la novedad del caso, los grandes velos, las blancas capas de sayal y las alpargatas de tal manera alteraron los ánimos de aquellas gentes, que no parecía sino que se encerraban toros: y gracias á que una persona de buen corazón, que nunca faltan, las abrió paso y dirigiéndolas á una capilla, en cuanto entraron, cerróla, y no las dejó hasta sacarlas de la iglesia.

Como no deja el Señor sin premiar servicio alguno hecho por su amor, hizo merced á este buen hombre de que á su favor se proveyese una grande hacienda de que él estaba harto descuidado, como lo confesó el mismo poco despues á uno de los Padres descalzos.

Con el sobresalto desapareció del todo la fiebre que atormentaba á la Santa, que, apenas vio ocasión oportuna, salió de allí con sus hijas para pasar la fiesta lejos debajo de una puente.

En Sevilla, donde las esperaba el Padre Mariano de San Benito, pensó en tomar en seguida posesión de la casa que este Padre

las tenia alquilada y hacer la fundación; pero él dilatabalo con razones tan poco suficientes, que hicieron que la Santa comprendiese que alguna habia muy poderosa para impedirlo. Y era la verdad: porque los Padres, teniendo en cuenta la santidad del Arzobispo de aquella diocesis y el amor que les profesaba, entendieron que la licencia que para ello exige el santo concilio de Trento, no solicitada aún, sería muy luego y de buen grado concedida. Mas equivocaronse: porque el Señor Arzobispo, mientras lo fué, y lo fué muchos años en Córdoba y en Sevilla, jamas habia creído oportuno dar licencia para hacer monasterio de monjas, especialmente de pobreza, por lo cual el P. Mariano aconsejaba a la Santa que fundase con renta. Ella, aunque creyó esto muy oportuno en los pueblos pequeños y pobres, no así en los populosos y ricos, como en Sevilla. Tanto era su fervor religioso, su confianza en Dios y su amor á la pobreza. Sentualo sobremanera por no atormentar á los PP. Visitador apostólico y Mariano, y si no fuera por eso, desde luego hubiera dejado aquella fundación. (XXIV. 6. 7.)

Es seguro que si los Padres hubieran solicitado antes que todo la licencia del Sr.

ñor Arzobispo, aquella fundación no se hubiera hecho de modo alguno por la repugnancia del Ordinario; mas dispuso Dios que no se pidiese para ir suavemente disponiendo el corazón de aquel ilustre Prelado, que si quería tener en su diócesis monjas descalzas de nuestra Señora del Círculo, era para repartirlas en los demás conventos y llevar por este medio á cabo una reforma.

Al fin, como el Sr. Arzobispo amaba mucho al P. Mariano, y era muy devoto de la Orden, dió licencia para que se dijese la primera Misa y envió para ello á uno de sus capellanes, mas prohibiendo que se pudiese campanilla, (que ya estaba colocada) ni que se tocase, ni que se las quedase el Santísimo. Hizose así y quedó fundado el monasterio á 29 de Mayo de 1575, fiesta de la santísima Trinidad, tres dias despues de haber llegado á Sevilla. (XXIV. 7)

Por medio de alguno de los suyos casi todos los dias preguntaba el Prelado por la Santa, y prometíala, que en cuanto le fuese posible, pasaría en persona á visitarla; mas permanecía firme en sus propósitos. Al fin llegó el dia: y la Santa habló al Arzobispo con tal zelo y firmeza, que, conociendo él por lo que veía, y por lo que había oído al

P. Mariano y á otros, las excelentes virtudes de la Santa, rindió su voluntad y la permitió que en todo obrase como mejor á ella pareciese.

Es verdad que los PP. Carmelitas calzados vinieron á solicitar de la Santa que las enseñase las licencias con que lo habia hecho; pero al ver las que del P. General y Provincial les mostró, juzgando que tambien era del agrado del Sr. Arzobispo, no se atrevieron á oponerse; que á saber la resistencia del Prelado, seguramente hubieran hecho crecer las dificultades de la fundación. (XXIV. 8.)

No lo quiso Dios así: mas no por eso desaparecieron los trabajos que en ella habian de sufrirse aún.

2. Aunque Sevilla era una ciudad importantísima, muy rica, y en ella á todos los conventos y pobres hacianse pingües limosnas, este pobre monasterio de Descalzas permanecía desconocido y en él se padeció grandísima abstinencia y pobreza. Fue esta tal, que para volverse á su pais los que con la Santa habian venido á Sevilla, hubo de buscarse fiado: las que prometieron ayudar á la casa y tomar en ella el hábito, dejaron de hacerlo temerosas de la rigurosa disci-

plina y trabajosa vida que en ella se pasaba: las monjas enfermaron casi todas por el cambio de clima; y fuera de las limosnas que el P. Prior de los cartujos de las Cuevas, natural de Ávila de la familia de los Pantojas, abundantemente las daba, eran muy pocas las que recibían. (XXIV. 7.—XXV. 1. 2. 5.)

Al fin se remedió algo con la entrada de algunas; mas permitió Dios que una de ellas fuese causa de poner en peligro la fundación, y la cristiana fé, y la honra de las pobres compañeras, y en especial de la Santa Madre.

Fué el caso que la tal, aunque buena, era muy apretada de melancolía; y poco humilde, y menos obediente, aferrábase al propio parecer. La Madre Teresa para quitar de su alma aquella polilla de la santidad y del ordenado gobierno, principió á contenerla mortificando su inclinación y quitandola sus devociones y ejercicios, amoldados á su caprichosa voluntad. Ella resentida, torcía en mal sentido cuanto las monjas hacían, y tomando motivo de lo que tan santamente ordenan las constituciones para que las hermanas den á su Prelada cuenta de su espíritu, parecióla que se confesaban unas con otras, lo cual iría practicamente contra l. fé. Creyó-

se, pues, obligada á delatarlas al santo Oficio, é hizolo así luego que fué echada del convento, ayudándola en su resolución un buen sacerdote, pero escrupuloso, crédulo y simple, con quien se confesaba y á quien hizo creer este disparate.

Llegó pues un dia á visitar á la Santa el P. Gracian, y al ver en la calle cerca del convento los caballos y mulas de los Inquisidores, tembló por la Santa, y aguardaba á verla de uno á otro momento presa por el santo Oficio, y afrentada, lo cual hubiera sido un terrible golpe para los pobrecitos Carmelitas descalzos y descalzas. Estaba la Santa alegre y confiada; porque además de abrazar con gusto toda clase de trabajos, con tal que en ellos se sirviese á Dios, había dicho el Señor: que no temiese, que no permitiría que sus siervas fuesen tan afrentosamente tratadas, y que lo que el demonio hacía para convertirlo en su daño, Él lo convertiría en alabanza, honra y provecho de las mismas. Así se lo dijo al Padre Gracian. En efecto la verdad fué aclarada y publicada, honrada la Santa y sus monjas, reprendido el clérigo, é ilustrados los Inquisidores, que con esta ocasión vieron y aprobaron la relación que de su vida y espíritu

había escrito la Santa y dado al P. Rodrigo Alvarez de la Compañía de Jesús, como llevamos dicho ya. (Yep. Lib. 2.º XXVIII.)

Esto debe excitarnos á confiar en Dios, cuya providencia no desatiende jamás á sus criaturas, y mucho menos á los que con buen corazón le sirven, para quienes el Señor todo lo convierte en espiritual provecho, sacando de las tinieblas luz, de los trabajos paz, de las enfermedades salud, y del mal bienes estables y santísimos.

Es más: debemos en esto imitar muy mucho el ejemplo de la Santa.

Al principio de su conversión algunos temen y la indican que pudiera caer en manos de la Inquisición, y que los tiempos que corrían eran recios. Ella se rie y responde que, si algo tuviese de qué temer, iría á ponerse en manos del santo Oficio: que este ejerce su poder contra los perversos y contra los que faltan tenazmente á la fe, y siembran zizaña pestilencial de herejía en el corazón de los hermanos, y en fin, que si algunos fuesen calumniosamente acusados, Dios volvería por ellos.

Ahora se la acusa, y los Inquisidores se presentan con aparato. Ella permanece so-

segada, pacífica y alegre; y lo que es más, alaba á la misma Inquisición.

¡Cuán al revés hoy muchos que ni conocen á la Inquisición, ni por ella son perseguidos, ni tienen para qué temerla porque á sus puertas no ha de llegar, la calumnian; contra ella publican sus furibundas filípicas, la denuestran y no hallan en el diccionario palabras suficientes con que manifestar la rabia que exaspera su corazón, y tiemblan, y se enfurecen á la sola pronunciación de esta palabra *Inquisición!* ¿A quién imitaremos en esto? ¿A la Santa que la conoció, fué por ella interrogada y sin embargo la enaltece, ó á los que no la conocen, ni por ella son perseguidos, y con todo la denuestran? Si tiemblan estos ¿no indican por ello que su conciencia les acusa su falta de fé católica? Seguiremos á estos en su falta de creencias cristianas, de buen criterio de santidad, de valor, de honradez y de prudencia, ó á la Santa que en estas virtudes brilla con viva luz?

La elección no es dudosa.

Cerca de un año habían pasado las monjas con muchos trabajos, y no tenían casa propia ni aun esperanzas. Suplicaba la Santa

á Dios que las oyese propicio y favoreciese como á esposas que no otra cosa desean que contentar á su Esposo; y el Señor la dijo: *Ya os he oído, déjame á Mí.* Luego entendió que pronto tendrían casa, y así fué.

Alonso de Cepeda, hermano de la Santa, llegó por entonces de las Indias á Sevilla, y juntamente con un siervo de Dios, conocido por el nombre de García Álvarez, el cual por caridad desde muy lejos venía á decir Misa á las monjas, trabajó mucho para comprar y arreglar la casa. En la primera, que en ajuste tenían, era grande la pérdida que las monjas habían de sufrir, segun era el precio por ella ofrecido y el poco valor de la misma. Quiso Dios que aun con esto el vendedor no quedase satisfecho, y así con grande alegría de todos pudo tomarse con poco más otra, que valía el duplo que la primera. (XXV. 3. 4.)

Los frailes franciscos, cuyo convento estaba muy cercano á la nueva fundación, fueron á requerir á la Santa y á sus monjas para que no se fuesen á ella. Al fin despues de un breve pleito y de haberse pasado á la casa en secreto, habiéndolo consultado antes con el P. Prior de las Cuevas y con el Exce-

lentísimo Sr. Arzobispo, aderezadas las calles, reunida toda la clerecía y cofradías por orden del Diocesano, llevóse con gran pompa al santísimo Sacramento desde la parroquia y púsole el mismo Sr. Arzobispo un domingo antes de la pascua del Espíritu-santo, que fué á 3 de Junio de 1576. Con ello quedaron honradas y conocidas en aquella populosa población las mismas, para quienes un año antes parecía no haber ni aun agua, siendo tan caudaloso el rio que por allí pasa.

¡Alabado sea Dios, que así premia la constancia y varonil firmeza de quien le sirve! (XXV. 4. 7. 8.)

2. El contento, que es tan natural en los que ven satisfechos sus deseos, cuando son acerca de una cosa importante y difícil de obtener, no fué muy duradero para las monjas; porque muy luego hubieron de llorar la ausencia de su santa y amadísima Madre, la cual, sin tener la dicha de oír en la nueva casa despues de puesto el Santísimo siquiera una sola Misa, tuvo necesidad de partirse al lunes siguiente, obedeciendo el mandato de su P. Superior. (XXVI. 1.)

En Sevilla fué donde la Santa con gran zelo por las almas trajo á la Orden á Nico-

lás de Oria, de la antigua y noble familia de este apellido en Génova, el cual despues con el nombre de Nicolás de Jesús Maria fué el primer General de esta Orden de Carmelitas descalzos. Era varón de grande espíritu y su humildad fué tanta, que no se atrevió á aceptar el Arzobispado de Génova, que le ofreció el Sumo Pontífice Sixto V.

No concluiremos este capítulo sin hacer un breve compendio de lo que en él la Santa dice de Beatriz de la Madre de Dios, primera monja de Sevilla, despues de las cinco que acompañaron á la Santa. Y pues ella lo refiere para memoria de esta señora y honra de Dios, nosotros para lo mismo y para ejemplo de las jóvenes, que esto leyeren, haremos tambien alguna mención. Aquí verán los medios que Dios usa á veces para Purificar un alma que ha escogido. Asi como las madres por el extremado amor que tienen á sus hijas, se valen de acibar para quitarlas el pecho y que poco á poco se acostumbren á un alimento más conveniente, asi Dios da con frecuencia á sus escogidos grandes trabajos y tribulaciones á fin de que, detestando los bienes de este mundo, solo á los eternos aspiren.

Así sucedió con Beatriz de la Madre de Dios.

Era de padres muy cristianos; y una tía suya, muy rica y sin herederos, llevola consigo, cuando apenas tenía siete años. Amábala mucho; mas el demonio de la avaricia, que arrastra á los crimenes más inauditos y bárbaros, cegó á tres mujeres, que, antes de que la niña fuese llevada en casa de la tía, esperaban heredarla y miraban por el suelo sus ilusiones con la venida de la sobrina. Concertáronse entre sí, y como en ello estaban contestes, hicieron creer á la tía que á una de ellas la había dado unos maravedises para solimán con el propósito de envenenar á la tía, con lo cual el amor de ésta convirtiöse en odio. La pobre madre, creyéndolo, trajo á su casa á la hija, y para corregirla castigábala duramente todos los dias, mucho más cuando la oía negar aquello de que se le acusaba, y repetir que no sabía qué era solimán, ni que tal cosa existía en el mundo, lo cual exasperaba á la madre, calificando de perfidia la constancia de la niña. Defendiola su hermano; mas ¿cómo había de creer la madre que tres mujeres mentían, y se habían concertado entre sí para tamaña calumnia?

El Señor se encargó de descubrirlo. Dió á dos de las tres una enfermedad tan terrible, que parecia que tenían rabia; y ellas, reconociendo su pecado, declaráronle á la hora de su muerte y pidieron perdón por ello, cosa que tambien hizo la tercera que murió de parto. (XXVI. 2.)

Cuando Beatriz tenía diez años, aficionóse á leer en un libro la vida de Santa Ana, naciendo de ello en su alma tanta devoción con la Orden de nuestra Señora del Cármen, que luego prometió ser monja de ella y castidad. Quisieron más adelante sus padres casarla, y de ello dieron palabra; pero la hija descubrió entouces el voto que tenía hecho. Entendieron los padres ¡qué aberración! que era una excusa tal respuesta y que habría hecho alguna cosa mala, que convendría ocultar; y por ello martirizáronla tanto, que hubo de estar tres meses en cama sin poderse mover. (XXVI. 3. 4.)

Al fin se fué descubriendo la virtud de esta jóven sufrida. Trece años hacía que un Carmelita desconocido de sus padres y de ella les visitó, y, dirigiéndose á la niña, la santiguó y bendijo, diciéndola, «*Beatriz, Dios te haga fuerte,*» cuando vió al Padre Gracian, que era una viva imágen de aquel.

Acordándose de esto hizo los esfuerzos posibles para confesarse con el P. Gracian, y logrado, aunque con trabajo, recomendada por él, entró en aquella casa en el mismo día de la santísima Trinidad de 1575.

Para llevarlo á cabo fué á confesarse acompañada de unas mujeres, y habiéndolas despedido, entró en el monasterio y recibió el hábito sin haber dicho nada á su madre. Ésta, luego que lo supo, llegó muy afligida, mas contentóse luego: y cuando murió su esposo, entró ella también, siendo entre ambas, madre é hija, en aquella casa un modelo de virtudes, especialmente de humildad y paciencia. Como la hija era única heredera, pues había fallecido ya su hermano, llevó al monasterio bastante para que pudiese comprarse la magnífica casa, que le constituía. (XXVI. 7. 9.)

Así premió Dios en esta vida la constancia y paciencia de la hija y el arrepentimiento de la madre, dándolas una santa paz interior; felicidad que solo concede á los que aman su santa ley. *Pax multa diligentibus legem tuam et non est illis scandalum.* (Salm CXVIII. 165.)

CAPÍTULO XXVI.

1. Principios de la Fundación de San José de Caravaca. Tómase posesión en el primer día del año 1576.—2. A consecuencia de persecuciones que sobrevinieron á los PP. Carmelitas descalzos y á la Santa mándasela que elija un convento para vivir, y que de él no salga. Escoge el de Toledo. Procura que las monjas del primer convento, que fué el de Avila, den la obediencia á la Orden.

1. Había en la villa de Caravaca una señora muy piadosa y amiga de ayudar á las almas que se dedicaban al servicio del Señor. Llamábase Ca'alina; y á su casa fueron á recogerse desde un sermón, que oyeron á un P. de la Compañía de Jesús, tres doncellas firmemente resueltas á no salir de ella hasta que en la villa se fundase un monasterio de nuestra Señora del Carmen, de

cuyas fundaciones ya tenían noticia por los PP. de la Compañía. Entre todas podían allegar muy bien lo bastante para el monasterio, y la una tenía aún padre, llamado Rodrigo de Moya, persona muy prudente y cristiana.

En ocasión en que la Santa iba á partir para la fundación de Veas, llegó un mensajero á Ávila rogando á la M. Teresa en nombre de estas tres jóvenes Francisca de Moya, Francisca de Sasojosa y Francisca de Tauste, y en el de D.^a Catalina en cuya casa estaban, que atendiese á sus súplicas y aceptando la fundación, fuese allá para poner por obra sus buenos deseos. (XXVII. 1.)

La Santa, que no otra cosa deseaba que ver multiplicados aquellos palomarcicos en que con la posible perfección se sirviese á su Majestad, movida á devoción por lo que habían hecho aquellas piadosas jóvenes y lo que el mensajero la decía, informada de que no lejos de Veas á donde se dirigía, estaba Caravaca, aceptada la oferta, llevó monjas consigo para hacer esta fundación, en cuanto hubiesen conseguido la licencia de las Ordenes.

Ya vimos que la licencia fué concedida por las Ordenes; mas con la condición de

que diesen la obediencia á los Superiores de las mismas, cosa que la Santa no aceptó; y que por esto, hasta que viaiese como se pedía, era de parecer de volverse á Castilla, pero que el P. Gracian la mandó ir á Sevilla, con lo demás, que en el pasado capítulo se dijo. (XXVII. 2.)

Desde Sevilla envió Santa Teresa á Caravaca al capellán D. Julián de Avila y Antonio Gaitan. Las que habian de ser monjas, especialmente dos, hallábanse tan firmes y decididas, que muy luego supieron captarse las simpatías y aprecio de los dos comisionados. Ellos las dejaron muy contentas, é hicieron la escritura de la casa, y volvieron alabando mucho las buenas disposiciones de las jóvenes y lo deleitoso del pais. Como la licencia tardaba en llegar, tornó la Santa á enviar allá al buen Antonio Gaitan para que arreglase las redes y cuanto fuera necesario. (XXVII. 3. 4.)

El Rey D. Felipe II, tan calumniado y aborrecido de muchos, y tan alabado por Santa Teresa, que ruega á sus monjas no se olviden de él y hagan por él particular oración, atendió á las pretensiones de la Santa, y como amigo de favorecer á los religiosos de quienes entiende que guardan su

profesión, como supiese la manera de proceder de aquellos conventos y que en ellos se guardaba la primera regla, mandó que se diese la licencia del modo que se pedía. (XXVII. 4.)

Hallábase la Santa entendiendo en la fundación de Sevilla, y por estar muy lejos y en los frios de Diciembre, no pudo ir a Caravaca. Envió, pues allá al P. Gracian, á dos Padres descalzos, á la M. Ana de San Alberto que había de ser Priora y entonces estaba en Sevilla, y á cuatro monjas que se hallaban en Malagón. Fueron recibidos con gran contento del pueblo, é hizose la fundación colocándose el Santísimo el día primero de Enero de 1576, tomando luego el hábito dos de aquellas tres jóvenes, que tanto habían trabajado para conseguirlo.

Al llegar la Santa á la narración de estos sucesos, tomando ocasión de aquella pobre doncella, cuya vocación no había resistido hasta el fin, dirigese á las monjas y las exhorta á venerar los designios del Señor, que se valió de la voluntad y hacienda de la joven para la erección del monasterio del que no había de formar parte. Animalas á solicitar del Señor la gracia con que completen la principiada obra y logren la per-

severancia en el bien, para lo cual era muy bueno, y lo es, tener en la memoria los trabajos de toda clase sufridos en cada una de las fundaciones; el premio que se espera, la paz interior, la santa alegría con que Dios enriquece á las que cumplen como buenas, la protección con que las ha asistido y asistirá, la confianza en la providencia divina, la imitación de las virtudes de los Santos fundadores, y singularmente de la humildad, obediencia y pobreza. (XXVII. 6. 7.)

Cada uno de nosotros debe hacerse parecidas reflexiones en relación de las circunstancias del estado y vida, en que plugo al Señor colocarnos; y seguros estaremos de que si las ponemos en práctica con fortaleza cristiana, tendremos nuevos motivos por que alabar á Dios.

2. Y no solo en tiempo de bonanza cuando con el favor divino todo sale á medida de nuestro deseo, sino tambien en la adversidad debemos permanecer inquebrantablemente unidos al firmísimo apoyo de la divina Providencia, que en todo tiempo y coyuntura con paternal solicitud se cuida de nosotros, y todo lo endereza á su gloria y á nuestro bien. Así lo hizo Santa Teresa en las trabajos que vamos á referir brevemente.

Ya hemos visto surgir con los esfuerzos de nuestra Santa, y los ejemplos y virtudes de San Juan de la Cruz y del P. Antonio de Heredia, los principios de la reforma de los frailes de nuestra Señora del Cármen: hemos descrito á la ligera las dos primeras casas de los mismos fundadas por la Santa, y hemos hecho alguna mención de varios Padres de dicha reforma, los cuales fundaron otras casas, de las que nada hemos dicho por no corresponder á esta obrita.

No formaban Orden aparte los Calzados de los Descalzos, y estos eran visitados por aquellos; aunque alguna vez fuè al revés, como cuando en Andalucía era Provincial el P. Graeian. Nació de aquí una mutua emulación, que al fin degenerò en discordia, y en opresión de los Descalzos que aún carecían de reglas y constituciones propias. Tal es la condición humana, que, pretendiendo los hombres la mayor honra de Dios, muchas veces no están acordes en la consideración de una misma cosa; porque el ojo humano no ha visto aún en la obra, que se examina, el dedo de Dios que lo dirige.

Los Descalzos aspiraban á la perfección, cumpliendo con el rigor posible la primitiva regla. Tambièn los Calzados querían la per-

fección, mas pareciales atrevida confianza la pretensión de los Descalzos y causa de divisiones en la Orden. Añádase á es' o que muchas veces las apariencias ciegan y de aquí las falsas apreciaciones y calumnias: no se olvide que había fallecido el Nuncio Hormaneto, decidido protector de los Descalzos; y que la Santa había ayudado y defendido á estos, como Madre que era suya, y no nos admiraremos de que Santa Teresa cayese en desgracia para muchos, cayendo la Orden á quien protegía.

En efecto: en las cuestiones y diferencias habidas entre Calzados y Descalzados de la misma Orden de Nuestra Señora del Cármen, no se informó bien de estos al Padre General de entrambos, ni al Nuncio Segá. Por lo cual, aquel, que poco antes había dicho á la Santa, que deseaba que fundase más casas, que cabellos tenía en su cabeza, ahora no se contenta con encarcelar á unos, penitenciar á otros y prohibirles bajo penas gravísimas entender en las fundaciones, sino que á la Santa prohibelo también y mándala escoger un convento y permanecer en él, y el Nuncio, decidido á acabar con los Descalzos, entiende en el asunto. (XXVII, 10.)

Es obra de Dios: no se acabará: nada podrán los hombres contra ella; pero al fin la Santa sufre por aquello mismo por lo que debió recibir premio, porque debió tenerse en mucho el que procuraba el mejor servicio del Señor. Así lo quiso su Majestad para que el premio de la gloria fuese más crecido y completo, pues la semilla de la felicidad son los trabajos sufridos con paciencia y con gusto para gloria del Señor.

Por eso la Santa goza con estos castigos y no se admira de que el júbilo y contento hagan bailar á David delante del arca; siente un gozo inexplicable; solo la dá pena de que su P. General, á quien ama tanto, no la tenga en su gracia y que los Padres Descalzos sus hijos padezcan. (XXVII. 11.)

Oye bramar la tempestad; y permanece sosegada: la nave de la reforma aparece que va á hundirse y ser tragada por las olas, y juzgándose culpable como Jonás, dáse por satisfecha de que á ella sola se arroje al mar. (XXVIII. 2.)

Humildad admirable, firmeza dignísima, caridad encendida, misericordia magnánima, paciencia confiada, fe incontrastable, esperanza... prudencia... justicia... virtudes, todas dignas de alabanza é imitación las de

esta mujer admirable! ¿Quién no la querrá seguir? Es santa. ¿Quién dirá que no puede? Es una débil y enfermiza mujer. ¿Quién que no debe? Alcanzó la vida eterna. ¿Quién que no conviene? Libróse del pecado y del infierno, fué visitada muchas veces de Cristo nuestro bien, y goza en el mundo, aun entre los perversos, de una fama imperecedera.

En Toledo, á donde se retiró obedeciendo el mandato del P. Visitador Fr. Gerónimo Gracian, se ocupó en concluir el Libro de las *fundaciones*, que, hallándose en Salamanca en 1573, había principiado para cumplir con lo que su Confesor el P. Ripalda de la Compañía de Jesús, la ordenó; libro que por no confesarse ya con este Padre y por sus muchas ocupaciones dejó de escribir, y que ahora, obedeciendo al Padre Gracian, concluyó hasta la época presente en catorce de Noviembre de mil quinientos setenta y seis. (XXVII. 12.)

También en el siguiente año y en el tiempo que trascurió desde la dominica de la Santísima Trinidad hasta el treinta de Noviembre, fiesta de S. Andrés, principió

en Toledo, continuó en Segovia y concluyó en Avila el admirable Libro del *Castillo interior ó de las moradas*, perfecto en su género, modelo de Teología mística, sencillo á pesar de las difficilísimas cosas de que trata, obra clásica de literatura y mística, escrita para obedecer al Doctor Velazquez, canónigo entonces de Toledo, Obispo después de Osma y últimamente Arzobispo de Santiago, natural de Tudela de Duero y persona muy alabada de la Santa. El poco tiempo en que la escribió, no obstante sus ocupaciones y el haber ido á Segovia y Avila para visitar sus conventos, demuestra, primero: la fácil velocidad con que escribía los misterios más profundos de la gracia de Dios en el alma y las verdades más subidas y celestiales: segundo, que si entonces se la prohibía aun entender en las fundaciones, gozaba ya de libertad para salir del monasterio de Toledo.

Cerca de cuatro años duraron las persecuciones contra los PP. Descalzos, en cuyo tiempo la Santa no trató de fundación alguna, antes por el contrario parecía que todas habian de desaparecer, si Dios no hubiera puesto remedio.

Los Sres. Obispos y cuantas personas de algun valimiento habian tratado á la Santa y á los PP. descalzos, informaban presurosos al Nuncio de Su Santidad abogando por la causa de la Reforma; y sin embargo bien poco se adelantaba con sus esfuerzos. No desfallecía la Santa, antes bien esperaba que pronto el Señor, como se la había anunciado, haría brillar la causa de la verdad y que prosperase con admirable bonanza la obra de sus manos. El piadoso monarca Felipe II, que apreciaba y defendía las virtudes y conocía cuánto bien la sociedad reportaría de una institución tan excelente, interpuso su valimiento. Recomendó, pues, la buena causa, dió Jueces que acompañasen é informasen al Nuncio y defendiesen la verdad, tan de cerca conocida y palpada por el P. Pedro Fernández, que era uno de ellos, persona muy santa, de buen entendimiento, muy letrada y Visitador, que había sido ya de las monjas descalzas. A consecuencia de esto formaron cuerpo aparte Calzados y Descalzos.

Así concluyó favorablemente este asunto y brillando de nuevo la verdad, aumentóse la honra de la Descalcez del Cármen y la gloria de Dios. Torna aquí de nuevo la Santa

á incomodar al Rey y á pedir á sus monjas que por él, y por cuantos favorecieron la causa de nuestro Señor y de la santísima Virgen nuestra madre rueguen á Dios. (XXVIII. 1. 3.)

¿Cómo, pues, son tantos los que calumnian al prudente y piadoso monarca Don Felipe II, hallándose tan lejos de aquellos tiempos? La respuesta no se oculta á nadie. Por mi parte prefiero adherirme al criterio de Teresa santa, sabia, veraz, que difícilmente pudo engañarse, que no quiso engañarnos, y cuyo peso en la balanza de la verdad es superior al de todos los *sabios* de los siglos XVIII y XIX.

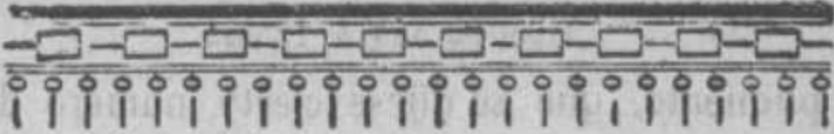
En el tiempo en que la Santa estuvo en Toledo proveyóse el Obispado de Palencia en el Ilmo. D. Alvaro de Mendoza, Obispo que era de Avila y á quien estaba sujeto el primer monasterio de San José de Avila. Si al principio de la fundación convenía que las monjas de aquel convento diesen la obediencia al Diocesano, (y así lo dijo el Señor á la Santa) porque dadas las virtudes del Sr. Obispo había de influir bastante en la fundación y prosperidad de muchos; ahora que ya estaban fundados, y había de venir

otro Obispo, y era necesaria la unión de todos los conventos de la Orden entre sí, y la uniforme unión y dependencia de los Superiores de la misma, convería todo lo contrario. Así lo anunció también á la Santa el Señor.

Por esto procuró ella que las monjas diesen la obediencia á la Orden antes de que dejase de ser Obispo en Avila el Ilmo. Señor D. Alvaro de Mendoza, y con el beneplácito del mismo así se hizo. (XXXI. 27.) (Yepes Lib. 2.º XXIX.)

que Obispo, y era necesaria la ayuda de
 todos los conventos de la orden entre sí, y
 la uniformidad en la disciplina de los co-
 nventos de la misma, conveña lo que se
 acordó. Así lo acordó también el Santo
 Padre.

Por esto presento a V. M. que las cosas
 que se acordaron en el orden de las
 cosas de ser usadas en Villa de Lima, para
 el Abate de Beato, y con el hospital
 de del mismo así se hizo. (LXXI. 27.) (Y
 por Lab. 2. 271.)



CAPÍTULO XXVII.

1. *Principio de la fundacion de Villanueva de la Jara. Hácese en 21 de Febrero de 1580.—2. Milagros obrados en aquella casa.*

1. Años atrás había vivido en Villanueva de la Jara un clérigo muy virtuoso, natural de Zamora, llamado Diego de Guadalajara, el cual había sido fraile del Cármen y tenía mucha devoción á Santa Ana. Llevado de su piedad para con la santa madre de la Virgen Maria, dedicóla una ermita que construyó junto á su casa, desde la que podía oír misa, y alcanzó una Bula con muchas indulgencias para su iglesia. Cuando murió, quedó mandado en su testamento que con la hacienda que dejaba, se hiciese allí un monasterio de monjas de nuestra Señora del Cármen, y hasta que tuviese cum-

plimiento, que se dijese cierto número de misas en la ermita. Más de veinte años habían pasado desde la muerte del clérigo, en cuyo tiempo un capellán que vivía en las casas de aquel señor y tenía muy desmejorada la hacienda del mismo, cumplía con el encargo de las misas (XXVIII. 23.)

En la casa, que estaba junto a la ermita, habían entrado y vivían como en comunidad, aunque sin Superiora, nueve doncellas, que, movidas de la gracia, pretendían dejar el mundo y que allí donde habitaban, se fundase un monasterio de nuestra Señora del Cármen. Eran tan buenas, que se habían captado las simpatías del ayuntamiento y vecinos de la villa. Vivían bien pobremente del trabajo de sus manos, para lo cual dormían muy poco; no hablaban con nadie, sino las dos de mas edad que entendían en los negocios: tenían muchas horas de oración, dirijíanse por los libros del P. Fray Luis de Granada y de San Pedro Alcántara: rezaban el oficio, aunque con mucho trabajo, en breviarios no conformes, hasta que más adelante, habiéndolas conocido y visitado el P. Fr. Antonio de Jesús, las aconsejó que solo rezasen el oficio de la Virgen santísima. Tenían en casa su horno donde

cocian, y todo se hacía con admirable concierto y hermandad. De lo poco que ganaban, dejaban de comer para pagar á los mensajeros, de quienes se habían de valer para solicitar que Santa Teresa, admitiéndolas en el número de sus hijas, tuviese la bondad de fundar allí uno de sus monasterios. Su única pena era si no las admitían, y cuando en esto notaban algun desvío, en más de tres años que duraron sus gestiones, doblaban sus penitencias. (XXVIII. 21. 22.)

En nombre de éstas nueve doncellas de Villanueva y del ayuntamiento, llegó á Toledo en mil quinientos setenta y seis un clérigo para solicitar de la M. Teresa, que acababa de llegar de la fundación de Sevilla, que admitiese aquella casa y mujeres, cosa que también pidió el Dr. Ervias, cura de aquella villa. Resistíase la Santa á conceder con esta petición, ya porque, siendo tantas las jóvenes y acostumbradas á su modo de vivir, parecía dificultoso que se doblegasen á la humildad y obediencia; ya porque era poca la renta que tenían, el pueblo no bastante rico para mantenerlas de limosna, é insegura la promesa de ayudarlas el ayuntamiento; ya porque no tenían casa suficiente, y ya, en fin, porque se hallaba á gran

distancia de los otros monasterios de monjas para poder ser visitadas. Estas consideraciones movian á la Santa á no aceptar la fundación, mas como acostumbraba á seguir en todo el parecer del confensor, pidióle en esto su consejo. El Doctor Velázquez, Obispo de Osma despues, que la confesaba entonces, movido de la piedad de las pobres doncellas, la dijo que diese buena respuesta, porque le parecia que cuando tantos corazones juntaba Dios en una cosa, era señal de que se habia de servir de ella.

Respondió, pues, la Santa al mensajero no desechando el asunto, mas tampoco aceptándole. En rogar á la Santa, y en buscar personas que la hablasen, se pasaron cuatro años ó poco menos, en cuya época habían tenido lugar las persecuciones, de que hablamos en el núm. 2 del capítulo pasado. (XXVIII. 4.)

Al cabo de este tiempo en 1580 el P. Fr. Antonio de Jesús, que había venido á cumplir su destierro al monasterio de nuestra Señora del Socorro, que está á tres leguas de Villanueva, y el P. Fray Gabriel de la Asunción, Prior del mismo monasterio, tuvieron ocasión de tratar á las piadosas mujeres y al Doctor Ervias, de quien

eran amigos. Aficionados de la virtud de aquellas, y persuadidos del pueblo y del Doctor, tomando este negocio como suyo, comenzaron á persuadir á la Santa con mucha fuerza con cartas; y estando ella veinte leguas de allí, fué el P. Prior para darla cuenta de ello, de lo que se podía hacer y de trescientos ducados, que sobre su beneficio ofrecía el Doctor Ervías.

Insistía la Santa en las razones atrás referidas, en lo inseguro de las promesas y en otras muchas reflexiones, que hacían á su parecer inadmisibile la fundación; y últimamente lo dejó todo sobre la conciencia del P. Antonio y suya, esto es, la del P. Prior. Mas al ver tan decidido en sus intentos á este Padre, comprendió que trataría de persuadir al Prelado, y anticipóse ella á decirle su parecer. De allí á poco tiempo, cuando ella creía que lo tendría estorbado y no se hablaría más de ello, llegó otro mensajero con nuevas promesas del ayuntamiento, del pueblo, y del Doctor, y con nuevas recomendaciones de los Padres.

Creía la Santa en conciencia que no era conveniente esta fundación y ninguna persona, razón, ni cosa bastaría á disuadirla para

que dejase de obrar así; mas bastó la palabra del divino Maestro, el cual la dijo una vez que, acabando de comulgar, pensaba sobre ella y encomendábala a Dios: «Que ¿con qué tesoros se había hecho lo que estaba hecho hasta aquí? que no dudase admitir esta casa, que sería para mucho servicio suyo y aprovechamiento de las almas.» (XXVIII. 5. 7.)

Pareció a ella oportuno estar presente á la fundacion; y habiéndolo dicho al Prelado, este no solo la dió licencia, sino que tambien la mandó ir, y escoger para llevar á Villanueva las monjas que mejor creyese convenian. Hizolo así, como que importaba mucho para el acierto en la direccion de aquellas nueve señoras que en Villanueva esperaban el hábito, y eligiendo del monasterio de Toledo dos de toda su confianza, especialmente a Maria de los Martires para Priora, y otras dos del de Malaga, una de ellas para Subpriora, acompañada de los PP. Gabriel de la Asuncion y Antonio de Jesus, salió de Malagon á 13 de Febrero de 1580. (XXVIII. 7. 8.)

Bastante enferma, y no para ponerse en camino, le principio animosa y confiada en la divina Providencia; y no se vio en ello

defraudada, porque muy luego recobro la salud y las fuerzas maravillosamente.

Agradecida por ello, invita á sus hijas y en ellas á nosotros á no mirar para nada nuestra flaca disposición, cuando hayamos de ocuparnos en el divino servicio; porque es poderoso el Señor de hacer de los flacos fuertes y de los enfermos sanos; y cuando esto no hiciere, será lo mejor padecer por nuestra alma, y puestos los ojos en su honra y gloria, olvidarnos á nosotros. Para qué es la vida y la salud sino para perderlas por tan gran Rey y Señor? (XXVIII. 8.)

Tal era el amor y el respeto que á Teresa tenían los pueblos y tal era la fama de su santidad, que en este viaje salían á recibirla á larga distancia hombres y mujeres de las poblaciones por donde había de pasar. En Villarrobledo no bastaron dos alguaciles para contener la muchedumbre que se agolpaba en derredor, habiendo muchos que por ver de cerca á la Madre Teresa saltaron las tapias de los corrales de la casa en que estaba. En otra parte un labrador, habiendola preparado comida, salió con toda su familia á recibir á la Santa; y en cuanto vio que ella, para huir de las ovaciones con que á porfia querían honrarla, pasó de

largo sin entrar en su casa, contentándose con la bendición, corrió á solicitarla y recibirla (Yep. Lib. 2.º XXX.)

Al llegar la Santa al monasterio de nuestra Señora del Socorro, del que era Prior el P. Gabriel, salieron á recibirlas todos los Padres que entonaron un solemne *Te Deum* con mortificadas voces y santa modestia para dar gracias á Dios por ver entre ellos á la Santa admirable, de quien su Majestad se había valido para echar los cimientos de la Orden reformada de Carmelitas descalzos.

Enternecida por la sencillez y mortificación de los Padres que con sus capas de sayal blancas y pobres, semeándose á olorosas flores, la recibían, parecía hallarse en los fructuosos tiempos de los antiguos y santos Padres del desierto. (XXVIII. 9)

En aquella casa fundada años antes por D.ª Catalina de Cardona tuvo la dicha de que se la apareciese esta bienaventurada, y la dijese que no se cansase y que procurase ir adelante en aquellas fundaciones. Veamos quien fué esta señora.

Doña Catalina, descendiente de la nobilísima casa de los duques de Cardona, había sido educada en el real palacio y muy estimada de la real familia; mas con

todo, dejando el bullicio de la Corte, y sus riquezas y comodidades, vestida de ermitaña se retiró á un desierto, en donde sin que de su paradero se tuviesen noticias, lejos del mundo en una estrecha cueva, vivió asperamente más de ocho años. Acabados tres panes que llevó consigo, sustentábase con un poco de harina, que un pastor la enviaba, y con raíces y yerbas del campo: traía continuamente silicios asperísimos y disciplinábase con una gran cañena: oía misa en un monasterio de Mercenarios á un cuarto de legua de distancia y algunas veces iba allá de rodillas: su vestido era de púrpura y su túnica de sayal.

La gente de aquellos pueblos la cobró tanta devoción, que acudía en gran número á solicitar sus consejos y bendición. Al cabo de ocho años quiso hacer en aquella cueva un monasterio de Carmelitas descalzos, según se lo dió á entender el Señor, y para conseguirlo estuvo en Alcalá de Henares y en la Corte, y con la influencia de la princesa de Évoli, de quien era muy amiga, alcanzó lo que deseaba. (XXVIII. 12. 14. 16.)

Fundado el monasterio hicieronla los Padres descalzos una cueva no lejos de allí,

mas no vivió sino cinco años en ella, pues el Señor la llevó consigo en 1577 para premiar su sencillez, modestia, castidad y vida penitente. (XXVIII 18)

Imitémosla y también nos premiará misericordioso el Señor.

Salió la Santa de aquel monasterio: y al llegar a Villanueva fué recibida con mucha alegría del pueblo, á cuya cabeza iba el clero y el ayuntamiento. Habiendo cantado en la iglesia un *Te Deum*, salieron todos en procesión con el Santísimo, yendo en ella muchos Carmelitas descalzos, y frailes franciscos y un Padre dominico y llegado que hubieron á la casa, en donde las esperaban las nueve doncellas, quedó hecha la fundación, que se dedico á Santa Ana, conservando el nombre que tenia. Era el 21 de Febrero de 1580 (XXVIII 16. 19. 20.)

Cuando iban en procesion para instalar el monasterio, una de las monjas vió que hablaba con la Santa un niño Jesús, muy parecido al que las había dado el P. Prior Fr. Gabriel, y dijoselo á la Santa. La bienaventurada Madre la mandó que lo callase y la advirtió que si se viesen en alguna necesidad, acudiesen al Niño y que las socorrería,

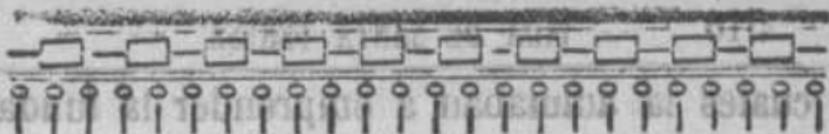
Los sucesos posteriores confirmaron la veracidad de esta profética promesa, y el amor y poder de Dios, que así cuidaba de las piadosas monjas de aquel monasterio. No tenían las pobres con qué alimentarse en aquel estéril año, sino seis fanegas de trigo hecho harina; mas el Señor la multiplicó como en otro tiempo á la viuda que acogió á Elías, é hizo que con ella pudiesen vivir diez y siete personas por espacio de seis meses. Otro tanto sucedió con un peral y siete manzanillos enanos, que en dos ó tres meses aparecían siempre llenos de fruta, por mucha que arrancasen, de manera que tuvieron para alimentarse, regalar y vender. Multiplicó también Dios sesenta reales que se hallaron cavando en la huerta; y en fin, la cocinera no teniendo olla para cocer lo necesario, hizo uso de los pedazos de una, rota, que unió entre sí, fregó separadamente los mismos pedazos y tornó á unir para cocer de nuevo la comida, repitiéndose este prodigio muchas veces. (Yep. Lib. 2.º XXXI.)

Bien se conoce que eran muy santas las monjas de aquel monasterio, que confiaban mucho en Dios y no se preocupaban de los bienes temporales, pues de tal manera

las atendió el Señor cumpliéndolas lo prometido en el santo Evangelio. « Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura. » *Quærite primum regnum Dei et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis. (Mat. VI. 33.)*

trigo hecho harina; mas el Señor la multiplicó como en otro tiempo á la vida que acogió á Elisha, e hizo que con ella pudiesen vivir diez y siete personas por espacio de seis meses. O lo tanta abundó con un pececillo y siete manzanas en unos días en dos ó tres meses. de manera de manera que tuvieron para alimentarse, regalar y vender. Multiplicó también Dios sesenta reales que se hallaron cavando en la huerca; y en la cocina no teniendo olla para cocer lo necesario, hizo uso de las pedruzcas de una roca que cayó entre sí, trayó setenta y siete pedruzcos los mismos pedruzcos y tocinos para cocer de nuevo la comida, repitiéndose este prodigio muchas veces. (Veg. lib. 2.º. XXXI.)

Bien se conoce que gran muy santa las monjas de aquel monasterio, que confiaban de mucho en Dios y no se preocupaban de los bienes temporales, pues de tal manera



CAPÍTULO XXVIII.

Fundacion del monasterio de S. José de Palencia.

Aquel insigne Obispo de Avila, el muy devoto y siempre protector de las Carmelitas descalzas, el Ilmo. D. Alvaro de Mendoza, luego que fué trasladado á Palencia, deseando mucho tener en la capital de su nuevo Obispado un monasterio de monjas de esta Orden, procuró que el P. Fr. Angel de Salazar, Superior y Visitador de la misma, mandase ir allá á la Santa para poner por obra sus buenos deseos.

Al pasar por Valladolid la Santa, cayó gravemente enferma: y aunque sanó, fué tal su debilidad, que no hallaba fuerzas para atreverse á la fundación. Recordó el consejo del P. Baltasar Alvarez y escuchó el del P. Ripalda, ambos de la Compañía, los

cuales la animaban á emprender la fundación de Palencia y la de Burgos; mas ella en todo veia inconvenientes, porque fundar con renta en Palencia parecia imposible; y sin ella impracticable por la pobreza de la población.

Más hé aquí que la habla el Señor, y reprendiéndola dice: *¿Qué temes? ¿Cuándo te he faltado? El mismo que he sido soy: No dejes de hacer estas fundaciones: Y como todo poder y voluntad para el bien proceden de Dios, dióseles á la Santa en las palabras anteriores. Ya no hay nada que la contenga: se hará el monasterio y Dios le conservará y hará florecer. (XXIX. 1. 3.)*

Escribió al canónigo Reinoso á quien no conocia; mas del cual la habian dado muy buenos antecedentes, y rogóle que procurase desembarazarla una casa, que la habian ofrecido en venta. Él, como piadoso y rico que era, hizolo tan bien, que además las proveyó de camas y de otras comodidades. (XXIX. 3. 4.)

Santa Teresa entre tanto, animosa con la caridad que en su pecho ardía, convaleciente aún, anciaua y en pleno invierno, salió de Valladolid el dia de los Santos Inocentes del año 1580, y sin embargo de

tantos achaques y del cansancio del camino, empleó casi toda aquella noche en aderezar el monasterio y la iglesia. Colocado en esta el santísimo Sacramento, quedó erigida la fundación de S. José de Palencia á 29 de Diciembre del citado año.

El Ilmo. Sr. Obispo, á quien luego pasó recado de su llegada, vino con gran contento, proveyólas de muchas cosas y las ofreció el pan que fuese necesario para su sustento. Vióse pronto la mano de Dios; porque Suero de Vega, hijo del Presidente de Castilla, y su mujer D.^a Elvira Manrique, hija del conde de Osorno, llamados los padres de los pobres, las favorecieron con abundantes limosnas. (XXIX. 5.) (Yep. Lib. 2. XXXII.)

Como la casa, en que se había hecho el monasterio, no era propia, comenzó la Santa á poner los medios para tenerla. Parecía bien al Sr. Obispo una iglesia de nuestra Señora de la Calle, que él y el Cabildo cedieron de buen grado, y también, aunque con algun trabajo, los cofrades á quienes pertenecía, porque al fin, como gente santa y cristiana que eran los Palentinos, no podían obrar sino bien. Mas la iglesia no tenía casa, y dos que se vendían juntas á ella eran tan caras, y á los canocigos Reinoso y

Salazar, que entendian en ello, parecieron tan distantes de la iglesia mayor y no á proposito, que dejauo de tratar con los duenos de ellas, concertáronse casi del todo con el de una, que se hallaba cerca de la de Suero de Vega. (XXIX. 6. 7.)

Del mismo parecer era la Santa.

El Señor, empero, cuyo era el negocio y que aun en las cosas mas minimas no dejó de dirigir á esta mujer privilegiada, hablola respecto de la iglesia de nuestra Señora de la Calle, y la dijo: *Esta te conviene*. Y como ella pensase en la dificultad de abandonar la otra, cuyo conuenio estaba ya casi ultimado, continuó el Señor, refiriendose a los canónigos: *no entienden ellos lo mucho que soy ofendido alli, y esto será gran remedio*.

Y era la verdad, pues aunque profesaban mucha devoción a la Virgen de aquella iglesia no solo los de la ciudad sino tambien los de los pueblos comarcanos, como velaban en ella, cometíanse muchas irreverencias. Pasó á la Santa por el pensamiento si aquellas palabras serian del Señor ó nó. Dijola entonces: *Yo soy*. Convencida Santa Teresa, deseaba vivamente remediarlo; pero como faltar al compromiso adquirido, si los canónigos autorizados para ello hubiesen

rematado la compra? Quiso Dios que el dueño de la casa, no se contentase con lo ofrecido y que manifestase nuevas exigencias. Libre, pues, el canonigo Reinoso, que tenía ya noticia de lo que el Señor había dicho á Santa Teresa, adquirió las casas de nuestra Señora de la Calle.

Arregló el Ilmo. Sr. Obispo la capilla, y quiso que la traslación á este monasterio fuese solemnisima. Para ello, luego que todo estuvo preparado, vino de Valladolid; y acompañado del cabildo, sacerdotes, órdenes religiosas, hermandades y pueblo, con gran música llegaron á la casa en donde estaban las monjas, y de allí á la parroquia más próxima al nuevo monasterio, y luego tomando el Santísimo fué llevado con piadosa devoción y júbilo de todos en un día de la Octava del Corpus.

El monasterio erigido en la primera casa llamábase de *San José*, y al trasladarle á esta última añadióle la Santa la denominación de *nuestra Señora de la Calle*.

En Palencia llegó á la Santa la feliz nueva de haberse ejecutado ya el Breve de Roma para la conveniente separación de Calzados y Descalzos. Desde entonces tuvieron estos sus Superiores de entre ellos

mismos, habiendo cabido la honra de ser el primero de esta clase al P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios.

Así fué creciendo y afirmándose milagrosamente aquel pequeñito grano de mostaza de la Orden reformada de nuestra Señora del Cármen, y trasformado en árbol de frondosas ramas, son muchas las aveci-llas, que á su sombra se han cobijado y criado sus hijuelos. La paz y concordia, que entre una y otra rama de Carmelitas nació y se conservó á consecuencia del Breve de Su Santidad, debióse principalisimamente al católico Rey de España D. Felipe II, á quien con este motivo llama *muy santo* la Madre Teresa de Jesús. (XXIX. 15.)

Bastaría esta reflexion para sernos sospechosos cuantos escritos se publican para deshonar directa ó indirectamente la memoria de tan calumniado Rey. El recto criterio de una santa y sabia no puede ser justamente desechado por ningun género de personas.

CAPÍTULO XXIX.

Fundación del monasterio de la santísima Trinidad de Soria á 14 de Junio de 1581.—Fundación del de Granada.

Corría el año de mil quinientos ochenta y uno en cuya época vivía en Soria una señora noble llamada D.^a Beatriz de Veamonte y Navarra, descendiente de los reyes de Navarra, hija de D. Francisco de Veamonte y viuda del señor de Vinuesa, muy sierva de Dios, de condición apacible, penitente y generosa. Esta ilustre señora habla tratado con el Obispo de Soria de fundar un convento de Carmelitas descalzas en dicha población, á cuyo fin ofrecía una casa buena, fuerte y en harto buen puesto, y dió juntamente con ella quinientos ducados de juro de veinte mil el millar para sostener el monasterio con el número de monjas más cre-

cido dentro de las constituciones de la Orden.

Aceptó gustoso el Prelado tal idea y ofreció por su parte una iglesia, que por medio de un pasadizo podría unirse á la casa de D.^a Beatriz (XXX. 1. 2.)

Escribió á la Santa Madre á Palencia y la suplicó que aceptase la oferta de la piadosa señora y pusiese desde luego en ejecución lo que tanto deseaban entrambos.

Era entonces Obispo en Soria el Doctor Velazquez que, siendo canónigo de Toledo, confesó á la Santa, cuando ella necesitaba aún de una prudente dirección por el miedo que tenía de vivir engañada.

Ésta, alegre con la carta del Sr. Obispo, emprendió el viaje en el mes de Junio de mil quinientos ochenta y uno, yendo con ella dos Padres Descalzos, uno de los cuales era Fr. Nicolás de Jesús María, y siete monjas para la fundación. Caminaba muy contenta, ora porque ya se había terminado la fundación de Palencia y ésta que se ofrecía era muy del servicio de Dios, ora porque esperaba comunicar su espíritu con el piadoso Prelado.

Quiso el Señor que el tiempo de este viaje fuese benigno, cómoda la diligencia en

que iba la Santa, y que las gentes la honrasen a porfía, ya por sus admirables virtudes, ya por parecerles que en ello hacían un servicio á su Obispo á quien mucho amaban, y mucho más al ver á las personas que en nombre del Prelado la acompañaban.

En el Burgo de Osma, por donde tuvo que pasar, comulgó en el día de la Octava del Santísimo, y al siguiente día salió para Soria, á donde llegaron á las cinco de la tarde. Al pasar por el palacio del Sr. Obispo, éste, que se hallaba á una ventana, echó á las monjas su bendición, que fué para la Santa Madre de muchísimo consuelo. En la casa fueron recibidas por la piadosa é ilustre fundadora, que las tenía preparado cuanto habían menester, y así á otro día dijose la primera Misa en una sala que tenía aderezada. Así quedó hecha la fundación á 14 de Junio de 1581, habiéndola dedicado á la santísima Trinidad por devoción de la fundadora. Para la transfiguración del Señor pudo concluirse el pasadizo que había de unir la iglesia con el convento, y celebróse la inauguración con solemne fiesta, predicando un Padre de la Compañía. (XXX. 4. 5.)

No fué aquel el único monasterio que D.^a Beatriz de Veamonte erigió. Algún tiempo después fundó otro en Navarra, y Dios, que no deja de premiar un poco de agua fría dada en su nombre, premió á esta ilustre señora, llamándola á vida más perfecta en este postrer convento.

Poco estuvo en Soria la Santa. Habiendo quedado allí de Priora á la M. Catalina de Cristo, mujer de singular virtud y santidad, muy conocida en la Orden mientras vivió y acreditada con muchos milagros despues de su muerte, partió en 16 de Agosto para Ávila, á donde después de muchos trabajos pasados en el camino, llegó el día de San Bartolomé apóstol, aniversario XIX de aquella primera fundación, que tantos esfuerzos la había costado.

Para retenerla en Ávila las monjas con el P. Provincial, que había venido de Salamanca y estaba allí, la nombraron Priora de aquel monasterio y determinaron que, si por ventura ella hubiese de faltar para entender en alguna fundación, aunque la Subpriora la supliese, no por eso dejaría de ser Priora, y habría de ejercer su cargo en lo que fuese posible (por medio de cartas.) Tal era el amor que la profesaban sus

monjas! Así supo con sus virtudes ganar el corazón de todas hasta el punto de ser reverenciada y obedecida en todos los monasterios, como si fuese Provincial. Era Madre y directora de todas, y esto bastaba.

Por entonces la M. Ana de Jesús, que había acabado de ser Priora en Veas, aconsejada de San Juan de la Cruz y del P. Fr. Diego de la Trinidad, que estaban en el convento de los Mártires de Granada, escribió á Santa Teresa participándola los buenos deseos de aquellos Padres, que no eran otros que en aquella populosa Ciudad hubiese un monasterio de Descalzas del Cármen, en lo cual juzgaban que darian mucho gusto al Prelado. Contestola la Madre Teresa que no podía ir porque nuestro gran Dios mandaba otra cosa: que estaba segura de que se había de hacer muy bien todo en Granada, y entendía querer Dios que la hiciese ella, y que la ayudaría mucho su Majestad.

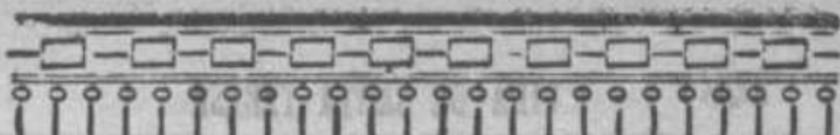
Y ya que la Santa no podía ir, envióla de Ávila á las MM. Maria de Cristo que había sido Priora allí, y á Antonia del Espiritusanto que fué una de las cuatro primeras, y de Toledo á la M. Beatriz de Jesús, sobrina suya. (Fund. de Grau. 2.)

Muchos fueron los trabajos que en Granada padecieron las monjas hasta conseguir la licencia del Diocesano y ver concluida y asegurada aquella fundación: y aunque lo allí sucedido contribuye mucho á escitar la piedad de los que lo conozcan y á seguir buenos ejemplos, como no pertenece á la vida de la Santa, dejamos de ponerlo aqui.

Si alguno quisiera conocerla, puede leerla al final del Libro de las fundaciones de las Carmelitas Descalzas, escrito por Santa Teresa, en el cual suele andar impresa esta fundación de Granada por referirse á un mismo asunto, y ser considerada como el inmediato fruto del árbol que nuestra serafica M. Teresa plantó con sus esfuerzos y virtudes.

¡Ojalá produzca en nuestro corazón esta lectura frutos de vida eterna para alabar al Señor por siglos de siglos.

AMEN.



CAPÍTULO XXX!

Fúndase el monasterio del glorioso San José de Santa Ana en la ciudad de Burgos à 19 de Abril de 1582 después de muchas contradicciones y trabajos.

Seis años hacía por lo menos que los Padres de la Compañía, amantísimos de la gloria de Dios, habían significado á la Santa repetidas veces de cuánto bien sería para Burgos fundar allí un monasterio de monjas de nuestra Señora del Cármen, y habían instado á la Santa Madre para que lo hiciese. Ella, bien persuadida de lo mismo, habíalo deseado también; mas no fué posible llevarlo á cabo tan pronto, ya por los trabajos por que pasó la Orden, ya por haberse ocupado en otras fundaciones.

En el pasado año de 1580, estando Santa Teresa en Valladolid para preparar la fundación de Palencia, pasó por allí el nuevo Arzo-

bispo de Burgos, D. Cristóbal de Vela, que iba á tomar posesión: y como el Obispo de Palencia hubiese de visitarle en el convento de Gerónimos, extramuros de Valladolid, á donde posó, suplicó á este que hablase al primero del asunto de la fundación en Burgos, y que en su nombre le pidiese licencia para ello. Respondió él, como natural que era de Avila, que conocia muy bien á Teresa y sabia cuantos bienes hacian sus monasterios donde quiera que los habia, y asi que en dar la licencia habia mucho placer. (XXXI. 4.)

Vimos ya, al tratar de la fundación de Palencia, que la Santa enfermó gravemente en Valladolid, y que despues en la convalecencia apenas tenia ánimo para emprender entrambas fundaciones de Palencia y Burgos, y que entonces fué cuando el Señor la dijo que ¿de qué temia? ¿que cuándo la habia faltado? *El mismo que era soy: no dejes de hacer estas fundaciones.* Hizo pues, como digimos, la fundacion de Palencia; y desde allí, dejando la de Burgos por ser el tiempo muy frio y por estar más cerca Soria, emprendió ésta, acabada la cual, volvió á Ávila, en donde la quedamos en el pasado capítulo nombrada por sus monjas é hijas Priora de San José.

Al ir de Palencia á Soria, pareciendo á la Santa que sería muy bueno poner en conocimiento del Arzobispo de Burgos el estado de las fundaciones y sus causas, y pedirle nuevamente la licencia, suplicó al Señor Obispo de Palencia que hiciese esto en su nombre. Cumpliólo este muy bien enviando allá al canónigo Juan Alonso. Respondió el Señor Arzobispo con mucho amor que deseaba la ida de la Santa; pero que conocía bastante á Burgos, y que habiendo presenciado las revueltas de Ávila con motivo de la primera fundación, no quería poner á la Santa en este trance que era necesario evitar, á cuyo fin era menester, ó que el monasterio tuviese renta, ó, á ser pobre, que fuese admitido por el Regimiento de la ciudad, debiéndose por lo tanto tratar de esto antes que todo; y que dado caso que la ciudad de Burgos se opusiese, que *no podrian atar las manos al Arzobispo para dar la licencia.* (XXXI. 2.)

Creyéndolo cosa hecha el Señor Obispo de Palencia, suplicaba á la Santa que fuese desde luego á Burgos; mas á ella parecía flojedad en el Señor Arzobispo. Respondió, pues, á este que agradecía la merced que la hacía, pero que la parecía menos mal hacer

la fundación sin el conocimiento de la ciudad que contra su consentimiento, porque sería poner, obrando de otro modo, á su Excelencia en gran contienda con Burgos.

Cuando el Señor quiere una cosa, válese como sábio y prudentísimo de los mismos desaciertos de los hombres para llevarlo á cabo.

Cuando la Santa estuvo en Palencia entendiendo en la fundación de allí, hallábase persuadida de que el Señor Obispo de Burgos daría gustoso la licencia para fundar en la capital de su arzobispado, y habiéndose visto allí con Catalina de Tolosa, la manifestó el estado del asunto y la suplicó que á cuenta de la Santa misma buscara una casa alquilada y preparara tornos y redes, y demás.

Era Catalina de Tolosa una santa viuda, natural de Vizcaya, persona muy rica y con cuatro hijas tan virtuosas como ella, dos de las cuales habían entrado de monjas en el monasterio de la Concepción de Valladolid, y las otras dos en Palencia, imitándolas ella más adelante, pues para premio de sus servicios profesó luego en Burgos. No podía la Santa haber hecho elección más acertada.

Aunque por entonces se dejó la fundación de Burgos, y la Santa fué desde Palencia á Soria, y de allí á Ávila, lo cual Catalina sintió sobremanera, no por eso dejó de trabajar ésta para obtener de la ciudad de Burgos la licencia. (XXXI. 3. 4)

Al efecto suplicó á Alonso de Santo Domingo Manrique por la mediación de la madre y hermana de éste D.^a Maria y D.^a Catalina, amigas suyas, que presentase al Regimiento de la ciudad una petición que hacía, solicitando licencia para fundar en Burgos un monasterio de Carmelitas descalzas, y comprometiéndose por su parte á proveer con casa y alimentos, si faltasen. D. Alonso, que era Regidor, consiguió bien pronto de sus compañeros lo que se pedía, y púsose esta decisión en conocimiento del Prelado.

Catalina de Tolosa, en cuanto principió á gestionar el permiso, escribió á la Santa diciéndola lo que hacía. Esta, empero, ignorando que la piadosa Catalina habia de comprometerse á tanto, creialo poco menos que imposible, dado caso que no habia de darse la licencia para fundar sine con renta; mas bien pronto Catalina y la madre y hermana del Regidor, deseosas de que se fundase, la enviaron segunda carta en que la de-

cían que estaba ya otorgada la licencia y que se apresurase á ir antes de que el negocio se hiciese difícil por las gestiones que para fundar hacían también en aquella época los Vitorianos, los Carmelitas calzados y los Basilios. Sin embargo Burgos, ciudad siempre piadosa, tuvo la caridad de aceptar á todos. (XXXI. 5.)

La Santa, hallándose un día de la octava de S. Martín encomendando al Señor este asunto, pensaba dentro de sí, que era ya anciana, atacada de muchas enfermedades á las que era tan contrario el frío, que entonces en Burgos sería muy riguroso, que el camino era muy largo y que el P. Provincial no la dejaría ir. Por estas razones determinábase á encomendar la fundación á la Priora de Palencia; mas entonces oyó dentro de sí estas palabras, que el Señor la dijo: «No hagas caso de estos fríos, que Yo soy la verdadera calor: el demonio pone todas sus fuerzas por impedir aquella fundación: pónlas tú de mi parte porque se haga y no dejes de ir en persona, que se hará gran provecho. (XXXI. 6.)

Siempre humilde y obediente á la voz de Dios, ansiosa de padecer por Él, determinóse á ir luego sin aguardar á más que á

obtener la licencia del P. Provincial, si bien no podía ella entender dónde estaba la dificultad que á estas fundaciones se oponía y que daban á entender bien claro las palabras del Señor. ¿De dónde procederá aquella oposición? ¿Del Sr. Arzobispo? Había manifestado por escrito á la Santa y antes al Prelado de Palencia sus buenos deseos. ¿De la ciudad? Habíase obtenido su licencia. ¿De la dificultad en hallar la casa y demás para la fundación? Todo estaba pronto.

Sin embargo cumplieronse las palabras de la eterna Verdad, que ni puede engañarse, ni engañarnos. (XXXI. 8.)

El P. Provincial Fr. Gerónimo de la Madre de Dios, de quien se ha hablado muchas veces, luego que supo de la Santa el estado del negocio, aunque no gustaba que fuese á fundar sin tener por escrito la licencia del Ordinario, no sólo la permitió ir, sino que la acompañó por parecerle conveniente por muchas razones. Hizolo así, y fué de grande alivio y consuelo para la Santa en este camino que sufrieron muchos trabajos, porque no haciendo mención de otros, sucedió uno que pudo traer muy graves consecuencias. Y fué que ya cerca de Burgos había un mal paso, que llamaban de

los pontones: y era tanta el agua y atolladeros que de la una y otra parte habia, que no se veian los pontones; y á poco que del estrecho se desviasen, caerían en lo más profundo del agua, y se ahogarían.

Pasar por este punto en tal ocasión, especialmente con carros, es insigne temeridad: y lo hubiera sido entónces si antes el Señor no hubiese dicho á la Santa: «que bien podian ir: que no temiese, que Él sería con ellas.» Luego que llegaron á los pontones, cubiertos entónces con más de media vara de agua, confesáronse las monjas para pasar, pidieron la bendición de la Santa y para avivar su fé decian el *Credo*.

Ella hizo que el carro en que iba pasase primero, y animando á sus hijas las decia: «Ea, mis hijas, ¿qué más quieren que si fueren menester ser aquí mártires por amor de nuestro Señor? Déjenme, que yo quiero pasar primero; y si me ahogare, suplicolas mucho que no pasen.» El Señor que á la entrada del agua la dijo, *no temas, hija mia, que aqui voy* las protegió maravillosamente. Vieron algunos que las ruedas del carro, en que iba la Madre, pasaban por encima del agua, como sobre durísima losa de cristal. (XXXI, 9. 10.) (Yep. Lib. 2.º XXXV.)

Llegado que hubieron á Burgos, recibidas y obsequiadas por Catalina de Tolosa, vinieron de la ciudad á visitar á la Santa, manifestándola el gusto que tenían con verla, y haber dado la licencia para la fundación. Era el 26 de Enero de 1582. La Santa enferma aún de la garganta, cuya enfermedad la duró hasta la muerte, padeció no poco en aquella noche, porque mojada su ropa, hizola daño el fuego en que la secó. Al día siguiente muy atormentada de dolores en la cabeza hubo de hacer cama; pero como era necesario negociar sin perder tiempo, desde el lecho, puesto junto á una ventanilla cubierta con uu velo, recibía á las personas que iban á visitarla.

Creía ella que muy pronto veria satisfechos sus deseos, pues los de la ciudad tan buenos eran; mas engañóse. Porque al siguiente dia habiendo ido el P. Provincial á pedir la bendición de su Excelencia, hallóle muy enojado con la Santa, como si no la hubiese dado la licencia antes, ó no se hubiese hablado cosa alguna del asunto. Así que el Arzobispo despidió al P. Provincial diciéndole que no las daría licencia para fundar, si antes no tenían casa propia y rentas con que vivir. (XXXI. 12.)

Los amigos, para quienes la Santa habia llevado cartas de recomendación, aconsejaron que hasta tanto, se solicitase del Señor Arzobispo licencia para que se dijese todos los dias Misa á las monjas en la casa en que estaban, toda vez que en ella habia una pieza muy decente, que por espacio de diez años habia servido de iglesia á los Padres de la Compañía. Mas sólo la alcanzaron para que, luego que tuviesen renta suficiente, se fundase allí hasta hallar casa á propósito siempre que á ello se comprometiesen y hallasen fiadores.

En tres semanas que se pasaron para llegar á convenirse tanto en la cantidad y forma de la renta como en el lugar, la Santa y sus hijas no oian Misa sino solamente en los dias de precepto, viéndose para ello en la precisión de salir muy temprano á una iglesia cercana y estando aún la Madre muy enferma. Al cabo de este tiempo el Arzobispo la remitió al Provisor, prometiéndolas que luego las despacharía: mas despues de otra semana las envió una memoria en que las manifestaba ser la voluntad del Prelado no concederlas licencia sino cuando tuviesen casa propia y que fuese del agrado del señor Arzobispo, pues la en que estaban decía

ser muy húmeda y estar en calle de mucho ruido. (XXXI. 14. 15.)

Padecía la Santa mucho más por el Provincial que por ellas; y así porque había de predicar este en Valladolid en la próxima cuaresma que se acercaba, como por haberla dicho el Señor *Ahora Teresa ten fuerte*, cuyas expresiones significaban un desenlace favorable, llena de ánimo y esperanza procuró que el P. Provincial se fuese á Valladolid. Él, antes de irse, alcanzó en unión de los amigos que se las diesen unas habitaciones en el hospital de la Concepción, en donde más recogidas, aunque con mucha estrechez y pobreza, podrian oír Misa. Aun aquí tampoco se las concedió esto poquito sino á consecuencia de obligarse por escritura á dejar las habitaciones en cualquier tiempo que se lo mandasen los cofrades, á quienes correspondía el hospital; y aunque las referidas habitaciones se hallaban en la parte más alta del edificio y á teja vana, procuraron aislarlas de las demás con cerrojos y con llaves. Y si bien Herrando de Matanza, á cuyo cargo y dirección corria el hospital, las dió otras dos para locutorio, y juntamente con Francisco de Cuevas las hacía muchas mercedes, todavía padecían no

poco, siendo menester que Catalina de Tolosa, visitándolas todos los días con gran trabajo por estar muy lejos, las llevase de comer y socorriese como la era posible (XXXI. 15. 17.)

Son de admirar los trabajos que los santos fundadores tuvieron que sufrir y las calumnias con que fueron oprimidos por llevar á buen término sus empresas: de mucha paciencia, caridad, constancia y de todo género de virtudes hubieron menester para concluir negocios tan complicados y llenos de difíciles circunstancias.

Acercábase la festividad de S. José, y aún no tenían las pobres monjas casa propia, aunque trataron de algunas. La Providencia de Dios, que dirige y ordena los sucesos de la manera mas sabia, santa é infalible, se valió de la no buena disposición del Prelado en dar la licencia, á fin de que hallasen con esta ocasión casa buena de refugio. Y fué de admirar que aunque varias Órdenes la andaban buscando para lo mismo, á ninguna dió contento una de que hablaron á la Santa. Vióla de su orden el Licenciado Aguiar, canónigo magistral de aquella iglesia, y después la Santa, gustándola mucho; y fué tan buena su suerte, que

un clérigo que estaba encargado de ella, y tenía poder para venderla, luego en cantidad no crecida se la vendió. (XXXI. 19.)

Mucho contentó al Arzobispo; mas á pesar de esto y de tener la casa una capilla en que se había dicho Misa á sus dueños, no dió licencia para que se dijese también á las pobres monjitas, que ya se habían pasado á ella.

A fin de obtenerla para la fundación, y hasta que se lograra, para que se las concediese oír Misa en la misma casa, procuró Santa Teresa que el Prelado de Palencia escribiese al de Burgos una carta que respiraba tierna caridad y encendido amor por el servicio divino. Dió tan buenos resultados, que sirvió para unir entre sí con lazos de más estrecha amistad y nuevo amor á los dos Prelados y para que el de Burgos se contentase de la fundación y otorgase la licencia. (XXX. 22. 23.)

¡Tan útiles son la prudencia y el amor para negociar bien, y unir los corazones más contrarios!

Obtenida, pues, la licencia, al día siguiente 19 de Abril de 1582 dijo la primera Misa y colocó el santísimo Sacramento el Dr. Manso, y la mayor con gran solemnidad el P. Prior de S. Pablo de la Orden de

Santo Domingo, á la cual y á la Compañía de Jesús dice la Madre Teresa que está muy obligada la Orden de Carmelitas de la descalcez. Predicó el Excmo. Sr. Arzobispo, y dió á entender cuán satisfecho estaba de la Santa y de su Orden, y cuánto pesar tenía de que por tanto tiempo se hubiese dilatado la fundación. (XXXI. 25.)

Arregladas las cosas de manera que el mismo Señor dijo á la Santa, *¿en qué dudas? que ya esto está acabado, bien te puedas ir*, salió ella de Burgos con intención de ir á Avila, visitar aquella su primera fundación y vivir allí con sus hijas muy amadas; pero el Señor tenía dispuesto otra cosa.

Aproximábase ya el tiempo en que quería llamar á Sí á aquella mujer fuerte y santa, cuya vida y escritos causan admiración á cuantos atentamente lo consideran. Era ya tiempo de premiar las admirables virtudes de esta seráfica doctora.

Tocamos, pues, al fin de nuestras tareas. Respecto de su vida réstanos solamente narrar, ó copiar á la letra, porque las reflexiones se desprenden tan naturalmente de la sencilla narración y abundan en tal grado, que cualquiera puede hacerse muchas y no bastarían muchos libros para indicarlás nada más,

CAPITULO XXXI.

Llega Santa Teresa al convento de Alba de Tormes. Su enfermedad y muerte. Breve elogio de la Santa.

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei (Sap. X. 40.)

Dice el Espiritusanto en el libro de la Sabiduría que al justo dirigió el Señor por los caminos de la rectitud, y manifestóle el reino de Dios.

Así Teresa mujer singular y fuerte, maestra sábia y de purísima doctrina y santidad, había sido enriquecida por el divino Esposo con los tesoros de su gracia. Por Él visitada y dirigida en la humildad, paciencia, castidad, obediencia y en todo género de virtudes, había dado frutos abundantes de bendición, floreciendo como palma junto á la corriente de las aguas plantada,

Multiplicándose sus hijos como en el Líbano el cedro, restábala recibir el premio de sus afanes y constante correspondencia á los favores divinos, siendo llevada á cantar la gloria del Señor en el cielo, rodeada de ángeles y de santos hijos suyos.

La suspirada hora acercábase por momentos.

Salió de Burgos la Santa con intención de pasar al monasterio de Ávila; mas al llegar al de Medina del Campo, el P. Fray Antonio de Jesús, Provincial suyo, manifestó sus deseos de que fuese á Alba para satisfacer la piadosa devoción, que la profesaba D.^a María Enriquez, duquesa de aquella villa. Obedeció la Santa: y habiéndose llegado á Alba á las seis de la tarde del 21 de Septiembre de 1582, antes de ir á su monasterio fué á la casa de la duquesa de Alba para obedecer la orden del P. Provincial.

Recibióla y procuró agasajarla esta señora, que la amaba con gran devoción y ternura, mas no pudo conseguir de ella que tomase un sólo bocado, porque la respondía que no parecía justo tomar algo fuera del monasterio habiéndole en la población. Edificóse mucho la duquesa, y como sentía dulcísimo deleite en la sabrosa y espiritual

plática de Teresa, mandó cenar á los de casa, y élla, absteniéndose de dar alimento al cuerpo, diósele al espíritu escuchando á la serafica Madre, con quien estuvo tanto cuanto ésta la permitió.

A las doce de la noche retiróse al monasterio donde la esperaban su amantes hijas, que recibida su bendición y alegres por su presencia, luego que la vieron fatigada y rendida del camino y supieron que hacía dos dias que estaba con calentura, instáronla que se retirase á descansar «¡Oh válame Dios, hijas, y qué cansada me siento!» dijo la Santa. «Mas ha de veinte años que no me he acostado tan temprano como ahora. Bendito sea Dios que he caido mala entre ellas.»

Estaba muy enferma y se quejaba amorosamente de acostarse tan temprano, siendo ya más de media noche... ¡Qué vigiliat tan admirables las suyas!

No así nosotros que si alguna vez robamos al cuerpo el sueño y el descanso es para emplearles en acciones reprobables ó en asuntos de mundanos intereses: y cuando nó, de tal modo atendemos á este mísero cuerpo, carcel estrecha del alma, que le procuramos toda clase de comodidades.

Levantóse la Santa al siguiente día muy de mañana, oyó Misa, comulgó é inspeccionó la casa; pero sus fuerzas desfallecieron, y cayendo y levantando resistió hasta el 29 de Septiembre, día de San Miguel, en que, habiendo comulgado, apretada de congojas y dolores, se rindió á más no poder é hizo que la subiesen á una enfermería alta porque en ella había una ventana, desde la que podía oír Misa y ponerse en presencia de Jesús sacramentado. Recogida largo tiempo en oración supo entonces del Señor que se acercaba la hora de su descanso y premio, porque si es verdad que ocho años antes la había revelado Dios el año en que había de morir, lo traía escrito en cifra en su Breviario, lo había dicho al P. Mariano y se había despedido de sus hijas de Segovia, pero no consta que supiese el día hasta este punto. Dijoselo á la Madre Ana de San Bartolomé, su compañera perpetua en los viajes, y no haciendo caso alguno de las esperanzas que del feliz resultado de su enfermedad daban los médicos, preparóse á la muerte con piedad cuidadosa, mirándola como puerta deseada de verdadera y eterna vida.

Envió á llamar al P. Provincial Fray Antonio de Jesús, que desde Medina la vino

acompañando, y confesó con él. El buen Padre rogaba á la Santa que no los dejase y pidiese á Dios que alargase su preciosa vida; mas ella respondió que no se cansasen en esto; que estaba muy próxima la hora de su partida de este mundo y que en él ya no era necesaria.

Dióla entonces una congoja, y por consejo de los médicos bajáronla á la pieza menos fría en que antes estaba, y con gran cuidado aplicábanla medicinas. Ella, aunque se reía del poco fruto que con estas había de conseguirse, aceptólas de buen grado, especialmente unas ventosas sajas, para hallar en qué sufrir, amante como era de la santa penitencia.

El tres de Octubre á las cinco de la tarde pidió el santísimo Sacramento y mientras llegaba, como si hubiera sido la mayor pecadora del mundo, no dejó de rogar á sus monjas que la perdonasen: y puestas las manos, exhortábalas á que guardasen con mucha reverencia la regla y constituciones de la Orden y obedeciesen humildes á sus Superiores.

Apenas llegó el Santísimo, la que antes con ayuda á penas podía volverse en el lecho, sentóse en él: y encendido el rostro y

hermosa más que lo permitía su edad, arre-
 bada en amor, tierna y deshecha en lá-
 grimas, decía: «Oh Señor mio y Esposo
 mio! ya es llegada la hora deseada: tiempo
 es ya de que nos veamos. Señor mio, tiem-
 po es ya de caminar: sea muy enhorabuena
 y cùmplase vuestra voluntad. Ya es llega-
 da la hora en que yo salga de este des-
 tierro, y mi alma goce en uno con Vos de
 lo que tanto ha deseado. Y despues toda
 agradecida al beneficio de morir en el gre-
 mio de la santa Iglesia católica, repetía estas
 palabras, que la servían de consuelo. En
 fin, Señor, soy hija de la Iglesia, en cuyas
 palabras compendiaba todas las gracias re-
 cibidas del misericordioso Dios. *Y así se dice*
 Rogaba á sus hijas que la encomendasen
 á Dios para que por los méritos de su
 divino Hijo tuviese la dicha de ser salva y
 con encendido amor repetía: «Sacrificio
 agradable á Dios es el espíritu atribulado.
 Señor, no desprecies el corazón contrito y
 humillado. No me arrojés de tu presencia,
 ni apartes de mí tu santo espíritu. Crea en
 mí un corazón limpio y puro»: palabras
 todas del salmo L del real profeta David,
 á quien no imitó en el pecado; pero exce-
 dió en la penitencia, y se dice en el salmo: «No

A las nueve de la noche del mismo día recibió con gran reverencia el sacramento de la Extremaunción, uniéndose en espíritu á las preces de la Iglesia y respondiendo con fervor humilde y piadoso.

Habiéndola preguntado el P. Provincial que, si Dios se sirviese llevarla á Sí, si querría que su cuerpo fuese trasladado á Ávila, respondió llena de humildad: *¿Tengo yo de tener cosa propia? Aquí ¿no me darán un poco de tierra?* ¡Admirable ejemplo de pobreza y abnegación!

Aquella noche la pasó con grandes dolores, y repitiendo sus jaculatorias penitenciales. A las siete de la mañana del siguiente día, fiesta de S. Francisco, volvióse de lado, y con un crucifijo en la mano, el rostro muy encendido y sosegada quietud, absorta en Dios y enagenada con la novedad que se la comenzaba á descubrir, permaneció sin mover pie ni mano por espacio de catorce horas. (Yep. Lib. 2.º XXXIX.)

¿A quién será dado conocer el fuego de intenso y divino amor con que el corazón de la Santa latía en aquellos felices momentos? ¿A quién los afectos dulces y amorosos con que el divino Esposo la regalaría, habiéndola hecho antes tantas veces?

La Madre Ana de S. Bartolomé vió á los pies de la cama de la Santa, momentos antes de que esta espirase, á Cristo nuestro Señor, acompañado de muchos ángeles. ¿Quién duda que la acompañarian entónces también la santísima Virgen y su bienaventurado esposo S. José, á quienes ella tuvo tan especialísima devoción? La enfermera Catalina de la Concepción confiesa que estando sentada á la ventana, que de la celda de la Santa Madre daba al cláustro, oyó un gran ruido de muchas personas regocijadas que pasando por la claustra, vestidas de blanco, resplandecientes y hermosas, entraron en la celda. Eran los diez mil mártires, que años antes habían prometido á la Santa Madre su asistencia en la hora de la muerte.

La Santa estaba rodeada de sus hijas. Eran las nueve de la noche cuando llegó tan santa compañía. Una de los monjas vió salir de la boca de la Santa una paloma blanca: la Madre Teresa espiró en aquel momento, y su alma voló á las eternas mansiones de la gloria.....

¡Descansa en paz, oh Santa, digna de nuestra admiración y respeto! Goza, goza del bien sin tasa, á que tus virtudes te

hicieron acreedora, y desde ese altísimo lugar vuelve á nosotros tus dulces y suaves ojos é intercede con Jesús, tu adorado Esposo, para que en nuestro corazón haya como en el tuyo afectos de humilde y piedad.

Aunque las enfermedades prepararon su muerte, aunque no hay después del pecado de Adán persona alguna que no haya de pagar bien pronto la terrible deuda en que incurrimos, nuestra Madre Teresa murió más bien á la fuerza del divino amor que animaba su alma; y ésta dando un vuelo, libre ya de las ligaduras del cuerpo que la aprisionaban, como la llama busca las alturas y se eleva, buscó á su Dios y voló á Él.

Así lo declaró ella al siguiente día de su muerte apareciéndose á la M. Catalina de Jesús, fundadora del monasterio de Veas.

Las monjas no sabían si llorar la pérdida de su Santa Madre, siéndolas tan necesaria ésta, ó alegrarse en el Señor del premio de que gozaba ya en el cielo. Venerábanla como á Santa y repartíanse sus despojos como reliquias, tomando el P. Provincial el hábito, por el que luego que vino á Medina hizo el Señor un milagro. Al P. Rector del Colegio

de descalzos de Salamanca, Fr. Agustín de los Reyes, tocó parte de la túnica interior y lo demás á personas graves y devotas, así de la Orden, como de fuera de ella.

Luego que murió la Santa, esparcióse por todo el monasterio una fragancia tan grata y especial, que exhalaba el cuerpo de la Santa y cuantos objetos la pertenecieron, ó tocó en su enfermedad, que no hay en la tierra fragancia con que compararla; pues la rosa, jazmín y violeta eran nada en su comparación, aunque en algo se pareciesen. El rostro de la Santa, en cuanto expiró, estaba hermoso en gran manera, blanco como el alabastro, suave al tacto y sin arrugas, y lo mismo los pies y manos, que sus hijas besaban con tierna piedad y veneración.

Depositaron primero su Santo cuerpo en unas andas que cubrieron con un paño de brocado, cumpliéndose de esta manera la visión que de sí había tenido muchos años hacía, como dijimos en el número 3 del capítulo III, y al día siguiente le dieron sepultura después de Misa mayor en un hueco ó arco de la pared del coro bajo á la parte que dá á la iglesia. Cubriéndole con tierra y abundancia de piedras, ladrillos y cal, habiendo asistido al entierro para venerar y

besar el santo cuerpo cuantas personas había en Alba.

Murió la Santa, ó más bien, principió á vivir de la eterna felicidad cuando tenía sesenta y siete años, seis meses y siete días á cuatro de Octubre de mil quinientos ochenta y dos. En este día principió á regir la corrección gregoriana del Calendario, por la que se suprimieron diez días, de manera que el siguiente se contó quince de Octubre, en el cual la Iglesia nuestra Madre celebra la festividad de la bienaventurada Santa.

Había vivido en religión cuarenta y siete años, de los cuales los veintisiete primeros los pasó en el monasterio de la Encarnación, y los restantes en los reformados por ella.

2. Era la Santa de muy buena estatura, más gruesa que delgada, muy blanca y hermosa; su rostro era redondo y lleno, la nariz delgada y más corta que larga algún tanto aguileña, su boca en proporción del rostro en el que tenía tres lunares que la hacían mucha gracia: su semblante apacible y grave: sus ojos vivos y penetrantes; su frente espaciosa y su continente venerable. Era fácil, suave y graciosa en el decir y robaba los corazones de cuantos la trataban. Su fé en las divinas Escrituras, era inamo-

vible, en los misterios firmísima, arraigada y llena de veneración, y en Dios confiada: su esperanza basábase en la misericordia infinita del Señor: su caridad para con el prójimo era siempre igual, para los pecadores compasiva: ardía en piadosa devoción y amor para con su dulce Esposo; amaba con preferencia á la santísima Virgen, patrona de su Orden, y tenía por su singular protector y abogado al glorioso S. José, á quien solía llamar *Padre y Señor mio*: su celo por la salvación de las almas era ardentísimo: su veneración á la Iglesia y á los Prelados era respetuosísima: hallaba dulzura en los trabajos, y su divisa era *morir ó padecer*.

Era prudentísimas en sus resoluciones, mas una vez aconsejada, ora en la oración, ora por los doctos, no cedia en un ápice: jamás hizo cosa en perjuicio de nadie, porque daba á cada uno aquello á que tenía derecho y aun algo más, abrazando á todos en una inextinguible caridad: su fortaleza sufría todos los embates de la adversidad: era de ánimo varonil y esforzado, y sus impetus hallábanse dirigidos y contenidos por la templanza más discreta: tenía singular destreza para los negocios, é intuitivamente con vista perspicaz penetraba todos sus detalles: su

humildad fué como la basa de todas sus virtudes; su modestia circumspecta, su castidad de la más fina pureza: jamás pronunció palabra de doble sentido: era veracísima y francamente santa en sus afirmaciones, y nunca mintió, en la cosa más leve; su obediencia á las constituciones y á la regla tal, que aun en sus muchos viajes no se dispensó de cumplirlas; y en los carros, ó en cualquiera otro medio de conducción de que se valiese, observábase el silencio, rezábase el oficio divino y hacíase todo como en los monasterios, para lo cual llevaba consigo una campanilla de que se servía para las señales de las horas, y para éstas de un reloj de arena.

En las fundaciones llevaba ó traía consigo alguna compañera, entre las que de un modo especial escogió á la M. Ana de San Bartolomé: gustábala mucho más obedecer que mandar; y así, aunque era fundadora y se la veneraba en toda la Orden como á Provincial, luego que erigía algun monasterio, nombraba Priora y se sujetaba á ella como la última de sus monjas.

Dormía poco, trabajaba mucho y no se concibe fácilmente como escribió á tantos señores, trató á tantas personas, se dedicó

á la oración tan asiduamente, é hizo tanto en tan poco tiempo, y siempre con dolores ó enferma.

Sufrió las persecuciones con ánimo tranquilo, y su confianza en Dios jamás quedó desmentida: Oía la santa Misa, con muchísima devoción y comulgaba diariamente, si la era posible: con el santísimo Sacramento del Altar hallaba todas sus delicias; ante Él eran casi siempre los arrobamientos; de Él veníala el consejo, la decisión, la fortaleza, el consuelo, el remedio á todo y su vida era con Él y por Él. Honró siempre á los Superiores, y recordó hasta su muerte con tierna veneración la memoria de sus padres: acudía aun extraordinaria y milagrosamente al socorro, enseñanza y dirección de sus hijas: no permitía que se murmurase de nadie, ni aun de aquellas personas que públicamente faltasen: miraba siempre las ajenas obras por el aspecto más bueno, defendiendo á todos en la manera posible; y tomando para sí lo peor, publicábase como la más pecadora y la cristiana más ingrata á los divinos beneficios: oraba por los príncipes de la Iglesia y del Estado con singular complacencia; y agradecida á cuantas personas la ayudaron en sus fundaciones,

para lo cual tuvo una memoria fiel y tenaz, recomendó muchas veces á sus hijas la piedad y cristiano celo del católico monarca D. Felipe II.

Era amantísima de la pobreza, y prefería á las monjas que nada tenían de los bienes de la tierra con tal que tuviesen los del cielo, sin dejar de agradecer á las ricas lo bueno que daban y hacían.

Visitóla el Señor, y la santísima Virgen, y los ángeles, y los santos muchísimas veces, bien para enseñarla, bien para acreditarla ante los hombres, bien para premiarla. Quizás luego que estuvo bastante acreditada y adquirió aquella sabiduría celestial que la distingue y la hace acreedora al justo título de *mística doctora y Madre espiritual*, con cuya sabiduría supo conocer aquellas imperfecciones de que hablamos en los capítulos VII y VIII y librarse de ellas, no tuvo tan frecuentes raptos como antes: Quizás al fin de su vida no tuvo como en los principios de su conversión tantas, ni tan señaladas mercedes extraordinarias, para que su premio en la otra vida fuese mayor y más merecido, pero su trato íntimo con Dios fué cada vez más continuo y puro, sus virtudes y santidad siempre crecientes hasta

la última hora de su vida mortal, principio de la eterna é inmutable vida. No de otra manera sube el sol y sube desde que nace hasta que llega al mediodía; no de otra manera germinan y crecen las plantas por instantes hasta llegar á la sazón; no de otra manera la piedra que cae de lo alto se precipita con rapidez creciente atraída por el centro de la tierra; no de otra manera el humo y los gases se elevan en la atmósfera hasta hallar el equilibrio. Así el alma de nuestra Santa desde su conversión á Dios no cesó de crecer en virtudes y santidad.

Acaso no conocemos hasta el presente Santa más regalada con mercedes maravillosas y extraordinarias. Fué la admiración de su siglo y la estupefacción de su sexo. Santa inspirada, escribió admirables obras, que la acreditan de Maestra y Doctora de la mística Teología. Su estilo es airoso, lleno de gracia, ligero y suave con vuelos inimitables, especialmente cuando habla de la eternidad y de sus bienes.

Su pluma corría con rapidez, pudiéndose decir de ella lo que David de su lengua. «*Lingua mea calamus scribæ velociter scribentis*» (Salm. , XLIV 2.) Arrobase algunas veces al escribir, y cuando volvía en

si, hallábanse renglones escritos, aunque por la misma mano, pero por una fuerza superior y del cielo.

Las obras que escribió fueron:

- 1.º Su vida, que consta de 40 capítulos.
- 2.º El Camino de perfección, de 42 id.
- 3.º El Libro de las fundaciones, de 31 id.
- 4.º El Castillo interior ó las Moradas, de 27 id.
- 5.º Conceptos del amor de Dios sobre el Cantar de los cantares de Salomón, en 7 id.
- 6.º El modo de visitar los conventos de Carmelitas descalzas.
- 7.º Exclamaciones ó Meditaciones del alma á Dios en número de 17.
- 8.º Avisos á sus monjas, 69 id.
- 9.º Otros avisos en número de 49 id.
10. Varias composiciones en versos ó glosas.
11. Las Constituciones.
12. Las cartas, de las que se han editado cuatro tomos, habiéndose perdido muchas.
13. El Librito de la melancolía, de que se hace mención en el capítulo VII número 4 del Libro de las fundaciones. Se ha perdido,

14. Versos para las fiestas solemnes de la Iglesia, de que habla en la carta XXXI del tomo primero. También se han perdido.
15. Villancicos al nombre de Jesús: perdidos.
16. Canción á la entrada en las Descalzas de D.^a Elena de Quiroga, sobrina del Excmo. Sr. Arzobispo de Toledo. Se ha perdido.
17. Avisos importantes á D. Felipe II, de que se habla en las notas 2.^a, 3.^a y 4.^a de la carta 1.^a del tomo 3.^o, también perdidos, y otros trabajos de que no tenemos noticia alguna.

Atribuíanse la *Meditaciones del Pater noster*; mas la severa critica las excluye del número de sus Obras, aunque con ellas se hayan impreso en alguna edición de las mismas.

No es nuestro propósito hacer una reseña de sus escritos, ni mucho menos razonar nuestro criterio acerca de ellos; porque además de ser un asunto superior á nuestras fuerzas, traspasaría los límites de esta Obrita.

Contentarémonos con decir lo más indispensable para dar una ligera idea de ellos.

Respecto de su *Vida*, además de lo que dijimos en el capítulo VII, núm. 4, y en otros puntos de esta Obra, bastará por ahora saber que, principiada á escribir por mandato del P. Fr. García de Toledo, confesor de la Santa, y de la Orden de Santo Domingo, es de admirar, como dice el Padre Ribera de la Compañía de Jesús, que conforme la iba escribiendo, iba el Señor poniendo á la Santa en aquel grado de oración que escribía, y así fué prosiguiendo por todos los modos de oración que allí cuenta. Es, añade Baillet, después de las confesiones de S. Agustín, el libro más excelente que hay en este género y en él aparece la verdadera señal del amor divino, de que se hallaba abrasado el corazón de Santa Teresa, tan conforme con el de S. Agustín, que no se puede dudar de que uno y otro estaban animados del mismo espíritu.

El camino de perfección, escrito siendo Priora de Ávila para obedecer al P. Fr. Domingo Bañes, es muy acomodado al uso de todos, y apreciábale mucho la Santa. En él procura diestramente quitar al alma primero los obstáculos que á la perfección se oponen, pera que, allanada la escabrosidad del terreno, vuela aquella con el ejercicio de las

virtudes y la oración á la perfección más subida.

El *Libro de las fundaciones*, empezado en Salamanca en 1573 por mandato del P. Gerónimo Ripalda de la Compañía y continuado en diversos puntos, según la ocasión se ofrecía, fué concluido poco antes de su muerte. De él la dijo el Señor que sería para utilidad de muchas almas. (Tomo 4.º de las Cartas, fragmento 17). Continuóse por mandato del P. Gracian.

Escribió el *Libro del Castillo interior ó las Moradas* para obedecer al Doctor Velazquez. Principiado en Toledo el día de la Santísima Trinidad de 1577. (Prólogo. del Cast. int. núm. 1.º) y continuado en Segovia, fué concluido en Ávila la víspera de S. Andrés del mismo año. (Último párrafo del mismo libro.) Empleó en ello poco más de cinco meses, de los cuales casi los cinco estuvo sin escribir en él cosa alguna, como lo confiesa ella en las *Moradas quintas*, capítulo cuarto, número primero, sin que por eso dejase para nada tantísimos negocios como traía entre manos. Esto demuestra la facilidad con que escribía, y su actividad y zelo. Escribir un libro tan admirable en pocos días una mujer y tan enferma, cosa es

que pone estupor en el ánimo más esforzado.

Escribió el Libro de los *Conceptos del amor de Dios* sobre algunas palabras del Cantar de los Cantares por orden de algunas personas, á quienes ella estaba obligada á obedecer; pero pareciendo mal á un su confesor, poco mirado, que las mujeres interpretasen las sagradas Escrituras y especialmente el citado Libro de Salomón, mandósele quemar y la Santa obedeció, perdiendo nosotros con esto un tesoro que el P. Ribera no acaba de llorar. Salvóse solo el exordio y algunos fragmentos, que sin duda para su uso empezarian á copiar las monjas.

Las *exclamaciones del alma á Dios* manifiestan el encendido amor de la Santa despues de comulgar.

El *modo de visitar los monasterios* es un Libro lleno de prudencia, juicio, zelo y santidad; y es tan excelente que no hay otro que en esta materia le iguale.

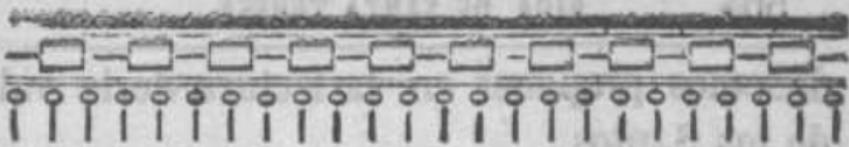
Los *avisos espirituales* á sus religiosas convienen á todos, y no debiera haber persona que no les leyese de continuo para escoger y meditar cuotidianamente alguno, considerando este ejercicio como el medio más á propósito para llegar á la perfección.

que pone estar en el estado más ex-
lorado.

Rescribió el libro de los conciertos del
amor de Dios sobre algunas palabras del
Cantar de los Cantares por orden de al-
gunas personas, á quienes ella estaba yel-
lada á obedecer; pero pareciendo mal á
un su confesor, como marido, que las mu-
jeres interpretasen las sagradas Escritu-
ras y especialmente el citado libro de sa-
lomon, mandóse quemar y la Santa obli-
gó, por medio de nosotros con esto un tiempo que
el Sr. Fr. Juan no seaba de llevar. Saviendo esto
el exordio y algunos fragmentos, que sin duda
para su uso se querían á copiar las monjas.
Las características del libro á Dios me
hallaron el necesario amor de la Santa
después de otorgar.

El modo de vestir los monasterios es un
libro lleno de prudencia, juicio, zelo y san-
tidad; y es tan excelente que no hay otro
que en esta materia lo iguale.

Las cosas espirituales á sus religio-
sas convienen á todos, y no debiera haber perso-
nas que no les fuesen de continuo para enseñar
y mejorar continuamente algunas cosas,
cundo este ejercicio como el medio más
propio para llegar á la perfección.



CAPITULO XXXII.

1. *Obra el Señor varios milagros en confirmación de la santidad de la Madre Teresa.—2. Aparécese ésta á varias personas.—3. Hallase incorrupto el cuerpo de la Santa á los nueve meses despues de su muerte. Cortan una de sus manos y la llevan á Avila y de allí á Lisboa. Trasladan á Avila el Santo cuerpo en Noviembre de 1585 y últimamente le devuelven á Alba en 1588. Es inscrita en el número de los santos despues de muchas y gravísimas informaciones.*

1. Muchos fueron los milagros que el Señor hizo para honrar á su amada Teresa, y para que, publicándose su santidad, permaneciese en la memoria de los hombres y les alentase con su ejemplo á que la imitasen en sus virtudes. Este es el fin más principal, por no decir el único, que nos

debemos proponer en la lectura de la vida de los Santos.

Apenas murió la M. Teresa, dió con su contacto el sentido del olfato á una de sus hijas: sanó á otra de dolores intensísimos que por mucho tiempo había sufrido en un ojo: curó á Isabel de la Cruz de fuertes dolores que en la cabeza había padecido más de cuatro años y la sanó de los ojos. Este milagro sucedió al espirar la Santa.

D.^a Bernardina de Toledo y Enríquez, hermana de la duquesa de Alba, vistiéndose con fé un jibon que la Santa había usado en su enfermedad, sanó de una dolencia grave, que padeció dos meses.

Pasados algunos dias, la Madre Magdalena de Toledo, Abadesa del convento de franciscas de la 3.^a regla fué á Alba á visitar á D.^a Juana de Ahumada y pidió á ésta que pusiese sobre sus ojos la cruz que había usado la Santa y era la misma que, habiéndola tomado de sus manos el Señor, se la devolvió y la parecía de piedras preciosas, como dijimos en el número 4 del capítulo VI. Obtenida esta gracia, logró la vista que no tuvo por espacio de tres años.

2. Muerta ya Santa Teresa, apareció muchas veces á Catalina de Jesús, conso-

lándona unas veces y animándola, otra re-reprendiéndola y otra sanándola de una postema incurable. Dijola en una de estas apariciones que la encarecía dijese al Padre Provincial que de ninguna manera se haga en estos monasterios caso alguno de visiones y revelaciones; porque aunque hay algunas verdaderas, hay muchas falsas y es muy trabajoso y difícil distinguirlas: que cuanto más caso se hace de revelaciones de esta clase, más se vá perdiendo la fé que es virtud segura, pues los hombres, santificando al que las tiene, niegan los medios que Dios ordenó para la justificación, ó sea la necesidad de los sacramentos y de las virtudes: y que el premio que ella gozaba en el cielo no se le había dado por sus revelaciones, sino por sus virtudes.

Aviso es este que debemos tener muy en cuenta. Nuestra aspiración debe ser adquirir y conservar la gracia santificante, no las gracias *gratis datas*.

Aparecióse también á Teresa Laiz fundadora del monasterio de Alba: en Granada á la M. Catalina del Espíritusanto, que fué una de las cuatro primeras que tomaron el hábito: á la Prelada de Segovia varias veces, y una al mismo tiempo que á otras dos

monjas de la misma casa: en Avila y en otras partes á personas graves y piadosas, entre las que podemos contar á un religioso de su Orden y muy siervo de Dios, á cuyo Padre dijo: *Los del cielo y los de la tierra seamos una misma cosa en pureza y amor: los del cielo gozando, los de la tierra padeciendo: nosotros adorando la esencia divina, vosotros el santísimo Sacramento.*

Así mismo se apareció al conde Tiburcio, caballero de la emperatriz hermana de D. Felipe II, dejándole con su visita sano de la enfermedad que padecía: á la condesa de Osorno muy devota de la Santa, cuando vino á visitar el sepulcro de ésta; á Pedro Juan Casa, mercader de Zaragoza y á otros.

3. Quiso Dios que el cuerpo de la Santa, á quien tanto amaba, permaneciese incorrupto mucho tiempo. A los nueve meses de la muerte de esta mujer admirable, llegó á visitar el monasterio de Alba el P. Provincial Fr. Gerónimo de la Madre de Dios; y las monjas, teniendo en cuenta las excelsas virtudes de su Madre, los muchos prodigios que por ella había obrado su divina Majestad y la fragancia exquisita que constantemente, y á tiempos mucho más, exhalaba el sepulcro de la Santa, rogaron al P. Provin-

cial que tuviese á bien desenterrarla. Aceptó gustoso, y ayudado de un compañero, con gran secreto para que no llegase á oídos de los duques de Alba, emplearon cuatro días en esta faena, porque temerosas las monjas de que las robasen este tesoro, habían echado sobre al ataud muchísimas piedras, ladrillos, tierra y cal. Descubrióse al fin el 4 de Julio de 1583; y aunque el ataud estaba roto con el peso de las piedras, y podrido, y lleno de moho y humedad; y dentro de él mucha tierra enmohecida también y pegada al cuerpo de la Santa, que para separarla tuvieron que hacer uso de cuchillos; y aunque el hábito estaba podrido como el ataud; mas el santo cuerpo apareció sin que le faltase un solo cabello, y tan entero y fresco como si se acabara de enterrar. Despedía de sí una fragancia exquisita que se comunicaba á las piedras conque había estado cubierto, y al aspirarla parecía dar nueva vida y confortar el espíritu.

¡Suceso maravilloso! ¿Cómo á no ser milagro puede concebirse que la madera del ataud y la tela del hábito se pudriesen, y que permaneciese incorrupto y con suavísima fragancia un cuerpo que tantas enfermedades había padecido y era tan grueso?

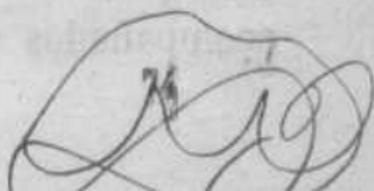
Después de haberle venerado, limpiáronle la tierra, pusieronle nuevos hábitos, y depositado en un arca, le colocaron donde antes. Cortó de él primero el P. Provincial una mano que, encerrada en un cofrecito, envió al monasterio de S. José de Ávila, mandando á las monjas que tuviesen mucho cuidado de aquel encargo importantísimo; mas sin decirles lo que en el cofre iba.

Ellas le pusieron en una parte del coro, y entrando un día allí la Priora Ana de San Pedro, hallóle alumbrado por una luz muy resplandeciente y en él á la Santa, que señalando el cofre dijo: «Tengan cuenta con aquel cofrecito que en él está una mano de mi cuerpo.» Escribió la Priora al Provincial preguntándole si estaba allí la mano de la Santa, pero él no respondió para que no se supiese; y pasado algún tiempo, fué allá, tomó ocultamente la mano, y la llevó á un monasterio de Carmelitas descalzas de Lisboa en donde obró el Señor por ella muchos milagros. Los paños en que estaba envuelta, quedaron empapados de un aceite ricamente oloroso, que fluía de la mano, de la misma manera que de todo el cuerpo.

En el año de 1585 tuvieron los Padres descalzos del Carmen segundo capítulo, al

cual se presentó D. Juan Carrillo, tesorero de la santa iglesia catedral de Ávila, solicitando de los Padres en nombre del Ilustrísimo D. Álvaro de Mendoza, Obispo que fué de Palencia, que se trasladase á Ávila el cuerpo de la Santa, como por escrito lo había prometido el último P. Provincial. Los Padres, atendiendo á las súplicas y considerando que la Santa sería más honrada en Ávila por ser población más importante, patria de Teresa, y cuna de la reforma en donde se hallaban los dos primeros conventos, uno de monjas, y el otro de frailes, otorgaron lo que se pedía y comisionaron al P. Fr. Gregorio Naciancero, Provincial de Castilla, y al P. Fr. Gerónimo que lo había sido antes, para que lo ejecutasen, dándoles para ello patentes con censuras contra las monjas de Alba si se opusiesen á su ejecución.

Llegaron á Alba los Padres en 24 de Noviembre de aquel año, y notificadas las monjas, y abierto el sepulcro á las nueve de la noche, hallaron podridos los hábitos, mas el santo cuerpo tan entero, tan hermoso y con la misma fragancia que la vez primera, si bien algo más enjuto.



Quedóse allí un brazo de la Santa, y tomando su cuerpo D. Juan Carrillo y D. Julian de Ávila, compañero inseparable de la Santa en sus fundaciones, partieron con él para el monasterio de Ávila, en donde fué recibido con muchísimo contento de las monjas.

Tuviéronle en la sala capitular hasta que se hizo un ataúd, y hecho éste, colocáronle en él. Era todo forrado de terciopelo negro con pasamanos de oro y seda, y dorada la clavazón, cerradura, llave y aldabas: tenía á los dos lados dos escudos de oro y plata, uno de la Orden y el otro del dulcísimo nombre de Jesús, y encima este letrero bordado de oro: MADRE TERESA DE JESÚS.

Aunque la Orden pretendia que permaneciese secreto, publicóse de boca en boca, por lo cual muchos fueron á visitar el santo cuerpo. Entre otros el Licenciado Laguna Obispo de Córdoba y Presidente por S. M. del Consejo de Indias, y el Ilmo. Yepes confesor del Rey D. Felipe II y el Licenciado don Francisco de Contreras, Oidor del Consejo vocal, llegaron desde Madrid para ver aquella maravilla. Obtenida para ello la licencia del Provincial Fr. Nicolás de Jesús Maria, y acompañados del Ilmo. D. Pedro Treviño,

Obispo de Ávila y de médicos, notarios y otras personas principales hasta el número de veinte, fueron al monasterio el día 1.º del año de 1588, veneraron y examinaron el santo cuerpo que las monjas habían sacado á la portería, y derramando lágrimas no dejaban de admirarse de ver aquel prodigio.

«Estaba entero y sin corrupción alguna y con muy buen olor y tan asidos los huesos y nervios unos con otros que cuando le sacaron del arca se tenia en pié con muy poca ayuda. Los pechos estaban levantados y llenos de carne, el vientre tan lleno como cuando expiró; la carne tan tratable, que llegando con el dedo se hundía y levantaba como si estuviera viva, y con ser una mujer tan corpulenta, no pesaba el cuerpo más que si fuera un niño de dos años, que parecía que estaba ya vestido, no solo de la incorrupción y fragancia, sino también de la agilidad de los cuerpos bienaventurados. Los médicos que miraron estas y otras circunstancias con más curiosidad como quien entiende tan bien la raíz y principios naturales de la corrupción de un cuerpo muerto, hallaron más ocasión de admirarse y dieron muchas razones confirmando ser aquella incorrupción divina y milagrosa.»

Tales son las palabras con que el Ilustrísimo Yepes, testigo ocular, refiere aquellos prodigios en el capítulo XLII del Libro segundo, tomo primero de la *Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús*.

Pronto lo supo todo D. Fernando, tío de D. Antonio Alvarez de Toledo, duque y señor de Alba; y con gran solícitud procuró y obtuvo de S. S. el Papa Sixto V un Breve, en el que se mandaba devolver el santo cuerpo al sitio de donde había sido llevado, é hizo se luego. Lleváronle los PP. Prior de Pastrana y el de Mancera, y fué recibido en Alba con mucho júbilo. Hallábase el duque á la reja, y con él la condesa de Lerín su madre, y llena de gente la iglesia. Descubierta el ataúd, preguntó á las monjas el P. Fr. Juan Bautista si conocían ser aquel el cuerpo de la Madre Teresa de Jesús, y contestado afirmativamente por ellas y por los que allí estaban, hizo entrega de él.

Púsose después en un arca de mucho valor, forrada con terciopelo carmesí, y tachonada con claves y chapas doradas, que dió D.^a María de Toledo, duquesa de Alba, y colocóse en un sepulcro muy suntuoso, labrado, á la derecha del altar mayor del mo

hasterio y á la altura de treinta pies sobre la tierra, formando una capilla con verjas doradas, toda adornada con colgaduras de plata.

El P. Fr. Tomás de Jesús, por orden de su General, para que no arrancasen del cuerpo de la Santa reliquia alguna, como hacían muchas personas pladosas sin temor á la excomuni6n fulminada por el sumo Pontífice Sixto V, enclav6la fuertemente, mostrando antes al p6blico el santo cuerpo en presencia de los duques, de otros muchos se6ores y de un notario, que di6 f6 de la incorrupci6n de la Santa y de ser aquel mismo el cuerpo que allí se encerraba.

Di6 las colgaduras D.^a Maria de Mendoza, duquesa de Alba entonces: la infanta doña Isabel Clara Eugenia, esposa del archiduque de Austria, di6 por orden del Rey don Felipe II el dosel riquísimo de brocado con que el arca se hallaba cubierta, y D. Antonio Alvarez de Toledo, duque de Alba, regal6 una lámpara muy grande de plata bien labrada que se puso luego allí delante de las verjas.

Dentro del arca pusieron unas planchas doradas con una inscripci6n, compuesta por el P. Maestro Yangües, dominico muy devoto y confesor que habíase sido de Santa Teresa,

El tenor de su contenido es como sigue:

Arca Dñi, in qua erat manna, et virga quæ fronduerat et tabulæ testamenti.—Heb. IX.

Non estinguetur in nocte lucerna ejus.—Prov. XXX.

En esta arca de la Ley

Se encierra por cosa rara

Las tablas, maná y la vara

Con que Cristo nuestro Rey

Hace á su Virgen más clara,

Las tablas de su obediencia,

El maná de su oración,

La vara de perfección

Con vara de penitencia

Y carne sin corrupción.

Aquí yace recogida

La mujer dichosa y fuerte,

Que en la noche de la muerte

Quedó con más luz y vida

Y con más felice suerte.

El alma pura y sincera

Llena de lumbre de gloria

Y para eterna memoria,

La carne sana y entera.

¿Dó está, muerte, tú victoria?

En los lados del sepulcro hay un epitafio que dice:

RIGIDIS CARMELI PATRUM RESTITUTIS
 REGULIS,
 PLURIMIS VIROR. FÆMINAR. Q ERECTIS
 CLÀUSTRIS,
 MULTIS VERAM VIRTUTEM DOCENTIBUS
 LIBRIS ÈDITIS,
 FUTURIS PRÆSCIA, SIGNIS CLARA,
 COELESTE SIDUS AD SIDERA ADVOLAVIT
 B. VIRGO TERESA.
 IV NON. OCTOB. CIO. IO. XXC. II
 MANET SUB MÀRMORE NON CINIS, SED
 MÀDIDUM CORPUS
 INCORRUPTUM SUAVISS. PROPRIO ODORE
 OSTENTUM GLORIÆ.

ó sea

Restituída á su aspereza la Regla de los Padres del Carmelo, fundados muchos conventos de frailes y monjas, escritos muchos libros que enseñan la verdadera virtud, profetizadas cosas futuras, en milagros esclarecida, estrella del cielo, á las estrellas voló la B. Virgen Teresa á cuatro de Octubre de mil quinientos ochenta y dos. Ha quedado en esta sepultura, no en ceniza, sinó su cuerpo fresco y sin corrupción, con propio

olor suavísimo, como señal manifiesta de su gloria.

Los reyes D Felipe II y III, la Congregación general de todas las iglesias de España, el concilio provincial de Tarragona y casi todos los Arzobispos y Obispos de España, y los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, pidieron repetidamente á su Santidad se dignase canonizar á esta Santa admirable.

Hechas las informaciones en más de veinte partes en que con motivo de sus fundaciones hubo de estar la Santa, y que pertenecian á jurisdicción eclesiástica distinta, examinado el asunto con la prudencia y sabiduría que para tales casos acostumbra la Iglesia católica, quedaron satisfechos los deseos de sus devotos por el Papa Gregorio XV, que en 1623 la colocó en el número de los Santos.

La fama de Santidad y sabiduría de la bienaventurada Teresa no decrece, antes bien de día en día vá en mayor aumento. Hácense traducciones de sus Obras en todas las lenguas y dialectos: léense con gusto por todos los sábios del mundo: admirasela como á profunda metafísica: es consultada por todos los maestros de la vida espiritual como

doctora mística: es el encanto de los amantes del buen decir en la edad de oro de la castellana lengua: multiplíquense con distintos tamaños para atender á todos los gustos, los escritos de Teresa: de Teresa publicanse ejemplos de todas las virtudes, á Teresa se ácuide para probar algun aserto, por Teresa finalmente se conmueven los sabios del universo mundo, y de consuno y á porfia cada cual á su manera ayuda y pone los medios para que las fiestas del próximo tercer centenario de Santa Teresa sean dignas de ella y contribuyan á la gloria de Dios, al esplendor de la Iglesia católica y al bien de todos.

Así sea.

FIN.

doctor militar: es el oratorio de los santos.
 Los del buen decir en la vida de oro de la
 castellana lengua: publicacion con dicho
 los santos para alabar a todos los santos.
 los oratorios de Teresa: de Teresa publicacion
 ejemplos de todas las virtudes a Teresa se
 acaba para probar algun oratorio por Teresa
 finalmente se compran los sabios del
 universo: macho y de consuno y a por la
 cada cual a su manera santa y pone los
 medios para que las cosas del proximo ter-
 cer oratorio de Santa Teresa sean dignas
 de ella y contribuyan a la gloria de Dios: al
 esplendor de la Iglesia catolica y al bien de
 todos.

Val. sea.

FIN.

LEMA.



**Doctrinam perlege Thomæ,
Sapientiæ intende Teresiæ,
Illa commendata Romæ,
Hæc laudibilis Ecclesiæ.**

LEMA.

Doctrinam per se Thomam
Sapientiam intendit Testatur
Illa commendata Romae
Hac inscribitur Ecclesiae.

ADVERTENCIA POSTERIOR. Si los milagros, que Dios ha hecho y hará por la intercesión, y reliquias de Santa Teresa perteneciesen á su *Vida*, seguramente ésta no se acabaría de escribir jamás. Por esta razón ateniéndonos al tema propuesto para el certámen del centenario, hemos omitido los milagros, curaciones y demás fenómenos admirables que Dios ha obrado por la intercesión y reliquias de la seráfica Madre con posterioridad á la canonización de la misma.

Los obrados hasta esta época, y muy bien probados, bastan para convencer al lector de la eficacia del valimiento de Santa Teresa con Dios, y de la utilidad para nosotros de una piadosa devoción á esta admirable fundadora.

Sin embargo, el que quiera tener conocimiento de varios, como el de los panecillos de Santa Teresa, y muy especialmente del prodigio de las espigas, que en el presente siglo se han observado nacer y crecer en el corazón de la Santa, así como del de la imágen de N. S. J. C. en varias formas, la de la Virgen Santísima, la de San José, la de la misma Madre Teresa etc. etc., que en el repetido corazón han visto personas prudentísimas y veraces, pueden leer con pro-

vecho la Obra escrita por D. Nemesio Cardellach, presbítero, é intitulada, *Santa Teresa de Jesús y las espinas de su corazón*, ó bien la *Vida de Santa Teresa de Jesús*, escrita por el P. Fray Bonifacio Moral y premiada también en el mismo centenario.

APÉNDICE SOBRE LA MEDITACIÓN.

Habiéndose escrito esta Obrita para bien y uso de toda clase de personas, y especialmente de las sencillas del pueblo, á fin de que su lectura sirva para procurar la honra de Santa Teresa y la gloria de Dios, me ha parecido que ninguna otra cosa sería más oportuna que el ejercicio de la oración mental, que tantas veces ella tuvo y enseñó; mucho más, cuanto que con este ejercicio seremos dignos discípulos de la misma. Por cuya razón, y para llenar en algún modo el vacío que de ciertas cosas ha de sentirse en este Libro, á pesar de haber seguido en él casi siempre á la Santa en la relación de sus hechos y dichos, tales como ella los describe en su Vida, cumpliendo lo que prometí en el número 1 del capítulo V, daré aquí una ligera idea de la oración mental y modo de hacerla, procurando seguir también á la Santa, ó valerme de su autoridad en lo que afirmare.

PARTE TEÓRICA.

LO QUE ES LA MEDITACION

Es la oración mental, ó meditación, dice Santa Teresa en el Camino de perfección capítulo XVI, número 2, principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa que nos vá la vida en comenzarla todos los cristianos; y ninguno por perdido que sea, si Dios le despierta á tan gran bien lo había de dejar: y no consiste en que la boca hable ó deje de hablar para dejar de ser oración mental ó serlo; porque si hablando estoy enteramente entendiendo y viendo que hablo con Dios con más advertencia que en las palabras que digo, aunque sea oración vocal, eslo justamente vocal. (Camin. de perf. XXII 4.) De manera que ordinariamente en la meditación no dejamos de hablar, aunque sea solo interiormente, ni en la oración vocal dejamos tampoco de meditar. De otra manera no sería oración, sino algaravía de palabras, y nueva ofensa á Dios; mas si hemos de estar, como es razón que estemos, hablando con tan gran Señor,

es bien que estemos mirando con quién hablamos y quién somos nosotros, siquiera para hablar con crianza. (Ibidem).

Nosotros empero nos referimos aquí á la oración llamada propia y exclusivamente *mental, ó meditación*, que no consiste en otra cosa que en el ejercicio en sus propias funciones de cada una de las facultades de nuestra alma. En esta oración la memoria nos recuerda tal ó cual hecho de la vida ó pasión de Cristo nuestro bien, estas ó aquellas palabras de la sagrada Escritura, uno ú otro misterio de la fé católica etc.: la imaginación nos lo pinta revestido de todas y cada una de sus circunstancias de tiempo, lugar y demás: el entendimiento examina la causa, el medio, el fin, la manera, la bondad, excelencia y cada una de las propiedades de la cosa ó persona sobre que se medita, la necesidad que de ello tenemos, la utilidad que nos reporta, etc., y comparándolo con lo pasado, presente ó porvenir de nuestra vida, emite sus juicios y con la gracia de Dios mueve nuestra voluntad, ora al dolor por nuestros pasados extravíos, ora á la gratitud por los favores experimentados, ya se propone reglas para vivir en conformidad á lo que de nosotros Dios

reclama, ya forma propósitos para el porvenir.

CÓMO SEA LA ORACIÓN.

Por lo dicho podremos sin largas consideraciones venir en conocimiento del modo de hacer la oración mental, ó tener meditación, que debe ser espiritual y práctica.

FIN, UTILIDAD Y NECESIDAD DE LA ORACIÓN.

Acabamos de ver lo que es, y sabemos cual sea su fin, que, como dijimos, consiste en alcanzar por su medio todas las virtudes: juego si estas son indispensablemente necesarias para alcanzar la eterna vida y todo esto nos reporta una utilidad inmensa, claro es que el ejercicio de la oración mental no tan solo nos es útil, sino tambien muy necesario.

El que nos dió la vida sin nuestro concurso, no nos salvará sin nuestra cooperación y trabajo; que aunque es verdad que á todos dá suficientes y aun abundantes gracias para salvarse, y á unos más, á otros muchísimo más, ó menos, tambien es

cierto que las eficaces se pierden sin nuestra cooperación, y las demás escasean faltando la aceptación y la gratitud de parte nuestra.

Santa Teresa, hablando á sus monjas en el núm. 4 del capítulo XXII del *Camino de perfección* las dice estas palabras que nos servirán de

EJEMPLO PARA ENTENDERLA.

«Acá cuando uno se casa, primero sabe con quién, y quien es y qué tiene: nosotras ya desposadas, (y otro tanto podemos decir nosotros de nuestras almas) antes de las bodas, que nos ha de llevar á su casa ¿no pensaremos en nuestro Esposo? Pues acá no quitan esos pensamientos á las que están desposadas, ¿por qué nos han de quitar que procuremos entender quién es este hombre, y quién es su Padre, y qué tierra es esta á donde me ha de llevar, y qué bienes son los que promete darnos, qué condición tiene, cómo podré contentarle mejor, en qué le haré placer y en estudiar como haré mi condición que conforme con la suya?... Esta es oración mental, hijas mías, entender es-

tas verdades. Si quereis ir entendiendo esto y rezando vocalmente muy enhorabuena.»

De modo que según la Santa aun para la oración vocal es necesaria la meditación; y si aquella, como todos confiesan, es indispensable, tambien lo será ésta. Por lo que la mística doctora en el capítulo y número antes citados dijo: «¿Qué es ésto, cristianos? Los que decís no es menester oración mental, ¿entendéis os? Cierto que pienso que no os entendéis, y así quereis desatinemos todos, ni sabeis cuál es oración mental, ni cómo se ha de hacer la vocal, ni qué es contemplación, porque si lo supiesedes, no condenaríais por un cabo lo que alabais por otro. Yo he de poner siempre junta oración mental con la vocal.»

REGLAS.

Es la oración mental, como la vocal, una conversación suplicante con nuestro Señor, y requiere de nuestra parte *atención, humildad, confianza, perseverancia y santo fin.*

Para alcanzar la atención debemos tener presente la excelencia infinita de nues-

tro Dios y Señor, y la bajeza de nuestra frágil y necesitada naturaleza: la perfectísima majestad de Dios que ve nuestros pensamientos más recónditos, y la miseria humana en la que nada hay del todo bueno, y lo que hay es de Dios.

Para la humildad sirve muy bien esta misma consideración de que somos polvo y ceniza, y que cuanto bueno poseemos y somos, lo poseemos y lo somos por Dios, que en un abrir y cerrar de ojos puede quitarnos la vida y reducirnos á la nada, y á quien adoran rendidos los ángeles y santos más perfectos y también la Santísima Virgen María.

Para la confianza bastará considerar brevemente que Dios es nuestro Padre celestial sapientísimo, todopoderoso y fuente de toda misericordia; y, por lo tanto, que conoce nuestras necesidades; que los medios de remediarlas están á su disposición, y que por el amor que nos tiene, pues nos dió á su Hijo y dispuso que fuese crucificado por nuestro bien, no nos negará cosa alguna, que nos convenga. Será muy bueno también acordarnos de lo que dice en el santo Evangelio acerca del particular, cuando asegura que ningún padre dá á sus hijos piedras ó

escorpiones cuando le piden pan, etc., y que nos manda que le pidamos.

Además así como en la humildad debemos imitar al publicano que no se atrevió á pasar de las puertas del templo, y allí, sin levantar los ojos del suelo, llorando, confesaba su miseria, así tambien en la confianza debemos tomar ejemplo del centurión, de la cananea, del ciego de Jericob, de la viuda, que repetidamente reclama justicia del juez hasta cansarle, del amigo pobre que al amigo rico importuna primera, segunda y tercera vez, hasta que le obliga á levantarse de la cama y atenderle, y de otros muchos que hallaremos en las Sagradas Escrituras. En cuyos ejemplos no sabemos si admirar más la confianza ó la perseverancia de los que no cesaron de pedir hasta ver satisfechos sus deseos. Todo esto debe animarnos muchísimo.

Para la perseverancia conviene recordar los ejemplos últimamente aducidos, y además saber que desea el Señor que permanezcamos en la oración. Así dice en San Lucas: (XVIII. 1.) «Oportet semper orare et non deficere.» Conviene, ó más bien, es necesario orar siempre, y no desistir jamás. Esta oración continua se logra teniendo en

todas nuestras ocupaciones presente al Señor, que todo lo vé, y ofreciéndole todas nuestras cosas, acordándonos de aquel precepto de S. Francisco de Sales. «Cargáos de devoción, no de devociones.» Esto contribuirá mucho á la pureza de nuestra alma, y producirá con la oración los mismos resultados que en las semillas la buena sazón de la tierra, con que la planta nace, se conserva, crece y dá frutos ópimos en tiempo oportuno.

En cuanto al fin es bien seguro que no hay en la oración cosa á que debemos atender más. Cuando el fin es perfectamente santo, incluye en sí la santidad de los medios, la de la cosa que se pide, y la de todas las circunstancias de la oración, pues de otra manera el fin no sería completamente santo.

LO QUE DEBEMOS PEDIR.

El fin, que debemos proponernos, no es otro que la gloria de Dios, directa ó indirecta, y la satisfacción de nuestras necesidades espirituales ó temporales.

La gloria de Dios ha de pedirse sin condición alguna: *las gracias espirituales* son; las unas completamente necesarias y *suficientes*, y Dios á todos las concede aun sin pedir las; otras son *eficaces* y tambien necesarias, y unas y otras debemos pedir las sin condición tambien: otras, en fin, son *muy convenientes*, pero ni necesarias, ni eficaces, y en ellas debemos adorar los desig-nios de Dios, porque muchas de este gé-nero, v. g., las *gratis datas*, acaso no nos convienen siempre, aunque á nosotros pa-rezca otra cosa: ó si nos convienen, convie-nen mucho mejor á los fines que el Señor, como Provisor universal, se propuso en su infinita providencia. *Los bienes temporales* jamás nos conviene pedirles sin condición.

PREPARACION MEDIATA

El hombre ha de obrar en todo como hombre, esto es, racionalmente y no á ton-tas y á locas. Para que esto no suceda, es necesario que pensemos en lo que vamos á hacer, y en la comparación y elección de los medios más conducentes á ello. Esto es lo que se llama *preparación*, y en todas cosas

hay una *mediata* y otra *inmediata*. La *mediata* en la oración consiste en el estado de gracia santificante del alma, con la que se aprovechan muchísimo mejor los beneficios que en la oración nos concede su divina Majestad. Es muy útil para la oración y todos debemos procurarla y conservarla con esfuerzos constantes y supremos; pero no es absolutamente necesaria, porque entonces quedarían por este camino cerradas al pecador las puertas de la divina misericordia. Ayúdanse recíprocamente: la gracia santificante conserva la oración y la perfecciona, y la oración prepara la gracia. Yo aconsejaría al pecador que se valiese primero de la meditación, especialmente de los novísimos, para una buena confesión; y de esta para una buena oración, haciendo más adelante y cuando pareciese oportuno una nueva, generalísima y contrita confesión.

La *preparación inmediata* es ordinariamente necesaria, si no queremos tentar á Dios faltando al precepto que nos dió por el Eccli. (XVIII 23.) «*Ante orationem præpara animam tuam etc.*» Deberemos, pues, meditar antes de la oración qué es lo que vamos á pedir, á quién, quiénes somos, cómo lo hemos de pedir, etc., etc.

Y como ninguna cosa hay buena en nosotros, que no sea de Dios de quien nos viene todo don perfecto; y de nuestra parte abandonados á nuestras fuerzas no podemos principiar, continuar y mucho menos concluir cosa alguna conducente para la vida eterna, de aquí la necesidad de pedir al Señor esta gracia.

No todo lo ha de hacer Dios: que aunque el Espiritusanto pide en nosotros y por nosotros con gemidos inenarrables, mas nosotros debemos cooperar al buen éxito en cuanto podamos. Y como las potencias de nuestra alma son inconstantes y nos perjudican con frecuencia, y más que ninguna la imaginación que ha merecido justamente el dictado de *la loca de la casa*, para sujetarla, y procurar la atención, se aconseja como un medio excelente la *composición de lugar*, que es una viva representación del misterio, ó hecho, etc., que se medita revisiéndole con sus personas y circunstancias con la veracidad y viveza, que á cada uno sea posible.

Procuraremos que cada facultad cumpla con el ejercicio de las funciones que respectivamente las correspondan, esto es, recordando con la memoria, pensando con el en-

tendimiento, y aborreciendo con la voluntad el mal ó prometiéndolo el bien, no tanto el general cuanto el que nos conviene según el estado en que nos hallamos, ó en los casos particulares que puedan ocurrirnos después.

En el ejercicio de estas potencias hemos de atender principalmente á las más excelentes, dando la preferencia á la voluntad, luego al entendimiento, y en último lugar á la memoria é imaginación, cuyas dos últimas en tanto son necesarias, en cuanto que sin su ejercicio la voluntad nada haría, según el principio filosófico «*nihil volitum, quin præcognitum.*» Estas dos facultades encienden el horno del amor al bien, y del odio al mal. Ha de atenderse, pues, más que todo á los propósitos prácticos, particulares, inmediatos, eficaces y firmes.

Y por último, deben darse á Dios muchas gracias por los bienes recibidos en la oración, manifestar gratitud por ello, ó arrepentimiento por no haber cumplido como buenos con todas las condiciones exigidas para la buena oración, habiendo hecho antes un buen exámen de la misma, para conocer qué es lo que nos ha impedido hacer lo que debiéramos, y poner el remedio;

ó cuál lo que nos ha dado buenos resultados, para insistir en ello.

Débese, en fin, para elegir la meditación, tenerse en cuenta el estado de nuestra alma y la necesidad que sentimos. Si estamos tristes ó afligidos, escogerémos, misterios de dolor, vg. algún paso de la pasión de nuestro Señor Jesucristo: si alegres, la memoria de los beneficios divinos, la resurrección de Jesús, etc., etc.

PARTE PRÁCTICA.

Esto supuesto, aunque el perfecto ejercicio de la oración depende en gran parte de las ilustraciones y demás gracias que el Señor concede, y no poco de la experiencia adquirida con el repetido uso, y esto no es tan fácil, que todos lo alcancen, sin embargo con los antecedentes expuestos no es tan difícil, que no puedan y deban todos procurarlo.

REDÚCESE EN COMPENDIO.

1.º A escoger una hora, media, ó el tiempo que cada uno pueda dedicar á la

oración, y meditar todos los dias sin faltar á este precepto ó propósito, procurando que sea la hora más libre de negocios, ordinariamente la de la mañana antes de darse al cumplimiento de las obligaciones de su estado ú oficio: procurar paz y sosiego al espíritu, y escoger un lugar apartado del bullicio, y mejor aún en la iglesia.

Es compatible con muchas otras ocupaciones, y aun se ha de tener cuando no es posible abandonarlas todas por ella: no debe el que medita hacerse violencia que impida la atención; y aunque el estar de rodillas, ó en otra actitud humilde y reverente es lo mejor, convendrá muchas veces estar de pié, ó sentado, ó andando; esto es, si la oración se tiene á solas, poner aquellos medios que mejor conserven la atención y exciten la piedad.

2.º A disponerse en los principios con una buena confesión.

3.º A prepararse dignamente pensando en lo que se vá á hacer.

4.º A adorar reverente y humilde á Dios por espacio de un *Padre nuestro*.

5.º A pedirle que nos ayude con sus gracias para que entendamos en la oración cuál sea lo que nos conviene.

6.º A representarse presente á Dios, ó á Jesucristo, Hijo suyo, Redentor nuestro, á quien vamos á hablar.

7.º A hacer composición de lugar vi-
tiendo en nuestra imaginación con todas
sus circunstancias el misterio, y verdad, ó
hecho que vamos á meditar.

8.º A ejercitar las potencias del alma,
inquiriendo por quién, quién, á quién, có-
mo, cuándo, para qué, etc. obra, padece,
habla: comparándolo con lo que hemos pen-
sado, dicho ó hecho: viendo lo que nos
conviene, y proponiendo el oportuno reme-
dio, ó ejercitando los efectos de piedad, gra-
titud, misericordia, liberalidad, beneficencia,
caridad, sumisión, penitencia, humildad,
confianza, modestia, pureza, etc., etc., lo
cual constituye la parte principal de la ora-
ción, y pidiendo en ella lo que convenga y
sea del mayor agrado de Dios.

9.º A examinar cómo nos hemos portado
en la oración, arrepentirnos de las faltas en
ellas cometidas, pedir perdón, prometer la
enmienda, y dar gracias á Dios por los be-
neficios en ella recibidos.

10.º A despedirse de Su Majestad y es-
coger un propósito para practicarle, ó un
pensamiento para recordarle durante el día.

DOCTRINA DE SANTA TERESA

Mas como lo dicho no parecerá suficiente á muchos, y por otra parte para honrar á Santa Teresa, á quien esto se dedica, ninguna cosa sea más á propósito que aprender sus lecciones, escucharemos como si á nosotros se hubiera escrito, la carta que dirigió al Pmo. Obispo de Osmá, D. Alonso de Velázquez. Suprimiremos de ella los párrafos que á nosotros dicen menos inmediata relación, y cambiaremos el tratamiento de V. S. por el de V. á fin de que cada cual, leyéndolo, entienda que á él se escribió la referida carta, que con los números de sus párrafos copiamos como sigue:

4.º Es menester sufrir la importunidad del tropel de pensamientos y las imaginaciones importunas é impetus de movimientos naturales, así del alma por la sequedad y desunión que tiene, como del cuerpo por la falta de rendimiento que al espíritu debe tener....»

5.º... El orden que V. ha de tener en el principio, hecha la señal de la Cruz, es acusarse de todas sus faltas cometidas des-

pues de la confesión y desnudarse de todas las cosas, como si en aquella hora hubiere de morir, tener verdadero arrepentimiento de las faltas y rezar el Salmo del *Miserere* en penitencia de ellas. Y tras esto tiene de decir: *A vuestra escuela, Señor, vengo á aprender y no á enseñar: Hablaré con Vuestra Majestad aunque polvo y ceniza y miserable gusano de la tierra.* Y diciendo: *Mostrad, Señor, en mi vuestro poder, aunque miserable hormiga de la tierra.* Ofreciéndose á Dios en perpétuo sacrificio de holocausto, pondrá delante de los ojos del entendimiento, ó corporales, á Jesucristo crucificado, al cual con reposo mire y remire y con afecto del alma, considere parte por parte.

•6.º Primeramente considerando la naturaleza divina del Verbo eterno del Padre, unida con la naturaleza humana, que de si no tenía ser, si Dios no se le diera. Y mirar aquel inefable amor con aquella profunda humildad con que Dios se desbizo tanto, haciendo al hombre Dios, haciéndose Dios hombre: y aquella magnificencia y largueza con que Dios usó de su poder, manifestándose á los hombres, haciéndoles participantes de su gloria, poder y grandeza.

7. Y si esto le causare la admiración, que en un alma suele causar, quédese aquí: que debe mirar *una alta tan baja* y *una baja tan alta*. Mirarle á la cabeza coronada de espinas, á donde se considera la rudeza de nuestro entendimiento y ceguera. Pedir á nuestro Señor tenga por bien de abrirnos los ojos del alma y clarificarnos nuestro entendimiento con la lumbre de la fe, para que con humildad entendamos quién es Dios, y quién somos nosotros: y con este humilde conocimiento podamos guardar sus mandamientos y consejos, haciendo en todo su voluntad. Y mirarle las manos clavadas, considerando su largueza y nuestra cortedad, confiriendo sus dádivas y las nuestras.

8. Mirarle los pies clavados considerando la diligencia con que nos busca y la torpeza con que le buscamos. Mirarle aquel costado abierto, descubriendo su corazón y entrañable amor con que nos amó, cuando quiso fuese nuestro nido y refugio y por aquella puerta entrásemos en el arca al tiempo del diluvio, de las tentaciones y tribulaciones. Suplicarle que, como Él quiso que su costado fuese abierto en testimonio del amor que nos tenía, dé orden que se

abra el nuestro, y le descubramos nuestro corazón y le manifestemos nuestras necesidades y acertemos á pedir el remedio y medicina para ellas.»

«9. Tiene de llegarse V. á la oración con rendimiento y sujeción, y con facilidad por el camino que Dios le llevare, fiándose con seguridad de su Majestad. Oiga con atención la lección que le leyere, ahora mostrándole las espaldas ó el rostro, que es cerrándole la puerta y dejándole fuera, ó tomándole de la mano y metiéndole en su cámara. Todo lo tiene de llevar con igualdad de ánimo, y cuando le reprendiere, aprobar su recto y ajustado juicio humillándose.»

«10. Y cuando le consolare, tenerse por indigno dello: y por otra parte aprobar su bondad, que tiene por naturaleza manifestarse á los hombres y hacerlos participantes de su poder y bondad. Y mayor injuria se hace á Dios en dudar de su largueza en hacer mercedes, pues quiere más resplandecer en manifestar su omnipotencia, que no en mostrar el poder de su justicia. Y si el negar se pudiese para vengar sus injurias, sería gran le blasfemia, mayor es negarle en lo que Él quiere más mostrarlo, que es en

hacer mercedes. Y no querer rendir el entendimiento, cierto es querer enseñarle en la oración, y no querer ser enseñado, que es á lo que allí se va, y sería ir contra el fin y el intento con que allí se ha de ir. Y manifestando su polvo y ceniza, tiene de guardar las condiciones del polvo y ceniza, que es de su naturaleza estarse en el centro de la tierra. »

11. Mas cuando el viento le levanta haría contra su naturaleza si no se levantara; y levantado sube cuando el viento lo sube y sustenta; y cesando el viento vuelve á su lugar. Así el alma, que se compara con el polvo y ceniza, es necesario que tenga las condiciones de aquello con que se compara, y así ha de estar en la oración sentada en su conocimiento propio: y cuando el suave soplo del Espíritu Santo la levanta y la metiere en el corazón de Dios, y allí la sustentare descubriéndola su bondad, manifestándolas su poder, sepa gozar de aquella merced con hacimiento de gracias, pues la entrañiza arrimándola á su pecho como á esposa regalada y con quien su Esposo se regala. ».....

13. Dicese tambien que tiene de estar como el gusano de la tierra. Esta propiedad

es estar el pecho pegado á ella, humillado y sujeto al Criador y á las criaturas, que aunque le buellen ó las aves le piquen no se levanta. Por el hollar se entiende cuando en el lugar de la oración se levanta la carne contra el espíritu, y con mil géneros de engaños y desasosiegos, representándole que en otra parte hará más provecho, como acudir á las necesidades de los prójimos, y estudiar para predicar, y gobernar lo que cada uno tiene á su cargo.»

«14. A lo cual puede responder que su necesidad es la primera y de más obligación, y la perfecta caridad empieza de sí mismo. Y que el Pastor para hacer bien su oficio se tiene de poner en el lugar más alto, de donde pueda bien ver toda su manada, y ver si la acomenten las fieras, y este alto es el lugar de la oración.»

«15. Llámase también gusano de la tierra, porque aunque los pájaros del cielo le piquen, no se levanta de la tierra, ni pierde la obediencia y sujeción que debe á su Criador, que es estar en el mismo lugar, que Él lo puso. Y así el hombre ha de estar firme en el puesto que Dios le tiene que es el lugar de la oración, que aunque las aves, que son los demonios, le piquen y

molesten con las imaginaciones y pensamientos importunos y los desasosiegos que en aquella hora trae el demonio, llevando el pensamiento y derramándole de una parte á otra, y tras el pensamiento se vá el corazón, y no es poco el fruto de la oración sufrir estas molestias é importunidades con paciencia. Y esto es ofrecerse en holocausto, que es consumirse todo el sacrificio en el fuego de la tentación, sin que de allí salga cosa dél. »

16. Porque el estar allí sin sacar nada no es tiempo perdido, sino de mucha ganancia; porque se trabaja sin interés y por sola la gloria de Dios: que aunque de presto le parece que trabaja en balde, no es así, sino que acontece como á los hijos, que trabajan en las haciendas de los padres, que aunque á la noche no llevan jornal, al fin del año lo llevan todo. . . .

18. Tiene necesidad el que llega á la oración de ser trabajador y nunca cansarse en el tiempo del verano y de la bonanza, (como la hormiga) para llevar mantenimiento para el tiempo del invierno y de los diluvios, y tenga provisión de que se sustente, y no perezca de hambre, como los otros animales desapercibidos, pues aguarda los

fortísimos diluvios de la muerte y del juicio.

19. Para ir á la oración se requiere ir con vestido de boda, que es vestidura de Pascua, que es de descanso y no de trabajo. Para estos días principales todos procuran tener preciosos atavíos y para honrar una fiesta suele uno hacer grandes gastos, y lo dá por bien empleado, cuando sale como él desea. Hacerse uno gran letrado y cortesano, no se puede hacer sin grande gasto y mucho trabajo. El hacerse cortesano del cielo y tener letras soberanas, no se puede hacer sin alguna ocupación de tiempo y trabajo de espíritu.

Hasta aquí la Santa en su carta al Ilustrísimo Sr. Obispo de Osma.

La doctrina de Sta. Teresa respecto de la oración, sus clases, naturaleza, necesidad ó utilidad, modo de hacerla, de vencer en ella todos los obstáculos y tentaciones, y de gobernarse aprovechando las gracias que Dios nos dá á manos llenas, hállase en todos los escritos, que de ella conservamos. Reducirla á método breve es muy difícil y ageno del fin que nos hemos propuesto en

estas ligeras notas. Baste á las personas, á quienes nos dirigimos, principiar la oración, y dedicar á ella algun rato todos los dias: lo demás con el tiempo lo aprenderán del Espiritusanto, que es el maestro de nuestro espíritu; del docto confesor, á quien deben oír y sujetarse en todo, y de la experiencia que es madre de la ciencia.

Digamos sin embargo algo acerca de los grados de oración. La Santa para explicar cuatro grados que admite, v álese en el capítulo XI de su Vida de un símil que explica y aplica en los capítulos siguientes.

«Há de hacer cuenta, dice en el número 3, el que comienza (á tener oración) que comienza á hacer un huerto en tierra muy infructuosa y que lleva muy malas yerbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto (por medio de una buena confesión) cuando se determina á tener oración un alma y lo ha comenzado á usar; y con ayuda de Dios hemos de procurar, como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas y tener cuidado de regarlas para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores, que den de sí gran olor para dar recreación

á este Señor nuestro y así se venga á deleitar muchas veces á esta huerta y á holgarse entre sus virtudes.

«4. Pues veamos ahora de la manera, que se puede regar para que entendamos lo que hemos de hacer, y el trabajo que nos ha de costar, si es mayor la ganancia, ó hasta qué tiempo se ha de tener. Paréceme á mí que se puede regar de cuatro maneras: ó con sacar el agua de un pozo, que es á nuestro gran trabajo; ó con noria y arcauces, que se saca con un torno..... es á menos trabajo que estotro y sácase más agua; ó de un río y arroyo, (que pasa por lo alto del huerto.) esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra de agua y no se ha menester regar tan á menudo, y es menos trabajo mucho del hortelano... (como que le basta ábrir ó cerrar los preparados sulcos para que corra el agua); ó con llover mucho que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro y muy es sin comparación mejor que todo lo que queda dicho.»

A estas cuatro maneras de regar ó de procurar el agua de la gracia para nuestra alma, corresponden los cuatro grados de oración por los que caminan los que á ella se dedican. Por el primero van los que

empiezan y trabajan con sus facultades cuanto pueden: por el segundo, tercero y cuarto los que continúan y adelantan, y á los cuales regala el Señor con oración de *quietud*, *arrobamiento* y *éxtasis*. Segun el trabajo que á las potencias del alma cuesta el procurarse la devoción, ó más bien, segun la abundancia de gracias que por la oración concede el Señor al alma, asi toma su *nombre* y *grado* la oración. Porque claro es: intentando un mismo fin por medios distintos, aunque sujetos el uno al otro, cuanto más presta y sirve el de orden superior, tanto menos trabajo cuesta el de orden inferior y viceversa. De esta manera la abundancia de la gracia divina y el trabajo que de su parte pone el hombre en la oración, hállanse en razón inversa: sin que por eso deje de percibir el alma muchas veces más utilidades cuanto más abunda la gracia, y ella tanto menos trabaja para obtenerla en cuanto puede y segun las promesas divinas. El fin de la oración es adquirir las virtudes en todos los géneros y grados posibles. Si, pues, llegamos á conseguir determinadas virtudes y grados por dos medios distintos, á saber; el primero trabajando nosotros con nuestras potencias en cuanto

nos fuere dado, esto es, mucho, sin que aparezca sensiblemente la gracia divina: el segundo al revés trabajando muy poco el hombre y haciéndolo todo ó casi todo Dios: resultará que por entrambos medios hemos obtenido los mismos resultados; mas con la diferencia que en el primero ha sido con gran trabajo nuestro, y en el segundo con poco. Y como en el padecer y trabajar está el merecer, resulta también que los que por el primer medio han obtenido lo que pretendían, han merecido más que los segundos: y que estos están más obligados por las gracias que abundantemente y por sola merced les ha hecho Dios, trabajando por ellos para que obtengan las mismas virtudes que los primeros, mas con poco trabajo ó sin él. Resulta también que con mucha razón merece llamarse esta concurrencia de Dios con sus auxilios *gracia*, y *gracia sobrenatural y divina*, en nada merecida de justicia.

Resulta, en fin, que ninguno de los que se dedican á la oración y pertenece por lo tanto á alguno de los cuatro grados referidos de oración, tiene motivos para dejarla. En primer lugar; porque aunque parezca que la gracia de Dios no se hace ostensible,

allí está Dios y sin su gracia nada bueno podrían hacer, y pues lo hacen, allí con ellos obra la gracia. En segundo lugar, porque los que caminan por el primer grado logran el mismo fin que los restantes, y con su trabajo merecen más que ellos: y los que caminan por el segundo, tercero y cuarto grado, aunque obtengan el mismo fin de las virtudes que los primeros, son más regalados del Padre celestial, deben ser más humildes, más agradecidos y prepararse animosos á poner su ejecución las obras para que el Señor les llama y destina; porque no puede negarse que para alguna grande obra les enriquece con mercedes tan subidas y extraordinarias.

Pero dejando estos tres últimos grados, cuyo conocimiento, si no es el práctico, solo corresponde á los maestros, doctores y directores del espíritu, solo nos referimos al primero. En él todos debemos trabajar con nuestras potencias y sentidos, buscando en la oración penitencia á nuestros pecados, y sustentáculo y vida á las virtudes.

Aun acerca de este únicamente diremos lo que sea más necesario, extractando la doctrina de la Santa para responder á al-

gunas objeciones y allanar algunas dificultades, y poniendo algo, aunque poco, de nuestro pobre peculio.

Ante todo han menester los que por este grado caminan irse acostumbrando á no dárseles nada de ver, ni oír; y á poner por obra las horas de oración, á estar en soledad y apartados pensar en su vida pasada, si bien esto á todos conviene, aun á los que van por el cuarto grado de oración. Han de resolverse á servir á Dios muy de veras, é imitar á nuestro Señor Jesucristo en su vida y virtudes: y si sucediese algunas veces tener sequedad en la oración y no hallar el alma con su trabajo el agua de lágrimas y consuelo y devoción, alégrense y consuélense en el Señor á quien sirven; que no es poca merced trabajar en huerto de tan gran Emperador: y no buscando contento propio sino el de Cristo, ayúdenle á llevar la cruz, y piensen que toda la vida vivió en ella su Maestro, y no quieran acá su reino, ni dejen la oración: y así determinense, aunque por toda la vida les diere esta sequedad, á no dejar caer á Cristo con la cruz, porque tiempo vendrá en que se lo pague todo junto: no hayan miedo de que se pierda el trabajo; á buen Amo sirven; mi-

rándolo está: no hagan caso de malos pensamientos: no dejen nunca la oración, aunque les vaya en ella la vida. (Vid. XI. 5. 6.)

No está el amor de Dios en tener lágrimas, gustos y ternura, que por la mayor parte todos deseamos y consolámonos con ello, sino en servirle con justicia, fortaleza de ánimo y humildad. (XI. 8.)

Importa mucho que de sequedades, ni de inquietud y distraimiento en los pensamientos, nadie se apriete, ni aflija: comiencen á no espantarse de la cruz, y verán como se la ayuda á llevar también al Señor: (XI. 8. 9.) entiendan que muchas veces procede de la flaqueza de nuestro natural: prueben á cambiar la hora de oración y experimenten. No pretendan subir con el espíritu á cosas más altas y á grado de oración más excelente que á donde la gracia de Dios les llevare; y cuando esta les solicite, sean agradecidos y correspondan sumisos y humildes. (XII.)

Procuren en los principios andar con alegría y libertad, aunque con temor de sí mismos: tengan gran confianza en Dios, y sean animosos, porque estas primeras determinaciones son gran cosa, si van acompañadas de humildad y discrección, para lo

cual es menester un buen guía y experimentado maestro. (XIII. 1. 2. 3.)

En las vidas de los Santos hay mucho que admirar, y mucho que imitar. No es humildad, sino soberbia, pensar que no podremos esforzarnos con la ayuda de Dios tener gran desprecio del mundo, no estimar la honra, ni estar atados á la hacienda y otras cosas á estas parecidas, como procurar soledad y silencio, é imitar sus virtudes. (XIII. 4. 5. 6)

Bueno es en este estado de oración desear que todos sean muy espirituales; mas para procurarlo necesitase de mucha discrección para que no queden escandalizados con las obras lo que con las palabras pretendemos ganar. (XIII. 7)

Procuren siempre mirar las virtudes que en los otros vieren, y tapen los ojos á sus defectos; y si el pecado no fuere público y patente y no tuvieren que reprender ó corregir por razón de su oficio, moderen su zelo con prudencia en la corrección fraterna. (XIII. 8.)

No ocupen demasiado al entendimiento en buscar en la oración razones útiles, sino que procuren encender la voluntad; de la imaginación hagan poco caso ó ninguno. No

dejen nunca la oración, ni digan jamás: *Si torno á ser malo es por ir adelante en el ejercicio de ella*, porque si la dejan, perdidos están si Dios no lo remedia; puesto que dejan la oración que les habia de sacar á seguro puerto.

No entienda alma alguna que, por muchas mercedes que Dios la haga en la oración, no puede caer: no se fíe de sí; huya de las tentaciones. Si cae, arrepíentase, conozca su miseria y confíe en Dios, que le recibirá con los brazos abiertos como al hijo pródigo, si humilde y arrepentido confiesa su pecado.

Ha de tener en poco ó en nada, los dichos y pareceres de los hombres, cuando tratan de criticar las acciones de los que se dedican á la oración y de ellos murmuran: pida á Dios por ellos; téngales mucha caridad, y esfuércese á ir en pos de la perfección: desprecie la honrilla mundana, que la verdadera honra gánase con la sencillez, dulzura y humildad. Si quiere unirse con Cristo, lleve con Él la cruz, y sufra con gusto los trabajos, las calumnias y afrentas.

Procure en todo hacer la voluntad de Dios y conformarse con ella, y tener siempre recogidos los sentidos: nunca se crea seguro, y con temor y temblor trabaje en la

sanificación de su alma teniendo siempre delante de sí la propia miseria, con lo cual se afirmará en la humildad, que es virtud necesarísima: las pruebas, que en tiempo de sequedad el Señor le regalare, súfralas con amor y entienda que por sus pecados merece mucho más, y que esto es muy digna satisfacción.

Tenga muy en la memoria la Humanidad sacratísima de nuestro amantísimo Jesús, y medite con frecuencia en su pasión y muerte. No se olvide de la Santísima Virgen, é imite sus virtudes y las penitencias de los Santos; pero esto con consejo de su confesor.

A la contemplación de María una la laboriosidad activa en santos ejercicios de su hermana Marta, y muy especialmente en tiempo de sequedades: en las necesidades corporales confíe mucho en la amorosa Providencia de nuestro Padre celestial.

Ruegue mucho á Dios por la Iglesia y por sus ministros, y no se olvide de los príncipes temporales para que en todo busquen el bien. Haya de que su corazón se pegue demasiado á la amistad de los hombres: ame las virtudes de los demás, y compadézcase del pobre pecador. Cuidese de escoger un

confensor docto y piadoso, y obedézcale como á Dios. El sustento del cuerpo, la vida, la salud y la honra no alteren nunca su santa paz.

Puesto en el camino del bien jamás retroceda, y despreciando las tentaciones, siga adelante sin volver atrás, ni aun el rostro: la consideración de la pasada vida ha de servirnos tan solo para derramar lágrimas por nuestros extravíos y frialdad. En la oración vocal fijese en lo que pide y á quien pide, y atienda al significado de las palabras; y mientras las pronuncia con la boca, medítelas y rúmielas, sacando de ellas el fruto como la abeja toma de las flores la miel.

Mucho más pudiera decirse y con más concertado orden. Esto bastará sin embargo, para que todos comprendan que es inmensa la utilidad de la oración mental, que no es difícil dedicarse á ella, y que encierra en sí muchos bienes y dulzuras para los constantes y justos, á quienes como abundante y celestial maná, satisface plenamente, en cuanto es posible en esta vida, sabe á todos los gustos y hace felices

Para gloria de Dios y pureza en las costumbres e muy útil leer frecuentemente con reposada atención, saber y practicar los siguientes

SESENTA Y OCHO AVISOS

DE LA

SANTA A SUS MONJAS.

1.º La tierra que no es labrada, llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil: así el entendimiento del hombre.

2.º De todas las cosas espirituales de cir bien, como de religiosos, sacerdotes y ermitaños.

3.º Entre muchos siempre hablar poco etc. etc. etc.

ORACION

AL PATRIARCA S. JOSE

EN FAVOR DE LA IGLESIA

Alfihidigilmae ~~—————~~ patrón de la católica Iglesia, que incansablemente os ha invocado en sus ansiedades y tribulaciones; mirad os lo luego desde el excelso trono de vuestra gloria con ojos de piedad e

A fin de que la devoción á Santa Teresa se extienda y afiance más y más, es muy útil publicar su novena y decirla. Y como Santa Teresa amó tanto á Jesús, á la Madre santísima del Señor, y á S. José, Patrono de la Iglesia universal, Esposa muy amada de Jesús, hoy tan combatida, será también muy conveniente poner aquí una oración al Santo Patriarca para rogar por esta santa Iglesia católica, apostólica y romana, en cuya fé deseo vivir y morir y á cuya aprobación someto esta Obrita, que ójala sirva para aumentar la gloria de Dios y la veneración á la mística doctora, gloria de España, honra de su sexo y prez de Castilla la Vieja.

ORACION

AL PATRIARCA S. JOSÉ EN FAVOR DE LA IGLESIA.

Afligidísimo Patriarca S. José, patrón de la católica Iglesia, que incesantemente os ha invocado en sus ansiedades y tribulaciones; mirad os lo ruego desde el excelso trono de vuestra gloria con ojos de piedad á

todo el órbe católico. Muévase á clemencia vuestro paternal corazón al contemplar á la mística Esposa de Jesucristo y á su augusto Vicario sumidos en el dolor y perseguidos por enemigos poderosos. Por las angustias amarguísimas que padecisteis en este mundo, enjugad compasivo las ardientes lágrimas de nuestro venerado Pontífice: defendele, Santo mio, y libertadle; é interceded para con el Dador de la paz y de la caridad, á fin de que, destruida toda adversidad y disipado todo error, pueda la universal Iglesia servir con perfecta libertad á Dios bendito, como lo pide en una de sus oraciones: *para que destruidas las adversidades y errores, sirva la Iglesia á Dios con segura libertad.*

Amén.

Nuestro venerando Pontífice el Papa León XIII, en la Audiencia de 4 de Marzo de 1882, se dignó conceder benignamente cien días de indulgencia á todos los fieles cristianos de ambos sexos que, devotos y contritos, reciten en honor de S. José la oración antedicha.

Esta indulgencia tiene el carácter de perpetuidad y se puede lucrar una vez al día.

De la Secretaría de la S. C. de Ritos.—Bolet. Ec. de Sevilla.

OTRA A SANTA TERESA.

Dios Omnipotente, é infinitamente bueno, que os habeis complacido en derramar con admirable generosidad vuestras luces en el entendimiento, y la abundancia de vuestros dones en el corazón de vuestra sierva Santa Teresa de Jesús para que fuese en tiempos calamitosos una gran lumbrera en vuestra Iglesia, y una víctima abrasada en el fuego de vuestro amor capaz de templar vuestra ira provocada por los pecados del mundo: por aquel amor ardentísimo que ella siempre profesó á la Iglesia Católica, por aquel celo abrasador que la devoraba por la salvación de las almas; por aquella fé tierna, sencilla, ardiente y animosa con que estaba pronta á derramar su sangre por defender vuestra gloria y la de vuestra Esposa inmaculada la Iglesia que fundásteis con la preciosa sangre de vuestro Hijo Unigénito; conceded, Señor, paz y prosperidad á esa misma Iglesia, y haced que vuestro reino se extienda por toda la tierra para que en todas partes y por todos los hombres sea vuestro nombre bendecido y glorificado. Proteged con vuestros soberanos auxilios al

Sumo Pontífice, y á todos los que con él defienden la causa de vuestra gloria, y derramad en su corazón el bálsamo divino de vuestros consuelos, para que no desmaye jamás bajo el peso de la tribulación. Iluminad á los que yerran: convertid á los que os ofenden: salvad á todos los redimidos: vengan todos á formar en la tierra un solo rebaño bajo un solo pastor para reinar todos en el Cielo por los siglos de los siglos. Amen.

El inmortal Pío IX en Breve de 12 de Mayo de 1876 concedió á todos los fieles que entences ó despues se hallasen en los dominios de España, y contritos al menos de corazón, rezasen en cualquier dia del año la Oración precedente, siete años y siete cuarentenas de perión, aplicables por modo de sufragio á las ánimas benditas, etc. (Bolet. Ecl. de Valladolid 17 de Julio de 1876).

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
Portada.	I
Lema.	VII
Dedicación.	IX
Copia del Diploma.	XI
Prólogo al lector.	XIII
Prólogo á los señores del Jurado en el certámen de Salamanca.	1
Capítulo I.—1. El siglo XVI.—2. Nacimiento de Santa Teresa.—3. Sus padres.—4. Ejemplos dignos de imitación.—5. Infancia de la Santa.—6. Reflexiones.	9
Capítulo II.—1. Prosiguese lo mismo y se prueba cuánto mal hacen los no buenos libros y compañías, lo cual fué parte á que la Santa se perdiendo sus virtudes.—2. Cómo el Señor provee á que las adquiere de nuevo con las buenas compañías y la lectura de las epístolas de San Gerónimo.	25
Capítulo III.—1. Toma el hábito Santa Teresa en el monasterio de la Encarnación de Avila.—2. Profesa ya, enferma gravemente y sale del monasterio á curarse.—3. Acreciéntanse las enfermedades y dolores. Consiguese sacar del pecado á un Sacerdote.—4. Vuelve al convento y despues de tres años sana por la intercesión de San José.	39
Capítulo IV.—1. Advertencia importante.—2. Por qué causas perdió las mercedes que el Señor la hacía.—3. Engañada, deja por espacio de un año la oración mental.—4. Muere su padre. Sale ella del convento para asistirle en su enfermedad y halla un buen consejero.—5. El no haber dejado del todo la	

- oración la preserva del mal.—6. Despierta el Señor su alma. 53
- Capítulo V.—1. Advertencia.—2. Con la oración crecen las mercedes.—3. Teme Teresa y consulta.—4. Varias consultas. Háblala el Señor. 85
- Capítulo VI.—1. De las causas por las que se engañaron los confesores de la Santa.—2. Tormentos de ésta en muchas ocasiones.—3. Aquíétala el Señor. Háblala muchas veces y se aparece á ella.—4. Mándanla que resista las visiones, etc. Nuevos tormentos.—5. Razones que da la Santa. Su fervoroso amor.—6. San Pedro Alcántara. 107
- Capítulo VII.—1. Correspondencia de la Santa á la gracia divina, y aprecio de la misma y de la gloria. Confiado lenguaje de la Santa con Dios.—2. Virtud del agua bendita.—3. Tentaciones sutiles de la falsa humildad, de imitación difícil de las penitencias y virtudes de los Santos, de dignidad aparente y de educación, según el mundo.—4. Penas, aflicción y temor de Santa Teresa. El V. P. Maestro Avila. Otros Santos y gravísimos varones. El libro de la Vida de la Santa Madre. 149
- Capítulo VIII.—1. El labrador y el tesoro. Dicitó el Señor muchas cosas de la Vida de Santa Teresa. Fin que el Señor se propone en sus regalos extraordinarios. En qué está el merecer. Seguridad verdadera.—2. Visiones sobre la gloria.—3. Varias instrucciones *Morir ó padecer* Perfección. Las imágenes curiosas: el contento con la presencia de los confesores y la pena por su ausencia no son imperfecciones. La obediencia á los mismos. La Santa Escritura es la verdad. Cómo debe entenderse, 187

SL 3648

2045



10000162097







CARRION

VIDA
DE
SANTA TERESA
DE JESUS

SL

3648

POPULAR

